



**ANTOLOGÍA
DE NOVELAS
DE ESPIONAJE**
SEGUNDA SELECCIÓN

* *



M. G. BRAUN — Del mismo infierno.

F- H. RIBES — Una bomba firmada Lec...

ALAIN YAOUANC — Una morena para un

Lectulandia

El espionaje es un género de moda. El público se ha aficionado a las increíbles peripecias de estos héroes anónimos, especie de superhombres, que son los agentes secretos. Tampoco podía faltar una colección de Espionaje en las Antologías Acervo. La copiosa producción francesa de novelas de este género actualísimo sigue dando material para esta serie. En este segundo volumen se recogen también tres novelas de autores franceses, que rivalizan en la emoción, la fuerza y la apariencia de autenticidad que dan a sus argumentos. En este segundo tomo de Selección de novelas de espionaje, editado por Ediciones Acervo en 1967 a partir de una selección realizada por José A. Rabella, presentamos estas tres novelas:

M. G. Braun – «Del mismo infierno». (Du même enfer).

F.-H. Ribes – «Una bomba firmada Lecomte». (Une bombe signée Lecomte).

Alain Yaouanc – «Una morena para un espía». (Une brune pour l'espion).

La traducción al español de los originales en francés, publicados por la prestigiosa «Éditions Fleuve Noir», corrió a cargo de José María Aroca. Se ha incluido, al principio de cada libro, la cubierta del original francés (Fleuve Noir).

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de
espionaje - Segunda selección**

Antología de novelas de espionaje 2

ePub r1.0

Titivillus 16.07.2019

Título original: *Antología de novelas de espionaje*

AA. VV., 1967

Traducción: José María Aroca

Diseño: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Del mismo infierno (M. G. Braun)

Una bomba firmada Lecomte (F.-H. Ribes)

Una morena para un espía (Alain Yaouanc)

M. G. BRAUN



DEL MISMO INFIERNO

M. G. Braun

CAPÍTULO PRIMERO

LE gustaba contarle: nacido en Dallas, Texas, el día de Navidad del año 1931.

Su madre, la actriz Nancy Kay, había realizado después la hazaña de divorciarse de John Watkins, obligándole al pago de una sustanciosa pensión alimenticia, y se había trasladado a Roma, atraída por el papel de Lara en una coproducción franco-italiana.

Las cosas no le iban mal, e incluso se había permitido rechazar dos *westerns* y una serie para la TV. En vista de que su madre se mostraba mucho más generosa que su exmarido, John Watkins junior se decidió a descubrir Roma.

Este John Watkins junior era un joven sin problemas. Ni siquiera había conocido el del Ejército, debido a una insuficiencia cardíaca, la cual, por otra parte, no parecía preocuparle demasiado, y no le impedía pasar de la noche al día al ritmo de la *dolce vita*.

En aquel momento, bebía por quinta vez su último *drink* discutiendo de política con Li Chen-Nin. Éste, que se decía natural de Formosa, no por ello dejaba de defender la postura de la China Popular, si no con fervor, al menos con temor. Para él, la brutal reaparición en escena de Mao-Tse-Tung anunciaba un mundo de catástrofes, marcado por la virulencia de la Guardia Roja que se proclamaba campeona del maoísmo a ultranza.

—¡Bah! ¡China! —exclamó desdeñosamente John Watkins junior—. Si de veras se pusiera tonta, los norteamericanos haríamos así...

Su manaza se apoyó en el hombro del pequeño Li Chen-Nin, el cual se dobló bajo el choque de noventa y cinco quilos. Un brillo malévoló asomó

fugazmente a su oscura mirada; pero sus labios continuaron sonriendo.

—Si hubiera cien Li Chen-Nin, su brazo estaría demasiado fatigado para doblar al centésimo —observó, sin que el tono de su voz se alterase.

La observación desagradó profundamente a John Watkins junior, el cual frunció las cejas. Iba a replicar, cuando su mirada cayó sobre la joven que penetraba en el bar. Durante una fracción de segundo, su silueta ocultó el castillo de Santangelo, todo sonido y luz, cuyo esplendor dorado se reflejaba sobre las negras aguas del Tíber.

Watkins sufría el complejo de Edipo sin saberlo, otorgando su preferencia a las muchachas rubias de piel lechosa, como la propia Nancy Kay en sus años jóvenes, y se interrogó acerca de aquella belleza, asombrado al verla dirigirse directamente hacia ellos.

La sonrisa de Li Chen-Nin se hizo más amplia. Watkins encontró completamente ridículo su modo de doblarse por la mitad. Cedió su taburete a la recién llegada.

—Wanda, mi camarada John Watkins —dijo—. Bebíamos un trago, esperándote.

Watkins junior recibió de lleno el choque de unos grandes ojos verdes. Se consideró un estúpido por haber murmurado una frase vulgar.

—*Fröken* Mas es sueca; pero habla *también* perfectamente el inglés —precisó Li Chen-Nin.

«Flexible y fascinante como una serpiente que danza», pensó Watkins. Encontró peyorativa aquella comparación con una serpiente, y la rechazó.

—¿Cena con nosotros el señor Watkins? —preguntó amablemente Wanda Mas.

Watkins vio formarse la negativa en los labios de Li Chen-Nin.

—Tengo una mesa reservada en el *Da Pancrazio* —se apresuró a decir, citando, por temor a ver rechazada su invitación, el famoso restaurante de la *Piazza del Biscione*—. ¿No irá a dejarme plantado, Li?

Li Chen-Nin aceptó con una mala gana evidente. En cambio, Wanda Mas se declaró encantada.

Durante el trayecto en taxi, y en varias ocasiones, Watkins notó contra la suya la pierna de Wanda. No dudó ya de su suerte, y se insinuó en el restaurante, aprovechando que Li Chen-Nin se había ausentado para ir al lavabo.

El «no» le llegó como un insulto.

—¡Vaya! —exclamó—. No irá a decirme que una muchacha como usted siente placer con la compañía de ese asiático —protestó con vehemencia.

Wanda sonrió de un modo muy suave y muy raro.

—No puedo decírselo todo. No puedo hacerle eso a Li —respondió rápidamente, mirando hacia atrás como si temiera verle aparecer—. Vivo en la *vía Condotti*. Espéreme allí. Apartamento 12, en el tercer piso.

Watkins tuvo el tiempo justo de atrapar la llave, que Wanda le entregaba, sintiéndose enrojecer al ver a Li Chen-Nin tan cerca de ellos que se preguntó si habría observado algo.

Los minutos que siguieron le resultaron muy penosos. Pagó la cuenta y se marchó, pretextando una cita, sin atreverse a mirar a la joven, convencido de que le estaba reprochando su falta de habilidad.

Respiró mejor al pisar el asfalto de la *Piazza del Biscione*. De tanto apretarla en su mano, la llave estaba tibia. Vaciló, y luego decidió dirigirse a pie a la *vía Condotti*.

Wanda vivía en un inmueble moderno, cuyo amplio vestíbulo estaba enlosado con mármol negro. Penetró en él furtivamente, desdeñó el ascensor y localizó con facilidad el apartamento 12 al final de un pasillo cubierto con una gruesa alfombra.

El apartamento se componía de un espacioso estudio, un bonito cuarto de baño y una minúscula cocina. Watkins perdió sus complejos, feliz ahora ante la perspectiva de encontrarse a solas con Wanda, cuyo perfume volvió a aspirar en el perchero, del cual colgaban una docena de vestidos.

Habiendo satisfecho su curiosidad, encendió un cigarrillo y se dejó caer sobre los almohadones de látex del diván transformable. Empezó a soñar, con los ojos abiertos, mirando sin verlo el mueble bar que tenía enfrente. Finalmente, el mueble se concretó a sus ojos como ofreciéndole todo lo necesario para aplacar la sed que experimentaba.

Recordó haber visto una nevera en la cocina, fue a buscar unos cubitos de hielo y se sirvió un whisky.

Cuando Wanda Mas entró, veinte minutos más tarde, comprobó que su intervención no era ya necesaria. John Watkins dormía con la boca abierta, la cabeza caída hacia atrás y las piernas colgantes.

Le encontró ridículo y feo. El vaso que su mano había soltado cayó sobre la alfombra, esparciendo el resto del whisky drogado.

Wanda recogió el vaso, fue a lavarlo, y luego descolgó el teléfono blanco que reposaba sobre una mesita.

Casi inmediatamente tuvo a Li Chen-Nin al otro extremo del hilo.

—Listo —anunció—. Puede usted venir a buscar el paquete.

—¿Tan pronto?

—No tengo el menor interés en hacer durar esa clase de trabajos —replicó Wanda, sin explicar que, en este caso, había ganado su prima con la mayor facilidad.

* * *

Una aventura similar le sucedió a Terence Wyler, de Columbia, Carolina del Sur. Un poco más curtido que John Watkins, Terence Wyler tuvo tiempo de derribar a su compañera sobre la cama de una pequeña habitación amueblada de Saint-Germain-des-Prés, después de haber bebido. Pero el «traslado» de Wyler no ofreció más dificultades que las que había ofrecido el de Watkins.

Terence Wyler se despertó en una habitación de un hospital, cuyas paredes estaban pintadas de color azul celeste. A la derecha de su cama, un gran retrato del Presidente Johnson le sonreía. En realidad, se trataba de una litografía de la cual se habían tirado millares de ejemplares y que no era nueva para Terence Wyler.

Pegada al pie de la cama, una gráfica daba fe de que el sargento Terence Byrd acababa de pasar unas noches más bien difíciles. Después de unas puntas que ascendían hasta 39,9°, la gráfica caía bruscamente para estabilizarse en 37,6°. Justo aquella ligera fiebre que experimentaba aún y que le dejaba las manos húmedas.

La enfermera inclinada sobre él (una rubia de aspecto un poco hombruno) hablaba con un acento duro. Y Terence no se sorprendió al enterarse de que era de Nashville, Tennessee.

Mientras la escuchaba, Terence se interrogaba. Estaba intrigado por una serie de cosas. Aun admitiendo que una herida en la cabeza podía provocar dificultades de memoria, le parecía raro sentirse como en la piel de otro. Por ejemplo, aquel nombre de Byrd —el suyo—, no despertaba en él ningún eco.

Se aventuró a preguntar:

—¿Dónde estoy?

La enfermera le dirigió una rápida mirada.

—En el hospital de Saigón, desde luego. ¿En qué otra parte podría estar?

Más allá de la amplia ventana, el puntiagudo tejado de una pagoda ponía una mancha de oro viejo sobre un fondo de cielo azul.

—Estoy atontado, desde luego —asintió Terence.

Luchó por hacer surgir unos recuerdos, aceptó el comprimido rojo que la enfermera le tendía de modo apremiante y se lo tragó con un sorbo de agua fresca. Inmediatamente, dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los

ojos. Pero en cuanto oyó que la enfermera cerraba la puerta detrás de ella, encontró fuerzas para levantarse y llegar hasta el armario metálico, el cual abrió. En su interior encontró un uniforme del 7.º S de *Marines*, y una cartera conteniendo un permiso de conducir militar a nombre de Terence Byrd, una tarjeta de matriculación al mismo nombre y un antiguo permiso firmado por el coronel J. C. Marshall. En un bolsillo de la guerrera, tres fotografías pornográficas de las que suelen venderse en los puertos, casi todas con la marca *made in Japan*.

Durante unos instantes se torturó el cerebro, sintiendo llegar el mazazo, volvió a dejarlo todo tal como lo había encontrado y se dirigió de nuevo a la cama, durmiéndose inmediatamente.

Al día siguiente, Terence Wyler se sintió mucho mejor. En la visita de las once de la mañana, el comandante médico se mostró satisfecho y declaró que Terence entraba en período de convalecencia.

El jueves le quitaron los vendajes y Terence pudo mirarse al espejo. Tenía una cicatriz de seis centímetros, aproximadamente, en la raíz del cuero cabelludo. Le habían afeitado la cabeza y los cabellos empezaban a brotarle, pero aquella cabeza era la suya, indudablemente.

Por la tarde recibió la visita del coronel W. Mitchell. Éste se mostró lacónico: «El sargento Terence Byrd era destinado a la escuela de adiestramiento del mayor Floyd Hanson. Debía mantener secreto aquel destino hasta nueva orden».

Al día siguiente, Terence embarcó en un camión entoldado que apenas le dejó admirar el paisaje. Llegó de noche y, a pesar de lo avanzado de la hora, fue introducido inmediatamente en la oficina del comandante.

El mayor Floyd Hanson era un hombre alto y delgado, de facciones groseras. Su discurso estuvo a tono con sus facciones.

—Necesito hombres —dijo— y me envían desechos. En su mayor parte, salen ustedes del hospital. Pues bien, lo que les reservo no son precisamente unas vacaciones. El cabo le acompañará a su alojamiento. Y mañana iniciará usted su adiestramiento, sargento Byrd. Me atrevo a esperar que no tendré queja de usted y que sabrá mostrarse a la altura de su misión. Puede retirarse.

Para Terence Wyler, la operación «Fury» acababa de empezar. Los primeros días tuvo la impresión de que lo aprendía todo. Luego, poco a poco, le pareció que sus recuerdos iban concretándose.

Al cabo de tres semanas, intoxicado por una propaganda continua y agotado por los cotidianos ejercicios de combate, se integraba ya en la piel de Terence Byrd.

Al final de la sexta semana, completamente rodado, sabía matar tan bien con arma blanca como a manos limpias, y su aptitud para el cuerpo a cuerpo le había valido el ser nombrado jefe de sección.

* * *

Casi en la misma época Gerard Orly recibió la confianza de Sao Thang. Oficialmente, Orly representaba en Phnom Penh a la Compañía Anata, cuya sede social se encontraba en Saigón. En realidad, bajo aquella tapadera informaba desde hacía muchos años al Centro «Asia» del C. D. E. C. E.

La hábil política neutralista del Príncipe permanecía casi inalterable, y la vida de Gerard Orly se desarrollaba plácidamente, hasta el punto de que consideraba su cargo como una verdadera sinecura. En cuanto a Sao, era «camarera» del bar de las Flores, un lugar frecuentado por todos los turistas varones de Phnom Penh. Las malas lenguas afirmaban incluso que el bar de las Flores hacía ingresar más divisas en las arcas del Estado que las ruinas de los templos de Angkor.

Al principio, la sonrisa de Sao le había costado a Orly varios millares de *riels*. Luego, entre él y Sao se había establecido una especie de amistad amorosa que creció hasta el punto de que Gerard Orly se preguntaba cómo podría vivir sin su «querida pequeña» si le trasladaban súbitamente a Europa.

En resumen, vivían una existencia feliz bajo un cielo azul que no se veía turbado ni por los aviones a reacción de la U. S. Air-Force, ni por los Mig de Hanoi.

—¿Quién te ha contado eso? —inquirió Orly.

—El americano...

En realidad, Erwin Lester viajaba con un pasaporte australiano, pero desde que un batallón de voluntarios de esta última nacionalidad habían venido a hacer causa común con los yanquis, en Phnom Penh no se establecía ya ninguna diferencia entre ellos.

La expresión seria, casi asustada, tan poco habitual en la risueña Sao, le inquietó.

—¿Va a extenderse la guerra hasta aquí?

—Desde luego que no —protestó Orly.

En el fondo, no estaba ya muy seguro de ello. No habían liquidado a Erwin Lester porque sí...

Orly suspiró pensando que tendría que ganarse su sueldo. Se trataba de una información que no podía transmitir al Centro sin haberla comprobado minuciosamente. En caso de que fuera exacta, París iba a tomársela muy en

serio. Seis días en ir y volver, como mínimo, con quilómetros de selva que atravesar. ¡La cosa prometía!

—De momento, *minoye*, pensemos en otra cosa —dijo Orly, atrayendo a Sao contra su pecho.

* * *

El coronel Giulio Cavassa contempló el asiento como para encontrar en él la respuesta a la pregunta del general Kitner.

—Sí, siempre en forma y a sus órdenes, *Sir* —confirmó, sentándose.

Kitner sonrió.

—Mi hígado estallaría si bebiera en un mes la cerveza que usted liquida en un solo día —dijo—. Me pregunto cómo se las arregla. ¡Es usted un caso!

—Desde luego, *Sir* —asintió Cavassa.

Se preguntó si el general Kitner estaba al corriente de la monumental borrachera de la noche anterior y de sus consecuencias.

Kitner le miró un instante. Luego se encogió de hombros. Cavassa pensó que Kitner acababa de pasar la esponja. Por lo tanto, estaba al corriente.

—Hablemos de cosas más serias —dijo Kitner, a modo de confirmación—. Tengo novedades en el expediente «Smoke». ¿Lo recuerda?

Cavassa lo recordaba. «Smoke» por desaparición. A Kitner le divertía aquella especie de juego de palabras. Desde luego, parecía que los individuos se volatizaban, convertidos en humo.

—Doscientos treinta y ocho súbditos norteamericanos desaparecidos en dos años, sin que haya podido localizarse a uno solo —concretó—. Un 96 por ciento de antiguos GI's desmovilizados después de haber luchado en Vietnam. Un expediente que nos ha transmitido el F. B. I. En su mayoría, jóvenes que se hallaban en el extranjero. Francia e Italia, especialmente. En un momento determinado, pensamos en un reclutamiento de «mercenarios» para el Congo, o para algún Katanga, organizado por un partido político africano.

—Exacto —aprobó el general Kitner—. En aquella época, parecía verosímil; pero, de ser cierto, hubiésemos encontrado fácilmente la pista. Y... ¡nada!

—¿Otras desapariciones desde entonces, *Sir*?

—Varias. La más reciente un tal Terence Wyler. Buena hoja de servicios, sin ninguna especialidad concreta. Ocurrió en París.

Comprendió la mirada de Cavassa, y concretó.

—No, los franceses no tienen nada que ver en el asunto. Hay que investigar en otra parte. En Asia, por ejemplo...

Cavassa enarcó una ceja, pero no hizo ningún comentario.

—Y no estoy seguro de que la información sea válida —continuó Kitner, pensativo—. Una muchacha que ha reconocido al exsargento Willy Pearson y que se presentó en el Cuartel General de Saigón, armando un escándalo. Pearson la había abandonado, dejándola embarazada. La muchacha reclamó una pensión alimenticia. Le contestaron que Willy Pearson había sido desmovilizado y que el caso no concernía ya al Ejército. Según el informe que he leído, la muchacha había visto a Willy Pearson, de uniforme, en un jeep militar conducido por un M. P. La cosa ocurrió en el mercado de Cho Ben Thanh, a las tres de la tarde. La muchacha estaba con un tal Liu-Su, un oficial vietnamita de la base de Chu Lai, que conocía muy bien a Willy Pearson. En el curso de la conversación que sostuvo con nuestro oficial de Seguridad, se mostró también muy afirmativo.

—En resumen, ¿lo cree usted, *Sir*? Supongo que Willy Pearson es uno de nuestros desaparecidos...

Kitner inclinó la cabeza. Concretó:

—Lo creo sin creerlo, ¿comprende? Por eso quiero que vaya a Saigón. Ninguna misión concreta: escuchar, ver, formarse una opinión. Creo que...

—¿Sí, *Sir*?

—Nada... Sólo que, en mi opinión, esa historia no huele bien. La Casa Blanca está sensibilizada para todo lo que afecta al Vietnam. No quiero que el ministro de Defensa me haga reproches. Mucho más por cuanto, en estos momentos, no estamos en muy buenas relaciones con la gente de Arlington. ¿Me ha comprendido usted?

—Perfectamente, *Sir*.

Kitner se relajó.

—Entre nosotros, amigo mío, no envidio a Dean Rusk. La posición adoptada por Francia resulta muy embarazosa. Por otra parte, tenemos la marcha del Secretario General de las Naciones Unidas, las acusaciones de Moscú y las explicaciones de *Izvestia*, que acusa a China de acentuar su conflicto ideológico con la U. R. S. S. para negociar directamente con Washington... Todo hace prever una amplia maniobra política que puede colocarnos en una difícil postura. No podemos pasar por alto ningún detalle, por insignificante que parezca. Unos antiguos GI's desaparecen, sin que nos sea posible encontrar su rastro. Puede que el hecho no tenga importancia. O que tenga muchísima. Quiero estar informado.

—Si hay algo que descubrir, lo descubriré —afirmó Cavassa, en tono categórico.

Kitner sonrió.

—Estoy convencido de ello. Pero no se aproveche de la circunstancia de que las necesidades de su misión le conducirán a Cholon para manchar un poco más su reputación. Parece ser que, anoche, «discutió» usted con unos paisanos en un bar de la 22.

—Un poco, *Sir*...

En el informe que el general acababa de leer se hablaba de mandíbulas fracturadas. Kitner entornó los párpados durante una fracción de segundo.

—El asunto está arreglado, pero no vuelva usted a las andadas.

—Prometido, *Sir* —dijo Cavassa, con un acento de sinceridad que no engañó al general Kitner.

—Hay que aceptarle a usted tal como es —suspiró—. Cúbrame el expediente «Smoke». Confieso que me preocupa, sin saber exactamente por qué. Será un modo de demostrarme su agradecimiento.

Se puso en pie y dio la vuelta a su escritorio. Cavassa estrechó la mano amistosa que Kitner le tendía. Luego preguntó:

—A propósito, *Sir*, ¿qué aspecto tiene esa pequeña annamita?

—¿Tsaî-Nu? Bastante guapa, por lo que dicen. Pero es fundamentalmente un testigo. No lo olvide, coronel.

—Bueno —murmuró Cavassa—, ya sabe usted, mi general... A veces, las necesidades de la causa...

CAPÍTULO II

En el mapa aeronáutico se distinguía una región coloreada en amarillo con esta leyenda: *Relieve insuficientemente conocido. Peligro*. Trazado con tinta china, un círculo delimitaba una porción de aquel territorio incluyendo la aldea de *Kodil Noo*.

—Uno de los principales y, tal vez, el principal centro de aprovisionamiento del Vietcong —explicó M. Hoffer—. Al Este, bien protegido por un macizo montañoso. Y, evidentemente, las tropas de Hanoi dominan todas las alturas. Desalojarles de ellas costaría millares de hombres. Al Sur, un desfiladero que, por así decirlo, sigue la frontera cambodiana, muy fácil de defender y donde el Vietcong ha instalado unas formidables defensas

subterráneas. Queda la aviación. Pero los norteamericanos se rompen la nariz encima desde hace meses. Imposible sobrevolar ese sector sin violar el espacio aéreo de Cambodia, es decir, de Laos.

—En resumen, esa base vietcong se apoya a la vez en Cambodia y en el Laos...

—Exactamente. Una espina que les quita el sueño. Pero en Washington tienen que andar muy despistados para permitir semejante combinación. ¡Por lo visto, el error de Cuba no les ha enseñado nada!

Sacudió la cabeza con una especie de furor reprimido y continuó:

—En un terreno estrictamente militar, la cosa no tiene peros. Políticamente, significa arriesgarse a un desastre. Atacar la base de Kodil Noo por detrás es una operación que obliga a partir de Cambodia. En otras palabras, a violar deliberadamente su neutralidad. Y, esta vez, imposible invocar un error de pilotaje o algo por el estilo. Como mínimo, sería el fin de la organización de las Naciones Unidas. Y no me atrevo a mirar más lejos...

Me pareció realmente anonadado por lo que consideraba como una broma monumental.

—De los norteamericanos puede esperarse todo —dijo—. Pero, eso...

El bolígrafo que tenía en la mano se partió por la mitad. M. Hoffer pareció sorprendido y lo tiró a la papelera.

Pregunté:

—¿Está seguro de su información?

—Estaré seguro de ella cuando regrese usted de allá abajo con todas las pruebas en la mano —respondió—. Vale más prevenir que curar. Francia garantiza hasta cierto punto la neutralidad de Cambodia. Lo mismo que la U. R. S. S. y que todos los países que se han adherido a las Naciones Unidas.

Traté de representarme a Gerard Orly, y formulé una pregunta acerca de él.

—Un individuo que, en otros tiempos, cumplió misiones comprometidas —certificó M. Hoffer—. Tenía una confianza absoluta en él. Pero, se estaba haciendo viejo, y le envié a Phnom Penh, donde nunca pasa nada.

Frunció el ceño y añadió:

—Espero que regresará de allí.

No lo creía y, mentalmente, trazaba ya una línea roja sobre el nombre de Gerard Orly. Pedí permiso para fumar, encendí un Gauloise y resumí en mi cerebro lo que acababa de averiguar: Orly había adquirido la información a través de su amante, una prostituta que ejercía de confidente para él. El individuo se decía australiano y llamarse Erwin Lester. Pretendía haber

desertado de un campo de adiestramiento secreto, norteamericano, situado al lado de la aldea fronteriza de Vinh, *por convicción política*. Según él, medio centenar de hombres se encontraban en el campo en cuestión sometidos a un adiestramiento intensivo contra el centro de aprovisionamiento vietcong de Kodil Noo rodeando sus defensas. En otras palabras, por Cambodia.

Al día siguiente, el cadáver de Erwin Lester flotaba en las aguas del Mekong; lo cual tendía a demostrar que sus confidencias no debían ser consideradas como una fantasía.

Una información de aquella gravedad no podía aceptarse sin un serio control. Lo primero que había que hacer, evidentemente, era comprobar la existencia del campo norteamericano de Vinh. A lo cual se había dedicado Orly, después de habernos transmitido la información. Habían transcurrido diez largos días y Gerard Orly no había regresado a Phnom Penh.

Si Gerard Orly había sido sorprendido en su tarea de espionaje, como era lógico suponer, me arriesgaba a tropezar con serias dificultades husmeando por allí. Por otra parte, no me entusiasma la idea de chocar con unas fuerzas norteamericanas, habituado a considerarlas como amigas, a pesar de las divergencias de nuestra política sobre el Vietnam, sin hablar de nuestra separación de la O. T. A. N. Sin embargo, era necesario que alguien pechara con aquellas dificultades.

—Pase por Hong-Kong y termine el viaje en un aparato de la *Royal Air* de Cambodia. Tiene usted todavía un contacto en Phnom Penh, y las autoridades cambodianas no le plantearán ningún problema; pero hay que contar con el hecho de que la C. I. A. tiene ojos y oídos en todas partes. A propósito, llévese una cámara fotográfica. Si me trae algunos clisés de ese campo, suponiendo que exista, no me desagradará. Y no olvide que la frontera vietnamita-cambodiana está infestada de guerrilleros que a menudo son simples bandidos que actúan por su cuenta.

¡La cosa prometía ser divertida!

—Una última advertencia: si encuentra a Gerard Orly, e incluso si necesita ayuda, no cometa ninguna imprudencia. No va usted a jugar a los vaqueros. Necesito la confirmación del informe de Orly, o lo contrario. Va usted en busca de datos concretos. ¡Nada más! Y cuento con recibirlos a finales de semana, lo más tarde.

Le prometí ser de lo más prudente. Pero estoy convencido de que no me creyó.

* * *

Un mundo que vive al *ralentí* en medio de un desenfreno de sol y de flores tan prolíferas que parecen capaces de brotar en el asfalto de la calzada. La indolencia de una vida que discurre sin sobresaltos, el único deseo de matar el tiempo amando a la muchacha morena que pasa, tan semejante a las danzarinas esculpidas en la piedra del templo de Vat Phnom. Me quité el sombrero ante Gerard Orly, que había respondido a la llamada del deber abandonando su cómodo alojamiento para correr la aventura brutal de la jungla, en vez de esperar tranquilamente que París enviara un agente de choque. ¡En otras palabras, yo!

A pesar de que Phnom Penh tiene medio millón de habitantes, cuenta con algunos lugares típicamente europeos, tales como el bar del Rajá, punto de cita de la colonia extranjera, y... el bar de las Flores.

El establecimiento estaba decorado a base de bambú. Pasé dos horas con Sao sobre un banquillo tapizado de skai rojo. Encima de nuestras cabezas, una planta tropical de hojas de un verde tierno, como para una caricia, se doblaba suavemente hacia nosotros. Me gustaban los ojos de Sao, brillantes y del color cálido de aquellas castañas que, de chiquillo, recogía en otoño para fabricar con ellas unos deliciosos muñecos. Pero, desde luego, me abstuve de cualquier gesto que pudiera resultar ofensivo para Gerard Orly. Dos horas de charla inútil con Sao, la cual, a pesar de su buena voluntad, no me dijo nada que no supiera ya.

Me separé de ella para hacerme conducir en *rickshaw* a la calle Phlauh Rukhak, donde estaba situada la Embajada de Francia, y luego a la Vithei Dekcho Damdin, donde se encontraba la *oficina Nacional del Turismo*, la cual me procuró un jeep.

Me quedaba por matar la velada y mis pasos me condujeron inconscientemente al bar del Rajá, porque nuestros defectos están tan arraigados en nosotros que el exotismo no resiste mucho tiempo a un vaso de buen whisky.

Allí conocí a Paul Jouan. Era un individuo muy alto, de rasgos demacrados de Mefistófeles. Llevaba una guitarra pegada a su pecho por medio de un inverosímil cordón que hubiera podido servir para sostener unos cortinajes. Llevaba un traje blanco, muy limpio, y con una impecable raya en el pantalón; pero había sido lavado y planchado tantas veces, que la tela era casi transparente.

Toda gran ciudad posee sus fantoches. Paul Jouan era la atracción de Phnom Penh. Se dirigió directamente hacia el rincón donde yo me había instalado y, sin pedir permiso, se sentó delante de mí.

—Es usted francés, ¿verdad? —inquirió, en tono afirmativo.

Sin darme tiempo a contestar, continuó:

—Yo también soy francés, y he tenido la dicha de vivir mucho tiempo en Montparnasse. Entre compatriotas debemos ayudarnos. Por eso quiero advertirle que hace menos de diez minutos un individuo ha entrado en su habitación para registrar sus maletas. No sé quién es usted, e ignoro si esta información tiene algún valor. En este último caso, podría agradecermelo invitándome a un trago...

A modo de casamiento, llamé al camarero. Luego le ofrecí mis Gauloises. Aceptó uno con dignidad.

—Gracias, caballero —dijo—. Me llamo Paul Jouan y soy poeta. Una manera muy noble de ocupar el tiempo, pero que rara vez da para comer. De modo que me veo obligado a tocar este instrumento que ve, en lugares como éste. A cambio de una serenata, obtengo algunos *riels*. Eso me basta. Me contento con muy poco. Dicho esto, soy todo lo contrario de un mercenario. Vivo en Phnom Penh desde hace tres años y, si puedo prestarle algún servicio, considéreme como su servidor.

Un tipo curioso. Y menos estafalario de lo que parecía, desde luego. Le dije que podía prestarme *ya* un servicio indicándome a quién o a qué se parecía el individuo que registraba mis maletas, y cómo había podido dejarse sorprender.

Una sonrisa distendió sus delgados labios.

—Elevada hasta una forma de arte, la curiosidad no es un pecado —explicó, muy serio—. A veces se aprenden cosas muy interesantes. Así, por ejemplo, si veo a alguien que entra en un hotel en el cual no vive, no me importa seguirle. Y si le veo entrar en una habitación que no es la suya, no tengo inconveniente en mirar a través del ojo de la cerradura. A propósito, debo advertirle que las cerraduras de ese hotel son terriblemente indiscretas.

Se interrumpió para dejar que el camarero nos sirviera, y vació de un solo trago su vaso. Pareció encontrarlo demasiado pequeño, pero continuó:

—En lo que respecta a la segunda parte de su pregunta, puedo contestarla fácilmente. El individuo se llama Lö-Song. Agente de seguros, con una pequeña oficina en la calle Vithei Chan Nak, cerca de la Embajada de Bélgica; pero cualquiera que no se chupe el dedo sabe que Lö-Song es un agente del Vietcong.

Suspiró, añadiendo:

—Aquí, los vasos son ridículamente pequeños, ¿no le parece?

Hice una seña al camarero, encendí un Gauloise y reflexioné a marchas forzadas. Había esperado que mi presencia llamara la atención de algún tipo de la C. I. A. En cierto sentido, lo deseaba. El que tiene mocos se suena, y una acción intempestiva por parte de la C. I. A. hubiese constituido una especie de prueba. En cambio, verme controlado desde mi llegada por el Vietcong me pareció un hecho anormal. Decididamente, en aquel asunto había gato encerrado.

Esta vez, Paul Jouan saboreó su whisky con aire de entendido en la materia.

—Puedo prestarle otro servicio —dijo bruscamente—. En lo que respecta a Lö-Song. No parece haber encontrado lo que buscaba. Le he visto instalarse como alguien decidido a esperar. Mal asunto, créame. En su lugar, esta noche me acostaría en otra parte.

Le dirigí una breve mirada. Me observaba con una sonriente ironía, teñida de simpatía. Hubiera apostado la cabeza y los dos brazos a que no me mentía. En resumen, aquel Mefistófeles se revelaba un ángel bueno para mí.

—No sé si voy a seguir su consejo —dije—. Pero su conversación me apasiona mucho y me sentiría feliz invitándole a cenar. Si está usted libre, desde luego...

Su rostro se iluminó:

—¿Libre para cenar? Y juraría que es usted capaz de invitarme al Café de París... Sepa, señor...

—Glennie. Alex Glennie.

—Sepa, señor Glennie, que siempre estoy libre para una buena cena.

—Vamos al Café de París —dije.

Una agradable velada. La compañía de Paul Jouan me resultó muy provechosa, permitiéndome conocer más a fondo Phnom Penh y sus costumbres. Me habló también de la colonia extranjera, insistiendo sobre la nacionalidad norteamericana de un tal Edward Buttler. Paul Jouan era un hombre muy listo, sin duda alguna. Sabía muchas cosas, y las que no sabía las adivinaba. Deducí que Edward Buttler pertenecía a la C. I. A., aunque Paul Jouan no me lo dijo claramente, limitándose a dármele a entender. Paul Jouan se había oído mi verdadera personalidad. Pensándolo bien, aquello no exigía facultades excepcionales. Con la guerra del Vietnam, Phnom Penh atraía a los agentes de información como un trozo de carne atrae a las moscas.

Me separé de mi nuevo compañero poco después de medianoche, hora muy razonable en un país donde la dulzura de la noche invita a velar. En el momento de separarnos, me cogió por el brazo:

—¿No estará usted un poco loco? —inquirió bruscamente—. Le he hablado de Lö-Song, y al parecer tiene la intención de dirigirse directamente a su hotel. Créame, debería tomar mi advertencia en serio. Lö-Song es una carroña, y la vida de un hombre tiene muy poca importancia para él.

—¡Sé cuidarme, amigo mío!

Me dirigió una rápida mirada y se encogió de hombros.

—¡No cabe duda, está como un cencerro! Bien, buenas noches. A propósito, no he mentado al decirle que estaba dispuesto a ayudarlo. Si sigue usted con vida y me necesita, podrá encontrarme siempre en casa de mamá Juana. Está al lado del mercado de Siem Reap. Cualquiera le informará. Una taberna para tipos como yo. Cuando alguien le cae simpático, mamá Juana le alquila un cuchitril. El mío está en el primer piso.

Le di las gracias, y le aseguré que no dejaría de recurrir a él, si me veía en apuros.

—Entonces, de acuerdo. *Chiao!* —exclamó, alejándose, con su inseparable guitarra.

CAPÍTULO III

Lo que me había fastidiado al principio, aquella puerta vidriera que daba a un balcón, iba ahora a resultar ventajoso. Subiendo por la escalera de servicio, una vulgar acrobacia me permitiría entrar. Pasé por delante del apartamento contiguo donde un individuo roncaba, y no tardé en encontrarme en la parte de terraza que me correspondía.

La puerta vidriera estaba tal como yo la había dejado, es decir, abierta. Me arrastré como un indio a fin de poder echar una ojeada al interior de la habitación, iluminada por un rayo de luna.

Situado de modo que la puerta, al abrirse, le ocultara, sentado en una butaca, Lö-Song me daba la espalda. Fumaba para mantenerse despierto, y el resplandor de su cigarrillo le traicionaba. Caí sobre él de un solo salto y le agarré por el cuello con una llave que no le dejaba ninguna posibilidad. En plan de profesional, se relajó esperando que yo aflojaría la presa; pero no tardó en comprender que yo no me chupaba el dedo.

Habiéndole tranquilizado, le despojé de una molesta automática, le registré para asegurarme de que no llevaba ninguna otra arma, antes de permitirle respirar. Luego encendí la luz.

Era un hombre bastante alto para ser camboiano. Supuse que tenía una buena dosis de sangre china. Sus ojos, tratándose de un hombre, eran muy bellos. Lo cual no impedía que el individuo tuviera aspecto de rufián, a pesar de que en aquel momento tratara de dar una expresión bondadosa a su semblante. Impecablemente vestido de blanco, la gruesa cadena de oro y el diamante que adornaban su pechera le hubieran valido el ser liquidado como capitalista por los guardias rojos de Pekín. Habiendo cruzado sus manos largas y nerviosas, esperaba pacientemente.

—Mi querido amigo —dijo—, cuando alguien viene a mi casa me gusta que se haga anunciar.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, contemplaba de un modo ostensible el silenciador adaptado al cañón de su automática.

—Tiene un aspecto eficaz. Si apretara el gatillo, no se oiría mucho ruido. ¿No es cierto? Ni siquiera despertaría a mi vecino.

No parpadeó.

—Probablemente —respondió con mucha calma.

—Entonces, vas a cantar... ¿Qué hacías en mi habitación, y qué esperabas de mí?

Una leve sonrisa dejó al descubierto unos dientes pequeños y cuadrados, manchados por el betel.

—Esperaba ser *yo el que dirigiera la conversación* —replicó—. Los papeles se han invertido; pero, de todos modos, le formularé la pregunta: ¿Qué ha venido a hacer a Phnom Penh, señor Glenne? Francia nos ha acostumbrado a permanecer al margen de todo esto. ¿Por qué nos envía, ahora, a un agente de acción?

—Y tú pensabas que yo te contestaría amablemente...

—Creí que estaría en condiciones de obligarle a hacerlo.

Reflexioné rápidamente. No tenía el menor interés en enemistarme con el Vietcong. Por el contrario, asegurarme su neutralidad simplificaría mi misión. Saqué el cargador y tiré la automática, que cayó sobre sus rodillas. No hizo ningún gesto para cogerla.

—Puedes decirles a tus amos que no estoy haciendo nada que pueda perjudicarles, *sino todo lo contrario*. Ahora, largo de aquí. Y que no vuelva a encontrarte en mi camino. ¿Entendido?

No se movió. Reflexionó un breve instante, y luego recuperó su automática, colocándosela debajo del sobaco izquierdo.

—Me hubiera gustado que fuera usted un poco más explícito, señor Glenne —dijo, poniéndose en pie—. Si nuestros intereses no son contrarios,

pueden ser comunes... En tal caso, la ayuda que puedo prestarle no es de desdeñar.

—¡Lárgate!

Hizo una mueca. Hasta cierto punto, yo había contestado a su pregunta, asegurándole que mi acción no iba dirigida contra el Vietnam del Norte. Y me había creído, simplemente porque era verdad, y la verdad tiene un sonido que no engaña.

—Sinceramente, lamento su actitud, señor Glenne —dijo—. Tal vez no he obrado rectamente con usted... En fin, permíteme por haberme introducido en su casa. Conoce demasiado la profesión para tomármelo en cuenta, ¿no es cierto? Sólo deseaba hablarle, y le aseguro que no traía malas intenciones. Ya habrá observado que he venido solo...

—¡Sí! ¡Largo de aquí! —repetí.

Me dirigió una mirada cargada de reproches, dio unos pasos en dirección a la puerta y se volvió, como si esperara ser llamado. Al ver que no me movía, abrió la puerta y se marchó.

Fui a correr el cerrojo, y luego entré en el cuarto de baño a asearme un poco. Cuando estaba a punto de acostarme, sonó el teléfono. Descolgué el receptor, preguntándome quién podía llamarme a aquella hora.

—El señor Jouan —anunció la voz impersonal del telefonista del hotel.

Asentí y me pasó a Paul Jouan.

—He visto salir a nuestro amigo Lö-Song —dijo—. He querido asegurarme de que no se había roto nada.

Le agradecí su solicitud en un tono que no era de gratitud, precisamente.

—Bueno, no se lo tome así —replicó—. Soy un ave nocturna, y la casualidad me ha traído hasta aquí.

¡Y un cuerno! Me había seguido, sencillamente.

—No creo haberle perjudicado —continuó—. Puesto que todo va bien, perdone la molestia. *Chao!*

—Jouan...

—¿Sí?

—Suba a beber un trago a mi apartamento. De todos modos, no podía conciliar el sueño...

—No tardo... —afirmó, tras una breve vacilación.

Aquel individuo me intrigaba. Llamé a conserjería y me hice subir una botella de Gilbey's, agua tónica y hielo. Jouan se presentó al cabo de unos minutos, y, en cuanto le vi, comprendí que mis sospechas no estaban justificadas.

Entró con una leve sonrisa en la comisura de la boca, echó una ojeada y su sonrisa se hizo más ancha:

—Nadie para fastidiarme, y Ginebra —observó, irónico como siempre—. He hecho bien en venir. Claro que el portero no era de la misma opinión: quería echarme.

Se dejó caer en una butaca, mientras yo llenaba los vasos, y aceptó un Gauloise.

Sugerí:

—¿Y si soltara la mercancía, de modo que sepa a qué atenerme en lo que respecta a usted?

Comprendió inmediatamente, bebió un sorbo y empezó a hacer girar rápidamente el vaso entre sus dedos. Se decidió bruscamente:

—¿Pertenece usted al C. D. E. C. E.?

—No haga preguntas.

Bebió otro sorbo y, durante unos segundos, contempló la punta de sus zapatos.

—Bueno, voy a poner las cartas sobre la mesa —dijo, levantando la cabeza para mirarme a los ojos—. Hace mucho tiempo que espero una ocasión semejante.

—¿Por qué?

—En Francia, estoy condenado a veinte años en rebeldía.

—¿Por...?

—Una calaverada.

Fumé unos instantes en silencio. Su mirada perdió su expresión burlona, se veló, traicionando por primera vez un cansancio espiritual.

—Aquí no lo paso mal —continuó—. Vivo a mis anchas y nunca me falta un plato de comida. Si no fuera por las noches... Uno se desvela y empieza a pensar, ¿sabe? Echo de menos París, y de un modo especial mi Montparnasse. En una palabra: me muero de ganas de regresar. Si me hubiera presentado ante el tribunal, me habrían endosado de cinco a siete años en lugar de veinte. ¡Siete años a la sombra! Una perspectiva poco agradable. Con la ayuda de usted, podría obtener una condena condicional. Eso me ha sugerido la idea de ponerme a su servicio. Hablo casi todos los dialectos de aquí y puedo ser un buen guía.

—¿Por qué cree que necesito un guía?

—No soy tonto. No se alquila un jeep para quedarse en Phnom Penh...

Desde luego, no tenía los ojos en la espalda y sabía razonar.

—¿Qué más?

—Nada... Espero... Hace seis años que estoy en Asia y no he dado un paso en falso. Tiéndame una mano y no lo lamentaré. Sin jactancia, no toco mal la guitarra. Podría ganarme el pan honradamente. Palabra...

Apartó su vaso sin haberlo vaciado, como si quisiera demostrar su buena voluntad. Luego me miró, con una especie de muda súplica en los ojos.

¡Hay que ser comprensivo y perdonar al pecador!

—La libertad hay que ganársela —dije—. Hay que ganársela duramente.

Se encogió de hombros:

—Estoy convencido de ello.

—La cosa no será ningún pastel...

—Usted piensa hincarle los dientes, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Entonces?

Podía serme útil. Me pregunté hasta qué punto tenía derecho a hacerle arriesgar su pellejo. Por otra parte, acababa de resumir perfectamente la situación al decir que yo pensaba «hincarle el diente» al asunto. Pensándolo bien, yo confiaba en regresar. ¿Por qué no él?

Pregunté:

—¿Conoce usted la jungla?

Me dirigió una sonrisa sardónica, con una ceja muy elevada por encima de la otra.

—¿Quién conoce la jungla? Me he paseado un poco por ella, sí...

Cerró a medias un ojo, inclinó la cabeza y me miró:

—Si puedo permitirme la pregunta, ¿no busca usted por casualidad a Gerard Orly?

Me sobresalté.

—¿Conocía usted a Orly?

Replicó:

—¿Tantos franceses hay en Phnom Penh?

—¿Quién le ha dicho que necesita ser buscado?

Por primera vez, reveló cierto nerviosismo, y la mirada que me dirigió preguntaba claramente: «¿Me toma usted por un imbécil?».

—La pequeña Sao, del bar de las Flores, tiene los ojos enrojecidos desde hace algún tiempo —respondió—. Gerard Orly se ha perdido de vista, y no se hubiera marchado de Phnom Penh sin llevarse al menos sus objetos personales. No han sacado nada de su casa.

Decididamente, razonaba bien.

—Creo que saldremos de excursión mañana por la mañana —dije.

Vi que su nuez de Adán subía y bajaba rápidamente por su garganta, y por un breve instante sus ojos se humedecieron. Se inclinó para volver a coger su vaso; pero en realidad hizo aquel gesto para ocultar su emoción.

Hay un papel que el mejor de los actores no puede representar con tanta naturalidad. Quedé convencido de que me había buscado un buen compañero.

Me serví otro gin-tonic, y bebí lentamente, a pequeños sorbos, dándole tiempo a Jouan para que se repusiera de su emoción.

Saqué mi paquete de Gauloises:

—¿Quieres uno?

—Gracias —asintió.

Aceptó mi tuteo con una especie de alegría reprimida, y sus ojos brillaron de contento.

Un poco más tarde, le eché de mi cuarto. Saldríamos a las seis de la mañana y quería dormir unas horas.

CAPÍTULO IV

—¡Un sinvergüenza, desde luego! —afirmó calurosamente Giulio Cavassa—. ¡Portarse así con una mujercita tan maravillosa como usted! *Oh, là, là!* Realmente, hay individuos que no merecen la suerte que tienen. De modo que se marchó, y usted no volvió a verle hasta el otro día...

—Mi hijo no había nacido cuando Willy me abandonó, va a hacer dos años —suspiró Tsaî-Nu.

—¡El muy canalla! —exclamó Cavassa.

Parecía estar realmente indignado, y Tsaî-Nu se lo agradeció. La joven era realmente atractiva, delicada como una muñeca de porcelana, y la maternidad no la había deformado. Cavassa la había encontrado en aquella *boîte* de Hai Ba Trung donde el elemento militar dominaba claramente. En su mayoría, oficiales en busca del reposo del guerrero junto a las encantadoras camareras. Sólo rostros jóvenes, aunque señalados ya por la guerra. Y se bebía de firme para olvidar.

—¿Está usted segura de que era él? —preguntó Cavassa.

—Era Willy —afirmó Tsaî-Nu—. Pero hizo como si no me conociera. ¡A mí!

La indignación arrancó destellos de sus ojos.

—El Ejército no la abandonará —aseguró Cavassa, abrazando a Tsaî-Nu, como para dar una forma tangible a aquella protección—. Lo fastidioso es que no conseguimos echarle la mano encima. Aquel granuja le dio a usted un nombre falso, evidentemente. ¿No ha vuelto a verle, después de aquella vez, en un jeep, hace una decena de días?

La joven sacudió la cabeza negativamente.

—Pero, anteayer vio de nuevo al M. P. que conducía aquel jeep, en compañía de una de sus amigas, ¿no es cierto?

Esta vez, el pequeño rostro se crispó.

—¿Amiga mía, esa zorra de Carmen Nguyen? ¡Oh, no! ¡Preferiría la amistad de un cocodrilo!

—Bueno —dijo Cavassa, en tono conciliador—, he querido decir de una mujer conocida suya.

—Eso es distinto —replicó agresivamente Tsaî-Nu.

Cavassa sonrió. Pensó que por mediación de la muchacha podría llegar hasta el M. P., y por el M. P. hasta Willy Pearson. En resumen, lo tenía en el bolsillo.

Debido a las nuevas disposiciones sobre la moralidad del gobierno de Saigón (para fastidiar a los norteamericanos como quien no quiere la cosa), en las *boîtes* no se bailaba ya, y a pesar de la presencia de numerosos oficiales, dos robustos M. P. pegados a la puerta velaban por la estricta observancia de aquellas disposiciones.

—Mañana iremos juntos a ver a esa muchacha —decidió Cavassa—. Entretanto, no vamos a separarnos. ¿De acuerdo, muñeca?

Tsaî-Nu inclinó púdicamente los ojos y dejó que su mirada se filtrara hacia Cavassa a través de sus largas pestañas. Preguntó, en voz baja:

—¿Quiere eso decir que vamos a acostarnos juntos?

Cavassa frunció el ceño, como si realizara un verdadero esfuerzo para estudiar el problema.

—Es el modo más práctico de no separarnos —admitió—. Desde luego, nada la obliga a aceptar. Pero debo asegurar su protección en su calidad de testigo. Lo malo es que sólo dispongo de una habitación. Claro que podría acostarme en la butaca, y cederle a usted la cama. ¿Qué opina de esta solución?

—No creo que sea necesario —respondió Tsaî-Nu, enrojeciendo.

Cavassa dio por zanjado el asunto. Echó unos billetes sobre la mesa e hizo una seña a su compañera. De pie, Tsaî-Nu no le llegaba a la altura del sobaco, y, al cogerle del brazo, la joven se encontró casi suspendida encima del suelo.

Salieron, saludados por los M. P., y Cavassa alquiló un *rickshaw*.

A falta de algo mejor, Cavassa se contentaba con una habitación en el segundo piso de un hotel de segunda categoría, enteramente requisado por la tropa U. S. A. Soldados con permiso, deseosos de aprovechar el tiempo. En todos los pisos resonaban ruidosas carcajadas. Aquel ambiente era muy del agrado de Cavassa, que había tomado la precaución de proveerse de una botella de *Old Crow*.

—Muñeca, la tradición exige que la recién casada entre en la casa en brazos de su marido —dijo, levantando a Tsaî-Nu.

Le bastó una mano. Con la otra, hizo girar la llave en la cerradura, y luego dio un puntapié a la puerta para abrirla.

La explosión le proyectó violentamente contra la pared opuesta. Por reflejo condicionado, se dejó caer al suelo mientras llovían toneladas de cascotes. Cavassa tuvo la impresión de que una bomba aérea acababa de caer sobre el inmueble, el cual parecía abrirse por la mitad. Una viga cayó con gran estrépito y resonaron los primeros gritos de mujer.

Desde luego, se había cortado la luz, y una opaca nube de polvo se aferró a la garganta de Cavassa. Se incorporó como pudo, comprobó que no había sufrido ningún daño, encontró su encendedor y, a aquella débil claridad, vio a Tsaî-Nu. A dos pasos de él, a su derecha. Yacía inerte debajo de una viga.

A pesar de su fuerza poco corriente, Cavassa estuvo a punto de romperse las venas del cuello levantando la viga. El acre olor del humo hirió su olfato y unas llamas brillantes se encendieron debajo de él.

Pensó: «¡M...! ¡Vamos a asarnos!».

Con un último esfuerzo desplazó la viga y sacó a Tsaî-Nu sin sentido.

El fuego que acababa de declararse adquiría intensidad con una rapidez extraordinaria. Pronto resonaron otras explosiones, al estallar las tuberías del gas.

Cavassa se despojó de la americana, rodeó con ella la cabeza de Tsaî-Nu y, apretando a la joven contra su pecho, se lanzó al horno. Sin saber cómo, con los cabellos y las cejas chamuscados, alcanzó la planta baja donde una marea humana le empujó hacia la salida.

Una vez en la calle, se apartó de un grupo aglomerado, respiró a fondo, sin soltar a Tsaî-Nu, y apagó su propia camisa que empezaba a arder.

Se oía hablar de un atentado terrorista de los partisanos vietcong y los socorros se organizaban con una celeridad que revelaba una organización perfecta y casi una larga costumbre de aquella clase de accidente.

Llegados a una velocidad supersónica, un cordón de agentes vietnamitas establecía ya una barrera. Llegó también un coche de bomberos, precediendo de muy poco a una larga escalera y a las primeras ambulancias.

Se oyó un gran crujido y Cavassa vio, al volverse, cómo se hundía una parte de los pisos superiores del hotel. Locas de terror, unas muchachas se precipitaban por las ventanas a pesar de los gritos de advertencia y sus cuerpos venían a aplastarse contra la calzada salpicada de sangre.

A pesar de lo acostumbrado que estaba al espectáculo de la muerte, Cavassa apartó los ojos. Pensó en Tsaî-Nu, y corrió hacia una de las ambulancias. Inmediatamente, unos camilleros se apearon del vehículo, al mando de un sargento.

El sargento vio a Cavassa y gritó:

—¡Por aquí!

Ayudó a Cavassa a acostar a la joven sobre la camilla.

—Su americana, *Sir*...

Se inclinó y su rostro se contrajo:

—Lo siento, *Sir*, pero tenemos casos más urgentes. Esta mujer está muerta.

Hizo una seña a sus hombres para que la depositaran en el suelo y miró a Cavassa, el cual se había puesto muy pálido.

—¿Se encuentra bien, *Sir*?

—Muy bien, sargento.

—Tiene rota la columna vertebral. No ha tenido tiempo de sufrir. *Sorry, Sir!*

Cavassa sacudió la cabeza. Sacó su cartera y sus objetos personales de los bolsillos de su americana y luego volvió a cubrir el rostro de la pequeña Tsaî-Nu. Tenía una expresión de infinita calma y Cavassa había conseguido proteger del fuego la negra cabellera. Tal como había dicho el sargento, no debió sufrir.

En aquel momento apareció un automóvil con el banderín del C. G. Cavassa reconoció al oficial de Seguridad que descendía apresuradamente de él.

Una mano se posó sobre su brazo:

—Ha sufrido usted quemaduras, *Sir*. Necesita ser atendido.

—Gracias —dijo Cavassa, rechazando el brazo de un enfermero.

Se dirigió hacia el O. S.

—¡Vaya! ¡Estaba usted aquí! —dijo el oficial, reconociéndole—. ¿Viene usted?

Los refuerzos no cesaban de llegar; embutidos en unas escafandras de amianto, los especialistas atacaban el foco central del incendio. Al lado del silencioso Cavassa, el O. S. recibía los primeros informes. El hotel, casi destruido. Once muertos, en una lista que se iba alargando, y una treintena de heridos más o menos graves.

La última información que le llegó hizo sobresaltar al O. S., el cual se volvió hacia Cavassa, preguntando:

—¿Qué habitación tenía usted?

—La doce.

—Bueno, se ha librado de milagro. La carga de plástico ha estallado en su cuarto.

—La pequeña no se ha librado —explicó Cavassa con aire sombrío.

—¿La joven de la cual hablábamos esta mañana?

—Sí...

El O. S. miró a Cavassa. Sobre su camisa color beige, las insignias de coronel le autorizaban a tratar a Giulio Cavassa de igual a igual.

—No irá a creerse responsable de este desastre —dijo—. De todos modos, ¿no cree que el objetivo era usted? Bueno, usted y Tsai-Nu...

—No podían prever que la traería al hotel.

—Conociendo su reputación, me pregunto si de veras no podían preverlo —replicó el O. S. en tono cáustico.

Cavassa se tragó una respuesta ácida y se encogió de hombros.

—En tal caso, era un poco tarde —dijo.

Pensó en Carmen Nguyen, y añadió:

—Ya había sacado de ella todo lo que podía decirme.

—Perdóneme, me están llamando —dijo el O. S.—. ¿Vendrá usted a la oficina mañana?

—A primera hora —asintió Cavassa.

Pensó que no poseía ropas de repuesto y que de repente se encontraba sin domicilio. El O. S. hubiera podido facilitarle las cosas; pero le pareció mezquino hablarle de ello en aquel momento. Y le dejó marchar.

Nervioso, encendió un cigarrillo, se dirigió hacia la barrera de policías y mostró su documento de identidad a un M. P. que doblaba a los agentes vietnamitas. El otro saludó y le dejó pasar.

Volviéndose, Cavassa distinguió los últimos resplandores del incendio. Pensó en lo que acababa de decirle el O. S. y sus hombros se hundieron ligeramente, como si no pudiera soportar el peso de su responsabilidad.

—¡Los muy cerdos! ¡Ésta me la pagarán! —exclamó, a media voz.

Ni pensar en dormir. Subió hacia TranQui Cap y desembocó en el *Baccara*. Sobre el escenario se movía un ballet de danzarinas francesas que levantaban las piernas con más o menos gracia.

Giulio Cavassa se sentó en la barra y se bebió dos whiskys, uno tras otro. El individuo que le reflejó el espejo le impulsó a ir a asearse un poco. Volvió a ocupar su lugar en la barra y pidió otro whisky, sin querer ver los tiernos ojos de una camarera dispuesta a acudir en ayuda de un solitario. En solitario terminó la noche y, al amanecer, se encontraba en un café de la calle Tu-Do esperando que abrieran las tiendas.

Estaba casi correcto, aunque embutido en una americana demasiado estrecha, cuando se presentó en el C. G. Tras comprobar su identidad, el centinela le dejó pasar. Se adentró por el pasillo y se detuvo ante la puerta 16. Las palabras «Coronel D. Lionel» se destacaban sobre la parte superior encristalada, precediendo a la mención «*Private*», que databa del antiguo ocupante del despacho.

Cavassa empujó deliberadamente la puerta y su intrusión interrumpió por unos segundos el trabajo de las secretarias. El O. S. se encontraba precisamente en el umbral de su oficina particular, que poseía un acceso directo al secretariado. Saludó a Cavassa con un gesto, invitándole a pasar.

—Llega usted a punto —dijo, volviendo a cerrar la puerta detrás de ellos—. Me disponía a desayunar. ¿Tomará un poco de café?

—Sí, gracias —aceptó Cavassa, dejándose caer en una amplia butaca.

Cogió la taza de café que le tendía el coronel Douglas Lionel, y dejó que este último extendiera sobre una tostada untada con mantequilla una capa de mermelada de naranja.

—Me pregunto cómo se las arregla para aparecer tan despejado —dijo el O. S.—. Apuesto que, al igual que yo, no ha pegado el ojo en toda la noche... En estos momentos resulta difícil encontrar una habitación en Saigón. Me preocupé de ello, pero usted se había marchado ya. ¡Qué desastre! Vamos por el muerto número treinta, y la lista se alarga cada vez más. El primer comunicado aparecerá en la prensa del mediodía. Versión oficial: atentado terrorista contra un hotel ocupado en parte por soldados norteamericanos de permiso. Pero no le oculto que he tenido que dirigir también un informe al G. C. G. En él manifiesto que, en mi opinión, el atentado iba dirigido contra usted, y que posiblemente el Vietcong no tenga nada que ver en el asunto. Asimismo, me he visto obligado a señalar que, al regresar al hotel, le acompañaba la pequeña Tsai-Nu. ¡Lo siento!

—No se preocupe —dijo Cavassa.

Estiró las piernas y continuó:

—Lo que ahora me interesa averiguar, Lionel, es el medio de localizar a una muchacha llamada Carmen Nguyen. Una amiga de Tsaî-Nu. A través de ella, creo que podré llegar hasta Willy Pearson. ¿Quiere usted comprobar si tiene alguna ficha acerca de ella?

Con dos dedos, el O. S. empezó a tamborilear sobre su escritorio. Levantó la cabeza y miró a Cavassa. La expresión de fatiga de su rostro pareció acentuarse.

—Es inútil que nos informemos acerca de Carmen Nguyen.

—¿La conoce usted?

—Desde hace diez minutos, exactamente. Acabo de leer su nombre. Cada mañana, el comisario central, a petición nuestra, nos envía una copia de los hechos más relevantes que se han producido en el transcurso de la noche. Carmen Nguyen ha sido degollada, al amanecer, en Cholon. Salía de una *boîte* llamada «El gran juego».

Cavassa hizo una mueca. Apretó las mandíbulas y, por unos instantes, se absorbió en la contemplación de una esquina del techo. Luego se dejó caer hacia atrás con tanta fuerza, que la butaca estuvo a punto de volcarse.

Rogó:

—Si no le importa, bebería un poco más de café.

—Con mucho gusto —dijo el O. S.

Sirvió a Cavassa, sin dejar de mirarle.

—Bueno, confieso que es un golpe muy duro —admitió Giulio—. Tsaî-Nu, luego Carmen Nguyen... Diríase que conocen todos y cada uno de mis movimientos. En cualquier caso, la cosa no ha podido empezar peor.

—Escuche, amigo mío —dijo el coronel Lionel en tono comprensivo—, Saigón es una ciudad extraña, muy difícil para el que no está habituado a ella. He recibido la nota relativa a usted. Me dicen que debo proporcionarle una ayuda total; pero que no debo intervenir a menos que usted solicite mi colaboración. Sinceramente, ¿no cree que los acontecimientos han superado ya un poco sus posibilidades? Lo ignoro casi todo acerca de su misión y ni siquiera sé lo que busca usted, en realidad. Si se franqueara usted un poco conmigo, tal vez podría ayudarle de un modo más eficaz.

—Es usted muy amable —sonrió Giulio Cavassa—, y se lo agradezco muy de veras. Pero tengo todavía una cuerda en mi arco, y la interpretación correrá a mi cargo. De todos modos, si pudiera averiguar algo acerca del asesinato de Carmen Nguyen, la información sería muy valiosa para mí.

—¿Es eso todo?

—De momento, sí.

El O. S. se encogió imperceptiblemente de hombros. Le parecía absurdo el deseo de Cavassa de desenvolverse por su cuenta en una ciudad como Saigón, y la obstinación de su interlocutor le sacaba de quicio.

—Entendido —asintió de mala gana.

Se puso en pie al mismo tiempo que Cavassa y le acompañó hasta la puerta.

Fuera de la sombra helada de los grandes edificios, Cavassa encontró un sol que pegaba fuerte. Se quitó la americana y, a grandes pasos, subió en dirección a la Catedral.

A la derecha de la calle Tu-Do se encuentra el edificio del Parlamento, y Cavassa había experimentado el urgente deseo de trabar conocimiento con Liu-Su, el individuo que acompañaba a Tsaî-Nu cuando ésta había creído ver al exsargento Willy Pearson paseándose en un jeep del Ejército.

CAPÍTULO V

A condición de no tener un vientre demasiado sensible a las sacudidas y de conducir con la suficiente firmeza como para no ser sorprendido por los baches, nuestro viaje discurría normalmente. Junto a mí, Paul Jouan representaba el papel de niñera encendiendo de cuando en cuando un cigarrillo que me colocaba solícitamente en el pico. La mañana había transcurrido sin incidentes notables. Poco antes del mediodía, habíamos almorzado unas latas de ración C, pollo al curry, y habíamos reemprendido la marcha a pesar del sofocante calor.

Después de ocho horas de volante, ya tenía por la mano todas las trampas de la carretera y conducía con cierta desconcentración, rectificando la trayectoria del jeep de un modo automático. Esto me dejaba en libertad para contemplar el paisaje, y acababa de posar los ojos en la magnífica floración de un macizo guarnecido de pequeñas flores de color violeta que por su forma recordaban las rosas de pitiminí, cuando Paul Jouan agarró el volante y lo giró con todas sus fuerzas hacia la derecha. Instintivamente, di un frenazo brutal, aceleré y volví a frenar. El jeep obedeció muy bien. Durante una fracción de segundo, tuve la clara impresión de que la rueda derecha trasera giraba en el vacío; luego volvió a morder la carretera, y yo me encontré parado, habiendo realizado, un poco por casualidad, una media vuelta impecable.

—¡Santo cielo! —exclamó Paul Jouan.

Saltó al suelo y apuntó su carabina a un árbol de ramas entrelazadas que se erguía a unos quince metros de la carretera.

Nada se movió. Paul Jouan se relajó un poco y con el antebrazo se secó la frente, empapada en sudor.

—¡Mire! —dijo, señalando la carretera—. Un poco más y nos hundimos.

Me mostraba la profunda fosa excavada en la carretera. Cubierta de ramas de bambú, disimuladas a su vez con unas paletadas de tierra, resultaba casi invisible. Todo el fondo estaba lleno de estacas puntiagudas, capaces de ensartar limpiamente al hombre o al animal que cayeran encima de ellas.

—Me estaba temiendo algo por el estilo —continuó Jouan—. Afortunadamente, no perdía de vista la carretera.

Sólo podía hacer una cosa: darle las gracias.

—¡Cuidado! —añadió—. Habitualmente, uno de esos macacos se queda vigilando la...

Vi un leve resplandor y mi automática, como por arte de magia, acudió a la palma de mi mano derecha. Apreté el gatillo dos veces consecutivas.

Un cuerpo pesado cayó de rama en rama, rebotó y se estrelló sobre la carretera.

—¡M...! ¡Ha liquidado usted a uno! —exclamó Paul Jouan.

Rodilla en tierra, vigilaba los matorrales. Al no producirse ninguna respuesta, consideré que el asunto estaba resuelto y volví a enfundar mi arma debajo de mi sobaco izquierdo. Paul Jouan se incorporó. Estaba asombrado.

—¿Cómo se las ha arreglado? —inquirió, sin dejar de vigilar el terreno.

—He visto algo que brillaba y he disparado, sencillamente —dije—. Da la casualidad de que soy un tirador aceptable.

—¡Aceptable! —exclamó.

La cosa estaba decididamente tranquila. Seguido por Paul Jouan, rodeé la fosa y fui a examinar a mi víctima. Con dos balas en la cabeza, no hubiera podido correr mucho. Llevaba el sombrero de paja típico de los campesinos. Pero también una cartuchera llena y una carabina de fabricación checoslovaca en bandolera.

—Eso es lo que me ha puesto sobre aviso —le dije a Jouan, señalando los prismáticos que colgaban del cuello del muerto.

Y añadí:

—Nos estaba mirando, y el cristal ha reflejado el sol. Esos tipos no son demasiado listos.

—No se fíe —respondió Jouan—. Éste ha cometido un error. Tanto mejor para nosotros.

Se inclinó para examinarlo más de cerca y le registró, sin encontrar nada más que una pastilla de betel.

—Desde luego, no pertenece al ejército regular —dijo, incorporándose—. Es uno de esos partisanos que Hanoi acepta de mala gana: más bandolero que resistente. La banda no debe encontrarse muy lejos. ¡Cuidado!

—¿Dónde está la frontera?

—A una decena de kilómetros. Es la zona más peligrosa. Nunca se sabe sobre qué se puede caer. Si tiene interés en conservar la cabeza sobre los hombros, deberá disparar todavía mejor.

Le dije que lo intentaría, y me preocupé del medio de continuar nuestro camino. Lo mejor parecía ser abrirnos paso por la plantación de bambús que se extendía a nuestra derecha, a fin de poder contornear la fosa. Jouan se mostró de acuerdo.

—Prefiero que se quede usted vigilando —dijo—. No tardaré mucho.

Asentí. Jouan empuñó un machete y empezó a tronchar las gruesas cañas. Le observé: estaba completamente tranquilo, e incluso se puso a silbar «Perla de Cristal». ¡Un gran tipo, Paul Jouan! No me había equivocado al escogerle. Terminó su tarea en menos de un cuarto de hora.

—¡Listo! ¡Adelante!

No por mucho tiempo. Un ray^[1] nos cerró bruscamente el paso. Más allá no parecía existir la carretera.

—¡Final de trayecto! —exclamó Paul Jouan—. Esta vez, tendremos que ir a pie.

Aquello me pareció tan evidente, que arrimé el jeep a la derecha para situarlo al abrigo debajo de un árbol. Encendí un Gauloise, mientras Paul Jouan sacaba las botas y los dos macutos que habíamos preparado.

—¡Qué asco! —exclamó Jouan—. Me he vuelto loco cortando bambús, para que avancemos apenas trescientos metros.

—Lo que me asombra —dije— es que hayan construido una trampa un poco más lejos, cuando la carretera queda interrumpida allí. ¿Cómo se explica eso?

—No lo sé. Es posible que los *Chinook*^[2] patrullen.

—¿No habló usted de una decena de kilómetros para llegar a la frontera? Se encogió de hombros:

—Es lo que yo creía. Pero, en este laberinto, nunca puede asegurarse nada. Me pregunto incluso si existe un solo mapa que merezca confianza. Tal

vez estamos aún en Cambodia, tal vez nos encontramos ya en el Vietnam.

—¿Y si hubiéramos caído en una trampa *al revés*?

Jouan arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Si hemos alcanzado una zona perfectamente controlada por los norteamericanos, pueden haber colocado un pequeño escollo en la carretera. En otras palabras, la fosa no se encuentra al final de la carretera, *sino al comienzo*. Está destinada a funcionar de Este a Oeste, y no de Oeste a Este. ¿Comprende ahora?

—¡Canastos! No se me había ocurrido... Eso explicaría que los macacos no nos hayan caído sobre la rabadilla: les hemos sobrepasado.

—Es posible, ¿no?

—Sí. Y este arrozal tiene aspecto de haber sido labrado hace muy poco tiempo. En tal caso, estamos mucho más cerca del objetivo de lo que yo creía. Mejor dicho, nos encontramos ya en él.

—¡Tú lo has dicho!

—Si volvemos a tutearnos, por mí encantado —dijo, en plena euforia—. ¡Ahí va eso!

Atrapé las botas al vuelo y me equipé rápidamente, casi convencido de que si el campo norteamericano existía, íbamos a verlo en cuanto cruzáramos el arrozal. A partir de aquel momento, debíamos observar atentamente el cielo a fin de que no pudiera localizarnos alguna patrulla aérea.

Paul Jouan abrió la marcha, chapoteando alegremente en el arrozal, con agua hasta la pantorrilla. Más pesado que él, me hundí más profundamente y avancé con mayores dificultades. Amablemente, permitió que llegara a su altura.

—La cosa me parece demasiado fácil —dijo Paul Jouan, haciendo una mueca—. ¿Crees que, a pesar de todo, París me lo tomará en cuenta? ¡Oh! ¡Volver a Montparnasse! ¡Si tú supieras!

Ironice:

—¿Estás dispuesto a abandonar a tus amiguitas?

—Encontraré otras en París. Allí, la veda siempre está abierta.

También aquí la veda estaba abierta. Porque eso fue lo que nos sucedió, exactamente: fuimos pescados. Hábilmente lanzada, la red nos envolvió a los dos. Y luego nos arrastró entre las risas de una docena de macacos.

—*Lin-Taî! Lin-Taî!* —aulló Paul Jouan.

Nuestra cualidad de franceses no pareció impresionarles demasiado. Armados hasta los dientes, con sus *caî-quan* que les daba un aspecto de

muchachas, cabellos largos y labios delgados, nos dirigían unas miradas saturadas de maligna alegría.

Las metralletas apuntadas nos prohibían cualquier gesto sospechoso. Librado de la red, me puse trabajosamente en pie y levanté las manos; una posición vejatoria, pero que asegura una esperanza momentánea.

—*Lin-Taï!* —aulló de nuevo Paul Jouan, con el mismo éxito.

Mundo al revés aquél: el jefe era más pequeño que los demás y mostraba la repugnante caverna de una boca desdentada. Con el dorso de la mano me golpeó en pleno rostro, mientras uno de sus hombres me despojaba de mi arma, una Lúger de cañón atascado por el barro que hubiera estallado si llego a apretar el gatillo.

—¡Cerdo asqueroso! —aulló Paul Jouan.

Había ocultado un cuchillo en su bota derecha. El cuchillo penetró en un vientre, definitivo como el juicio final. Oí reír a Paul Jouan cuando volvió a sacar la hoja enrojecida por la sangre. El amarillo, con las manos crispadas sobre el vientre, contemplaba la riada púrpura que brotaba de un enorme agujero, asombrado por aquella muerte que le llegaba cuando se había creído vencedor. Un hombre, con el rostro arrugado, deformado por un rictus de odio, levantó su machete. Los vietnamitas manejan muy bien esta arma y, por un momento, esperé ver rodar por el suelo la cabeza de Paul Jouan. De un modo imprevisible, una mano golpeó el brazo, el cual se abatió.

No comprendí la orden que siguió, pero sentí un fuerte dolor cuando, al precipitarme a ayudar a Paul Jouan, tres viets se juramentaron para derribarme a culatazos.

* * *

Quedé asombrado al despertar bajo una tienda tipo «canadiense», con Paul Jouan a mi lado; por su aspecto, hubiérase dicho que un bulldozer le había pasado por encima. Estábamos atados a una estaca hundida profundamente en el suelo. Pero, por lo menos, se habían dignado protegernos con una lona y aquella sorprendente atención me devolvió un poco de esperanza.

Una llama danzaba en la mirada de Paul Jouan. Se apartó ligeramente de mi lado, y sus labios tumefactos dejaron escapar una queja.

—¿Cómo va eso?

—¡Estoy hecho polvo! ¿Y tú?

Un dolor sordo me trabajaba desde la punta de los pies a la raíz de los cabellos, y no sabía exactamente dónde me encontraba. Se lo dije a Paul.

—No me hagas reír. Me perjudica —replicó.

Había saboreado un puntapié o un culatazo que le había aplastado literalmente la boca, y el pobre apenas podía hablar. Traté de animarle con la sonrisa que él no podía elaborar.

—*Can-Bo!* —consiguió articular.

—¿Qué?

—*Can-Bo!* Cuadro político...

Acabé por entender que estábamos esperando a un cuadro político, personaje importante del régimen, el cual decidiría nuestra suerte. El hecho me pareció tanto más sorprendente por cuanto aquellos individuos no parecían pertenecer a una formación regular.

Lo comenté con Paul Jouan, el cual se limitó a encogerse de hombros.

—Te volverás loco si tratas de comprender lo que pasa en este maldito país —murmuró—. ¡Oh! ¡Mi querido Montparnasse!

Por lo menos, él no perdía la esperanza.

CAPÍTULO VI

Sus ojillos negros no cesaban de moverse, poniendo nervioso a Cavassa, el cual cerró los dedos, contemplando por unos segundos un puño que a Liu-Su le pareció enorme.

—Bueno, ¿le reconoció, o no le reconoció? En su declaración se mostró categórico...

La mirada de Liu-Su se pegó a la alfombra. En aquel *drugstore* se encontraba de todo, incluidos los últimos artilugios *made in U. S. A.* En el mostrador de la librería, un vietnamita hojeaba el último número de *Life* y parecía muy interesado en él.

—Ese asunto ha adquirido demasiada importancia —dijo Liu-Su—. Hoy no podría ser tan categórico. Es posible que, en aquel momento, me dejara influir por la actitud de Mlle. Tsaî-Nu. Ella gritó: «¡Pero, si es Willy!». Y en aquel instante me pareció reconocerle. Él volvió la cabeza hacia nosotros y nos dirigió una mirada neutra, la mirada que se dirige a un transeúnte cualquiera al que se ve por primera vez. Luego, el jeep se puso en marcha.

—¿Después de que Mlle. Tsaî-Nu hubo gritado «¡Willy!»?

—Sí. Pero no creo que fuera a causa de aquel grito. Se marcharon porque tenían que marcharse, sencillamente.

—Y, en su opinión, ¿era Willy Pearson el hombre que iba en el jeep?

Liu-Su se permitió una leve sonrisa que Cavassa encontró irritante.

—¿Por qué repetirme la pregunta? —inquirió—. Ya le he contestado. En aquel momento, sí. Ahora, ya no estoy seguro de nada. Un gran parecido, es cierto. Pero yo no juraría que vi a Willy Pearson. Sería preciso que usted pudiera ponérmelo delante. Entonces le contestaría de un modo concreto. Ahora, discúlpeme. Se hace tarde, y tengo que volver a mi trabajo.

—Sí, desde luego —asintió Cavassa, disimulando su descontento.

En una hora de conversación, no había podido sacarle nada a Liu-Su.

—No, déjelo... —dijo, al ver que Liu-Su hacía ademán de querer pagar su consumición, es sólo un té a la menta tomado en el bar del *drugstore*.

El otro le dio las gracias con una leve inclinación, acompañada de su corrosiva sonrisa, que sacaba de quicio a Cavassa.

—Bueno, hasta la vista, coronel. Si me necesita para algo, estoy incondicionalmente a su servicio.

—Muy amable —gruñó Cavassa.

Le habría machacado, convencido de que, con su almibarada cortesía, había estado tomándole el pelo. Le vio salir, silueta frágil entre otras siluetas frágiles.

Cavassa ahogó su cólera bebiendo dos cervezas, una tras otra, pagó la cuenta y salió por la calle Tu-Do. El vietnamita que leía el *Lije* salió detrás de él.

Reinaba la animación habitual en la más bella y más rica de las arterias de la capital del Vietnam del Sur, con sus lujosos almacenes que, desde hacía mucho tiempo, se habían puesto a la hora norteamericana. Maquinalmente, Cavassa descendió hacia el bulevar que discurría a lo largo del río. Por un instante, pensó en regresar a la oficina de Douglas Lionel para pedirle al O. S que pusiera a Liu-Su bajo vigilancia. Pero desistió de hacerlo.

El silbido de admiración de un soldado que llevaba los emblemas de la 1.^a División norteamericana de caballería atrajo su atención sobre la muchacha. El propio Cavassa se contuvo para no silbar. La joven llevaba un traje sastre de gabardina blanca muy ajustada al cuerpo. Era eurasiática, y el azar de un mestizaje no previsto había situado unos ojos de un azul muy claro en el óvalo de aquel rostro de pureza *kmère*. Muy cargada de paquetes, varios de los cuales llevaban la marca de una modista de la calle Hong-Thap-Tu, se dirigía hacia un pequeño Cooper-Morris estacionado casi enfrente del Hotel Majestic. Cuando cruzaba la calzada, llegó un *rickshaw* a toda velocidad y estuvo a punto de atropellarla. La muchacha retrocedió rápidamente un par de

pasos, tropezó contra la acera y casi se desplomó en los brazos de Cavassa, profiriendo un leve grito.

—¿Se siente bien, *Miss*? —inquirió Cavassa, ayudándola a incorporarse.

Ella dijo «sí» levantando hacia él unos ojos brillantes de lágrimas. Se había lastimado la muñeca y se la frotaba con precaución.

Galante, Cavassa recogió los paquetes. Preguntó:

—¿Es aquel su automóvil, *Miss*?

—Sí...

—Permítame que la ayude.

La muchacha le obsequió con una sonrisa Coca-Cola y murmuró:

—¿Se ha dado usted cuenta, ese loco?

—Debía pensar en sus amores —sugirió Cavassa.

La muchacha hizo aletear sus párpados y pareció haber olvidado el incidente; pero al tratar de abrir la portezuela de su coche su rostro se contrajo en una mueca de dolor y tuvo que utilizar la mano izquierda.

—¡No voy a poder conducir! —gimió—. ¿Cómo me las arreglaré?

Formular la pregunta, era resolverla.

—¿Va usted muy lejos *Miss*?

—A Gia-Dinh.

Era un suburbio de Saigón.

—Yo la llevaré hasta allí —sonrió Giulio Cavassa.

—No sé cómo podré agradeceréselo...

—No tiene importancia —aseguró Cavassa, colocando los paquetes sobre el asiento trasero.

Se instaló al volante, preguntó la dirección que tenía que seguir y puso el automóvil en marcha.

El inmueble se erguía casi solitario en las afueras de Saigón. Al entrar en el apartamento, Cavassa observó inmediatamente el amplio sofá y el mueble-bar que era como una invitación permanente.

Se descargó de los paquetes amontonándolos en una butaca.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió.

—Miryam —respondió la muchacha, con una adorable sonrisa.

Cavassa estuvo a punto de cogerla por la cintura, pero renunció antes de haber esbozado el gesto. Miryam estaba contemplando, con el ceño fruncido, los desperfectos que la caída había provocado. Su mano mariposeó. Los largos dedos de uñas abombadas señalaron el bar.

Cavassa aceptó:

—Dos dedos de whisky.

Miryam se ausentó para regresar de la cocina cargada con una bandeja de cubitos de hielo.

—Puro —dijo Cavassa.

La muchacha le sirvió, con el dedo índice doblado contra la palma de la mano. Por su parte, prefirió un zumo de naranja con vodka.

Cavassa humedeció sus labios, con los ojos en los de la mujer, que contenían una promesa.

Boca abajo, con la boca abierta, la nariz aplastada sobre su antebrazo, Cavassa dormía profundamente cuando Miryam regresó después de haber reemplazado su traje sastre por un ligero vestido de seda estampada.

Miró el vaso que Cavassa había depositado sobre la mesita en un movimiento reflejo y que contenía aún un resto de whisky, se dirigió hacia el teléfono y marcó un número. Casi inmediatamente tuvo a su corresponsal al otro lado del hilo.

—Cuando usted quiera —dijo.

La respuesta la contrarió. Se mordió el labio inferior y replicó, en tono ligeramente irritado:

—¡Eso significa que tendré que esperar toda la tarde! ¿Por qué no antes? Sé perfectamente que continuará durmiendo. Pero ¿le parece divertido oír roncar a un individuo por espacio de dos horas?

La seca respuesta puso término a sus protestas. Asintió, y colgó el receptor con un gesto nervioso. Al mismo tiempo, experimentó la extraña sensación de que volaba por los aires, y cayó. El blando almohadón del sofá ahogó su grito. Sin esfuerzo aparente, Giulio Cavassa la mantuvo en aquella posición. Inmovilizando a su prisionera con una pierna, empezó a golpear metódicamente.

Los gritos se trocaron en gemidos a medida que la carne enrojecía, para transformarse finalmente en sollozos.

Fue una zorra maestra, aplicada con un arte excepcional. Cuando Cavassa soltó a la muchacha, ésta era incapaz de sentarse. Ciega de rabia, proyectó sus manos hacia adelante, las uñas como garras.

Cavassa la sujetó por un brazo.

—Inténtalo otra vez, preciosa, y te envío a casa del dentista. ¿Entendido?

No bromeaba. Balanceó la mano disponible y enorme. La muchacha se quedó quieta, limitándose a asesinarle con la mirada; pero esa clase de fusilamiento no ha producido nunca mucho daño.

Cavassa se levantó, vigilándola con el rabillo del ojo, y fue a coger el bolso blanco que reposaba sobre una silla. Lo abrió y revisó su contenido.

—Ahora, ¿qué te parece si habláramos un poco, Miryam Koan-Tien? Pasaporte de Hong-Kong, ¿eh? ¿En qué burdel trabajabas? Apuesto a que te limitabas a recorrer los muelles de Kowloon. No, eres demasiado guapa para eso. Debías frecuentar el Maxim's, el Blue-Heaven... ¿Buena caza, allí? Dime, ¿a cuántos de mis compañeros has dormido?

La muchacha guardó silencio, súbitamente encerrada en sí misma, lejana, ausente, resignada al fracaso, cuyas consecuencias preveía. Li Chen-Nin no le perdonaría nunca aquel error.

—Ya sé que soy guapo —continuó Giulio Cavassa, en tono irónico—. Pero, a pesar de ello, desconfío de las conquistas demasiado fáciles. Y mucho más de las chicas que reservan el whisky para sus invitados. A propósito, todo esto me ha dado sed.

Se sirvió un vaso de vodka, sin perder de vista a Miryam Koan-Tien. Encontró un encanto innegable en el pliegue amargo de sus labios, y aquella actitud abatida le sentaba bien. En el fondo, Cavassa se sentía lleno de indulgencia, porque la muchacha le aportaba la solución a sus problemas. Se preguntó por qué la habían tomado con él.

Tumbada sobre el sofá, Miryam Koan-Tien se mordía los labios, las manos, siempre en movimiento. ¿Qué podía sacar de ella? Mucho, o casi nada... No se decidiría a hablar sin una previa «preparación», y a Cavassa le repugnaba interrogar a una mujer.

Las saetas de su reloj de pulsera señalaban las cuatro y diez minutos. A no ser que el coronel Lionel acostumbrara dormir la siesta, debía encontrarse en su oficina.

Sin dejar de vigilar a la muchacha, se sentó sobre el brazo de un sillón, descolgó el teléfono y llamó al B. 8. Unos segundos más tarde hablaba con el coronel Douglas Lionel.

—«Smoke» se porta bien —anunció—. Gia-Dinh, residencia «los Pinos». Un apartamento por piso. Estoy en el primero. Los otros sin controlar. Espero visitas.

—Rodearé inmediatamente el sector. ¿Dejo paso libre?

—Afirmativo.

—¿Sabe usted quién va a visitarle?

—Negativo.

—¿Un preaviso posible?

—Afirmativo.

—Haré que permanezcan a la escucha. En caso de un cambio de programa, ¿nos lanzamos?

—Afirmativo. Pero quiero la mercancía en buenas condiciones.

—De acuerdo.

CAPÍTULO VII

Estaba torturándome el cerebro, tratando de encontrar un medio de salir de aquel mal paso, cuando un centinela levantó la lona que hacía las veces de puerta y se apartó para dejar paso a un hombrecillo al cual yo no esperaba. Mi garganta se secó, al imaginar inmediatamente un montón de refinados tormentos. Lö-Song no me parecía un hombre capaz de olvidar una afrenta. Y la melosa sonrisa que me dirigió aumentó mis sospechas.

—Bueno, señor Glenne, nuestros caminos han vuelto a cruzarse —cloqueó.

—Por desgracia —murmuré.

—Es posible que cambie de opinión cuando conozca el motivo de mi visita. Pero, antes, dígame: ¿qué ha venido a hacer con su amigo a este lado de la frontera? ¿Qué está buscando?

Era preciso que Lö-Song fuera un personaje político importante para venir a pasearse, con los dedos cubiertos de oro, en medio de aquellos bandidos.

—Buscábamos setas —respondí, en tono sarcástico.

A mi lado, Paul Jouan se estremeció de alegría. Lö-Song no pareció ofuscarse. Se limitó a esbozar un gesto de fastidio, como un hombre razonable al cual molestan las chiquilladas.

—Desde luego, tiene usted mucha suerte —dijo—. De no ser por eso...

Se pasó el filo de la mano por la garganta, a la altura de la nuez de Adán, lo que no dejaba lugar a ningún equívoco.

—Da la casualidad de que creo conocer la respuesta —continuó—. Esa es su suerte.

Paul Jouan empezó a respirar ruidosamente, y tuve la impresión de que todo el auditorio oiría latir mi corazón. Uno se forja un alma de condenado a muerte, contemplando mentalmente el suplicio, revistiéndose de valor y haciéndose a la idea firme de portarse como un hombre, lo que se convierte en un poderoso analgésico. Uno está seguro de conducirse con gallardía hasta el final. Y luego aparece la esperanza, y la coraza de bronce se cuarteada.

Me pregunté si no sería todo una astucia de Lö-Song para conseguir dominarnos... Mi cobardía y mi debilidad asomaban la oreja y ya no estaba

tan seguro de poder rechazar su asalto combinado.

Lö-Song ignoraba deliberadamente a Paul Jouan y, al hablar, parecía dirigirse a mí de un modo exclusivo.

—Verá usted, esa base norteamericana de Dinh nos preocupa mucho.

Una sonrisa distendió sus labios:

—Sí, señor Glenne, la conocemos. ¿Cree usted posible que los norteamericanos organicen un campo de adiestramiento sin que nosotros nos enteremos? Para nosotros, la jungla tiene ojos.

—¿Por qué no lo han atacado?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Porque constituye *un monumental error político*, señor Glenne. Nuestros hombres pueden infiltrarse por todas partes y, de no darse aquella circunstancia, lo hubiéramos destruido hace mucho tiempo. De modo que no se preocupe por nosotros. Si los norteamericanos cometen esa estupidez, serán bien recibidos. Apreciamos mucho nuestro centro de aprovisionamiento de Kodil Noo.

Parpadeé:

—¿Saben ustedes...?

—Desde hace varias semanas. En Kodil Noo se han tomado las medidas necesarias. Les esperamos. Como puede ver, estoy en plan confidencial. ¿Debo suponer que su misión consiste en comprobar la existencia de ese campo? Pues bien, es usted libre de hacerlo. Puede comprobar *de visu* hasta dónde puede llegar el imperialismo norteamericano y el peligro que hace correr al mundo.

—¿Libre?

—Incluso le facilitaré dos guías para que le acompañen. Lamento la desgracia que acaba de sucederles, a usted y a su amigo. Pero usted se la ha buscado. Si se hubiera mostrado más locuaz en Phnom Penh, habría podido entregarle unos salvaconductos permitiéndoles cruzar nuestras líneas sin peligro.

Cambiando bruscamente de expresión, sus ojos adquirieron la dureza de los de un crótalo. Añadió:

—No crea que obro así por simpatía. Personalmente me hubiera gustado verle colgado por los pies de un árbol del bosque. Por desgracia, he recibido órdenes. A su regreso, encontrarán el jeep en el mismo lugar. Buenas tardes...

Un suspiro liberó a Paul Jouan de su tensión nerviosa. Hasta el último momento, no había creído en su buena estrella.

—¿Qué significa esa historia? —inquirió—. ¿Es cierto que los norteamericanos quieren atacar Kodil Noo pasando por Cambodia? ¿Es que se han vuelto locos?

—Eso parece.

—¡Diablos! Menos mal que nosotros...

Se interrumpió al ver entrar al centinela viet, preguntándose si el cuchillo que empuñaba iba a servir para rebanarles el cuello.

—*Mau-Len!* —dijo el centinela, después de haber cortado nuestras ataduras.

¡Desde luego que íbamos a apresurarnos! Estábamos hasta las narices de curtir nuestras posaderas sobre el duro suelo, y anhelábamos estirar las piernas y respirar a pleno pulmón.

Vi nuestro equipo intacto delante de la tienda. El macaco nos invitó con un amplio gesto:

—*Mau-Len!*

—¿Podrás cargar con tu macuto? —le pregunté a Paul Jouan.

—¡Preocúpate del tuyo!

Ahora hablaba un poco mejor, aunque para hacerlo debía torcer la boca, lo cual no contribuía a aumentar la belleza de sus facciones, precisamente.

Paul Jouan apretó los dientes. Y avanzó. Los primeros pasos fueron un suplicio para mí.

El arrozal y, más allá el pantano, traidor y fétido, que tuvimos que cruzar sobre un camino de tablas oscilantes. Paul Jouan tropezó varias veces, incapaz de seguir la rápida cadencia de nuestros guías.

—Dame tu macuto, Paul.

—¡M...!

—Vamos, te han sacudido como a una estera. Conmigo no tienes por qué hacerte el héroe.

Cedió a regañadientes. Más allá del pantano se extendía una gran llanura rocosa, cerrada al fondo por la línea oscura de un bosque.

Uno de nuestros guías se volvió hacia Paul Jouan y empezó a hablar con tal rapidez que, incluso conociendo el idioma, no hubiera podido seguirle.

—Dice que hemos llegado —tradujo Paul Jouan—. El campo se encuentra en un claro en medio del bosque. Tienen tendida una inmensa red de camuflaje entre los árboles que lo bordean. Desde el cielo resulta casi imposible localizarlo, si no se conoce su emplazamiento exacto.

Habló de nuevo con el guía, y me informó:

—Nos dejan aquí. Según ellos, el terreno está minado. Encantador, ¿verdad?

Miré a nuestros guías, sombríos, hostiles; era evidente que cumplían su misión de mala gana.

—¡Bueno, que os zurzan!

Paul Jouan tradujo a su manera. Los guías se alejaron, volviendo sobre sus pasos. Y yo les vi desaparecer con gran satisfacción. Me libré de mi carga con un suspiro de alivio, me senté en el duro suelo y encendí un Gauloise. Paul Jouan no quiso fumar.

—Tengo la garganta hecha polvo y no podría tragarme el humo —dijo, sentándose a mi lado—. Pero de buena gana bebería algo.

Le pasé el macuto que contenía la cantimplora de piel. El té, con una generosa adición de aguardiente, le devolvió un poco de color. Se enjugó los labios con el dorso de la mano.

—No acabo de entenderlo —murmuró—. ¿Por qué instalar aquí un campo de adiestramiento? Este asunto está lleno de agujeros.

—Un rincón tranquilo.

—Lleno de infiltraciones vietcong... Bueno, si quieren cometer la estupidez de atacar Kodil Noo por Cambodia, que adiestren su comando a orillas del golfo de Tonkín, protegidos por los cañones de largo alcance de la Navy. El día «J», se embarca el comando en los *Chinook* y santas Pascuas.

—Quieren llevar la cosa en secreto.

—¿En secreto? ¡No me hagas reír! ¿No has visto hasta qué punto estaba informado aquel macaco? No sólo sabe dónde se encuentra el campo, sino incluso que el comando se está preparando para atacar Kodil Noo. ¿No podían preverlo?

Sus argumentos eran sólidos. Me encogí de hombros, y le recordé que estábamos allí precisamente para comprobarlo.

Protestó:

—Admito que los norteamericanos no son demasiado listos. Pero llevar la estupidez hasta ese punto... Apuesto a que ese campo no existe, o que, si existe, se trata de una enorme superchería. Si quieres mi opinión, Glenne, creo que estamos siendo víctimas de una colosal tomadura de pelo.

Paul Jouan fue el primero en declararse dispuesto a reemprender la marcha.

Propuso:

—Puesto que el terreno, al parecer, está minado, compartamos los riesgos. Yo iré delante. Tú seguirás mis pasos a treinta metros de distancia. A medio

camino, invertiremos los papeles.

—De acuerdo.

En consecuencia, alcancé el lindero del bosque delante de Paul Jouan, que no tardó en reunirse conmigo.

Las primeras estrellas se encendían en el cielo.

—¿Y ahora? —inquirió Paul Jouan.

—¿Comemos algo mientras esperamos que se haga de noche?

—¡Tendrás que masticarme los alimentos!

Y la sonrisa con que quiso acompañar sus palabras se transformó en una mueca de dolor.

Nos disponíamos a reemprender la marcha cuando nos cayeron encima. Una acción impecable, desde luego, de movimientos perfectamente sincronizados. El faro, que de pronto nos cegó, se triplicó casi instantáneamente. Las siluetas entrevistas más allá de la zona iluminada eran sin duda alguna las de una escuadra de GI's.

Levanté las manos a la altura de los hombros, un gesto que se estaba convirtiendo en una costumbre. Paul Jouan me imitó.

El tipo que franqueó el semicírculo de luz y avanzó hacia nosotros llevaba sobre su uniforme de combate las insignias de sargento. Al examinarnos, su mirada clara no reflejaba la menor simpatía, y encontré muy desagradable su modo de mantener el dedo apoyado sobre el gatillo de su pistola de reglamento.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó bruscamente.

—Franceses.

El vocablo no era un sésamo, desde luego. Su única reacción fue ladrar una orden, en respuesta a la cual acudieron cuatro GI's. Mientras éstos nos apuntaban con sus armas, el sargento se acercó para registrarlos. Y lo hizo concienzudamente.

Bendije a Lö-Song por no habernos devuelto nuestras armas. Decepcionado al no encontrar nada, el sargento abrió mi macuto y esparció su contenido por el suelo. Al ver la Leica y su teleobjetivo se enfureció.

—¿Qué es esto? —aulló.

—¿No ha visto nunca una cámara fotográfica?

Se irguió bruscamente y pensé que iba a abofetearme. Se limitó a gritar:

—¡Esto es zona militar! ¡Prohibido! ¡Prohibido!

Luego, con todas sus fuerzas, estrelló la cámara contra un árbol. Aquello pareció calmarle. A continuación se ocupó de Paul Jouan, el cual no tenía

nada, ni siquiera una cámara fotográfica. Pero el estado del rostro de mi compañero pareció intrigarle.

—¿Qué significa eso? —inquirió en tono desabrido.

—Me he dado de narices contra un árbol —respondió Paul Jouan suavemente.

Pero al sargento no le iban los buenos modales. Una vez más, consiguió contenerse; sólo Dios sabe a costa de qué esfuerzo.

Traté de parlamentar con él, pero me estrellé contra un muro.

—Todo eso, en el campo —replicó en tono severo—. *That is not my job!* ¡Sígueme!

Con los tipos que nos rodeaban, no podíamos hacer otra cosa.

CAPÍTULO VIII

La luz roja del techo parpadeaba sin cesar, pero el conductor no hacía funcionar la sirena. Alargada, lujosa, la ambulancia se inmovilizó junto a la acera.

Un medio clásico, evidentemente el mejor, para sacar a un hombre dormido sin llamar la atención. Cavassa se volvió hacia Miryam Koan-Tien:

—Ya llegan tus compañeros, monada. Una ambulancia, ¿eh?

La joven no pareció haberle oído.

Cavassa ironizó:

—No te molestes, cariño. Yo iré a abrir.

Desde el rellano llegó el ruido de una breve lucha.

—¡Vaya! Por lo visto se me ha adelantado —comentó Cavassa.

Al abrir la puerta vio al coronel Lionel, acompañado por dos M. P. de paisano. Otro grupo bajaba la escalera, conduciendo a dos individuos embutidos en una bata blanca, esposados.

—Tenemos también al chófer —anunció el O. S.—. Ha resultado muy fácil. La ambulancia procede de la clínica del doctor Kin-Kaik.

Miró a Miryam Koan-Tien.

—Pueden llevársela —dijo Cavassa.

Miryam Koan-Tien, sujetada del brazo por un M. P., salió muy digna.

—He preferido actuar en seguida —dijo el coronel Lionel—. No sabía exactamente lo que ocurría aquí. Por teléfono, se mostró usted muy evasivo.

—No tiene importancia —aseguró Cavassa.

Pensaba en otra cosa.

—Si tienen un tercer hombre para supervisar la operación, nos exponemos a un fracaso —dijo—. En caso contrario, hay que darse prisa y caerles encima inmediatamente. Un retraso de la ambulancia acabaría por preocuparles. ¿Doctor Kin-Kaik, dice usted? ¿Le conoce? Supongo que dirige una clínica. De otro modo esa comedia no tendría sentido.

Mientras hablaba, se dirigía hacia la puerta.

—Tiene una clínica en la calle Dong-Khanh, de Cholon —respondió el O. S., siguiendo a Cavassa—. Nada misterioso. La dirección figura en la cédula de identidad del vehículo. ¿Va usted a utilizarlo?

Cavassa se encontraba ya en la escalera.

—¡Desde luego! —respondió—. Vale la pena intentarlo. Si golpeamos en falso, tiempo habrá de rectificar. Convendría que dos de sus hombres se pusieran las batas blancas de esos falsos enfermeros.

El O. S. se adelantó a Cavassa y gritó, dirigiéndose a dos M. P. uniformados:

—¡Dispersen a esa gente!

Los dos agentes cargaron contra los mirones que se aglomeraban al borde de la calzada, mientras el O. S. ordenaba:

—¡Thompson! ¡Russel! ¡Cojan dos batas blancas y pónganse a las órdenes del coronel Cavassa! ¡Russel! Usted conducirá.

Se volvió hacia Giulio y añadió:

—Yo le seguiré de lejos y sólo intervendré si las cosas se ponen difíciles. ¿De acuerdo?

—O. K. —asintió Giulio.

Subió a la parte trasera de la ambulancia y, en cuanto Thompson se hubo reunido con él, cerró la puerta.

—¡A la clínica del doctor Kin-Kaik, en la calle Dong-Khanh de Cholon! ¡Aprisa! ¡Y haga aullar esa sirena! —le gritó a Russel, que se había instalado al volante.

La ambulancia salió disparada. A Russel le gustaba conducir y sabía hacerlo. La suspensión, muy eficaz, amortiguaba la mayor parte de las sacudidas, como correspondía a una ambulancia de lujo; pero Russel, tomando las curvas a una velocidad suicida, obligó a Cavassa a agarrarse fuertemente.

La clínica se presentó como un edificio de estilo colonial en medio de un amplio parque completamente cerrado. Russel detuvo la ambulancia delante

de la verja, preguntándose qué debía hacer. En aquel momento, el portero salió de un pabellón situado a la derecha y abrió la verja de par en par.

Russel siguió la avenida central y se detuvo delante de la entrada principal.

Cavassa pensó en los problemas que iban a planteársele si hacía una falsa maniobra.

—¡Quítense la blusa y síganme! —ordenó, abriendo la puerta trasera.

Subió rápidamente la corta escalinata y se encontró en un amplio vestíbulo tapizado con una gruesa alfombra de caucho que amortiguaba el ruido de los pasos y del cual partía una escalera de doble vuelta.

Una enfermera salió de un pasillo que se extendía a la derecha. Al ver a dos hombres armados se quedó inmóvil, asombrada. Era rubia, alta, de tipo nórdico, probablemente sueca.

—¿Dónde está el despacho del doctor Kin-Kaik? —gritó Cavassa.

Incapaz de contestar, la enfermera se limitó a señalar con el pulgar en la dirección de la cual había salido. Cavassa se precipitó hacia allí. En aquel momento resonó el furioso tableteo de una pistola ametralladora. Thompson, que seguía a Cavassa, se desplomó, alcanzado en la espalda. Casi simultáneamente, se oyó un intenso tiroteo en el exterior. Y Cavassa imaginó a Russel atacado por varios adversarios.

La enfermera tuvo una reacción completamente desconcertante. A pesar de que parecía estar muerta de miedo, se inclinó sobre el caído Thompson para examinar sus heridas.

Cavassa saltó por encima del grupo que formaban y disparó contra una forma entrevista en la escalera, a la altura del primer piso.

Una descarga hizo saltar el yeso, encima mismo de su cabeza. Agachándose, subió los peldaños a una velocidad meteórica, esquivó otra descarga, distinguió al individuo que le apuntaba y disparó sin detenerse. El hombre se irguió, tambaleándose, y rodó por la escalera para venir a estrellarse sobre el rellano del primer piso.

Se desencadenó un tiroteo infernal, procedente del último piso, y su violencia obligó a Cavassa a tumbarse al abrigo de una columna. En el exterior continuaba la lucha. Dominando el ruido de los disparos, el aullido de una sirena se acercó, hasta hacerse insoportable.

El tiroteo cesó bruscamente. Cavassa oyó gemir los neumáticos de un vehículo inmovilizado brutalmente, y casi inmediatamente cuatro M. P. irrumpieron en el vestíbulo, dirigidos por un joven teniente, también de uniforme.

—¡Cuidado! —aulló Cavassa.

Pero ya no disparaban desde el piso superior. Giulio se incorporó, reanudó la ascensión, esta vez desconfiando, y llegó al rellano del último piso con el joven teniente y sus hombres pisándole los talones.

—Nada de imprudencias, teniente —ordenó Cavassa—. Hay uno o varios tiradores emboscados.

Avanzó deslizándose a lo largo de la pared hacia una puerta vidriera que daba acceso a un pasillo semejante al de la planta baja, y la abrió de un puntapié.

Dio un salto y se detuvo, asombrado ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos: en medio del pasillo había un individuo alto y rubio, con los pies y las piernas al aire, vestido simplemente con una camisa de hospital. Tenía en la mano una pistola ametralladora del modelo reglamentario en el Ejército norteamericano, con el cañón apuntando al suelo. Miró al teniente y a los cuatro M. P. con la boca abierta por la sorpresa.

Cavassa avanzó de nuevo, y el otro no se movió.

—¿Era usted el cretino que disparaba sobre mí? —preguntó Giulio secamente.

El otro parecía incapaz de hablar. Continuó mirando al oficial con ojos desorbitados.

—¡Conteste al coronel Cavassa! —ordenó el teniente en tono perentorio.

—¿Son ustedes... norteamericanos?

—Es un retrasado mental —dijo Cavassa, intercambiando una mirada con el teniente.

Alargó la mano y el individuo se dejó desarmar sin resistencia.

—¿Quién diablos es usted? —gruñó Cavassa.

—Cabo Grove, 5.^a compañía de la 1.^a División norteamericana de caballería, *Sir*...

El teniente hizo una seña a sus hombres, los cuales echaron a andar por el pasillo. Por la rapidez con que abrían y volvían a cerrar las puertas, Cavassa adivinó que se asomaban a unas habitaciones vacías.

Tronó:

—¿Qué está haciendo aquí, cabo? ¿Por qué ha disparado?

—Creí en un golpe de mano vietcong, *Sir*. Me hirieron en la llanura de Ankhé, y estoy en un hospital norteamericano.

Señaló una habitación situada a su derecha.

Cavassa penetró en ella gruñendo entre dientes. Se encontró en una habitación con dos camas, de las cuales sólo una estaba deshecha. Del

perchero colgaba un uniforme; pero lo más extraordinario era el amplio ventanal que se abría sobre el parque. Asomándose a él, *descubrió un mástil en cuyo extremo flotaba la bandera estrellada de los Estados Unidos de América.*

Cavassa lanzó un sonoro juramento y volvió sobre sus pasos. Los M. P. rendían su informe al oficial, el cual se dirigió a Cavassa, desconcertado:

—No hay nadie, *Sir*. ¡Mis hombres dicen que han visto nuestra bandera flotando en el parque!

—¡Y es cierto! —rugió Cavassa.

Señaló con el índice al cabo Grove y ordenó:

—Haga vestir a ese individuo, si es capaz de hacerlo, y, por lo que pueda ser, vigílelo.

Dio media vuelta y se precipitó hacia la escalera. Mientras bajaba, tropezó con el coronel Lionel, el cual subía a su vez, con expresión ansiosa.

—¿Qué sucede ahí arriba?

—¡Nada! —replicó Cavassa en tono colérico—. No hay más que un individuo que dice ser el cabo Grove, de la 5.^a compañía de la 1.^a de caballería. ¿Y abajo?

—Dos apendicitis y una mujer que va a dar a luz de un momento a otro... Cuatro habitaciones vacías y un quirófano ultramoderno. Una enfermera que se dice danesa, el cadáver de otra, indígena, asesinada por Kin-Kaik, el cual ha conseguido huir con sus dos ayudantes. Están registrando su despacho, para averiguar por dónde pudo salir. Por nuestra parte tenemos un muerto, el pobre Thompson, y un herido, el cual he hecho evacuar. He efectuado una llamada por radio para que acuda un médico urgentemente. El parto se presenta difícil y la enfermera dice que no se siente capaz de atender a la parturienta.

Se pasó la mano por la frente, empapada en sudor, y preguntó:

—¿Lo ha visto usted?

—¿*Nuestra* bandera? ¡Sí!

Bajaron sin añadir una sola palabra, perdidos en sus desconcertados pensamientos. En el rellano del primer piso, el O. S. volvió boca arriba el cadáver del hombre que Cavassa había alcanzado. Debajo de la chaqueta del pijama, llevaba un uniforme norteamericano.

—¡Asombroso! —exclamó el O. S.

—Desde luego —asintió Cavassa.

Desabrochó la chaqueta y empezó a registrar los bolsillos. Estaban todos rigurosamente vacíos, a excepción de un paquete de goma de mascar.

—Bueno, eso no nos sirve de nada —suspiró Cavassa, incorporándose y frotándose la nuca.

—¿Sí? —inquirió el O. S., volviéndose hacia Russel, que subía a su encuentro.

—La mujer va a dar a luz, *Sir*.

—¡Dios mío! —exclamó el O. S.—. ¿Qué quiere usted que haga? Lance otro mensaje por radio, para que el médico se dé prisa.

—A sus órdenes, *Sir*.

Russel tenía una expresión sombría. Thompson era su mejor amigo...

Cavassa se volvió hacia el teniente y Grove, el cual avanzaba entre los M. P.

—Grove, ¿quién es ese individuo? —preguntó, señalando al cadáver.

—Mi médico. El mayor Pérez.

—¿Mayor, ese macaco?

—Portorriqueño, *Sir* —dijo Grove, en tono de disculpa. Giulio suspiró.

—¿Es ése el cabo de la 5.^a compañía? —inquirió el coronel Lionel.

—Sí.

—Llévelo inmediatamente al Centro, teniente. Le interrogaremos un poco más tarde.

Miró a Cavassa, como para pedir una aprobación que no llegó. Giulio pensaba en otra cosa.

—¿Y allí? —preguntó, señalando el mismo pasillo del primer piso.

—Completamente vacío. Ni siquiera una cama —respondió el O. S.—. ¿Viene usted?

Cavassa asintió.

En el vestíbulo, tropezaron con un sargento que les estaba buscando.

—Hemos descubierto por dónde han huido, *Sir* —informó el sargento—. La biblioteca oculta la abertura de un túnel que discurre por debajo del parque y desemboca en el callejón, detrás del restaurante chino de Li-Fu. Parece una construcción muy antigua.

—No ha habido tiempo material para rodear todo el sector —dijo el O. S.

Cavassa creyó percibir un reproche en aquellas palabras.

—Había que actuar rápidamente —recordó—. No hemos tenido suerte. En fin, tenemos a Grove. Él va a explicarnos...

—Sí —asintió Lionel.

Contempló unos segundos sus uñas y luego dijo:

—Sargento, reúna todos los documentos que pueda encontrar y llévelos al Centro. Lleve también allí a la enfermera, en cuanto no sea necesaria aquí.

—A sus órdenes, *Sir*.

—Y haga arriar esa bandera, sargento. Me pone nervioso.

—A sus órdenes, *Sir* —repitió el sargento.

El O. S. se volvió hacia Cavassa:

—¿Viene usted?

Cuando llegaban a la puerta principal, un jeep se detuvo delante de ella. Del vehículo descendió un hombre bajito, congestionado. Llevaba las insignias de comandante médico.

—¿Dónde está? —gritó, precipitándose hacia la puerta—. ¡Dios mío! ¡Una mujer que espera un bebé! He reconocido a centenares de soldados, pero no he asistido a un parto desde hace quince años. ¡No sé si voy a acordarme!

Pasó corriendo y, sin esperar siquiera una respuesta, se adentró en el vestíbulo.

—Este asunto va a hacernos perder la chaveta a todos —dijo Cavassa, en tono huraño—. ¿Ve usted alguna luz, Lionel?

El O. S. se encogió de hombros:

—Una hermosa muchacha quiere adormecerle para llevarle a una clínica de un médico vietnamita, el cual ama tanto a nuestro país que ha izado nuestra bandera en su parque, cuida a un cabo herido en combate, contrata a una enfermera danesa, corta apéndices, atiende a parturientas y nos recibe a tiros. ¿No está suficientemente claro?

—Continúe, y tendrá usted ardores de estómago —replicó Cavassa secamente.

El O. S. volvió a encogerse de hombros y se dirigió hacia su automóvil.

CAPÍTULO IX

No podíamos hacer nada. Cualquier tentativa estaba destinada al fracaso. El subsuelo del bosque se hallaba horadado por una serie de galerías subterráneas que se cruzaban y descruzaban en laberinto, más tortuosas que las madrigueras de los zorros. Al cabo de una decena de minutos nuestro grupo subió al aire libre. Bueno, hasta cierto punto... Tal como había dicho Lö-Song, aquel claro de unas tres hectáreas de superficie se encontraba completamente oculto por unas redes de camuflaje, las cuales, a su vez, nos ocultaban las estrellas.

Un campamento de lona que practicaba el *black-out*, con sólo dos barracones de madera. El primero servía de comedor. Nos condujeron al segundo, a presencia de un individuo de aire severo que llevaba, en las hombreras de su guerrera de combate reglamentaria, las insignias de mayor.

Escuchó el informe del sargento sin dejar de observarnos. No era muy alto, pero sí robusto, y su rostro pecoso le hacía parecer más irlandés que norteamericano. Hubiera apostado cualquier cosa a que se llamaba O'Hara o algo parecido.

—Son ustedes unos imbéciles —dijo, a modo de preámbulo, después de haber escuchado atentamente al sargento—. ¿Ignoran acaso que estamos en guerra?

—Francia no está en guerra —repliqué.

No parpadeó, pero su mirada me dijo lo que opinaba de Francia y de los franceses. Y su opinión no era particularmente favorable.

—¿Y si les hiciera fusilar, sencillamente, como espías?

Parecía capaz de hacerlo. Las palabras de Lö-Song permanecían grabadas en mi memoria. Tal como estaban las cosas, decidí poner mis cartas boca arriba.

—Oiga, mayor. Me llamo Glenne, Alex Glenne. He tenido ocasión de prestar cierto servicio a su país, y el general Kitner, del IV *Bureau* de la C. I. A., me conoce perfectamente. Tengo una importante información para él. En consecuencia, le ruego que nos ponga en contacto.

Por su sonrisa, comprendí que había dado un paso en falso.

—¿Tan importante que yo no pueda oírla?

—Afirmativo.

—Esa famosa información, ¿no afecta por casualidad a este campo?

Sostuve su mirada:

—Sí... Más exactamente, a su objetivo, y a lo que va a sucederles a sus hombres si persisten en sus propósitos.

Frunció las cejas, observándome con intensidad. Súbitamente, estalló:

—Es usted un agente francés, ¿verdad, señor Glenne? Lo sospechaba. Pues bien, ha metido las narices donde no debía. ¡Tanto peor para usted! Sepa que recibo órdenes directas de una autoridad superior, y que me tiene sin cuidado la opinión del general Kitner... y la de usted.

—¿Directamente del Ministerio de Defensa?

—No tengo por qué contestarle —replicó.

Un sudor frío empapó mi nuca. Un obstinado, aquel tipo. En aquel momento no pensaba en mi propia suerte, sino en la de todos aquellos

individuos.

Protesté:

—¡Está usted loco, mayor! Acabo de darle a entender claramente que el Vietcong está al corriente del ataque que proyectan contra su centro de aprovisionamiento de Kodil Noo. Les espera, y van ustedes a una muerte segura. Es usted responsable de sus hombres, mayor. No puede sacrificarles deliberadamente. Es imposible que el mando no le transmita una contraorden, en cuanto esté informado.

Su risa me dejó helado.

—¿Qué le hace creer *que el alto mando no está ya informado?*

Me sentí completamente desconcertado. Intercambié una mirada con Paul Jouan, tan aturdido como yo.

—Y mis órdenes han sido *confirmadas* —continuó el mayor.

—¡Es un asesinato en masa!

Por una vez que Paul Jouan abría la boca sin que le invitaran a hacerlo, hablaba claro.

El mayor le fulminó con la mirada:

—Por su aspecto, me atrevería a afirmar que es usted un paisano —replicó—. Si ha pertenecido al ejército, ha olvidado el deber de un soldado: obedecer.

Sugerí:

—Hay ciertas órdenes...

El mayor sonrió sin la menor alegría.

—¿Adónde iríamos a parar, si nos permitiéramos actuar por nuestra cuenta? —inquirió—. ¿Y cómo podríamos estar seguros de tener razón?

Hizo una breve pausa, señaló con el índice a Paul Jouan y continuó:

—A juzgar por el aspecto de su compañero, para venir aquí no han encontrado un camino sembrado de rosas... Al parecer, han sido interceptados por una sección del Vietcong. ¿No habrá sido un cuadro vietcong el que le ha puesto al corriente, señor Glenne? No tenía usted una posibilidad sobre un millón de poder tomar unas fotos de este campo sin que le localizaran. El Vietcong lo sabe, del mismo modo que sabe que su primer cuidado sería el de advertirnos que nuestros planes son conocidos. Y, EN CONSECUENCIA, LE HAN DEJADO MARCHAR. ¿Por qué? Voy a decírselo, señor Glenne. El Vietcong no quiere que atacemos Kodil Noo. *Y contaba con usted para que tratara de disuadirnos de ese ataque.*

Hizo una breve pausa, para que pudiera empaparme del sentido de sus palabras, y continuó:

—Si el Vietcong no quiere que atacemos Kodil Noo, *¿no significa eso que el alto mando ha estado en lo cierto al confirmar mis órdenes?*

Algo pareció romperse en él. Su sonrisa no pasó de ser una mueca.

—Tal vez tenga usted razón. Eso será un asesinato en masa —dijo, mirando más especialmente a Paul Jouan—. Pero, *¿quién le dice que ese asesinato en masa no será necesario?* ¿Que no nos han adiestrado para que nos hagamos matar? Soy un soldado. Obedezco y no discuto las órdenes. Esto es todo...

No encontré nada que contestar a su argumentación, convencido, por otra parte, de que nada de lo que yo pudiera decir modificaría su decisión.

—Lamento tener que considerarles como mis prisioneros —continuó el mayor en un tono más tranquilo—. Les trataré lo mejor posible. Podrán comprar cigarrillos, y otros artículos de la cantina. Pero teniendo en cuenta que sus afirmaciones podrían relajar la moral de mis hombres, me veo obligado a encerrarles. Cuento con ustedes para que no me obliguen a adoptar medidas más severas.

—¿Hasta cuándo, mayor?

Se encogió de hombros.

—Pondré en antecedentes a la autoridad de la cual dependo directamente. La decisión no me corresponde a mí.

A continuación llamó al sargento y le dictó sus órdenes en tono perentorio.

A pesar de nuestro estado de indefensión, el sargento empuñó su pistola y nos hizo una seña para que le siguiéramos. Afortunadamente, la cárcel se encontraba en el mismo barracón de madera que el comedor. Eso nos permitiría oír música, y no estaríamos tan aburridos.

El cuerpo de guardia se componía de cinco hombres y un sargento. Transmitidas las instrucciones, una pesada puerta de madera se abrió sobre nuestro nuevo domicilio, el cual estaba ya ocupado por otro individuo.

—¿Qué es lo que ven mis ojos? —exclamó el ocupante de la celda—. ¡Nuestro gran guitarrista en persona! ¡Bien venido, Paul! De modo que finalmente ha conseguido jugar a los héroes...

—¡Oh! ¡Cierre el pico! —replicó Paul Jouan, nervioso.

El otro no pareció preocuparse demasiado por aquel acceso de mal humor. Sonrió.

—Gerard Orly.

—Alex Glenne. Al para los amigos...

—Apuesto a que es usted el agente enviado por París —dijo Orly, mientras el sargento cerraba la puerta—. Hasta cierto punto, es un consuelo comprobar que no he sido el único imbécil que se ha dejado atrapar. Sorprendente, esta organización, ¿no?

—Desde luego —dije—. Paul Jouan me ha servido de guía. Yo no conocía esta zona.

Sacudió la cabeza:

—¿Un cigarrillo? En este palacio no se pasa mal... Faltaba un poco de distracción, pero ahora, siendo tres, resultará más aceptable.

Rechacé el Camel, y saqué un Gauloise del paquete que me habían dejado.

—He visto a Sao —dije.

Furtivamente, una sombra de tristeza veló la mirada de Orly. Sonrió a un recuerdo contemplando un punto del techo, y regresó a la tierra rápidamente.

—Una chica guapa, ¿eh?

—Sí. Le quiere mucho.

—Lo sé.

Fumó unos instantes en silencio.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —preguntó bruscamente—. A no ser que traiga usted noticias más frescas que las mías... No tengo nada que decir de los norteamericanos. Me han tratado correctamente. La comida es buena; fumo todo lo que quiero, y tengo derecho a una hora de paseo diaria bajo vigilancia, y dando vueltas como una noria. Un poco monótono, desde luego. Pero ¿qué puedo hacer? Me he torturado el magín en vano. Salir de esta jaula constituye ya un problema. ¿Y luego? Todas las entradas de los subterráneos están guardadas militarmente. Admitamos que burlamos la vigilancia. ¿Qué es lo que queda? Un laberinto, por el cual podría andarse días y días sin ver nunca el final. ¡Demasiado para mí! Sao, mi pequeña, no te pido que me seas fiel: lo más probable es que mi ausencia se prolongue indefinidamente.

El tono de su discurso no me engañó. Nuestro propio fracaso, añadido al suyo, había minado su confianza. En el fondo, no se equivocaba, y las dificultades que acababa de enumerar eran muy reales.

Sentado en un camastro, con las piernas cruzadas, Paul Jouan, pensativo, se divertía formando anillos de humo.

—En mi opinión, esos norteamericanos han perdido la chaveta —dijo—. Les hemos advertido que los viets estaban sobre aviso y que su acción desembocaría en una matanza. Pero insisten, sabiendo, además, que violan

deliberadamente la neutralidad de Cambodia. Creo que no actuarían de otro modo si desearan a toda costa prolongar la guerra del Vietnam.

—¡Increíble! —dijo Gerard Orly.

—Entonces, ¿qué? —inquirió nerviosamente Paul Jouan.

—Una intervención diplomática podría evitar aún que se cometiera esa estupidez —dije—. Si el caso se planteara ante la O. N. U., no se atreverían a seguir adelante. En otras palabras, hay que encontrar el medio de salir de aquí lo antes posible.

—Yo creía... —empezó Paul Jouan.

—Sí..., tú creías...

Gerard Orly se volvió hacia mí.

—¿Tiene usted alguna idea?

—¡Tengo mil ideas! Por ejemplo, ese helicóptero. He visto un Huey en un extremo del campo.

—¿Sabría pilotarlo?

—Puedo intentarlo.

—¿Y la red?

—Sí, la red es un problema...

—Me gustaría saber cómo piensas eliminar al sargento —dijo Paul Jouan, pesimista—. Salir de aquí por la fuerza me parece absolutamente imposible.

CAPÍTULO X

Le pareció tan sorprendente que obligó a su corresponsal a repetirlo. Con un gesto colérico, desconectó el interfono y miró a Cavassa:

—¿Ha oído usted?

—Desde luego —asintió Giulio Cavassa—. No hay, ni ha habido nunca, un cabo Grove en la 5.^a compañía ni en ninguna de las otras compañías de la 1.^a División de Caballería.

—¡Ese individuo está loco! ¿Cómo espera hacernos tragar semejante embuste?

—¡Quién sabe!

Douglas Lionel dirigió a Cavassa una mirada de enojo. Protestó:

—Se queda usted ahí, con las posaderas hundidas en el sillón, sin que se le revuelva el estómago... Y parece encontrar verosímil un embuste

fabuloso... Después de todo, el asunto le afecta más a usted que a mí. Me pregunto por qué me lo tomo tan en serio...

—Deje de preguntárselo —sonrió Giulio—. ¿Dónde está Grove ahora?

—En la enfermería. Norton le está examinando. Quiero saber si su herida permite que le interroguemos un poco a fondo.

—Una buena idea...

En aquel instante, el visor del interfono se encendió y Douglas Lionel aplastó el botón con el pulgar.

—La enfermería, *Sir* —anunció la voz impersonal del G. I. de guardia en la centralita.

—Páseme la comunicación.

Apuntó la barbilla hacia Cavassa:

—Hablando del rey de Roma...

La voz del médico llegó hasta ellos, muy clara:

—¿Lionel? Aquí, Norton. Acabo de examinar a ese individuo. ¡Es todo un caso!

—¿Qué pasa?

—Nunca ha estado herido. Le han sometido a una operación completamente gratuita. Se han limitado a abrirle y a volver a coserle, sencillamente.

—¿Está seguro?

—¡Desde luego!

El O. S. resopló.

—Perdone. Sé que conoce su profesión. Pero, me ha sorprendido tanto...

—Lo comprendo. Personalmente, nunca vi un caso parecido. En lo que respecta al interrogatorio, no hay ninguna dificultad. El individuo se encuentra en perfecto estado y fuerte como una roca.

—Gracias, Norton —dijo Douglas Lionel tan débilmente, que hubiera podido creerse que acababa de quedarse afónico.

Desconectó el interfono con un gesto de desaliento.

—Sí, lo he oído —dijo Cavassa, antes de que el O. S. formulara la pregunta—. Un cabo que no es cabo y un herido que no ha sido herido. Lo único real, en la clínica del doctor Kin-Kaik, era la bandera norteamericana. Lo mejor del caso es que estoy casi convencido de que Grove no es un simulador. ¿Quiere hacerle venir? Me gustaría interrogarle.

El O. S. asintió. Parecía estar completamente desconcertado. Grove se presentó, acompañado por dos gigantescos M. P., los cuales se retiraron

obedeciendo a una indicación del coronel Lionel. La mirada de Grove fue del O. S. a Cavassa, y en sus ojos se leía más asombro que temor.

—Bueno, Grove, vamos a ver... —dijo Cavassa, en un tono que dejaba traslucir cierta simpatía.

—¿*Sir*?

—Parece ser que es usted un falso herido...

—*Sir*, yo...

—No es eso todo, Grove —le interrumpió Cavassa—. En la 5.^a compañía no hay ningún Grove. De modo que es usted también un falso soldado.

El presunto Grove abrió unos ojos como platos. Se disponía a protestar, pero Cavassa le impuso silencio con un ademán.

—No se ponga nervioso, muchacho —aconsejó, en tono paternal—. En todo esto hay un pequeño misterio que tratamos de aclarar. ¿Tiene alguna idea del tiempo que ha permanecido en la clínica del doctor Kin-Kaik? Me refiero al establecimiento que usted tomó por un hospital norteamericano.

—Sí, *Sir*.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos veinte días, *Sir*.

—En resumen, fue usted herido y se despertó en la cama de esa habitación que yo he visto...

—Sí, *Sir*.

—¿Se acuerda de su despertar? ¿Qué es lo que sintió?

Grove frunció el ceño, tratando de comprender el sentido exacto de la pregunta.

Cavassa le ayudó:

—¿Recordó inmediatamente que era Grove, o bien sufrió una especie de amnesia parcial?

—Eso: una especie de amnesia parcial, *Sir*.

—¿Y cuándo recordó realmente que era Grove, cabo de la 5.^a compañía?

El interpelado hizo un visible esfuerzo por recordar.

—En primer lugar, vi el nombre en mi gráfica de temperatura. Luego, la enfermera me llamó Grove, Percy Grove.

—¿*Miss Mona Iversen*? ¿Era ella la que se ocupaba de usted?

—Sí, *Sir*.

—¿Quién le atendía?

—El doctor Pérez.

—¿El hombre que yo liquidé?

—Sí, *Sir*.

—¿Y no le extrañó encontrarse en un hospital tan pequeño? ¿Una enfermera, un médico? ¿Qué le dijeron?

—Que algunos heridos eran conducidos a un anexo para evitar que los agentes del Vietcong se enteraran de las bajas que habíamos sufrido e identificaran las compañías que habían participado en la acción.

—¿Y usted lo creyó?

—¿Por qué no había de creerlo? El doctor Pérez llevaba el uniforme de mayor, y desde mi ventana podía ver la bandera norteamericana.

Cavassa miró al O. S., el cual suspiró.

—¿Estaba usted solo? —continuó preguntando Giulio.

—No, *Sir*. En mi habitación, sí. Pero en las otras había más hombres. Se marcharon hace dos días.

—¿Les vio usted? ¿Habló con ellos?

—No tenía permiso para levantarme. Sólo para ir al... Perdome, *Sir*.

El O. S. sonrió, a pesar de que no sentí el menor deseo de hacerlo. Inquirió:

—¿Y a partir de aquel momento creyó usted que realmente era Percy Grove?

—Pero, soy Percy Grove —protestó, con súbita vehemencia—. Recuerdo perfectamente todo mi pasado. Nací en Ohio, en un pueblo que se encuentra al lado de Cincinnati, y fui a la Universidad municipal de Cincinnati. Mis padres murieron, y fui criado por una tía. Mi tía tenía una tienda de ultramarinos, y la recuerdo perfectamente. Me alisté en el Ejército hace cinco años, a raíz de la muerte de mi tía. Ahora tengo veintitrés años.

—Es más que suficiente, Grove —intervino Cavassa—. Ahora vamos a llevarle al fotógrafo.

Se volvió hacia el O. S., el cual pareció sorprendido al considerar aquello como un súbito capricho.

—De momento, queda usted bajo vigilancia, Grove —declaró Lionel.

—A sus órdenes, *Sir*.

El O. S. llamó a los centinelas para que se llevaran a Grove. Luego volvió hacia Cavassa una mirada llena de curiosidad.

—Creo que ya es hora de que le dé una explicación —dijo Giulio—. En poco tiempo, más de doscientos ciudadanos norteamericanos fueron retirados de la circulación sin que se sepa cómo. Dado que se trataba de hombres jóvenes, en su mayoría antiguos GI., el F. B. I. nos confió el expediente, el cual quedó en suspenso hasta que recibimos las confidencias y las quejas de Tsaî-Nu. Esta había reconocido al padre de su hijo, Willy Pearson, en un jeep

del ejército. Willy Pearson era uno de nuestros desaparecidos, y Tsaî-Nu hablaba con tal convencimiento, que el general Kitner me envió aquí. ¿Comprende ahora? Mi presencia provocó una verdadera reacción en cadena: una bomba en la habitación del hotel; Nguyen, una importante testigo, asesinada... A propósito, ¿se sabe algo acerca del crimen?

—Nada.

—Un trabajo minucioso —suspiró Cavassa—. Su único error consistió en poner en mi camino a Miryam Koan-Tien, en vez de efectuar una nueva tentativa para eliminarme. Sabe Dios por qué cambiaron de opinión... Demasiada confianza en su método, supongo, ¿sabe usted lo que deduzco de ello?

—¿Ha llegado la hora de las adivinanzas? —protestó el O. S.—. Estoy en la brecha desde esta mañana.

Cavassa pasó por alto aquel acceso de mal humor.

—¿Quién mejor que yo puede conocerme? —inquirió—. No soy una persona que cambie de chaqueta o que pueda ser obligada a obrar contra sus convicciones *por medios normales*. Ahora bien, soy un hombre como los demás, y, privado de conciencia, podría hacer cualquier cosa. Mi graduación de coronel y mi posición en la C. I. A. debían significar para ellos algo valioso. Compare mi caso con el de Grove y saque la conclusión.

El O. S. cerró los ojos por espacio de unos segundos.

—*Lavado de cerebro* —aventuró, finalmente—. ¿Cree que se trata de esto?

—Desde luego, a no ser que Grove posea unas extraordinarias facultades para la simulación, cosa que no creo. Conocemos los métodos del lavado de cerebro. Los soviets han recurrido a ellos; los chinos los dominan como nadie. Y en esta ocasión han sido utilizados de un modo genial. Hemos conocido casos de pilotos derribados o de simples prisioneros que hacen declaraciones sorprendentes ante un micrófono del Este, después de un lavado de cerebro. Sin embargo, a pesar de los progresos de la ciencia, resulta difícil suprimir totalmente el subconsciente, ese segundo y profundo pensamiento humano. Los grandes sentimientos están arraigados tan profundamente, que se oponen a la ciencia. Patriotismo, orgullo nacional, amor familiar, etcétera. Conozco el caso de un individuo transformado en inglés. Se conducía como un británico cien por cien, con una sola excepción: rechazaba el té, la vista de un *puddin* le revolvió el estómago y no podía hacer una comida sin pan. Era un francés. Habían conseguido cambiar del todo su antigua personalidad, excepto su modo de alimentarse.

Douglas Lionel sonrió.

—Grove no corre ese riesgo, ¿verdad? —inquirió.

—Desde luego que no —asintió Cavassa—. Es norteamericano, y continuará pensando en norteamericano. Ese es el detalle. Decía antes que en esta ocasión habían obrado de un modo genial, porque al tratamiento médico se añade una hipnosis de ambiente. Si no me equivoco, todos esos muchachos han sido engatusados por una Miryam Koan-Tien cualquiera en Italia, en Francia, en Suecia, incluso en los Estados Unidos. Casi todos ellos habían participado en la guerra del Vietnam, y volvían a encontrarse en Saigón. Desde su habitación podían ver ondear la bandera norteamericana, y aceptaron como normal la presencia de un médico portorriqueño.

Se interrumpió un momento. El O. S. contempló sus uñas, pensativo. Era evidente que los argumentos de Cavassa le habían impresionado.

—Si no hubiésemos irrumpido en la clínica de Kin-Kaik, puede estar seguro de que un día u otro Percy Grove hubiera sido visto paseándose en un jeep del ejército, conducido por un M. P., y aparentemente gozando de plena libertad. Después de eso, ¿cómo quiere que no esté firmemente convencido de que es el cabo Grove de la 5.^a compañía, herido y trasladado por orden superior a una unidad especial?

—¡Extraordinario! —admitió Lionel—. ¡Cuando pienso que ese Kin-Kaik y sus dos ayudantes se nos han escurrido de entre los dedos! Asesinaron a la enfermera vietnamita porque sabía demasiado. Miryam Koan-Tien no es más que una comparsa. Sólo pudo darnos el nombre de Li Chen-Nin, un desconocido. En cuanto a Miss Iversen, parece sincera. Creía realmente haber sido contratada por un anexo del hospital norteamericano.

—Formaba parte del ambiente, lo mismo que la bandera.

—Sí —asintió el O. S.—. Lo malo es que todo eso no nos lleva muy lejos. Me hubiera gustado echarle mano a uno de los responsables, por lo menos. Le juro que hubiera vaciado su saco. Según usted, ¿quién mueve los hilos?

—La cosa requiere una organización perfecta —respondió Cavassa—. Podría pensarse en los rusos. Sin embargo, en mi opinión son los chinos. Por otra parte, eso no importa demasiado. *Lo importante es averiguar el porqué.* Si nuestra hipótesis se confirmara, ¿ve usted la cosa como yo?

Douglas Lionel inclinó la cabeza afirmativamente. Concretó:

—Cien hombres, tal vez más; cien robots capaces de obedecer cualquier orden, tanto más peligrosos por cuanto imaginarían estar sirviendo a su patria. Eso puede provocar cualquier catástrofe. Una matanza entre hermanos de armas... ¡qué sé yo!

—Va usted a sacudirme a ese fotógrafo —dijo Cavassa—. Que transmitan inmediatamente por belino la prueba a Langley^[3]. Si Grove es realmente uno de nuestros desaparecidos, será identificado rápidamente y creo que tendremos una respuesta mañana por la mañana. ¿Dispone usted de un psiquiatra de confianza?

—Sí —respondió el O. S.—. El profesor Edward Revel, del hospital norteamericano.

—Envíele a Grove, explicándole el caso.

—¿Cree usted que podrá serle devuelta a Grove su anterior personalidad?

—No lo sé. Pero vale la pena intentarlo. El profesor dispondrá de una ayuda en cuanto conozcamos la identidad de Grove y sus verdaderos antecedentes. Sería un golpe de suerte si pudiera recordar algún detalle que nos pusiera en el buen camino. Dicho sea entre nosotros, no confío demasiado en que se produzca el milagro.

El coronel Douglas Lionel se llevó la mano al estómago. Cada vez que experimentaba una gran contrariedad, un dolor sordo atenazaba su estómago. Cuanto más pensaba en el caso, más desagradables eran las posibilidades que se ofrecían a su mente. Sugirió:

—¿No cree usted que deberíamos advertir inmediatamente al Alto Mando Interejércitos? Después de todo, si nuestras suposiciones son correctas, no está demostrado que esos individuos tengan como destino el ejército de Tierra. ¿Imagina a uno de esos robots pilotando uno de nuestros bombarderos? Creyendo obedecer una orden, podría ir a bombardear deliberadamente a la población civil de Hanoi. ¡Qué desastre! Y la cosa no tiene nada de imposible. Un individuo convencido de que es el teniente-piloto Fulano, presentándose a una unidad de vuelo provisto de una falsa documentación. No cabe duda de que el comandante de la unidad en cuestión le aceptaría sin sospechar nada.

—¿No va usted demasiado lejos?

—Es posible —admitió Lionel—. Esta historia me saca de quicio. Si...

—No, tiene usted razón —le interrumpió Cavassa—. Los señores generales fruncirán el ceño cuando se les pida que comprueben la identidad de todos sus hombres; pero vale más ser prudentes.

Douglas Lionel sacudió la cabeza mientras continuaba frotándose el estómago.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —inquirió.

—Iré a dormir un poco, mientras espero la respuesta de Langley. ¿Quiere usted algo más?

—Si esta maldita historia no me obligara a permanecer en mi despacho toda la noche, iría a emborracharme para olvidarla —replicó el O. S.—. En cuanto haya novedades le haré llamar.

CAPÍTULO XI

Gerard Orly introdujo el dedo meñique en el pabellón de su oído derecho y empezó a agitarlo frenéticamente, tal vez para aclarar sus ideas.

—Valdrá lo que valga, pero yo tengo un plan —dijo, mirando de un modo especial a Paul Jouan—. La enfermería se encuentra en el mismo barracón, a continuación del despacho del mayor. Nada especial: seis camas y una pequeña sala de consulta. Un individuo que dice que es médico y una enfermera. Eso es todo. Hace un par de días, padecí una fuerte diarrea. Afortunadamente, hay unos retretes reservados para los enfermos.

Sonrió con los ojos. No le vi la punta por ninguna parte, y se lo dije.

—¡Espere! Los barracones están construidos a la buena de Dios. Desde los retretes, a través de las tablas desunidas, se ve la sala de consulta. El armario de los medicamentos me interesó. Estaba abierto, y vi un tubo de Syldonal.

—¿Lo tienes?

Orly hizo una mueca.

—Intenté cogerlo. Casi llegué a alcanzarlo con la punta de los dedos. Forzando un poco la tabla y arañándome el brazo lo hubiera cogido. ¿Te das cuenta, Paul?

Paul Jouan comprendió. Se pusieron en pie. La estatura de Paul Jouan sobrepasaba la de Orly casi un palmo.

—Y tú estás más delgado. Tu brazo llegará más lejos —dijo Orly.

Pregunté:

—¿Y el Syldonal?

—Sueño rápido y profundo garantizado —respondió—. Mezclado con whisky casi no se nota. Por desgracia, he tenido ocasión de experimentarlo.

—Sólo que no tenemos whisky.

—En la cantina venden, y tenemos derecho a comprarlo. No nos tratan del todo mal. Pagando, se obtiene casi todo lo que se quiere.

Guiñó el ojo, súbitamente feliz. La euforia contagió a Paul Jouan, e incluso a mí.

—Eso está bien para el helicóptero, pero ¿y la red? El aparato no pasará a través de la red —dijo Paul Jouan, deshinchándose como un globo.

Repliqué:

—¡Déjalo de mi cuenta!

Había tal convencimiento en mi voz, que Paul Jouan volvió a sonreír.

—Sí, no puede fallar —asintió Gerard Orly.

Y envió un beso al aire, que debía destinar a la bella Sao.

—Estoy dispuesto —declaró Paul Jouan.

Orly me dirigió una breve mirada.

—¿De acuerdo?

Asentí.

—¡Lo que es la higiene! —se quejó Paul Jouan, dirigiéndose hacia el rudimentario lavabo.

Cogió un cepillo de dientes, comprado en la cantina, y se frotó vigorosamente las encías. Después de lo cual aspiró muy fuerte y escupió. Luego llamó a la puerta de nuestra celda.

El sargento abrió y nos miró. Había desabrochado su funda, y su mano reposaba sobre la culata de un Colt.

—El compañero está enfermo —dijo Orly—. Los viets le dieron de lo lindo. Culatazos en el estómago y en todas partes. Escupe sangre. Mire...

El otro bajó la cabeza, volvió a levantar la mirada, cerró de nuevo la puerta sin decir nada.

—Dará resultado —dijo Orly, optimista.

Cinco minutos más tarde, el sargento volvió a abrir la puerta e hizo una seña a Paul Jouan.

* * *

La cosa ha ido bien. Paul ha conseguido apoderarse del tubo de Syldonal. Nos lo han devuelto con la cara limpia, curado y con tres puntos de sutura en el arco ciliar. Más tarde, si hay un más tarde, eso le evitará exhibir una fea cicatriz.

El tipo de la cantina ha venido por la mañana. Ha parpadeado al oír encargar dos botellas de whisky.

—Y unas pastas secas —ha dicho Orly—. Festejamos un cumpleaños.

El otro se ha encogido de hombros. Y se ha marchado. Dos botellas para tres. Eso ha debido dejarle pensativo. Es cierto que para muchos norteamericanos todos los franceses son unos borrachos. No podemos

reprochárselo. También nosotros cometemos el error de creer que todos los norteamericanos son ricos.

A media mañana, me han sacado a pasear. No me había equivocado: el Huey se encuentra en un extremo del campo, solo, como una carreta abandonada. Ni siquiera han construido un hangar rudimentario para protegerlo. Es verdad que, no siendo en la estación de las lluvias, en este rincón no cae una sola gota de agua. En cuanto a la red de protección, que evidentemente era un obstáculo para remontar el vuelo, mi hipótesis quedó confirmada. Se trataba de unas amplias superficies unidas entre sí por medio de unas anillas de porcelana, aislante perfecto que no atrae los rayos, como ocurriría con unas piezas metálicas.

A mi regreso, concreté mis intenciones a Orly y a Paul Jouan. Paul salió inmediatamente. Por un instante, Orly creyó que estaba alardeando. Le desengañé.

Después de la siesta, el tipo de la cantina nos trajo lo que habíamos encargado. Una de las dos botellas nos alegró el corazón. Perfectamente «preparada», la otra pasó de las manos de Orly a las del sargento.

Mi corazón ha visto alterado su ritmo cuando el sargento ha estado a punto de rechazarla. No comprendía el motivo de aquella esplendidez. Orly ha sabido explicarle muy bien que, cuando se celebra un cumpleaños, en su pueblo existe la costumbre de invitar a todos los que moran bajo un mismo techo. Nosotros estábamos, por fuerza, bajo un mismo techo. Había que respetar la costumbre. Ha insistido diciendo que, si se negaba a aceptarla, éramos capaces de bebérnosla y de emborracharnos a muerte. En el fondo, el sargento sólo pedía dejarse convencer.

Hacía apenas cinco minutos que había sonado el toque de retreta.

«Suerte, amiga mía, sé amable conmigo una vez más».

Sólo quedaba esperar.

* * *

Hay personas que pierden la cabeza en seguida, otras después de haber bebido un poco más de la cuenta. Hay las que permanecen lúcidas en cualquier caso. Orly se había bebido la mitad de la botella de whisky y parecía estar completamente sereno, aparte de que sudaba de un modo exagerado. Se secó la frente con el antebrazo y se volvió. En sus ojos había un brillo que no tenía nada que ver con el alcohol.

—Creo que están durmiendo todos. ¿Vamos? Dentro de diez minutos relevarán la guardia. Este es el momento.

Miré a Paul Jouan, un poco excitado, pero controlándose perfectamente.

—¡O. K.!

¡La hora de la verdad! La puerta cerrada por fuera con una simple barra transversal no nos preocupaba. Con aquellas tablas mal unidas, un simple mango de cuchara bastaba para levantarla.

Levanté el pulgar para dar el disco verde. Una vena se hinchó en la frente de Orly, más a causa de la tensión nerviosa que del esfuerzo. La barra cayó con un ruido que resonó en mi cerebro. En el segundo que siguió, cada uno pudo oír los latidos de su corazón.

Orly parecía haber quedado súbitamente paralizado. Empujé la puerta, la cual se abrió rechinando, arrastrando la barra por el suelo.

Los centinelas y el sargento dormían con la boca abierta.

Orly había pasado bastante tiempo en aquella celda, donde su única distracción consistía en escuchar los ruidos exteriores e interpretarlos, para conocer a fondo las costumbres de la guardia.

—Disponemos de ocho minutos —dijo—. ¡Vamos!

El más pequeño de los tres cogió el uniforme del sargento, casi de su estatura; Paul Jouan buscó el más alto, y el primero que se me puso a tiro era de mi talla.

—¡Adelante!

Orly, que llevaba el uniforme de sargento, iba en cabeza. La cosa funcionó hasta el punto de que un individuo que salió de su tienda para orinar ni siquiera volvió la cabeza hacia nosotros. Avanzamos, marcando el paso, hacia el este del campo, es decir, hacia el helicóptero. El primer centinela se encontraba a unos cuarenta metros a la derecha.

—A saber la cara que pondrá cuando estemos a veinte pasos de distancia —susurró Paul Jouan a mi lado—. Orly no se parece en nada al sargento, y en cuanto a mí, ¿qué aspecto tengo con este uniforme tan pequeño?

Si daba la alarma, estábamos perdidos. Faltó muy poco para que sucediera. En realidad, nos salvó su falta de reflejos. Desconcertado por los uniformes, no supo si debía darnos el alto, disparar contra nosotros sin previo aviso o gritar pidiendo ayuda. No se había decidido aún cuando caí encima de él con tal violencia que dobló las rodillas incluso antes de encajar el cabezazo que le dejó sin sentido. Cayó sin proferir un sol grito, cosa que consideré como milagrosa.

—¡M...! —exclamó Paul Jouan—. ¡Vaya un trago! No podemos volver a arriesgarnos así. Ha salido bien una vez, pero sería tentar al diablo...

—De acuerdo —asintió Orly, mirándome.

Sin embargo, teníamos que decidirnos.

—Vamos a avanzar directamente hacia él —dije, refiriéndome al segundo centinela, apostado cincuenta metros a la izquierda del helicóptero—. Verá al sargento y a un solo hombre de relevo, cuando tendrían que haber dos. Eso le extrañará, pero dejará que os acerquéis. Yo daré un rodeo por el bosque y le atacaré por detrás.

—No, iré yo —dijo Paul Jouan—. Este uniforme me sienta como un tiro. A treinta metros de distancia, se dará cuenta de la superchería.

Era cierto. Di mi asentimiento y Paul se separó de nosotros. Le di un poco de tiempo, pensando en las dificultades con que tropezaría al deslizarse por el bosque, y luego ocupé mi puesto detrás de Orly.

Cuanto más nos acercábamos al centinela, más inseguro me sentía. Parecía un tipo desconfiado. Al vernos llegar, había cruzado su arma sobre el pecho, en una actitud ofensiva.

¿Qué diablos estaba haciendo Paul Jouan?

—¡Alto!

Esta vez, el centinela se llevó el fusil al hombro. En aquel preciso instante su cabeza se dobló hacia atrás: Jouan acababa de saltar sobre él, haciéndole víctima de una brutal presa de cuello. Presentí lo que iba a pasar, me precipité hacia Jouan y con un golpe seco le hice soltar la presa.

El centinela se desplomó.

—¡Cretino! —gritó Orly—. ¡Le has matado!

Paul Jouan nos miró con ojos enloquecidos. Estaba temblando.

—No quería hacerlo... —protestó.

—¡Imbécil! —exclamó Orly.

Me incliné sobre el centinela: tenía las vértebras rotas, no había nada que hacer. Me incorporé, sacudiendo la cabeza, y Orly comprendió. Empezó a insultar furiosamente a Paul Jouan, el cual terminó por sublevarse.

—¡Cierra el pico! —rugió, avanzando hacia Orly con aire amenazador—. Con él no lo he hecho a propósito, pero contigo...

Orly apuntó su arma. ¡Un buen momento para discutir! Me interpose entre ellos, afeándoles su conducta. Paul Jouan se tranquilizó.

—De todos modos, ha cometido una salvajada —insistió Orly, realmente disgustado por aquella muerte—. Los norteamericanos no nos han maltratado. Si hay que matar, me niego a seguir adelante. Continúan siendo nuestros aliados, ¿no?

—Un accidente —repitió Paul Jouan en tono sombrío.

No di la razón ni al uno ni al otro, reprochándome el haber concedido el permiso a Paul Jouan. Se requiere un entrenamiento adecuado y un control perfecto para realizar aquella clase de presa sin provocar un desenlace fatal. Paul Jouan había querido hacer las cosas demasiado bien, sencillamente. Pero, lo mismo que a Orly, la muerte inútil de un soldado norteamericano me había afectado profundamente.

—Bueno, es un hecho lamentable, pero ya no tiene arreglo —dije—. Y los minutos pasan. Vamos...

Me siguieron sin el menor entusiasmo. Aquella muerte acababa de romper algo, de desunir a un equipo, y, cuando lo más difícil parecía resuelto, tuve la certeza de que íbamos a tropezar con serios problemas. Rechacé aquella idea pesimista, reservándome por entero para la acción.

En el sentido de la longitud, el helicóptero se encontraba casi en el centro del campo. Para lo que yo quería hacer, aquella posición me convenía.

El Huey es un pequeño helicóptero de una hélice que no me parecía más difícil de pilotar que los Cessna, cuyo funcionamiento conocía bastante bien. Le dije a Paul Jouan que subiera atrás, mientras Orly ocupaba el asiento del piloto, examiné rápidamente los instrumentos de a bordo, y le indiqué a Orly lo que tenía que hacer para poner el motor en marcha, precisando que debía accionar el demarré, en el preciso instante en que resonaba el primer disparo.

Descendí del aparato, me eché la carabina automática al hombro, con la segunda pegada a mi pierna para evitar la pérdida de tiempo que significaría el reemplazar un cargador.

Cinco anillas de porcelana a mi izquierda, cinco a mi derecha, y, a uno y otro lado, la última a casi cien metros de distancia. No desperdicié una sola bala. El falso techo se abrió en toda su anchura, bostezando ampliamente. Tuve tiempo de saltar al interior del Huey, mientras caía sobre nosotros una lluvia de hojas y de ramas colocadas encima de la red para completar el camuflaje.

En el campo se produjo una inusitada excitación. Los soldados, despertados bruscamente, salían de las tiendas en ropas menores, tratando de comprender lo que ocurría.

Despegué, deslizándome a la izquierda para ganar rápidamente velocidad, y me elevé casi normalmente. Los primeros disparos de fusil nos saludaron mientras pasábamos fácilmente a través de la abertura practicada en la red. Me elevé un poco más. El aparato me pareció muy pesado, pero atribuí la falta de manejabilidad a mi mal pilotaje.

Súbitamente, se oyó un crujido. El Huey perdió velocidad y cayó como una piedra.

CAPÍTULO XII

La piel de sus párpados, demasiado fina, no pudo resistir la violencia de un rayo de sol. Se tiñó de púrpura por dentro y, en su sueño, Cavassa vio danzar un montón de puntitos de oro.

Aquello le despertó. Consultó su reloj de pulsera y comprobó que las saetas señalaban las ocho de la mañana.

Se levantó, se duchó, se vistió rápidamente y se hizo subir un café muy fuerte, sin azúcar. A continuación salió a la calle y paró un *rickshaw*.

Aquel medio de locomoción no era del agrado de Cavassa, el cual encontraba injusto que un hombre se viera obligado a tirar de sus doscientas diez libras para ganarse el pan; pero los taxis escasean en Saigón. Poco después de las nueve llegó a la oficina de Douglas Lionel. El sargento S. Walter, que llenaba las funciones de primer secretario, se puso en pie inmediatamente.

—El coronel ha salido, *Sir*, pero le ha dejado un mensaje —explicó, tendiendo a Cavassa un sobre cerrado.

Contenía una ficha y unas líneas de D. Lionel:

«Esta es la ficha de identidad de Grove — Mensaje recibido de Langley a las 6,30 h — Grove-Baker está en manos del profesor Revel desde las 7,30 h — Langley promete hacer lo imposible para encontrar documentos fotográficos de Percy Baker que ayudarán mucho al profesor Revel. Absolutamente nada en los papeles encontrados en la clínica de Kin-Kaik. Declaración de Miss Iversen comprobada. Voy a dormir un par de horas. ¡Buena caza!»

D. LIONEL

La ficha reveló a Giulio Cavassa que Grove se llamaba en realidad Percy Baker, nacido en Cleveland, en el *Middle-West*. Había hecho el servicio militar en un portaaviones y tomado parte en la campaña del Vietnam.

Desmovilizado en 1964. Desaparecido a raíz de una estancia en Ankara, en mayo del 66.

—*Miss Iversen* ha insistido en hablar con usted, *Sir* —dijo el sargento Walter—. Con usted, o con el coronel Lionel.

—¿Dónde está?

—No sabíamos qué hacer con ella. La hemos enviado al Quercy, *Sir*. Vigilada, naturalmente. La esposa del cabo Sum-Tien se ocupa de ella.

—Vaya a buscarla.

Entró en el despacho del coronel Lionel, se sentó ante el escritorio y pidió el expediente de *Miss Iversen*. Había releído su declaración cuando el sargento la hizo entrar. Cavassa apenas había visto a Mona Iversen. Llevaba un vestido blanco, muy sencillo; los cabellos peinados hacia atrás y sujetos con una cinta verde. Para ella, las últimas veinticuatro horas no habían sido fáciles. Sin embargo, y a pesar de no ir maquillada, su rostro tenía un asombroso frescor. Una hermosa muchacha, tipo deportivo, que no desagradó a Cavassa. Al sentarse, mostró sus rodillas ni más ni menos de lo necesario.

Cavassa sonrió:

—¿Quería usted verme?

—A propósito de mi declaración. Olvidé un detalle que puede ser importante.

—El menor detalle puede ser importante para nosotros —confirmó Cavassa.

—Dije que había conocido al doctor Kin-Kaik durante su estancia en el hospital de Copenhague, donde formaba parte de la plantilla del servicio de psiquiatría.

—Sí. Sabía usted que tenía su clínica en Saigón.

—Vine a Phnom Penh para casarme con el doctor Lahon, el cual dirige una servicio del hospital francés, y...

—¡La boda se frustró! —la interrumpió Giulio Cavassa, sonriendo—. ¿Por él, o por usted?

—Era demasiado celoso —respondió Mona Iversen, ruborizándose.

—Y usted se trasladó a Saigón, para pedirle trabajo al doctor Kin-Kaik.

—Sólo le conocía a él.

—Y él le habló de los soldados norteamericanos que atendía en el último piso de su clínica. Y...

—Pero olvidé decirles que había vuelto a ver al doctor Kin-Kaik en Phnom Penh.

Cavassa enarcó las cejas.

—Sí, olvidó usted ese detalle —confirmó, en tono más seco, inclinando los ojos sobre el expediente.

—Yo estaba con Robert...

—¿Robert?

—El doctor Lahon. Reconocí al doctor Kin-Kaik. Se encontraba a la altura de un restaurante chino, el *An Lac Vinh*, y hablaba con M. Lö-Song.

Pareció haberlo dicho todo. Giulio Cavassa la miró con aire interrogador.

—Como usted ya sabe, Cambodia es neutral, resueltamente neutral —continuó la joven—. Es un hecho corriente ver alojados en el mismo hotel a un oficial norteamericano y a un cuadro político del Vietcong. M. Lö-Song es un agente de Hanoi.

—¿Encuentra usted en Asia a un conocido de Copenhague y no habla con él?

—No.

—¿Por qué?

Miss Iversen enrojeció ligeramente.

—¡Oh! —exclamó Cavassa, cuyo rostro se iluminó—. ¿Los celos de Robert?

Ella se limitó a inclinar la cabeza.

—El doctor y M. Lö-Song parecían muy amigos —subrayó la joven—. Y como usted busca al doctor Kin-Kaik...

—Es posible que esa información nos sea muy útil, *Miss Iversen*. En lo que a usted respecta, no la retendremos mucho tiempo en el Quercy. ¿Qué piensa hacer después? ¿Regresar a Dinamarca?

—Me sentiría en ridículo, después de haberme despedido de todo el mundo. No, espero encontrar trabajo en Saigón.

—El coronel Lionel podrá ayudarla —dijo Cavassa—. Le hablaré de usted. A propósito, ¿sabe dónde podríamos encontrar a ese Lö-Song?

—Es un conocido agente de seguros. Tiene una oficina en la calle Vithei Chan Nak, creo. Cualquiera le dará razón.

Despidió a la joven, dándole las gracias, conectó el interfono y formuló la pregunta al sargento Walter. La respuesta le llegó rápidamente:

—Fichado como agente del Vietcong, *Sir*. Calle Vithei Chan Nak, de Phnom Penh.

Aquella confirmación decidió a Cavassa. Pensó que tenía tiempo de tomar un avión de la *Royal Air Cambodge Thai Airways*. Se disponía a llamar al sargento Walter, cuando Douglas Lionel entró en su oficina. Tres horas de sueño no le habían despejado del todo, y mostraba unas profundas ojeras.

—Espero que no le molestará mi presencia —dijo, en tono irónico.

—Al contrario, llega usted muy a punto —replicó Cavassa—. Le cedo su escritorio. Precisamente me disponía a marcharme...

—Espere un poco —protestó el O. S.—. Tengo que hablar con usted, y...

—¿Alguna novedad? —le interrumpió Cavassa.

—No, pero...

—Tengo que tomar un avión. *Miss Iversen* se lo explicará... A propósito, le he prometido que usted la ayudaría a encontrar un empleo. Tal vez en el hospital norteamericano... ¡Hasta pronto!

Dejó a Douglas Lionel gruñendo, se dirigió directamente a su hotel y llenó una maleta con lo estrictamente necesario.

A primera hora de la tarde aterrizaba en el aeropuerto de Phnom Penh. Después de la agitación de Saigón, era la calma y el reposo. Se hizo conducir al «Rajá».

El ruidoso entusiasmo de un grupo de alemanes que regresaba de una visita a los famosos templos de Angkor no turbaba lo más mínimo la perezosa beatitud del empleado a cargo de la recepción. Cavassa tuvo que esperar. Cuando le pasaron el registro de los viajeros, por costumbre, repasó la lista de nombres. El de Glenne-París le saltó literalmente a los ojos. Una extraña coincidencia...

—¿Se encuentra aquí el señor Alex Glenne? —inquirió.

—El señor Glenne continúa ocupando su habitación, pero hace dos días que no le hemos visto —explicó el empleado, en tono neutro.

Un poco perplejo, Cavassa subió a su habitación. Tomó una ducha, se cambió de ropa, se informó sobre la dirección exacta de Lö-Song y se dirigió hacia allí.

Un contratiempo le aguardaba en una oficina vulgar, sobrecargada de ficheros; una mecanógrafa muy joven, cambodiana, le confirmó lo que ya le había dicho el tendero de enfrente: M. Lö-Song estaba ausente desde hacía dos días, y la secretaria juró que ignoraba cuándo regresaría.

Cavassa pensó en visitar a Edward Buttler, el contacto de la C. I. A. en Phnom Penh. Lo dejó para más tarde, regresó al hotel y se dirigió al portero, al cual permitió ver el color de un billete de diez dólares. El empleado casi lloró al no poder contestarle.

—¡Realmente fastidioso! —exclamó Cavassa—. No puedo quedarme mucho tiempo en Phnom Penh, y confiaba en encontrar al señor Glenne. Veamos, quizás uno de sus conocidos podría informarme. ¿Con quién le vio usted?

—Únicamente con el señor Jouan.

—¿Quién es el señor Jouan?

—Un francés, también, que vive en Phnom Penh. Un..., una especie de músico ambulante.

Cavassa se preguntó qué podía estar haciendo Glenne en compañía de un músico ambulante.

—Veré al señor Jouan —dijo—. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Temo que no podrá verle —respondió el otro—. El señor Jouan y el señor Glenne se marcharon juntos en un jeep. Me pareció que el señor Jouan hacía de guía. Tal vez para una partida de caza. Si es así, podría usted informarse en la Dirección General de Aguas y Bosques. Para cazar, se necesita un permiso.

—Sí —asintió Cavassa.

La caza a la cual se entregaba habitualmente Glenne no exigía ningún permiso. Eso no lo dijo. Preguntó:

—Aparte de ese señor Jouan, ¿nadie más?

—No, señor, excepto...

—¿Sí?

El portero sonrió intencionadamente.

—*Mlle.* Sao, una camarera del Bar de las Flores. No creo que el señor Glenne le hiciera confidencias.

—Desde luego que no —respondió Cavassa, sonriendo.

Opinaba todo lo contrario. Al Glenne, el sentimental, no era aficionado a la compañía de las cabareteras. Tenía que existir una explicación a aquel contacto con una de ellas...

Cavassa se dijo que valía la pena seguir aquel hilo. No le costó demasiado localizar el Bar de las Flores.

El establecimiento, a aquella hora, estaba casi vacío. Siete muchachas se aburrían, y una octava trataba de distraer a un V. I. P.

Apenas instalado en la barra, Cavassa notó contra la suya el contacto de una pierna.

—¡Dos! —le dijo Cavassa al barman.

La muchacha le agradeció su generosa comprensión y se acercó un poco más.

—¿Quién es Sao, monada? —preguntó Cavassa.

La mirada de la muchacha se oscureció.

—Eres nuevo en la ciudad. ¿Por qué preguntas por Sao?

—Porque...

—¡No es tan guapa como yo!

—Es aquella pequeña que está allí, al fondo de la sala —intervino el barman, haciendo caso omiso de la mirada mortal que le dirigió la muchacha.

Cavassa le dio las gracias, vació su vaso, dijo «¡Chao!» y se dirigió hacia el fondo de la sala. Encontró a Sao formidable, delicada, con unos grandes ojos asustados y llenos de tristeza. Se sentó a su lado. A costa de un gran esfuerzo, Sao consiguió esbozar una sonrisa profesional.

—¿Qué es lo que puede beberse para ser bien visto en la casa? —preguntó Cavassa.

Sin esperar la respuesta, encargó una botella de champaña.

—A tu salud, muñeca —brindó, una vez se hubo alejado el camarero, mojando sus labios en la copa—. En realidad, lo único que deseo es encontrar a mi amigo Glenne. Un francés que estuvo contigo hace dos días.

La joven posó en sus ojos unos ojos inmensos.

—¿A qué se dedica usted?

—Glenne y yo nos dedicamos a lo mismo —respondió Cavassa.

Sao inclinó la nariz sobre su copa y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Estoy maldita! ¡Maldita desde que conocí a Erwin Lester!

—¿Quién es Erwin Lester?

—¡Quién era! Le han matado. Un desertor..., un desertor norteamericano. Me lo dijo todo, y no debí contárselo a Gerard. No volveré a ver a Gerard, y usted no volverá a ver al señor Glenne. Nadie regresará...

Cavassa la dejó beber y preguntó suavemente:

—¿Quién es Gerard?

—Mi amigo. Un francés. Vivía con él desde hace dos años.

—¿Es también amigo de Glenne?

—Sí.

Cavassa tradujo: ese Gerard es el representante del C. D. E. C. E. en Phnom Penh.

—Yo les traeré aquí —prometió—. Dígame adonde se marcharon.

—Su amigo también prometió traerme a Gerard.

—Yo lo conseguiré —afirmó Giulio Cavassa.

Sao le miró mejor. Nunca había visto a nadie con tal aspecto de fortaleza. Una montaña de músculos, un rostro abierto y un no sé qué en la mirada que inspiraba confianza. Por primera vez, Sao sonrió sinceramente.

Antes de que la botella estuviera vacía Cavassa conocía toda la historia. Asaltado por una súbita inquietud, se despidió de Sao, pagó la cuenta, salió

del Bar de las Flores y, esta vez, se dirigió a casa de su contacto, Edward Buttler.

Edward Buttler regentaba una tienda dedicada a la venta y reparación de aparatos de radio. Muy práctico. Al igual que a Gerard Orly, la indolencia de Phnom Penh había terminado por embotar su espíritu combativo. La aparatosa intrusión del coronel Cavassa en su existencia le asustó, aunque supo disimularlo.

Giulio Cavassa estableció contacto con Saigón y con Douglas Lionel por radio teléfono, explicándose brevemente. El O. S. actuó con rapidez y siete minutos más tarde, Cavassa estaba en contacto con el IV *Bureau* de Langley, U. S. A. Por espacio de unos segundos, el general Kitner se preguntó si Cavassa, como de costumbre, había estado bebiendo más de la cuenta.

En sus momentos de excitación, Giulio Cavassa olvidaba por completo el respeto jerárquico, para recordar solamente la amistad que le unía al general Kitner.

—¡No sea estúpido, Kitner! —exclamó—. Parece una locura, desde luego, pero no podemos estar en antecedentes de todo. ¿Quién le dice que el golpe no ha sido montado por el D. I. A.^[4]? En Arlington no saben lo que se pescan. Tenemos que averiguar por qué nos han fabricado unos robots. Seguro que Pekín anda detrás de todo esto.

—Voy directamente a la Casa Blanca —dijo Kitner—. ¿Cuál es su clave? Cavassa citó la frecuencia de la emisora de Edward Buttler.

—Le llamaré a última hora de la tarde —prometió el general Kitner.

Edward Buttler opinó que se imponía un trago de Old Crow. Giulio Cavassa no había rechazado nunca un vaso de whisky ni de cualquier otra cosa, mientras fuera alcohol. Vació la botella a un ritmo que despertó la admiración de Edward Buttler, pidió unos mapas de estado mayor y se dedicó a estudiarlos cuidadosamente.

A las ocho y tres minutos exactamente, Langley estableció contacto.

—Cavassa C. 30 a la escucha —confirmó Giulio—. ¿Qué hay de nuevo?

—Negativo —fue la respuesta lacónica, definitiva y concreta del general Kitner.

—¡Diablo! —exclamó Giulio—. Entonces, voy inmediatamente a ver eso un poco más de cerca.

—Coronel Cavassa, vamos a...

—No —cortó Giulio—. Voy a ir allí. Si dentro de cuarenta y ocho horas no tiene usted noticias, actúe.

El general Kitner sabía que todo el respeto debido a su graduación no haría cambiar de opinión a Cavassa.

—El jueves por la mañana desencadenaré una operación militar —dijo—. Norteamericanos o no, robots o no, tenemos que hacer entrar en razón a esa gente. Si fracasa usted, o si su diplomacia no tiene éxito, emplearemos la fuerza. ¡Buena suerte, coronel!

Giulio Cavassa se puso en pie, cogió la silla en la cual había estado sentado, le dio media vuelta y se instaló a horcajadas.

—Amigo mío —dijo—, es preciso que me encuentre usted inmediatamente un vehículo capaz de rodar por la jungla.

—¿Ahora mismo?

—Desde luego.

—No pensaré viajar de noche —protestó Edward Buttler—. Los faros señalarían su presencia a muchos kilómetros de distancia. Sería correr a una muerte segura.

—Es lo que pienso hacer, precisamente —respondió tranquilamente Cavassa.

Lo que no dijo fue que pensaba sobre todo en Glenne, en su amigo Glenne, y que estaba terriblemente preocupado. En casos semejantes, los segundos adquieren un gran valor.

Edward Buttler palideció, asustado de su propia decisión.

—Entonces, puede utilizar mi «Land Rover» —dijo—. Yo iré con usted. Es mi obligación, ¿no? Y necesita usted un guía.

CAPÍTULO XIII

El sol me apuñaló los ojos. Recobré el sentido bruscamente, traté de incorporarme. Unas manos nerviosas me sujetaron contra el suelo, y un antebrazo me tapó la boca. Apoyé fuertemente los omóplatos sobre la tierra herbosa y me dispuse a escapar de aquella presión con un golpe de riñones. Al mismo tiempo, separé los brazos, con los pulgares rígidos, dispuesto a hundirlos con fuerza en la base de los pulmones de mi adversario. En aquel instante reconocí el rostro mefistofélico de Paul Jouan y leí en sus ojos una llamada desesperada al silencio.

Me relajé y tendí el oído. Alguien andaba cerca de nosotros, tan cerca, que por un instante pensé que iban a echársenos encima. Transcurrieron unos

minutos. Paul Jouan se incorporó ligeramente y un largo suspiro brotó de sus labios.

—Se han marchado —dijo—. A menos de quince metros de nosotros y escoges ese preciso instante para despertar. Me has hecho sudar tinta, amigo mío.

Se echó a reír silenciosamente. Me erguí sobre un codo, miré a mi alrededor: estábamos en una pequeña franja de maíz, sembrada en el flanco de una colina. Más abajo se extendían unos vastos arrozales. Lo más sorprendente era el sol, casi en su cénit.

—¿Qué ha pasado?

—¡Un desastre! El helicóptero cayó en pleno bosque, incendiándose inmediatamente. Yo caí de rama en rama, lo mismo que tú. Salimos despedidos del aparato.

—¿Y Orly?

Paul Jouan volvió la mirada.

—Ardió con el Huey. No pude hacer nada, y tú estabas inconsciente.

No supe qué decir, hurgué en mis bolsillos, saqué mi paquete de Gauloises, encendí uno y fumé en silencio.

—No había perdido el conocimiento. Le oí aullar. Fue algo horrible.

—Ha sido culpa mía —murmuré.

Sacudió la cabeza enérgicamente y explicó:

—Una de las ramas de camuflaje chocó contra la hélice al caer; una vez en el aire, se desprendió una de las palas. Fue un accidente, no un error de pilotaje.

Lo prefería así.

—Y el pobre Orly nos salvó —continuó Paul Jouan—. Los otros oyeron también los gritos. Un incendio terrible. No había modo de acercarse al aparato. Creyeron que ardíamos los tres. Te he traído hasta aquí.

Miré de nuevo la posición del sol:

—¿Qué hora es?

—Algo más de las doce de la mañana.

—¿Has cargado conmigo todo este tiempo?

—No. ¿No te acuerdas de nada? Te despertaste. Anduviste un poco. Incluso hablamos; pero volviste a perder el sentido.

Yo no conservaba ningún recuerdo. ¿Dónde estábamos? Paul Jouan debió de haber trazado un amplio semicírculo, pero avanzábamos en dirección a la frontera. Desviándonos hacia la derecha, teníamos que volver a encontrar la carretera de Phnom Penh.

Paul Jouan se secó la frente, empapada en sudor.

—Esa ha sido la tercera patrulla que veo —continuó—. La última ha estado a punto de dar con nosotros. Habrán comprobado que entre los restos del helicóptero había un solo cadáver carbonizado. ¿Cómo te encuentras?

Yo no me había formulado aún la pregunta. Mi cigarrillo tenía mal sabor, síntoma infalible de fiebre. Moví brazos y piernas, pies y manos, y me puse en pie.

—No del todo mal. Me duele la cabeza.

—Te has dado un golpe morrocotudo —dijo Paul Jouan.

Me toqué la nuca, noté unos cuajarones de sangre coagulada. Retiré la mano. Estaba roja.

—No toques la herida —dijo Paul Jouan—. Te volverá a sangrar. Te había hecho una especie de vendaje con unas hojas húmedas. Se ha caído. Voy a colocarte otro.

En resumen, me había salvado, probablemente, la vida.

—Gracias, Paul. Eso te redime.

Su mirada se veló.

—¿Piensas en el individuo que maté?

—No de un modo especial.

Mentía. Di algunos pasos para desentumecer las piernas. La cabeza me pesaba horrores, pero podía andar. Se lo dije a Paul.

—¿Vamos, pues?

—¡En marcha!

Al hacerse de noche, no habíamos encontrado ninguna patrulla; pero estábamos completamente perdidos.

—Nos hemos extraviado —admitió Paul Jouan—. Y estoy molido. ¿Hacemos un alto?

Me pareció una buena idea, y mucho más por cuanto el andar se me hacía muy penoso. La cabeza continuaba doliéndome, y se me había nublado la vista varias veces.

—¿Sabes lo que tienes? ¡Hambre, sencillamente! —opinó Paul Jouan—. Y yo también, desde luego.

Era posible que estuviera en lo cierto. Pero no cabía pensar en comer. Fumar engaña el hambre. No me quedaban más que dos cigarrillos. Los guardé. A falta de nada mejor, cada uno de nosotros cavó su agujero en una plantación de juncos.

Me desperté al amanecer, helado. Paul Jouan oyó que me movía y abrió los ojos. Me dijo que había dormido como un lirón; pero también él tiritaba.

El mejor medio de que disponíamos para calentarnos era andar. Di la señal de partida y, para estimularme, me ofrecí mi penúltimo cigarrillo. Salió el sol, y no tardó en adquirir la fuerza suficiente para absorber toda aquella humedad que convertía a nuestros vestidos en esponjas empapadas de agua. Pronto humearon, y al secarse esparcieron un hedor infecto. Por el aspecto de Paul Jouan, imaginé el mío. Varias veces tuvimos que dar un rodeo para evitar los matorrales todavía húmedos de rocío de entre los cuales hubiésemos salido mojados como una sopa. Mi cabeza funcionaba mucho mejor. Quiero decir que no me dolía tanto, aunque las heridas corrían el peligro de infectarse. Y entonces...

Una empinada pendiente me dio la medida de mi fatiga. Mis piernas se negaban a obedecerme. Detrás de mí, Paul Jouan no parecía encontrarse en mejores condiciones. Al llegar a la cima, me detuve a descansar. Paul Jouan se sentó a mi lado, pasándose la lengua por los resecos labios.

—Y esto no es nada —gruñó—. Imagínate lo que va a pasar cuando Mohamed se decida a pegar fuerte...

Contempló el paisaje, y súbitamente sus ojos se iluminaron.

—¡Eh! ¿No recuerdas eso? Estoy seguro de que lo dejamos a nuestra derecha al venir, inmediatamente después de haber cruzado el arrozal. ¿No te acuerdas?

Hurgué en vano en mis recuerdos. Paul Jouan parecía convencido.

—Sí —insistió—. ¿Ves esa choza derruida? Me fijé en ella a causa del macizo de buganvillas. Incluso me dije que en otros tiempos algunas personas vivían felices ahí. Mira, más lejos la hierba es más alta. Tiene que haber agua cerca. Estoy seguro de que estamos llegando al lugar en donde los viets nos pescaron. El jeep no puede encontrarse a más de quinientos metros de distancia.

Pensándolo bien me pareció haber visto anteriormente aquella plantación de té en completo descuido desde hacía mucho tiempo; pero aquéllos no eran los únicos cultivos abandonados y yo no hubiera podido jurarlo.

—¡Te digo que es aquí! —insistió Paul Jouan, en tono convencido.

El descenso fue más fácil. Una vez abajo, tuve que reconocer que mi compañero tenía razón. Encontré incluso una colilla de Gauloise en el sendero que habíamos trazado al venir, pisando las altas hierbas.

—Espero que ese cerdo no nos habrá engañado y que el jeep continuará estando aquí —deseó fervientemente Paul Jouan.

Uní mis votos a los suyos. Ahora que estaba seco, a Paul Jouan le fastidiaba chapotear en el arrozal. Pero, a pesar de su fatiga, propuso:

—Andemos otro kilómetro en línea recta. Luego nos desviaremos a la izquierda. Eso nos ahorrará cruzar el *ray*. Iremos a parar al comienzo de la carretera de Phnom Penh.

Me mostré de acuerdo. Resultaba sumamente penoso andar por el agua fangosa, tirando de las botas que se clavaban en el suelo. Pero, a veces, la línea recta no es la más corta y aquel rodeo podía hacernos ganar tiempo.

La idea era buena. Un cuarto de hora más tarde reconocí la línea oscura de aquella inmensa plantación de bambúes que teníamos a nuestra izquierda al venir y la línea oscura del bosque que la seguía. Desviándonos todavía más a la izquierda, debíamos desembocar en aquella especie de fangal donde yo había estacionado el jeep. Para celebrarlo, me ofrecí mi último Gauloise.

Me detuve a encender el cigarrillo y cuando me disponía a reemprender la marcha, Paul Jouan me cogió fuertemente por el brazo.

—¿No oyes nada? Escucha...

No se equivocaba. El viento nos daba de cara y traía la voz hasta nosotros. Alguien hablaba. Se oían risas. «Los viets, seguramente», pensé.

—Esos *bouzous* no se han marchado —dijo Paul Jouan—. Las voces proceden del pequeño claro al cual nos condujeron. ¿Qué hacemos?

Una pregunta difícil de contestar. Nos habían dejado marchar la primera vez, prometiendo asegurarnos un regreso tranquilo. No comprendía demasiado bien el juego de Lö-Song, y no las tenía todas conmigo.

—Opino que deberíamos acercarnos sin llamar la atención —dijo Paul Jouan—. Tendríamos que echar una ojeada. ¿Dónde está el salvoconducto de que nos habló Lö-Song? Y suponiendo que diera realmente la consigna, ¿quién nos dice que esos *bouzous* van a respetarla? Yo no tengo la menor confianza.

Aquello era hablar en plata. Se lo dije, concretando:

—Hay un medio de comprobarlo. Si Lö-Song juega limpio, el jeep estará debajo del árbol. Si no se encuentra allí...

—¡Sí! —aprobo Paul Jouan—. Sólo que esta vez tenemos con qué contestar, y el efecto sorpresa jugará en favor nuestro.

Y al decir esto dio unas palmadas a la culata de su arma.

—Es preferible evitar el jaleo —dije—. Claro que si no hay más remedio... Bueno, vamos allá.

Nuestro avance se hizo prudente, guiado por el sonido de las voces, cada vez más claro. En un momento determinado las palabras fueron audibles. Paul Jouan me tocó en el hombro. Le imité, poniendo una rodilla en tierra.

—¿Lo has entendido?

—No. Desconozco su idioma.

—Se disponen a torturar a unos prisioneros. Por eso están tan alegres.

—¿Quiénes son los prisioneros?

—Norteamericanos, creo.

Aquello planteaba un caso de conciencia que quedó rápidamente resuelto. No me interesaba tomar partido en la guerra del Vietnam, pero en Asia la solidaridad entre blancos es obligada. Además, no íbamos a vérnoslas con un cuerpo regular del Vietnam del Norte, sino con unos partisanos, más bandidos que partisanos, como me había hecho observar ya mi compañero. Finalmente, las costumbres de los salvajes siempre me han repugnado.

Me lancé hacia delante, con Paul Jouan pisándome los talones. A pesar de todo, crucé el bosque con prudencia y me arrastré sobre los codos para alcanzar los árboles que rodeaban el claro.

Una ojeada me bastó. Un individuo se balanceaba, colgado de un árbol. Otro, con las manos atadas a la espalda y una cuerda al cuello, esperaba su turno. El primero era demasiado pesado para el verdugo, que trataba inútilmente de izarle y sólo conseguía estrangularle lentamente. Aquello era lo que hacía reír a sus siete compañeros.

Como por arte de magia, la culata de mi carabina fue a alojarse en el hueco de mi hombro derecho. Cuando Paul Jouan apuntó, ya no había blanco para él.

Grité:

—¡Quédate ahí y cúbreme! ¡Vigila los árboles!

Y eché a correr. El condenado estaba haciendo algo extraordinario: corría hacia el colgado arrastrando su propia cuerda. El cuerpo se balanceaba a un metro de distancia del suelo, aproximadamente. El hombre alivió el cuerpo introduciendo su cabeza entre las piernas del colgado.

Gritó:

—¡Corta la cuerda, Glenne! ¡Corta la cuerda!

Disparé dos veces.

Giulio Cavassa rodó por el suelo al mismo tiempo que el colgado. Con sus manos atadas, no podía hacer nada. Jadeante por mi rápida carrera, me apresuré a desatar el nudo, apoyé la mano en el pecho del caído, a la altura del corazón. Por la posición de la cabeza, conocía ya la respuesta.

—No hay remedio... Tiene las vértebras rotas.

—¡El pobre! —murmuró Giulio Cavassa, poniéndose en pie.

Me volví la espalda para presentarme sus muñecas, sin mostrar el menor asombro por mi presencia.

—Precisamente, mientras ese cerdo tiraba de la cuerda, yo pensaba en ti —dijo.

Por mi parte, Giulio Cavassa era la última persona que hubiera esperado encontrar. Se lo dije en unos términos que no le turbaron lo más mínimo.

—Con esa rapidez de tiro, sólo podías ser tú —replicó tranquilamente—. Además, esperaba encontrarte por aquí.

Una vez liberado, empezó por frotarse las muñecas, sonrió y preguntó:

—¿Estás solo?

—Tengo un compañero que nos cubre.

—Creo que los has liquidado a todos —dijo.

Se inclinó y recogió una carabina.

—Un arma norteamericana —gruñó, reconociendo una M. 14.

A continuación se dedicó a registrar al viet, lo cual me extrañó.

—Recupero —explicó lacónicamente.

En efecto, los viets se habían apoderado de su reloj de pulsera, su cartera y diversos efectos personales, lo mismo suyos que de su compañero. Cuando recuperó su Colt, dio visibles muestras de placer.

—Bonita arma —dije—. ¿Me permites?

Me la entregó. Vi que estaba cargada. Apunté el cañón al vientre de Giulio, diciendo:

—¿Quieres soltar tu carabina?

Me miró con ojos desorbitados por el asombro.

—¿Te has vuelto loco? —protestó en tono vehemente—. ¿Qué te pasa ahora, majadero?

No era un trato demasiado amable a una persona que acababa de salvarle la vida. Repliqué, irónico:

—Hace demasiado tiempo que nos conocemos, amigo mío. El coronel Cavassa sólo atiende a su misión. Y si su misión es la de impedir que el mundo se entere del sucio golpe que prepara un comando norteamericano, no hará ninguna excepción, ni siquiera con su amigo Glenne. En consecuencia, prefiero que estés desarmado.

Sin perderle de vista, llamé a Paul Jouan. Este llegó corriendo, sin saber si debía contemplar el paisaje o apuntar su arma sobre Giulio.

—Entonces, ¿habéis estado allí? —preguntó Cavassa tranquilamente.

—Sí. Y hemos conseguido salir. ¿Te extraña?

—¿Qué puede extrañarme de ti? —inquirió Giulio—. Y, sin embargo, eres un indeseable.

—No es que quiera intervenir en su discusión —dijo Paul Jouan—, pero ¿no sería mejor que nos largáramos sin perder momento?

Cavassa le dirigió una rápida mirada:

—¿Qué le pasa a este espárrago?

—El espárrago le envía a usted a freír ídems —replicó valientemente Paul Jouan, claro que empuñando un arma.

Intervine:

—No le ataques, Giulio. Es mi compañero.

—Y yo, ¿qué es lo que soy?

—En este momento, no lo sé...

Aulló:

—¿Apuestas algo a que, a pesar de tu escopeta, te parto la boca por esa respuesta?

—Acabas de reconocer que estás al corriente de la existencia de ese campo.

—Si acabáis de hacerlo vosotros, me ahorraré el trabajo de comprobar su existencia. Por lo demás, puedo asegurarte que, en este caso, no somos adversarios.

—¿No?

—No.

—¿Por qué?

—Ese campo no está aprobado por la Casa Blanca. Ni depende de ninguno de nuestros C. G. Y mucho menos de la C. I. A., o de los estrategas de Arlington. En una palabra, esos hombres no pertenecen al ejército norteamericano.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Giulio miró a Paul Jouan, y luego hacia las profundidades del bosque.

—Tu compañero tiene razón. Es preferible que vayamos a hablar un poco más lejos.

—De acuerdo.

A falta de cosa mejor, utilicé mi cinturón como pistolera para la automática. Con el fusil o con la carabina me defiendo, pero siempre he sentido una debilidad especial por la pistola. Cavassa se inclinó y recogió, sin oposición por mi parte, la carabina que había soltado unos momentos antes.

Los ojos de Paul Jouan parpadearon de Cavassa a mí y de mí a Cavassa.

—Creo que los dos son del mismo calibre —murmuró.

CAPÍTULO XIV

Giulio me lo había contado todo y yo le había pagado en la misma moneda. En la parte posterior del «Land Rover» el cadáver de Edward Buttler saltaba al ritmo de los vaivenes de aquel pésimo camino. Lo habíamos instalado lo mejor posible. ¡Lo que son las cosas! Si no nos hubiésemos detenido con Paul Jouan en lo alto de aquella pendiente, hubiéramos llegado a tiempo. A pesar de que los viets no se aventuran tan profundamente en territorio camboyano, Paul Jouan continuaba vigilando atentamente el paisaje.

—Lö-Song... Lö-Song... —repitió Giulio, que conducía—. ¿Dices que mandaba el grupo de partisanos, y que los bandidos os dejaron ir?

—Sí.

—Me pregunto por qué...

Yo tenía mi idea al respecto.

—La cosa parece muy clara —dije—. Una vez dado el golpe, necesitaban testigos. Orly, Jouan y yo, éramos unos testigos perfectos. Ya me veo contando mis aventuras, delante de una Comisión especial de la O. N. U., confirmando la existencia y el objetivo de ese comando norteamericano. Lo bueno del caso es que habría sido sincero. Por otra parte, puedes estar seguro de que han pensado en provocar otros testimonios.

—Tienes razón —asintió Giulio—. Ese Lö-Song es un agente doble que en realidad trabaja para Pekín. Apostaría cualquier cosa que Hanoi no está enterado de ese golpe. China es la única que tiene interés en que la guerra del Vietnam se prolongue. Nos desgasta, y todo lo que nos desgasta entusiasma a Pekín. El Presidente, en vísperas de las elecciones, desearía poner la paz del Vietnam en la cesta de los electores. Confidencialmente, se busca un terreno de entendimiento. Pekín no quiere esa paz a ningún precio.

Cerró un ojo, volvió a abrirlo:

—¿Vamos a darle los buenos días a ese Lö-Song, nada más llegar?

—De acuerdo.

—Para mí, esa historia del comando está prácticamente resuelta. Me preocupan las misiones eventuales que podrían haber sido confiadas a otros robots. Yo les doy ese nombre. ¿Cómo llamarles? Para mí, Lö-Song es uno de los elementos principales de la maniobra. Tengo que arrancarle la verdad. Como no disponemos de tiempo, utilizaremos inmediatamente los modales bruscos. ¿Te parece bien?

Me parecía bien.

—Recemos para que haya regresado a Phnom Penh —concluyó Giulio.

El resto del trayecto discurrió sin ningún incidente notable. Cavassa me contó que Edward Buttler y él se habían dejado atrapar casi del mismo modo que nosotros, evitando el foso, pero no la red. En las afueras de Phnom Penh, Paul Jouan quedó encargado de cubrir el cuerpo de Edward Buttler con una manta y procurar que no se moviera.

A ruego mío, Cavassa me condujo directamente a Phlaur Rukhak, donde se encontraba la embajada de Francia. Mi entrada, acompañado de Paul Jouan, causó sensación. Giulio se dirigió al Consulado de los Estados Unidos.

Duchado, afeitado, cambiado de ropa, descansado, redacté un largo informe para París que el primer secretario se encargó de transmitir. A las cinco de la tarde, en el pequeño salón donde me encontraba con Paul Jouan, me trajeron un lacónico mensaje de Cavassa: «¡O. K.!».

Aquello significaba que Lö-Song estaba en la ciudad. Una hora más tarde, tal como habíamos convenido, encontré a un Cavassa elegante y al parecer en plena forma al volante de un «Chrysler» estacionado en la calle Vithei Ghan Nak, casi delante de la oficina de Lö-Song. Paul Jouan merodeaba cerca de allí.

—Está en su despacho y he conseguido el plano de la casa —me explicó Giulio—. En el catastro me dieron el nombre del arquitecto que construyó el edificio. El apartamento tiene tres habitaciones. La última sirve de archivo. Posee una entrada que da al patio. Durante el día, no está nunca cerrada. La secretaria pasa por allí para ir al lavabo, el cual se encuentra en el patio. La segunda habitación es el despacho privado de Lö-Song. Y, finalmente, la gran sala que ya conoces, sirve para recibir a los clientes. ¿Entendido?

—Sí.

—Lö-Song estará en esta última habitación, o en su despacho —continuó Cavassa—. En el primer caso, le empujaré hacia ti. En el segundo caso, le agarras por el cuello hasta que yo llegue. En ambos casos, hago una señal a tu compañero, el cual entra, cierra los postigos de hierro y se ocupa de la secretaria. No sabemos si la muchacha está complicada en el asunto. Me inclino por la negativa. No creo que nos plantee demasiadas dificultades.

—¿No llamará la atención que bajemos las persianas de hierro?

—No lo creo —respondió Cavassa—. Por lo que he podido averiguar, las horas de trabajo de Lö-Song son muy irregulares. Como puedes suponer, el negocio de seguros sólo le sirve de tapadera. Habrá cerrado un poco antes, sencillamente.

—¡O. K.! ¿Vamos?

—Pon tu reloj en hora. Entra por detrás a las seis menos cinco en punto.

Sincronicé mi reloj con el suyo, salí del «Chrysler» por la portezuela de la izquierda e hice una seña a Paul Jouan, que se encontraba al otro lado de la calzada. A la hora fijada, abrí la puerta que, efectivamente, no estaba cerrada con llave. Crucé una habitación transformada en archivo, pasé al despacho de Lö-Song y desde allí, a través de la puerta de comunicación, vi a nuestro hombre discutiendo con Cavassa, al cual no conocía.

Discusión breve, que terminó con un rechazo de Giulio que envió a mis brazos al pequeño Lö-Song. Acabé de adormecerle, antes de dejar que se deslizara, inerte, sobre la alfombra roja.

En la sala, la secretaria, horrorizada, abrió la boca para aullar.

—¡Cierra el pico, monada! —le aconsejó Giulio.

En aquel momento, entró Paul Jouan. Sin pronunciar una sola palabra empezó a bajar la cortinilla de hierro aislándonos perfectamente de la calle. La operación no había durado un minuto.

—¡Ocúpese de ella! —dijo Cavassa, dirigiéndose a Paul Jouan.

Estábamos tan convencidos de dominar la situación, que el estampido de un arma de pequeño calibre nos sobresaltó a los dos. Más cerca de la puerta, Giulio empezó a retroceder, con los brazos en alto. No sé cómo se me ocurrió pegarme contra la pared, a la izquierda de la puerta. La secretaria avanzó, empuñando un 32. Miraba a Cavassa, y no me vio. Golpeé su muñeca con el filo de la mano. Su arma voló al otro extremo de la habitación.

—¡La muy zorra! —exclamó Giulio, dejando caer su manaza sobre el hombro de la muchacha, la cual se hundió bajo el impacto.

Me precipité fuera de la habitación, empujando a Cavassa. Paul Jouan estaba caído en el suelo, con las manos crispadas sobre su costado izquierdo.

—¡Paul!

Su mirada me dejó helado.

—Después de todo lo que acabamos de pasar, dejarme matar por una mujer... ¡No tengo perdón!

—¿Dónde te ha dado?

No me oía ya. Murmuró:

—¡Adiós, Montparnasse!

—¡Paul!

Una espuma rosácea brotó de entre sus labios y su mirada se vidrió. Me quedé como atontado. Me recuperé lentamente y cerré sus párpados. Un buen muchacho, Paul Jouan, a pesar de sus errores.

Le crucé las manos sobre el pecho y encendí un cigarrillo. La muerte, por doquier, y sobre todo cuando uno no la espera. Me quedé unos instantes fumando, incapaz de alejarme del cadáver de Paul Jouan, trabajado por la idea de los sueños que habían sido los suyos. Nunca los realizaría, pobre Paul...

Orly, Buttler, Jouan... Aquel asunto nos estaba saliendo muy caro.

Finalmente, volví a entrar en el despacho. Mis ojos se encontraron con los de Cavassa.

—Paul ha muerto.

Lö-Song continuaba roncando en su sillón, y Cavassa había atado sólidamente a la muchacha. Su mirada se turbó ligeramente. Durante una fracción de segundo, contempló las puntas de sus zapatos.

—Podía haberse convertido en un hombre de bien. Pero, así es la vida.

Aquella fue toda la oración fúnebre de Paul Jouan. Giulio descolgó el receptor telefónico, marcó un número de cinco cifras, dio su contraseña y dijo:

—Hay contraorden, Bob. No utilizaré el «Chrysler». Hemos sufrido una baja. Un francés de nuestro bando. Envíeme urgentemente una camioneta de mudanzas y tres cestos. Ustedes se ocuparán del francés.

La respuesta no debió complacerle. Su rostro se contrajo y tronó:

—¡Me importa un bledo lo que pueda opinar la autoridad local! Los que caen son de los nuestros y quiero unos entierros decentes para ellos. Es una orden que no repetiré. Venga por la puerta trasera.

Se calmó, dijo «¡gracias» y colgó bruscamente. Encendí otro cigarrillo con la colilla del que acababa de apurar.

—No tardarán en llegar —dijo Cavassa.

Señaló con el dedo a Lö-Song e inquirió:

—¿Con qué le has golpeado? ¿Con un pisapapeles de bronce? Ese granuja no se despierta... Ayúdame, vamos a prepararle. Así ganaremos tiempo.

Lö-Song se despertó cuando estaba atado como una momia, los labios sellados con esparadrapo. Un poco más tarde llamaron a la puerta y Cavassa abrió a dos individuos vestidos como mozos de cordel. En realidad, se trataba de una mudanza.

—El macaco y la pollita en un cesto cada uno —ordenó Cavassa—. Llevadles directamente al aeropuerto. Entretanto, alguien se quedará aquí para efectuar un registro a fondo: paredes, suelos, techos... Todos los papeles serán transmitidos directamente a la sección de claves. Yo cogeré el «Chrysler» hasta el aeropuerto. Alguien tendrá que volver a traerlo aquí.

Me dio una palmada en el hombro y añadió:

—En marcha, viejo...

Poco después empezaba a olvidar a Paul Jouan. La vida continuaba. Cavassa había puesto la radio, que susurraba una canción de Sinatra. Pasé por mi hotel, hice las maletas, pagué la cuenta y volví a reunirme con Giulio, que me aguardaba al volante del «Chrysler».

—Mis muchachos habrán cargado ya —dijo Cavassa, poniendo el motor en marcha—. Espero que no habrá habido ninguna pega. Es mejor que interroguemos a Lö-Song y a la muchacha en Saigón. Viajaremos a bordo de un aparato privado de la compañía Kerman. Creo que todo irá bien.

Al llegar al aeropuerto, nuestro «Chrysler» se cruzó con la camioneta de mudanzas, que regresaba.

—Todo va bien —confirmó Cavassa.

Sabe Dios dónde podía procurarse todos aquellos documentos oficiales. Un individuo nos sonrió al levantar la barrera. Cavassa detuvo el «Chrysler» delante de una avioneta de turismo de cuatro plazas, una Cessna 175.

Cogí mi maleta.

—¿Todo marcha bien, Harry?

El piloto inclinó la cabeza, sonriendo. Era joven, rubio, y sólo los ojos revelaban una madurez de la cual podía hacer dudar el rostro, de mejillas sonrosadas, que recordaba al bebé de Cadum.

—Glenné, un amigo.

—Encantado...

—Mucho gusto.

—¿Dónde están los paquetes, Harry?

—En el pañol de los equipajes. Tal vez reciban alguna sacudida, pero viajarán normalmente.

—De acuerdo. Puede despegar cuando quiera, Harry.

El piloto inclinó la cabeza, empuñó el micrófono y llamó a la torre de control.

CAPÍTULO XV

La guerra multiplicaba la agitación de la ciudad que, por lo demás, nunca había sido perezosa, como buen puerto de mar, y me encontré sumergido en la vida trepidante de una urbe donde todo el mundo tiene prisa por llegar a ninguna parte.

Cavassa me aconsejó Cholon para pasar el tiempo y llevó su amabilidad hasta el extremo de facilitarme dos o tres direcciones de establecimientos que valía la pena visitar. Preferí ir a curiosear por los muelles, atraído por todo lo que se relaciona con el mar. Al atardecer fui a esperar a Cavassa al bar del *Majestic*.

Me hizo esperar hasta las ocho. Por su expresión, cuando cruzó la puerta, supe que la cosa había funcionado. Relajado y sonriente, se sentó delante de mí en la mesa que ocupaba desde hacía un buen rato y, al enterarse de que no había bebido nada, encargó dos whiskies al atareado camarero.

—*In the pocket!* —fueron sus primeras palabras—. El pequeño Lö-Song no ha resultado tan duro como todo eso. Cierto que los muchachos que se han ocupado de él conocen el oficio.

—¿Has localizado a todos los desaparecidos?

—A casi todos. Los que faltan han sido alérgicos al tratamiento. ¡Pobres muchachos! La lista de Lö-Song coincide con la que la muchacha se ha visto obligada a facilitarnos. Estaba en el ajo desde el primer día. Es una convencida. Se ha mostrado mucho más resistente que su patrón. El coronel Lionel cree que podremos «utilizar» a Lö-Song. Es posible que vuelvan a ponerle en circulación.

Apartó el cenicero donde yo había dejado mi cigarrillo: el tabaco negro le hacía toser.

—Voy a llevarte al Guillermo Tell. El *chef* es un as. Cenaremos como dos personas, y en marcha. Creo que te gustará asistir al final de la operación «Smoke». En el aeródromo nos espera un taxi. Vas a ver algo bueno. Me acompañas, ¿verdad?

—Como quieras.

Sonrió:

—Los peces gordos han fruncido un poco el entrecejo. Yo he subrayado que conocías el sector y que tu identificación era indispensable. Han fingido creerlo, por pura fórmula. El general Shift no es mala persona.

A las 0,14 horas nos introducían en la tienda del general de tres estrellas John Shift. El medio siglo blanqueaba las sienes de aquel hombre cuyo dinamismo igualaba al de un joven aspirante. El y Cavassa se conocían. Giulio me presentó y Shift me tendió cordialmente la mano.

—El coronel Cavassa no ha dejado de subrayar todo lo que le debemos —dijo—. Una historia sumamente engorrosa que pronto va a terminar. En realidad, existen serias infiltraciones vietcongs en ese sector; pero para nosotros serán una especie de grandes maniobras. Llevaremos unidades que

necesitan curtirse. De hecho, espero que no habrá necesidad de hacer un solo disparo. ¡Bill! ¡Los mapas!

Los observadores conocían su oficio. No sólo habían permitido al Estado Mayor dibujar unos mapas perfectos, sino que me presentaron unas fotografías aéreas realmente impresionantes. Sabía que los nuevos objetivos permitían obtener unas vistas muy ampliadas, pero no imaginaba unos clisés tan claros. Reconocí la choza derruida que nos había servido para encontrar el camino de regreso, y podían contarse incluso las flores del macizo de buganvillas.

—¿Es eso?

La red de camuflaje era tan visible que podían contarse sus mallas.

—Sí.

—Saldremos dentro de diez minutos. Gracias, Lester.

El teniente recogió su material, convencido de haberme dado una lección.

Embarqué en un Chinook, enorme helicóptero-banana dedicado al transporte de tropas, en compañía de Cavassa y de un capitán locamente enamorado de su arma y que, durante todo el trayecto, nos describió los méritos del helicóptero. Según él, el empleo del helicóptero había puesto fin al reinado de los guerrilleros, ya que su gran movilidad anulaba la única ventaja de las guerrillas, que era precisamente la movilidad. Yo no compartía del todo su opinión, en primer lugar porque aquel aparato es un blanco maravilloso, y en segundo término porque es muy ruidoso, anunciando con mucha antelación su llegada. Y ya se sabe que un hombre avisado vale por dos. Sin embargo, me guardé mucho de contradecir al capitán.

No había ya que temer ninguna indiscreción y Cavassa nos habló de la operación «Smoke» tal como debía desarrollarse. Un ejército caído del cielo rodearía en unos instantes el bosque de Vinh. Luego saldría el general Shift, el cual, al frente de una compañía con bandera desplegada, se dirigiría en persona al campo, siguiendo el camino triunfal que le abrirían una treintena de Chinooks y de Hueys ejecutando en el cielo un ballet que sería como el ramillete de un grandioso castillo de fuegos artificiales.

El propio general Shift lo había asegurado en el curso del *briefing* que reunió a los oficiales superiores del G. C. G.: «Inconcebible que un mayor se opusiera a la visita que le rendía un general de cuerpo de ejército, a no ser que no se tratara ya de “robots”, sino de traidores, los cuales serían implacablemente castigados».

Se contaría con lo necesario para ello, con unos *Sky Crane* que trasladarían al lugar cañones de 120 y morteros. Pero lo más probable era que

no tuvieran que utilizarse. Se embarcaría a los hombres del pseudocomando en unos «bananas» que les conducirían directamente al hospital, para ser atendidos por siete neuropsiquiatras llegados de los Estados Unidos aquella misma mañana.

El gigantismo es norteamericano. Yo fui el único que se asombró de la amplitud de la operación, aun reconociendo que, en la jungla, un comando de treinta y siete hombres (tal era la cifra dada por Lö-Song a Cavassa) representaba una fuerza muy notable, difícil de reducir sin un serio esfuerzo.

La operación se desarrolló tal como había sido planeada. Debo confesar que resultó algo impresionante, con el general Shift con su uniforme de gala y los hombres maniobrando como los cadetes de *West Point*. La sorpresa fue morrocotuda. «Ni un solo disparo», como había prometido el general Shift, el cual, por desgracia, sólo tomó posesión de un campo vacío, abandonado, desierto, donde no se arrastraban más que unas cuantas latas de conserva vacías.

A continuación, me fue dado admirar la perfecta organización del ejército norteamericano y de medir la ineficacia de Goliat contra David. En menos de cuatro minutos, los aparatos de reconocimiento de la Air Force despegaron de Bien Hoa, al Sur, y de Hue, al Norte, con la misión de localizar un comando norteamericano en uniforme de combate remontando del Sur al Norte, de Vinh a Kodil Noo, habiendo franqueado quizá la frontera camboyana. Establecido el contacto por radio, el general Shift no cesaba de hablar con el G. C. G., donde los responsables, aturridos, comunicaban directamente con Washington.

Dos horas más tarde, alrededor del bosque de Vinh, la tropa empezaba a impacientarse, preguntándose qué diablos hacía allí. La orden de dispersión y de regreso a la base llegó a las 5,14 horas. Laboriosamente, los *Sky Crane* volvieron a coger los cañones de 120 entre su pinza gigante y a pasearlos por el cielo. Giulio Cavassa me cayó encima cuando, sentado sobre un neumático abandonado, fumaba un cigarrillo esperando filosóficamente que terminara toda aquella agitación. Su rostro era todo un poema, y ni siquiera se atrevía a mirarme a la cara, sintiéndose vagamente responsable.

—Vamos. Regresamos a Saigón —me dijo, con los labios apretados.

Durante el viaje de regreso no dijo una sola palabra. Lo aproveché para dormir un poco. En Bien Hoa, su humor no había mejorado. Desdeñando la comodidad de un vehículo que nos hubiera conducido directamente a Saigón, me arrastró al descubrimiento del Bien Hoa nocturno.

Pero no tardó en arrepentirse de su decisión. Súbitamente, y en plena calle, me cogió del brazo y exclamó:

—¡Voy a regresar inmediatamente a Phnom Penh! No podemos quedarnos con los brazos cruzados esperando que los mandamases del ejército se pongan de acuerdo... Que discutan con el Secretario de la Defensa... ¡Nosotros vamos a actuar!

Me guiñó el ojo, pero al ver que yo no reaccionaba al «nosotros» me ofreció su sonrisa más amplia.

—¡Y triunfaremos, Glenne! ¿Qué es lo que no hemos hecho ya los dos? Un equipo ideal, como dice Kitner. ¡No nos dejaremos tomar el pelo por esos macacos!

Dando un salto de costado, obligó a detenerse a un teniente que se paseaba en un Dodge de alquiler en compañía de una rubia típicamente norteamericana, que llevaba en la solapa de su traje sastre, blanco, la insignia de las enfermeras diplomadas.

—¿Regresa usted a Saigón, teniente?

Para la operación «Smoke», Cavassa se había puesto el uniforme. En consecuencia, no cabía equivocarse acerca de su autoridad.

—Sí, *Sir* —respondió el teniente, sin mostrar demasiado entusiasmo.

—Iremos con usted —dijo Cavassa.

Con gesto autoritario, abrió la portezuela trasera y me hizo subir. Permaneció callado, pero yo sabía que estaba rumiando algo. Deseoso de librarse de nosotros, el teniente conducía a una velocidad de vértigo. Por mi parte, reflexioné sobre mi situación. Después del informe que había dirigido a París, podía considerarme libre. Desde luego, M. Hoffer no opinaría lo mismo. El se inclinaba a creer que sus agentes debían regresar al redil una vez terminada su misión, como los chiquillos cuando salen de la escuela al acabar la clase. Bueno, no iba a ser la primera vez que nuestros puntos de vista no coincidían...

Estaba decidido a llegar hasta el final del asunto, cuando el teniente nos desembarcó delante del hotel *Majestic*. El portero sólo nos vio subir y bajar. Entretanto, Cavassa encontró todavía el modo de encargar un taxi y de llamar al Rex, cerca del aeródromo civil, para hablar con Harry. Este se hizo rogar un poco.

—Esta vez no se trata de algo ilegal —aseguró Giulio, persuasivo—. Un paseo por el cielo camboyano. Nadie tendrá nada que reprocharnos, y doblaré tu prima de vuelo.

La respuesta le hizo reír.

—De acuerdo, la triplico. ¿Sabes lo que eres, Harry? ¡Un vil mercenario, sencillamente! ¡O. K.! Llegaremos dentro de diez minutos.

Cavassa se volvió hacia mí.

—El aparato pertenece a la compañía Kerman, pero Harry hace lo que quiere. En realidad, él es la compañía Kerman. Más exactamente, se casó con la hija del P. D. G. que tiene la mayoría de las acciones. Viene a ser lo mismo —explicó, sonriendo.

Media hora más tarde, la torre de control nos daba el disco verde. Cavassa me dijo:

—No vayas a engañarte, Glenne. Hanoi sabe perfectamente que no puede vencernos sobre el terreno, del mismo modo que nosotros sabemos que esta guerra subversiva puede durar aún mucho tiempo. Hacemos juegos malabares con los millones de los contribuyentes norteamericanos. Para una acción que conducirá a la eliminación de una docena de vietcongs, hemos de desplazar centenares de hombres. En cambio, bastan cinco o seis vietcongs y unos morteros para infligirnos graves pérdidas. Esta guerra tiene que acabar, pero existe el peligro de que se prolongue varios años. Es cierto que al nivel de los gobiernos, podemos establecer nuestra buena fe. Pero ¿y a los ojos de la opinión pública? ¿Cómo hacerle entender a la masa que un comando de norteamericanos, llevando el uniforme norteamericano, ha atacado una base vietcong *contra nuestra voluntad*? La ciencia avanza a paso de gigante y la gente se queda atrás. *La guerra psicoquímica* pertenece aún al dominio de la ciencia ficción. *Y, sin embargo, estamos metidos en ella.*

—Todo eso es griego para mí —intervino Harry—. Lo que yo quisiera es saber exactamente lo que tengo que hacer.

—¿Cuál es la autonomía de tu aparato?

—850 kilómetros.

—Volverás a cargar combustible en Phnom Penh y la cosa marchará. Lo que quiero es encontrar a los individuos que toda la U. S. AIR FORCE está buscando, y a los cuales no encontrará porque se han hundido profundamente en territorio camboyano. Conocemos su destino final: Kodil Noo; pero lo alcanzarán zigzagueando, y antes de llegar *sucedirá algo*. El qué, lo ignoro. Pero intuyo que debemos interceptarlos a toda costa, antes de que se produzca ese algo. Está suficientemente claro, ¿no?

Harry se echó a reír.

—¡Para usted! —exclamó—. A mí me tiene sin cuidado. Usted me paga mis horas de vuelo, y yo estoy a sus órdenes. ¿Encontrar a unos individuos en la jungla? Bueno, la cosa va a resultar más difícil de lo que cree. No puedo

ponerle sordina a mi motor, y por poco que estén bajo cubierto, corremos el riesgo de sobrevolarles sin advertir su presencia.

—Bueno, tendrás que acercarte un poco a las copas de los árboles — replicó Cavassa—. Al precio que te pago, puedes hacer algunas acrobacias, ¿no?

Harry respondió con un gruñido. En el fondo, estaba encantado, y por su sonrisa adiviné que se pondría boca abajo para tener éxito.

CAPÍTULO XVI

Harry nos demostró que sabía pilotar un avión con una audacia inconcebible. A pesar de todo, su habilidad desembocó en un fracaso lamentable. Habíamos prescindido de la estricta vigilancia de la zona fronteriza, convencidos de que la AIR FORCE se encargaría de ella mejor que nosotros, para inspeccionar bosques, arrozales y jungla a derecha y a izquierda del río Taté. Cavassa estaba convencido de que nuestros tipos podían remontar el curso del agua para tratar de alcanzar el Mekong. Se basaba en el hecho de que un comando, llamado a tomar parte en una acción decisiva, debía llegar casi fresco al escenario de la lucha; lo cual no ocurriría después de una marcha forzada, con armas y bagajes, de cerca de quinientos kilómetros. En su opinión, la elección de un campo tan lejos del objetivo sólo podía justificarse si había sido previsto un medio de locomoción. Remontar el Mekong, ocultos en un sampán, hasta su confluencia con el Sé San, y luego una gran parte de este último río, les conduciría casi hasta el lugar del ataque, con la ventaja de evitar todo mal encuentro.

El razonamiento parecía sólido; pero, a pesar de que Harry multiplicó las pasadas, el comando X parecía haberse volatilizado.

A nuestro regreso, y desde la habitación que compartíamos en el *Rajá*, Giulio llamó a Saigón. La conversación que sostuvo con un O. S. llamado Lionel no pareció satisfacerle mucho.

—Están a cero —me dijo, después de haber colgado—. Sin embargo, el general Shift tuvo una buena idea al hacer venir a unos vietnamitas, guías de *safary*, famosos como rastreadores. Pudieron seguir fácilmente las huellas desde el bosque de Vinh hasta las proximidades de la frontera, pero allí cayeron en una emboscada vietcong y el choque fue muy serio. En definitiva, no pudieron continuar.

—¡Era de esperar!

—Sí, era de esperar —asintió Cavassa—. Los otros embrollarán las pistas. ¿Qué podemos hacer?

Contemplé maquinalmente la primera página de un periódico local redactado en lengua francesa. Un título me saltó a los ojos: EL PROFESOR EINARD OLSEN EN XOP.

Leí el artículo, en el cual se hablaba de la próxima visita de una delegación de la Cruz Roja Internacional, presidida por el profesor Einard Olsen, al centro hospitalario de Chouong, reservado a los leprosos. Entre las personalidades que acompañaban al profesor Olsen, el periodista citaba a la señora Use Birkel, de Zurich, y al barón Munkner.

Le pasé el periódico a Giulio, señalándole el artículo.

—Sí... ¿Y qué? —inquirió.

—El centro hospitalario se encuentra al lado del puesto fronterizo de Xop, y Xop está inmediatamente detrás de Kodil Noo, ¿verdad?

Giulio frunció el entrecejo, tratando de seguir mi idea.

—Los TESTIGOS, Giulio. Los testigos que necesitan para probar al mundo que un comando norteamericano ha violado la neutralidad camboyana.

—Pero, Xop no es Kodil Noo...

—¿Y si atacan primero Xop para tener los flancos libres?

—¡No, eso no!

—¿Por qué no?

—Sería...

—Monstruoso, ¿verdad? Piensa un poco, Giulio. Apenas una docena de soldados camboyanos que, a pesar suyo, sirven de centinelas al Vietcong en aquella zona. ¿Crees que tus robots van a vacilar? ¿No consideras más probable que se les haya encargado liquidar ese puesto para poder actuar con toda impunidad?

—No puedo creer...

—Unos robots, Giulio. Tú fuiste el primero en hablar de robots. Unos individuos fanatizados, privados de su libre albedrío. Psíquicamente, unos drogados. Un comando norteamericano que no vacila en asesinar a unos soldados camboyanos para poder atacar por detrás y destruir un centro de aprovisionamiento vietcong demasiado bien protegido. Todos los miembros de una delegación de la Cruz Roja Internacional para atestiguarlo. Algo que sacudiría rudamente a la opinión pública mundial, y dejaría en muy mala posición a los Estados Unidos. Esa es la maniobra planeada por Pekín. Lo juraría.

Giulio empezó a andar de un lado para otro. La cólera hinchaba las venas de su cuello.

—¡Sería una verdadera canallada! —tronó, plantándose delante de mí—. ¡Endosarnos semejante porquería! No puedo creerlo. ¡Sería incalificable!

Me eché a reír.

—¿Dónde has visto que la política sea una cosa limpia? —inquirí—. Mira la verdad cara a cara. Una porquería desde nuestro punto de vista. Pero, a los ojos de Pekín, sería una hazaña.

—¡Desvarías! Hay que estar chiflado para haber imaginado eso.

Se tranquilizó.

—No, tienes razón. Discúlpame, viejo... No he sido muy cortés, ¿verdad? Te devanas los sesos por nosotros, sin que nada te obligue a ello, y encima te trato de majadero.

—No hablemos más del asunto...

Giulio agradeció mis palabras con una sonrisa y continuó disculpándose, diciendo con voz fatigada:

—Esta historia me saca de mis casillas. Aparte de las cancillerías, ¿quién va a creer que no tenemos nada que ver en esa maniobra? Si llegara a producirse, verías cómo la opinión pública acusaba a la C. I. A. de haberla planeado. Desde aquel maldito embrollo de la Bahía de los Cochinos inmediatamente se piensa en la C. I. A. Y puedes estar seguro de que el *Secretario de Defensa* no daría un solo paso para aclarar las cosas. Desde que McNamara ha conseguido crear un servicio rival, desea ver a la C. I. A., relegada a un segundo término, para tener todos los triunfos en la mano.

Me pareció desanimado, cosa que no encajaba con su modo de ser.

—No está todo perdido —dije—. Admitiendo que nuestro razonamiento sea correcto, esos tipos remontan el Mekong. Nos quedan cuatro días. De todos modos, estaremos allí para esperarles.

—¿Quieres que detengamos a cuarenta individuos, los dos solos?

—Encontraremos un medio. No te desanimes. En primer lugar, hay que localizarles. Luego discurriremos algo. Ahora, a la cama. ¡Mañana hay escuela!

—No podré pegar el ojo —dijo Giulio.

—Inténtalo...

Se encogió de hombros y pasó al cuarto de baño. Volvió con un pijama a rayas. Bromeé un poco acerca de su aspecto, a fin de cambiar el curso de sus ideas, y luego me dirigí a mi vez al cuarto de baño.

Teníamos una habitación con dos camas gemelas. No había terminado de asearme cuando unos sonoros ronquidos hicieron temblar los cristales. La perspectiva no era precisamente alentadora. Antes de acostarme lo intenté todo, incluso silbar en los oídos de Giulio. Sólo calló un breve instante. Apagué las luces, me acosté, y durante una hora di vueltas y más vueltas sin conseguir dormirme.

Finalmente, aturdido por la música de Giulio, fui a fumar un cigarrillo asomándome a la ventana. Al ir a cerrar de nuevo los postigos, vi la pequeña flecha profundamente clavada en la madera. Era la primera vez que veía aquel artilugio, *made in Japan*, el país campeón de la miniatura. Se trata sencillamente de una flecha hueca con plumaje de fieltro que contiene una minúscula emisora. Disparada desde lejos por medio de un fusil de aire comprimido, permite sorprender la conversación de las personas que se encuentran en una habitación, y la escucha puede efectuarse a unos kilómetros de distancia, con toda impunidad.

No la toqué. Me limité a cerrar del todo los postigos y me senté en la cama, encendiendo otro cigarrillo con la colilla del que acababa de fumar, diciéndome que, de continuar con aquel consumo de Gauloises, pronto no iba a poder subir una escalera sin resoplar como una foca.

No me asombraba lo más mínimo comprobar que estábamos controlados. Después del golpe de Lö-Song había que esperar algo por el estilo, y la eliminación del pequeño asiático no significaba que la red adversaria hubiera quedado destruida. Era indudable que nos encontrábamos bajo vigilancia desde nuestra llegada a Phnom Penh, y que nuestros enemigos no se habían perdido nada de la discusión que habíamos sostenido Giulio y yo una hora antes. O habíamos razonado equivocadamente, en cuyo caso no harían nada, tranquilizados al ver que nos movíamos en una falsa dirección, o habíamos razonado correctamente, en cuyo caso harían lo imposible por suprimirnos.

Existe el medio expeditivo, nunca recomendado en terreno neutral, y el otro. Me situé en el lugar de nuestros adversarios y reflexioné en el mejor modo de liquidarnos sin llamar la atención ni alertar a la Seguridad camboyana. No tardé en ver claro. Me pregunté si debía despertar a Giulio para ponerle al corriente, pero llegué a la conclusión de que sus ronquidos regulares, inimitables, acabarían por adormecer al enemigo, por contagio.

Me vestí apresuradamente sin encender la luz, salí al desierto pasillo y bajé por la escalera de servicio.

Una noche magnífica, aunque bastante fresca. Subí en dirección al Palacio Real, seguro al cabo de doscientos metros de que no era seguido, encontré un

taxiciclo cerca del Bar del Mekong, discutí y, mediante cien *riels* de prima, conseguí hacerme conducir al aeropuerto civil.

Había pensado en Harry, que vivía en un apartamento encima de la sucursal camboyana de la Compañía Kerman, pero me dije que era muy posible que también él se encontrara bajo vigilancia. De momento, pues, parecía preferible pasarse sin su ayuda.

El aeropuerto civil dormitaba, con sus pistas sin balizar, a excepción de la luz permanente de la torre de control. Despedí al ciclotaxista, y penetré en el campo cruzando la alambrada por el extremo de la pista A.

Harry guardaba su Cessna en el hangar reservado a los aviones de turismo, muy reconocible gracias a la baliza de delimitación que se encontraba a su izquierda. Me acerqué, dando la vuelta por detrás de la cantina-snack abierta durante el día, y aquélla fue una buena precaución. Estaba aún a una distancia de un centenar de metros, cuando dos siluetas masculinas se destacaron contra el azul nocturno. Los individuos venían directamente hacia mí, pegados a las paredes. Me agaché detrás de una carretilla de equipajes. Pasaron a una docena de pasos de mí, los dos de la misma estatura, vestidos como los obreros del puerto fluvial. Tal como había hecho yo, salieron del campo cruzando la alambrada por el extremo de la pista y se desvanecieron.

Al cabo de un momento continué mi camino, y entré en el hangar por la puerta lateral. El Cessna de Harry se encontraba al lado de un lujoso Twin-Bonanza que nos hubiera sido muy útil con su autonomía de vuelo de cerca de 2700 kilómetros contra los 850 de nuestro Cessna; pero no existía ninguna posibilidad de que su propietario, la filial de un banco de Hong-Kong, accediera a prestárnoslo.

Encendí mi linterna y empecé mi inspección por el carenaje de las ruedas, que constituye un buen escondite, comprobé el tren de aterrizaje, y luego revisé los mandos de la cola y el ala, renunciando al motor, el cual ofrecía tantas posibilidades que, en caso de fracasar, lo reservaba para Harry. Subí a la cabina, examiné el pañol de equipajes situado detrás de los asientos posteriores, a pesar de que semejante escondrijo parecía demasiado infantil. Finalmente, di en el clavo al revisar el asiento del piloto. Se trataba de una bomba de relojería «Archi», como las utilizadas por las compañías de hombres-rana de una nación amiga para hundir pequeñas embarcaciones, tipo lancha rápida. Para el Cessna, era más que suficiente. Estaba regulada para que estallara 30 minutos después del contacto, el cual quedaba asegurado por un hilo eléctrico del grosor de un cabello, hábilmente unido al arranque del

Cessna. Lógicamente, en aquel momento deberíamos de encontrarnos en pleno cielo.

Conocí aquel instante de feliz excitación que procura el placer de haber adivinado de un modo exacto las intenciones y los planes del enemigo. Lo dejé todo tal como estaba, limitándome a romper el hilo como medida de seguridad.

En el Cessna, los cuatro ocupantes están repartidos en dos hileras de sillones numerados del 1 al 4, el primero de los cuales corresponde al piloto. Di un leve respingo al percibir súbitamente una pequeña incisión en el lado derecho del asiento 4. Yo había ocupado aquel asiento, y estaba seguro de que aquella incisión no existía. Los macacos doblaban sus precauciones. ¡Quién sabe, si hubiera abandonado mis indagaciones, como había estado a punto de hacer! Metí la mano con prudencia, y respiré al sacar una simple emisora de transistores, poco mayor que un terrón de azúcar pero capaz de transmitir sus informaciones a más de cien kilómetros de distancia. Volví a colocarlo donde estaba, y efectué una minuciosa inspección del Cessna antes de salir del hangar.

Abandoné el campo por el mismo lugar sin encontrar a nadie, para volver a encontrarme en un desierto. Tuve que regresar a pie, y llegué a nuestra habitación poco después de las tres de la mañana.

Boca arriba, con los brazos en cruz, Giulio seguía roncando. Pero yo estaba tan rendido, que la carga de una manada de elefantes no me hubiera molestado. Apenas entre las sábanas, cerré los ojos y me quedé dormido.

Giulio me sacudió. Las saetas de mi reloj de pulsera señalaban las cuatro y diez.

Gritó:

—¡En pie, gandul! ¡Tenemos trabajo!

Alargué la mano hacia mi paquete de Gauloises.

—¿Has dormido bien?

—No he pegado un ojo en toda la noche —aseguró Giulio—. Hace más de una hora que me he levantado. Te he dejado dormir un poco más.

¡Qué desvergüenza!

—Tomaremos café en el bar del aeropuerto. ¡Vamos!

Me levanté, sin decirle nada de la flecha-micro ni de lo demás, y me vestí rápidamente.

En el bar del aeropuerto, más conocido por el nombre de «bar de la aviación», no había más clientes que el copiloto de la línea regular de la

Cathay Pacific y Harry. En una mesa aparte, con los ojos hinchados de sueño, devoraba unos *croissants* mojándolos previamente en una taza de café.

—¡Dos cafés! —encargó Cavassa con voz estentórea.

Estrechó la mano de Harry e inquirió:

—¿Te sientes en forma?

—Hubiera dormido un par de horas más —respondió Harry con la boca llena—. Pero hay que ganarse honradamente la paga, ¿no?

—¡Quéjate! —replicó Cavassa—. Yo no he pegado un ojo en toda la noche. Y mira a Glenne: sonrosado como el bebé de Cadum.

—Es cierto —reconoció Harry—. Estos jóvenes se recuperan rápidamente.

Harry era diez años más joven que yo.

—A propósito —dije—, hay una bomba de relojería debajo de tu asiento, piloto de mi alma. No te preocupes, he cortado el hilo conductor.

Cavassa me miró de reojo:

—¡Tiene mucha gracia!

—¡Nos hubiéramos convertido en tres angelitos! —rió Harry.

Añadí:

—También hay un microemisor en el asiento 4. Desde luego, lo he dejado allí.

Cavassa soltó su taza de café y me miró fijamente.

—¿De qué estás hablando? ¿Quieres tomarnos el pelo?

—He dicho que había una bomba de relojería debajo del asiento del piloto, y un microemisor en el asiento 4. Nada más. ¡Ah, sí! Olvidaba la flecha-micrófono, clavada en la ventana de nuestra habitación, que ha permitido escuchar toda nuestra conversación. He llegado a la conclusión de que nuestro razonamiento era correcto. En caso contrario, ¿qué interés tendrían en hacernos pedazos?

—No le encuentro ninguna gracia —gruñó Cavassa—. ¿Qué diablos nos estás contando?

—¡Esta mañana tienes la cabeza muy dura, amigo mío!

La mirada de Harry vagó de Giulio a mí, de mí a Giulio.

—¡Un momento! —dijo—. Esto no parece una broma. ¿Tan peligrosa es la misión?

—¿Es cierto? —preguntó Giulio.

—Cuando yo te lo digo... Esta mañana he venido al aeropuerto y he visto a dos individuos que salían del hangar. He encontrado una bomba modelo «Arci» y una emisora.

—¡M...! ¿Por qué no me has despertado?

—¿Cómo podía despertarte? Según tú, no has pegado un ojo en toda la noche.

Giulio se volvió a mirar a Harry, el cual sonreía irónicamente.

—No me ha disgustado encontrar esa bomba —continuó—. Repito que significa que nuestro razonamiento era correcto.

—Debiste...

Le interrumpí:

—¡No! Roncabas tan a gusto... Era nuestra salvaguarda. Puede imitarse todo, excepto tus ronquidos. Tú tranquilizabas a esos individuos, mientras yo desbarataba su plan. Si esta mañana te hubiera hablado del asunto, habrías metido la pata.

—Para mí, eso lo cambia todo —dijo Harry.

Cavassa le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es lo que cambia, Harry? ¿Qué pasa ahora?

—Yo soy un mercenario. Tú mismo lo dijiste —recordó Harry, sonriendo—. Y añadiste que no habría ningún peligro. «Un simple paseo por el cielo camboyano». Pero ¿qué me dices de la bomba? Eso vale una sobreprima de combate, ¿no?

—¿Y si te estrangulara?

—¿Quién pilotaría el taxi?

—Glenn.

—¡Ah! De acuerdo, pero lo que eres tú no serías capaz de hacer despegar un ciervo volador.

Cavassa soltó un bufido. Harry se volvió hacia mí, repentinamente serio.

—No comprendo lo del micrófono. Los muertos no hablan. ¿Qué es lo que esperan escuchar?

—¡El ruido de nuestra muerte, cabeza de chorlito! —intervino Cavassa—. No pueden seguirnos en otro aparato, y quieren comprobar si la maniobra da el resultado previsto.

Se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Cuánto tardaría en estallar?

—Treinta minutos.

—El tiempo de dejar calentar el motor y de recibir el permiso para despegar de la torre de control, después de haber rodado despacio hasta el extremo de la pista... ¿Qué opinas tú, Harry?

—Más o menos, diez minutos, depende de la torre.

—No quieren que nos estrellemos encima del campo —dijo Cavassa—. Prefieren que caigamos en la jungla. Encontrarán los restos de un avión y tres cadáveres. El accidente no merecerá más que una breve gacetilla en los periódicos: *El piloto Harry, de la compañía Kerman, encuentra la muerte en un accidente, atribuido a una falsa maniobra.*

—¡Nada de falsas maniobras! —protestó Harry—. *Transportaba un pasajero, cuyo peso desequilibró el aparato.*

—¡El pasajero te envía a freír espárragos! —replicó Cavassa.

—Cuando hayáis terminado, podré deciros lo que pienso —dije—. A los treinta minutos, tendríamos que encontrarnos a unos sesenta kilómetros del aeropuerto. Pueden captar la emisión a más de cien. ¿Cuál es tu velocidad de crucero, Harry?

—Alrededor de los 220 kilómetros por hora.

Cavassa guiñó el ojo, adivinando mi pensamiento.

—Les daremos satisfacción, ¿eh?

—Sí.

—Yo haré el ruido.

—Como quieras...

—¿Y esta noche? —preguntó Harry.

—¿Cómo, esta noche?

—Tendremos que regresar a Phnom Penh.

—No regresaremos —decidió Cavassa—. ¿Conoces otro campo de aterrizaje? Ya lo hemos discutido con Glenne. Lo que hay que vigilar de un modo especial es el Sé San, desde B. Leuong hasta B. Taveng. Eso, hasta el jueves. Para más seguridad, sobrevolarás también la región de Tha Lao, por si nos hemos equivocado y vienen por la ruta de las altas llanuras.

—Ahí está la *landing area* de *Voeune Sai* —respondió Harry, tras haber reflexionado—. El lugar no es malo.

Cavassa llamó al camarero y pagó las consumiciones.

—¿Vamos? —dijo.

Recordé:

—No olvidéis que, una vez en el taxi, debemos mantener la boca cerrada. Nos escucharán oídos enemigos.

—Me dedicaré a contar chistes —dijo Giulio—. Así, el que esté a la escucha no se aburrirá.

Repliqué:

—Si es el mismo que se ha pasado la noche oyéndote roncar, le debes esa compensación.

Harry se echó a reír.

—Es posible que haya dormido un poco; pero no ronco —se obstinó Giulio, con la más evidente mala fe.

CAPÍTULO XVII

La mente necesita reposo. Aunque conscientes de la importancia de aquella misión, nos divertíamos como chiquillos. Yo había sacado el plomo cobreado de una de las balas de mi pistola para sustituirlo por una bola de papel. Disparando a unos centímetros del micrófono, la detonación sería muy semejante a la de una bomba «Archi».

Harry vigilaba su cronómetro. Nos dio la señal en el segundo exacto. Disparé. Cavassa hinchó su poderosa caja torácica. Imitando el viento de tormenta que se desencadena en un avión que cae, empezó a soplar en el micro como un condenado. A los quince segundos, tiempo normal de caída para un aparato que vuela a baja altura, dio un golpe formidable a la diminuta emisora, rompiéndola.

—¡Bueno, ya estamos muertos! —exclamó alegremente tras haber recobrado el aliento.

Harry, muy alegre también, empezó a entonar una marcha fúnebre.

Aquel lunes transcurrió sin ningún incidente notable, y el no haber conseguido localizar al comando X no enturbió nuestro buen humor. Después de una docena de pasadas, Harry aterrizó en la pista de emergencia de *Voeune Sai*, con el depósito de gasolina casi vacío.

El guardián del aeropuerto era un inglés afecto a la *Royal Air Cambodge Thai Airways*, llamado Tim Powell. Durante la campaña de Francia se hallaba a bordo de un Lancaster que resultó derribado por una formación de Heinkels. Aquello le había costado la pierna derecha. Pero su pierna artificial no le impedía mostrarse sumamente activo.

Nos aseguró que el pequeño pueblo de *Voeune Sai* vivía en paz, pero, como medida de precaución, Cavassa decidió pernoctar en el aeródromo, donde Powell puso amablemente a nuestra disposición tres literas. Completamente agotado, me acosté temprano, dejándoles evocar recuerdos de guerra, un tema inagotable para Tim Powell.

Despegamos al amanecer. Antes del mediodía, nuestros esfuerzos se vieron recompensados. Ninguna certeza, desde luego, pero nunca se han visto

tres sampanes *provistos de motor* remontando el *Sé San* a cincuenta metros uno de otro. Sobre los puentes, hombres en sarong y la esposa sumisa preparando la comida familiar sobre una especie de parrilla. Aquello era el decorado exterior. A quince hombres por embarcación, todo el comando X podía viajar cómodamente.

—Media vuelta —decidió Cavassa, en respuesta a la muda interrogación de Harry, el cual apuntaba el pulgar hacia la orilla para preguntar si debía descender.

Excelente decisión. Disfrazados de bateleros, los agentes de Pekín estarían provistos de transmisores. No era el momento de informar al adversario que continuábamos estando allí.

—No veo qué otra cosa podemos hacer —dijo Giulio, volviéndose hacia mí—. ¿Tienes alguna duda, Glenne?

—No.

—Son ellos —dijo Harry, en tono convencido—. Tendría que pasarles por encima para comprobarlo. Y aun así, si se escondieran al oír el ruido del motor no veríamos nada.

—¿Tienes idea de la velocidad a que navegan? —preguntó Giulio.

Harry hizo una mueca.

—Sin ningún aparato, ¿cómo quieres que lo calcule? ¿A ojo? Acaban de pasar *Leuong*. He cronometrado la hora: las 11,54. ¿Qué dice el mapa? Mira *Satsamy*...

—Alrededor de veinte millas marinas.

—Creo que navegan a unos seis nudos por hora —dijo Harry—. Eso les situaría en *Satsamy* a las 15,15 horas. Podría dar una pasada. Es la única comprobación posible.

Cavassa asintió.

—Entonces, a casita —dijo Harry—. Tengo hambre...

Encendí un Gauloise.

Por la tarde, Giulio se quedó en tierra y yo volé con Harry. Los sampanes llegaron a la altura de *Satsamy* a las 15,30 horas. No nos habíamos equivocado de mucho.

—Regresemos —le dije a Harry—. Para ti, la aventura va a terminar pronto.

—¿Seguro? —inquirió Harry—. Han localizado a esos individuos, de acuerdo. Pero ¿cómo van a detenerles?

Su pregunta coincidía con mis preocupaciones. No encontré respuesta a ella. Dos horas más tarde, tampoco Cavassa encontró respuesta a la misma

pregunta que yo le había formulado. Lo único que sabíamos era que no podíamos permitir que aquellos alucinados atacaran el puesto. Con ello les cerraríamos el camino de Kodil Noo. En cuanto a saber cómo íbamos a arreglarnos...

—Esperaremos a ver qué deciden los mandamases —dijo Cavassa, que después de nuestro regreso había establecido contacto con Saigón.

Los mandamases se manifestaron el día siguiente, miércoles, a las diez y media de la mañana, cuando un D. H. C.-Caribú en versión «turista», la cual no difiere de los aparatos del Ejército U. S. A. más que en la pintura, aterrizó magníficamente en nuestro pequeño aeropuerto. El general Shift, de paisano, se apeó precediendo a un grupo de cinco hombretones. El rubio que les mandaba debía pesar unas libras menos que Cavassa. Lo cual le situaba alrededor de los 110 kilos.

Conociendo el orgullo de los hombres fuertes, al cual no escapa Cavassa, pensé inmediatamente que iba a haber tomate entre aquellos dos.

Shift hizo caso omiso de nuestra presencia para mostrar sus credenciales a Tim Powell. El vuelo del D. H. C.-Caribú estaba registrado regularmente Tourane-Phnom Penh, con autorización para aterrizar en los aeródromos de emergencia dependientes de la *Royal Air Cambodge Thai Airways*. Me quedé ligeramente atrás, lo bastante lejos para que no pudieran acusarme de que quería oír su conversación, y lo bastante cerca para oír el nombre del tipo rubio: Tolman Maddock. Era un *White-House-Man*, agente especial de la Casa Blanca. Por deferencia, dejaba el mando aparente al general Shift. En realidad, sus poderes eran mucho más amplios que los del general. El y Cavassa se observaban ya como perro y gato.

Shift me hizo una seña desde lejos; luego arrastró a todo el mundo al otro extremo del campo para un *breifing* al aire libre.

—Voy a prepararle un poco de café —sugirió Tim Powell lo bastante perspicaz como para adivinar que yo había encajado mal el golpe.

Asentí. Al pasar, recuperé a Harry, el cual estaba sentado al sol, divirtiéndose en fastidiar a una lagartija, prisionera entre dos piedras, con un tallo de maíz.

Un poco más tarde, uno de los *White-House Men* entró en la barraca de Tim Powell donde saboreábamos un excelente café. Saludó y se dirigió a mí en un buen francés, algo deformado por un acento tejano bastante pronunciado. El general Shift me rogaba que fuera a reunirme con ellos.

Los seis hombres estaban a pleno sol, como si temieran que las paredes tuvieran oídos. Giulio, a la izquierda del general Shift, exhibía su rostro de las

horas bajas. Mi mirada se encontró con la de Maddock, gris, fría y ligeramente desdeñosa. De un modo ostensible, me coloqué de espaldas a él.

—El coronel Cavassa nos asegura que ha prestado usted importantes servicios a nuestro país, señor Glenne —empezó Shift—. Este asunto es un poco especial. No estoy autorizado para pedírselo, pero da la casualidad de que usted es el único que conoce al mayor Evans. Podría prestarnos una valiosa ayuda.

Sin contestar miré a Cavassa.

—Han detenido al doctor Kin-Kaik y a sus dos ayudantes —dijo Cavassa de un tirón, sin preocuparse de si los otros aprobaban o no el que yo fuera puesto al corriente de la situación—. Se ocultaban en las habitaciones particulares de un hotelero chino de Cholon. Thank es un agente de Pekín y, en realidad, el jefe de la red de la región de Saigón y el que daba órdenes a Kin-Kaik. Ese maldito médico ha hablado. El mayor se llama Evans: éste es su verdadero nombre. Según Kin-Kaik, es el único hombre que ha pasado por su clínica sin haber sido sometido a un «lavado de cerebro».

—Sirve voluntariamente a Pekín, con pleno conocimiento de causa —intervino el general Shift—. Evans es un traidor. Tenemos un voluminoso expediente a su nombre. Tenía la graduación de comandante. Un jefe violento, al que sus hombres aborrecían. Se hizo sospechoso de una importante malversación de fondos en perjuicio de la Intendencia Militar, pero no pudo probarse su culpabilidad. Fue expulsado del Ejército por brutalidad. Compareció ante un consejo militar, por haber golpeado salvajemente a un GI. En resumen, un oficial detestable, que trataba a sus hombres como a bestias, haciéndoles correr riesgos inútiles. En mi opinión, creo...

—Es evidente que Evans recibió una oferta de Pekín al ser expulsado del Ejército —intervino el colosal Maddock, interrumpiendo deliberadamente al general Shift—. He estudiado a fondo este caso, después de haber recibido instrucciones directas de la Oficina del Presidente. Yo localicé y detuve a Thank y a Kin-Kaik. Privado de su jefe, el comando irá a la deriva. Usted conoce a Evans. Tendrá que señalárnoslo. No hemos tenido tiempo material de encontrar unas fotografías del tal Evans.

El general Shift notó que el tono de Maddock me desagradaba.

—Se trata, desde luego, de una colaboración voluntaria —repitió, sonriendo—. Le quedaríamos muy agradecidos, señor Glenne. Voy a explicarme. Después de un «lavado de cerebro», los hombres han sido

sometidos a un tratamiento hipnótico que han asimilado perfectamente *porque estaba de acuerdo con su conciencia*. Ellos...

Se interrumpió y me dirigió una sonrisa de disculpa antes de continuar:

—Verá, señor Glenne, cuando un médico nos explica esto, tenemos la impresión de comprenderlo, a pesar de que hace juegos malabares con una serie de palabras que nos resultan muy poco familiares: «Ego», «Superego», «Preconciencia», etc. Pero cuando se trata de repetir la explicación, la cosa resulta mucho más difícil. En resumen, esos hombres no obedecían, quizá, si la orden recibida bajo hipnosis fuera contraria a su *moral consciente*. Según el profesor Revel, del servicio de psiquiatría de Saigón, los hombres obedecerán ciegamente la orden recibida en su subconsciente porque *está de acuerdo con su moral consciente*. Una orden muy sencilla, por otra parte, que les ha sido repetida millares de veces: «*El mayor Evans es vuestro jefe. Pase lo que pase, debéis obedecerle a él y sólo a él*».

Sonrió de nuevo y añadió:

—Revel no me ha ocultado que si Evans ordenara a sus hombres que me fusilaran como espía, es muy posible que me pasaran por las armas, aunque me presentara a ellos de uniforme.

Maddock llevaba demasiado tiempo sin meter baza.

—En resumen, si pudiéramos aislar a Evans, privar al comando de su jefe, existiría la posibilidad de que los hombres obedecieran al general Shift. Eso es lo que vamos a intentar, con la ayuda de usted o sin ella. ¿Puede identificar al mayor Evans con toda certeza?

—Sí, no es muy difícil. Me extraña que se llame Evans. Tiene toda la morfología de un irlandés. Más bajo que yo, robusto, muy fuerte. Pelirrojo, de ojos azules muy claros, y rostro pecoso.

—Gracias.

—Desde luego, les acompañaré para que no haya ninguna posibilidad de error.

—Bueno, sí, gracias —murmuró Maddock, sin el menor entusiasmo.

Desde que poseía unos datos concretos acerca de Evans, mi colaboración había dejado de interesarle.

—Puesto que es usted de los nuestros, señor Glenne —dijo el general Shift, subrayando las últimas palabras y dirigiendo una severa mirada a Maddock—, debe ser puesto al corriente.

Maddock se encogió de hombros.

—Si usted lo desea, mi general... —asintió fríamente—. Hemos decidido lo siguiente: atacaremos alrededor de la una de la madrugada. A esa hora, los

sampanes deberán alcanzar un recodo muy pronunciado del río, cerca de Pong. Allí, entre dos colinas, a menos de un kilómetro del *Sé San*, hay una pequeña llanura donde un *stol* como nuestro Caribú puede aterrizar. Partimos del principio de que el mayor Evans, en su calidad de jefe de la expedición, viaja en el sampán de cabeza. Nosotros nos ocuparemos del último. No debe ignorar usted que un fuera bordo, como los que propulsan a los sampanes, está provisto de un pasador de seguridad de un material muy liviano, a fin de que se rompa fácilmente cuando se produce un choque. De ese modo, la hélice se para inmediatamente. Así se evita que el árbol resulte dañado si las palas tropiezan con la roca de un alto fondo, un tronco a la deriva, etc.

Se interrumpió para señalar a uno de los *White-House-Men*:

—Forbes se ocupará de eso. Tenemos el material y equipos de hombre-rana.

Nueva interrupción. Esta vez su mirada se posó en Cavassa, como si lo que iba a seguir le estuviera especialmente destinado.

—El sampán perderá velocidad y tratará de atracar en la orilla para efectuar esa pequeña reparación. En su informe, dice usted que las embarcaciones se encuentran a treinta brazas de distancia una de otra, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Puede admitirse que las dos primeras habrán recorrido una distancia similar antes de darse cuenta de que el último sampán no avanza y que trata de atracar?

—*Seguramente.*

—Bien. Como jefe de la expedición, *Evans debe trasladarse del primer sampán al último para ver lo que pasa.* Existen dos posibilidades: que se traslade a él siguiendo la orilla, en cuyo caso quedará a su cuidado, coronel Cavassa. O, lo que es más verosímil, utilizará una barca, en cuyo caso Forbes y yo nos ocuparemos de él. Lo esencial es que no tenga tiempo de ordenar nada. Evidentemente, hay que evitar matarle en presencia de sus hombres. Según el profesor Revel, el efecto podría ser desastroso. En cuanto nos hayamos apoderado de Evans, el general Shift subirá a bordo del primer sampán, mi ayudante Willy a bordo del segundo, y el coronel Cavassa a bordo del tercero, los tres de uniforme. Nos hemos traído uno de los suyos, coronel.

—Gracias —murmuró Cavassa—. Pero ¿cree usted que los bateleros van a quedarse con los brazos cruzados? Al parecer, son agentes de Pekín.

—Podemos darlo por seguro —asintió Maddock—. Cada uno de ustedes recibirá el apoyo de un hombre-rana que se habrá echado al agua

oportunamente. Como en este país hay que desconfiar tanto de las mujeres como de los hombres, contemos con cuatro adversarios por sampán. A razón de uno contra dos, la cosa tiene que resultar. Más difícil será guiar las reacciones de los hombres del comando. Esperemos que sus uniformes de oficial superior bastarán.

Giró ligeramente sobre una pierna para mirarme:

—Su papel se limita a identificar a Evans, señor Glenne...

—¿Y si Evans no baja del primer sampán, como usted supone?

Su mirada se oscureció.

—Sería muy lamentable. En tal caso, no nos moveríamos, para esperar una ocasión más favorable. Nos queda algún tiempo. De todos modos, la situación se haría más difícil. Hemos advertido al gobierno camboyano de lo que sucede, y nos ha asegurado cierta tolerancia para que arreglemos este asunto del mejor modo posible. Sin embargo, no nos ha ocultado que una columna de soldados, llevando o no el uniforme norteamericano, sería inmediatamente detenida, desarmada e internada en un campo por el ejército camboyano, ayudado por todas las fuerzas de policía. Pero el comando no se dejaría detener, y queremos evitar a toda costa que se produzca ese choque. Dicho esto, no tenemos que preocuparnos ya por la suerte del puesto de Xop, que ha recibido un refuerzo de ciento cincuenta hombres.

Se volvió:

—¿Alguna objeción, coronel?

—Ninguna —respondió Cavassa.

Shift pareció haberse descargado de un peso.

—No pertenezco a la «meteo» —sonrió—. Pero puedo predecirles para esta noche un «tiempo claro y despejado».

Miró el sol, que nos estaba asando vivos, y añadió:

—De todos modos, tal vez un poco más fresco que en este momento.

* * *

Como para demostrar que aquella parte de la tarea nos correspondía a nosotros y sólo a nosotros, y que, en la jungla, los otros no eran más que unos novatos, Giulio y yo habíamos tomado resueltamente el mando de la columna, el kilómetro anunciado por Maddock, entre el río y nuestro campo de aterrizaje, se multiplicaba. A la derecha, habíamos oído rugir a un tigre. A pesar de que íbamos con cierto adelanto, apresuramos el paso.

Tardamos una hora en alcanzar el *Sé San*. Discurriendo sobre un lecho de roca negra, brillaba bajo la luna como un espejo y resultaba tan visible como

en pleno día.

Los muchachos se pusieron un traje de neopreno bajo la mirada divertida de Cavassa, el cual, teniendo en cuenta la temperatura del agua, se hubiera lanzado a ella desnudo.

Uno de los *White-House-Men*, provisto de unos prismáticos, descendió río abajo. Una hora más tarde, un compañero fue a relevarle. La espera se prolongó, agotadora. Eran cerca de las tres de la mañana cuando el vigía dio la señal.

Inmediatamente, tres hombres remontaron la orilla, seguidos del general Shift, imponente con su uniforme de gala, y de Willy, el ayudante de Maddock, vestido de coronel.

Al cabo de unos instantes, los sampanes se hicieron visibles. Subían despacio, a pesar de que la corriente no era violenta, tal vez porque se sabían con adelanto sobre el horario previsto.

Forbes se echó al agua. Los sampanes navegaban casi por el centro del río. Pasó el primero, luego el segundo. Oí claramente el choque de metal contra metal, y el último sampán pareció súbitamente abandonado. Sobre su puente, la vida se animó. Se apresuraban a izar la gran vela única, a echar al agua aquella especie de rama gigantesca que, en ausencia del motor, sirve de timón. Lentamente, la embarcación se acercó a nuestra orilla.

Delante, los otros seguían avanzando. Terminaron por darse cuenta de lo que pasaba detrás, y viraron hacia la orilla.

Maddock me hizo una seña. Al igual que sus compañeros, llevaba sobre su traje de inmersión la bandera norteamericana impresa en toda la superficie del pecho. Le seguí.

Un poco más arriba se detuvo.

—Mantendré la cabeza fuera del agua —me dijo—. Si ve una barca y reconoce a Evans en su interior, haga brillar brevemente su linterna. Evans no se dará cuenta, y a mí me bastará.

Incliné afirmativamente la cabeza. Maddock se echó al agua. Transcurrieron unos minutos; luego oí el ruido regular de unos remos golpeando el agua, antes de ver aparecer un pequeño yuyú manejado por un individuo que llevaba un sarong camboyano y estaba sentado en el banco central. Detrás había un hombre en *caî-quan*. El tradicional sombrero anamita, redondo y puntiagudo, ocultaba una parte de su rostro. Estaba fumando, y por su modo de sostener el cigarrillo supe que no se trataba de un indígena. Un poco más tarde le encuadré perfectamente en mis prismáticos y reconocí a Evans, sin error posible.

Hice la señal convenida, retrocedí un poco y me dispuse a contemplar el espectáculo, algo desconcertado por aquel desacostumbrado papel de espectador.

La acción fue tan rápida que me sorprendió incluso a mí. Sin proferir un solo grito, el remero se desplomó, con las manos crispadas sobre el cuchillo que acababa de hundirse en su pecho hasta el mango. Evans cayó hacia atrás. Luego, un gran redondel de agua que se ensanchó hasta el infinito, y una barca que descendía en dirección al último sampán, distante todavía un centenar de metros, transportando un cadáver.

Vi a Maddock que subía a la superficie. Un rayo luminoso cruzó el cielo, se apagó. La señal para todos. Me pregunté si debía quedarme allí para ayudar a Maddock a transportar su prisionero; pero instintivamente me dirigí hacia el lugar donde se encontraba Giulio.

Del último sampán habían echado una pasarela de tablas, y dos hombres estaban en la orilla fijando una amarra, en tanto que otro reparaba el motor a la luz de un farol.

Giulio cayó silenciosamente sobre los dos individuos, les agarró por la nuca y les dejó sin sentido haciendo entrechocar sus cabezas. Abrió las manos y las dos víctimas se desplomaron, inertes.

Satisfecho, con su imprudencia habitual, empezó a trepar por la pasarela tan visible como una nariz en medio de una cara. Vi brillar el acero de un arma blanca. Mi Luger vino a pegarse como por arte de magia a la palma de mi mano derecha.

Apreté el gatillo, y lo apreté por segunda vez, porque otro macaco abandonó el motor para empuñar un F. M. oculto bajo un toldo.

Cavassa se volvió hacia mí, majestuoso. Gritó:

—¡Gracias, viejo!

Exactamente como si acabara de ofrecerle un cigarro; luego continuó su camino. Poco después estalló su estentórea voz:

—¡Calma, muchachos! ¡No pasa nada! Soy el coronel Cavassa. Hemos sido traicionados. El mayor os lo explicará todo un poco más tarde. Ahora vamos a desembarcar en silencio y uno a uno.

En aquel instante vi a Maddock, me pregunté cómo era posible que hubiera llegado ya, y presentí lo que iba a pasar. Maddock se izó, apoyándose en un ancla mal equilibrada contra la liza. El último esfuerzo que efectuó para saltar sobre el puente le hizo oscilar y caer al agua. Semejante a un reptil, una jarcia de acero onduló sobre el puente, se tensó, aprisionando una de las piernas de Maddock en un nudo.

Maddock sintió el peligro. Empuñó la jarcia, se arqueó, con el rostro contraído; arrastrado a pesar de sus 230 libras, con la pierna ensangrentada.

Uno de los falsos GI, que debía ver lo que pasaba desde el lugar en que se encontraba, dio un grito. Giulio se volvió rápidamente, saltó. Empuñó la jarcia mientras Maddock, vencido por el sufrimiento, ponía los ojos en blanco. Con los músculos del cuello tensos como cuerdas de piano, Giulio tiró de la jarcia hasta hacer subir el ancla, la cual dejó caer sobre el puente. Luego, tranquilamente, volvió a su arenga:

—Voy a llevaros a una llanura situada a una hora de distancia, donde embarcaréis en los bananos que vienen a buscaros. Vamos, en marcha, y silencio...

Impresionados, no sé si por su demostración de fuerza o por sus palabras, los hombres salieron, uno a uno, bajaron por la pasarela y se agruparon en orden.

Bruscamente, adquirí conciencia del silencio. Habían disparado más hacia arriba y los disparos habían cesado. Oí moverse los juncos y vi aparecer a Forbes, el cual me interrogó con la mirada.

—Por aquí, todo va bien —dije.

—Willy no ha tenido dificultades. Vengo de allí. El general no lo ha pasado tan bien, pero finalmente ha conseguido dominar la situación. Los hombres han formado en columna. Se dirigen a la llanura. Cada grupo cree que el mayor Evans se encuentra en el otro. Nuestra radio ha avisado a Tourane. Envían dos bananos. El grupo 2, el de Willy, saldrá con la primera. Es necesario que los muchachos del grupo 1 crean, lo mismo que el vuestro, que el mayor Evans vuela con el grupo 2. ¿Quiere usted transmitir la consigna?

Sacudí la cabeza.

—No. La cosa está saliendo muy bien. Es preferible que no vean a un paisano. Además, fui su prisionero. ¿Acaso lo ha olvidado?

Parpadeó para darme a entender que había comprendido y se encaminó al lugar donde se encontraba Cavassa.

Maddock descendió por la pasarela, cojeando. Su pierna parecía hacerle sufrir de un modo horrible.

—¿Cómo va eso, pequeño? —inquirió Cavassa con un paternalismo irónico, cuando Maddock pasó por delante de él.

—Muy bien —respondió agresivamente Maddock.

Vi a Forbes. Llamó a Giulio aparte y habló con él brevemente. Luego regresó hacia mí, sosteniendo a Maddock.

Estaba decidido a no dejarme ver. Les seguí hasta el lugar donde se habían cambiado de ropa. La jarcia había segado el tobillo de Maddock hasta el hueso. Resistía muy bien el golpe. Forbes cortó el traje de inmersión con un cuchillo. Mientras le ayudaba, pregunté:

—¿Y Evans?

—Se debatía como una rata. Tuve que ahogarle —respondió Maddock. Forbes vendó la herida.

—Improvisaremos unas parihuelas —dije—. No se preocupe. Todo ha salido bien.

—Sí. Gracias...

En aquel instante, resonó una estruendosa orden:

—*Go!*

Maddock cerró los ojos.

—¿Eso es lo que su amigo el coronel entiende por «no hacer ruido»? —inquirió.

Encendí un cigarrillo, sonriendo y volví a encontrar los ojos claros de Maddock.

—De todos modos, ese hombre tiene una fuerza descomunal —reconoció—. Le debo la vida. En mi lucha con Evans, perdí la botella...

—A propósito de botella —dijo Forbes—, ahora que la acción está prácticamente terminada...

Sacó un frasco de *Old Crow* de su macuto.

ESPIONNAGE
F. H. RIBES



UNA BOMBA FIRMADA LECOMTE

F.-H. Ribes

INTRODUCCIÓN

EL Mig describió una amplia curva encima del campo, descendió como una flecha y, con el morro al viento, se posó sobre la pista de hormigón que, en medio de un terreno pedregoso, formaba una ancha cinta resplandeciente bajo los rayos del sol.

El calor era tórrido, y del suelo ardiente ascendían unos pesados vapores que se deshilachaban en curiosos arabescos en la estela del avión militar.

Este último rodó hasta el extremo de la pista y se detuvo suavemente a unos metros de distancia de un polvoriento automóvil estacionado al borde de un angosto camino, el cual se extendía en dirección a un edificio de estilo rígido, severo, una construcción única, maciza, solitario testigo de la actividad humana en aquel árido desierto, cuyos límites se perdían en un horizonte llano. Desesperadamente llano.

Los cuatro hombres que se apearon del avión eran todos oficiales del ejército chino, embutidos en unos uniformes verdes y calzados con pesadas botas de cuero leonado.

El más alto, el coronel Wong, devolvió el saludo al sargento que había saltado del automóvil para presentarse de un modo impecable.

—Sargento Kuang-Li. ¿Quieren subir, caballeros? El profesor Tcheng les espera.

Wong subió el primero, seguido de los otros tres, y el vehículo emprendió inmediatamente la marcha, envuelto en una nube de polvo.

El trayecto fue rápido. Unos instantes más tarde el automóvil franqueó una verja, alrededor de la cual se erguía una red electrificada. Aquí y allá

surgían unos miradores, y podían distinguirse numerosos guardias armados montando vigilancia.

El vehículo se detuvo en un amplio patio, rodeado de bloques macizos y taladrados por una abertura. Veíanse tantos, que el espectáculo acababa por producir vértigo.

Unos instantes más tarde, los cinco hombres penetraron en un vestíbulo inmenso entregado al continuo ir y venir de un personal disciplinado, compuesto de paisanos y militares.

Dos guardias que llevaban un brazal rojo se acercaron a los recién llegados y, tras un breve saludo, les precedieron por un pasillo interminable que no tardaron en abandonar para girar a la derecha.

Otro vestíbulo se ofreció a sus ojos. Lo cruzaron rápidamente, y luego se encontraron ante dos paneles blindados que se apartaron.

La comisión de estudio enviada por Pekín penetró en una gran sala climatizada. Una de las paredes, la más ancha, estaba enteramente reservada para una gigantesca fotografía de Mao-Tse-Tung.

Seis hombres, vestidos de paisano, estaban allí, detrás de una larga mesa. Uno de ellos, bajito, de rostro enjuto y sonrisa estereotipada, avanzó con pasos saltarines hacia los enviados de Pekín.

Era el profesor Tcheng. Se inclinó varias veces, y luego se dirigió al coronel Wong.

—Me siento muy honrado por su visita, coronel. Espero que haya tenido un agradable viaje.

Wong estrechó la mano que le tendía el profesor, pero su rostro apergaminado conservó la misma frialdad.

—Excelente, gracias, camarada Tcheng. Sin embargo, debo informarle que el Ministerio de la Guerra se asombra de la insistencia con que ha solicitado usted la visita de una comisión de estudio al margen de los programas habituales. Su comunicado no especificaba nada.

El profesor Tcheng acentuó su sonrisa.

—No podía hacerlo. El asunto es demasiado importante, y su carácter excepcional disculpa ampliamente las libertades que me he creído obligado a tomarme, pasando por encima de los reglamentos.

—Debo advertirle que eso deberá decidirlo el Ministerio de la Guerra.

Tcheng asintió, sin perder la calma.

—Desde luego. La entrega y la fidelidad son jalones plantados en el camino del sacrificio. Es lo que dice, si no me falla la memoria, el camarada Mao en uno de sus discursos. Y mi sacrificio le consta a usted.

Wong se limitó a mover ligeramente la cabeza, mientras Tcheng señalaba con la mirada una puerta maciza, a su derecha.

—Están efectuando los últimos preparativos. Dentro de unos minutos todo estará listo. ¿Puedo permitirme, entretanto, ofrecerles algunos refrescos, caballeros?

Wong volvió a afirmar con la cabeza y el profesor Tcheng hizo una señal: alguien se apresuró a llenar los vasos alineados en una esquina de la gran mesa.

Los miembros de la comisión de estudio avanzaron y fue entonces cuando el coronel Wong vio, entre los que rodeaban a Tcheng, a un personaje que fumaba en silencio al pie del cuadro gigante de Mao Tse-Tung.

No era un asiático, sino un blanco. Un robusto individuo de unos treinta y cinco años, pelirrojo, con la frente cruzada por una enorme cicatriz. Llevaba un traje de franela blanca, un poco estrecho para la amplitud de su torso.

Ante la mirada inquisitiva del coronel, Tcheng se apresuró a decir:

—Es nuestro agente más valioso. ¿Debo informar a usted de que está aquí con el consentimiento del «Politburó» y del Lien Lo Pu^[5]?

Con su vaso en la mano, el hombre del traje blanco avanzó para plantarse finalmente delante de Wong.

—Me llamo Peter MacGregor, coronel.

El rostro de Wong se distendió en una leve sonrisa.

—Sí..., sí... El famoso Peter MacGregor, en efecto... Encantado de conocerle. Me han hablado mucho de usted.

—También yo conozco sus méritos y su reputación, coronel Wong. Dicen que es usted el experto en física nuclear más notable de toda China.

Wong recibió el cumplido con una segunda sonrisa, acabó de vaciar su vaso y, mientras lo dejaba sobre la mesa, una lucecita roja empezó a parpadear encima de la pesada puerta maciza señalada por Tcheng.

El profesor se irguió.

—Creo que podemos ir allí —dijo.

El mismo accionó los mecanismos de apertura. Dos paneles se deslizaron lateralmente en el espesor de las paredes, y todo el mundo penetró en un laboratorio inmenso, lleno de extraños aparatos y cuyas pantallas-testigo parecían ser teatro de un perpetuo ballet luminoso.

Avanzaron hasta una especie de pedestal macizo sobre el cual había una mesa metálica, cuyo tablero horizontal tenía un grosor de veinte centímetros, aproximadamente.

A una seña de Tcheng, cada uno ocupó su puesto alrededor del pedestal y, una vez formado el círculo, el profesor hizo una señal a uno de los numerosos técnicos de bata blanca atareados ante un extraño aparato provisto de numerosas clavijas de ebonita.

El hombre cogió un bloque de acero que debía pesar de cinco a seis kilos, lo colocó en el centro de la mesa y volvió a su puesto en medio del silencio general.

Tcheng se volvió hacia los miembros de la comisión de estudio.

—Y, ahora, miren con atención —dijo.

Una serie de chasquidos taladró el silencio y una claridad púrpura aureoló con un fugaz resplandor el disco de metal.

Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar. El disco de acero se hundió brutalmente en el tablero, desapareció en el metal, con un leve ruido de succión, y reapareció sobre la superficie inferior, para caer con un ruido seco sobre el revestimiento del pedestal.

Hubo unos segundos de aturdimiento entre los espectadores, mientras el profesor Tcheng, frotando enérgicamente sus pequeñas y huesudas manos, exclamaba:

—Bueno, caballeros, ¿qué opinan ustedes?

Wong, completamente desconcertado, fue el primero en recobrar el uso de la palabra.

—Pero ¿es posible? Me ha parecido ver que hacía usted pasar ese disco a través de la mesa. ¿Es eso?

—Exactamente, y no se trata de un número de magia, créame. Todo lo que acaba de ver es absoluta y completamente real.

—Entonces, ¿qué es lo que ha hecho? ¿Qué ha ocurrido? Por favor, denos algunas explicaciones.

Tcheng subió al pedestal, se colocó unos gruesos guantes, cogió el disco de acero y volvió a ponerlo sobre la mesa.

—Sí —dijo—, sé lo que están pensando: dos sólidos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo. Tienen razón, ya que esa ley permanece inmutable, y el procedimiento que utilizamos no tiene nada de sobrenatural. Deriva, sencillamente, de una aplicación del rayo *laser*. En una palabra, gracias al dispositivo especial de que está provisto ese disco, se producen dos fases simultáneas: calentamiento brutal de la masa metálica a atravesar, y contracción de los átomos en el seno de esa masa, por el tiempo necesario para el paso del artefacto. Dicho en otros términos: el artefacto produce a su alrededor una tensión divergente que se rompe instantáneamente detrás de él,

lo que explica que el metal de la mesa no conserva ningún rastro del paso, exactamente igual que si se echara una piedra al agua.

Se produjo un breve silencio y luego Wong avanzó un paso.

—¡Formidable! —exclamó—. Positivamente formidable. Pero ¿qué aplicación destina a ese procedimiento?

La voz de MacGregor llegó hasta él, ligeramente irónica.

—Vamos, coronel, ¿no lo adivina?

Wong se volvió, pero Tcheng abandonaba ya el estrado, rompió el círculo y se dirigió hacia un enorme mapa mural representando el globo terráqueo, partido por la mitad.

Cogió una larga varilla de bambú y dijo:

—Compréndalo bien. Podemos fabricar un arma absoluta, que constituirá un verdadero reto lanzado a los satélites-espías rusos y norteamericanos, ya que no podrá ser localizada.

Wong dio un respingo.

—¡Una bomba! —exclamó.

—Sí. Una bomba subterránea que podremos dirigir hacia cualquier punto del globo. He aquí el fracaso de los misiles, de los cohetes balísticos y de las bombas clásicas. Nuestros planes están ya elaborados. Gracias a un sistema de teledirección, la bomba podrá navegar en el magma, después de haber franqueado la corteza terrestre. Un rayo de láser fijado en su parte delantera volatilizará las rocas, empleando la energía calórica suficiente; y ello gracias a un palpador de neutrones que permitirá hacer el análisis de los materiales a atravesar^[6]. Una vez en el *simá*^[7], la bomba podrá navegar más libremente y alcanzar cualquier objetivo.

Con la varilla de bambú trazó unas rápidas secantes sobre el mapa.

—Rusia... Estados Unidos... Japón... Inglaterra... Nuestras bombas nucleares surgirán del suelo como unos diablos de una caja.

Rió nerviosamente mientras se volvía hacia los miembros de la comisión.

—Pero no será necesario llegar a eso, desde luego. Una sola bomba de advertencia bastará, en el desierto de Nevada, por ejemplo. Lo importante será el hacer saber al mundo entero que setecientos millones de chinos son ahora capaces de imponer su voluntad. ¿Qué opinan ustedes, caballeros?

El coronel Wong se había quedado sin aliento. Miró a sus colaboradores, sacudió la cabeza como si no se decidiera a creer en aquella extraordinaria revelación, y luego avanzó lentamente hacia el profesor Tcheng.

—Increíble —dijo—. Ahora comprendo su prudencia, así como el carácter urgente de su mensaje. ¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted en el

proyecto?

Los ojillos maliciosos de Tcheng se clavaron en los de Wong.

—Dos años, y por orden del Politburó.

—¿Del Politburó? Entonces, ¿el gobierno estaba al corriente de su invento?

—A decir verdad, el invento no nos pertenece. Nos hemos limitado a perfeccionar el procedimiento, en el sentido que nos era más provechoso.

Y volviéndose hacia MacGregor, el profesor Tcheng añadió:

—En todo caso, he aquí al hombre al cual deberemos un día la realización de todos nuestros proyectos.

* * *

Apoyado contra la mesa de metal, el hombre del traje blanco fumaba en silencio, con la mirada fija en el gigantesco mapa mural.

Los acontecimientos y los personajes de este relato son completamente ficticios. Todo parecido con acontecimientos que se hayan producido o con personajes que hayan existido será una pura coincidencia, de la que no puede hacerse responsable al autor.

F.-H. R.

CAPÍTULO PRIMERO

Atolón de Kotonó. Archipiélago de las Filipinas. Un mes más tarde.

¡Hola! ¡Quelido! ¡Tú despierto! ¿Tu venil bailal con guapas vahineas?

El joven moreno, de tipo atlético, abrió los ojos, se desperezó, bostezó, y miró a través de la rendija de sus párpados a la adorable criatura arrodillada en la arena, a su lado.

Era una muchacha soberbia, delgada y ágil como una liana, cuyos largos cabellos enmarcaban un rostro ovalado y no desprovisto de encanto, a pesar de sus pómulos salientes y de sus grandes ojos oscuros y almendrados.

En aquel momento, con su hermoso collar de flores, recordaba aquellas estatuillas de jade antiguas que uno apenas se atreve a rozar con la punta de los dedos.

Su perfume era el del amor, del sol y del mar, y su voz tenía la dulzura de la brisa susurrando entre las ramas.

El hombre se incorporó a medias, se arrastró un par de metros para apoyar su espalda contra el tronco de un cocotero y cruzó los brazos.

—De acuerdo, querida —dijo, contemplando a la indígena con una sonrisa divertida—. Otra lección no me vendrá mal. No quisiera marcharme de aquí sin conocer a fondo esa danza.

Con su barbilla partida en dos señaló la playa donde media docena de jóvenes diosas se balanceaban a los acordes de un instrumento de cuerda, mezcla de ukelele y de mandolina italiana.

—¿Cómo se llama eso?

—El «bamuhla».

—Bamuhla o no, es un baile estupendo contra la celulitis.

—¿Celulitis? ¿Qué es eso?

—¡Bah! Una moda lanzada por un fabricante de tejidos. En mi país está haciendo furor en estos momentos, pero, tranquilízate, vosotras no estáis

previstas aún en el reparto.

El joven estalló en una carcajada ante el rostro asustado de la joven vahinea, pero ésta, lentamente, se acercó a él.

—¿Tú paltil? ¿Tú no vel más a la hermosa Mohana?

—Lo siento, cariño, pero el deber es el deber.

Mohana se encogió de hombros, se puso en pie y cogió al joven por el brazo.

—Vamos... Ven a bailal el bamuhla.

En cuanto aparecieron en la playa, las otras seis muchachas corrieron hacia ellos lanzando exclamaciones de alegría, y el *Don Juan de las Islas* se encontró arrastrado por el baile en medio de los cuerpos febriles que se movían rítmicamente.

«Uh... uh... uh... atunga bu lu...
Uh... uh... uh... atunga bu lu...
Uh... uh... uh... atunga bu lu...»

Haciendo girar sus puños delante de él y apoyándose alternativamente en ambas piernas, el joven se mezcló con el coro, repitiendo el extraño estribillo, arrastrado por el ritmo y el frenesí.

«Uh... uh... uh... atunga bu lu...
Uh... uh... uh...»

Ni siquiera se dio cuenta de que la música había cesado y de que las voces se habían apagado. Perdido en sí mismo, continuaba balanceándose, dando media vuelta sin perder el ritmo.

«Uh... uh... uh...»

—«Atunga bu lu» —cortó una voz gruñona—. Me lo sé de memoria.

El encanto se había roto y el joven se volvió en dirección a la voz. Procedía de un hombre bajito y obeso, que estaba de pie en el límite de la playa. Parecía una gran bola negra sobre la arena dorada inundada de luz.

—Bueno, continúe... Decididamente, está usted en plena forma, KB-09...

Gerard Lecomte dejó escapar un gruñido y levantó los ojos al cielo. Luego, sin, apresurarse, avanzó hacia el recién llegado.

—La fiesta ha terminado, ¿verdad? —inquirió.

—Es el destino de todas las fiestas desde que el mundo es mundo. Una fiesta eterna perdería su atractivo. Por eso existen los aguafiestas como yo.

Lecomte se inclinó hacia un cesto depositado sobre la arena, cogió dos frutas jugosas, le tiró una de ellas al recién llegado y mordió la suya.

—Bueno, coronel, ¿qué tiempo hace en Langley^[8]?

El coronel se encogió de hombros.

—Cuando salí de allí llovía, pero de eso hace ya ocho días.

—Yo hace cuatro que estoy en este atolón, y me pregunto por qué...

—Confío en que eso no le haya quitado el sueño...

—No. Pero cuando salí de Melbourne con destino a Nagasaki, e hice escala en Manila, me extrañó que el comandante King anulara la continuación de mi viaje y me hiciera traer aquí en helicóptero.

El coronel carraspeó y dijo:

—Su misión en Nagasaki no era más que un vulgar asunto diplomático. Puede esperar. Lo que queríamos era aislarle un poco, a fin de evitarle ciertos encuentros que hubieran podido ser embarazosos para lo que va a venir.

Lecomte hizo una mueca.

—Como rincón tranquilo, no podían encontrar nada mejor. Bueno, ¿dónde está su cacharro?

El gran jefe de la C. I. A. volvió ligeramente la cabeza hacia el interior de la isla, explicando:

—Hemos aterrizado cerca de aquí, al lado mismo de su choza.

—¿Puedo conocer nuestro destino?

—Formosa.

—Hum... ¿La China Nacionalista? ¿Qué sucede?

El coronel tiró lo que quedaba de su fruta y consultó su reloj de pulsera.

—Tendremos tiempo de discutir eso durante el viaje —dijo—. Dese prisa en recoger su maleta, y en marcha.

El coronel se adelantó, pero, antes de abandonar la playa, KB-09 se volvió para dirigir un último saludo a las adorables criaturas que parecían sinceramente desoladas por aquella brutal separación.

CAPÍTULO II

Cuando el pequeño aparato volaba a tres mil metros de altura sobre el mar de China, el gran jefe de la C. I. A. rompió con su actitud monolítica.

Sacó su vieja pipa, comenzó a llenarla con gestos meticulosos, la encendió y finalmente la plantó entre sus dientes amarillos e irregulares.

Durante unos instantes, su mirada permaneció clavada en la nuca del piloto que emergía del asiento delantero, con los auriculares estrechamente pegados a las orejas.

Tranquilizado por aquel hecho, que le permitía hablar con toda libertad, el coronel se volvió hacia KB-09.

—¿Ha oído usted hablar de los «Turbantes Amarillos», esa sociedad secreta que continúa siendo una de las más antiguas organizaciones clandestinas chinas y que, después de la toma del poder por los comunistas, se ha replegado a Hong-Kong y a Formosa?

Lecomte asintió.

—En efecto. Y, según me han dicho, está en contacto con los servicios de información de todos los países que se oponen a la acción subversiva de Pekín^[9].

—Es cierto, y en ese sentido la C. I. A. se encuentra en una situación de privilegio, ya que no ignora usted la ayuda que la Casa Blanca presta al gobierno nacionalista de Chang-Kai-Chek. Esta vez, la información nos ha sido facilitada por nuestros aliados de Formosa, gracias a las habladurías de unos borrachos que, si al principio parecían carecer de interés, han terminado por suscitarlo, sobre todo procediendo del doctor Johan Kexel.

—Supongo que se trata del borracho en cuestión...

—Sí. Un sueco establecido en Formosa desde hace un par de años.

—¿Por qué motivo?

—Kexel es un alcohólico, pero es también una excelente persona. Formosa necesitaba hombres como él. De modo que le permitieron instalarse en Taipeh^[10]. Trabaja en un hospital y enseña cirugía. Al parecer, sus métodos son bastante sorprendentes.

—Un hombre que bebe...

El coronel se quitó la pipa de los labios.

—Muchos grandes hombres han sido unos borrachos... Baudelaire, por lo que sé, era un bebedor empedernido...

Lecomte sonrió, mientras hurgaba en su paquete de Pall-Mall.

—Con la diferencia de que Baudelaire no operó nunca a nadie. En fin, continúe...

—De todos modos, debemos la información a Kexel y, en caso de que sea cierta, la cosa es sumamente grave.

—¿De qué se trata?

El coronel pareció experimentar una leve turbación.

—A decir verdad, nadie sabe nada, exactamente, ya que no disponemos de ninguna prueba formal, pero...

—Pero ¿qué?

El coronel vaciló.

—Bueno, los que han planteado la cuestión han sido nuestros expertos de Langley, cuando les facilitaron los elementos del problema.

—No soy conformista. Empecemos por la cuestión, ¿quiere?

—De acuerdo. Un artefacto fabricado con una aleación especial resistente a temperaturas muy elevadas, y disponiendo del medio de fundir las rocas más duras que componen la corteza terrestre, ¿puede convertirse en un arma absoluta? En este caso, en una bomba subterránea...

Se produjo un largo silencio, en el curso del cual la frente de KB-09 se frunció visiblemente. Había acusado el golpe con su calma habitual, pero el coronel sabía que sus palabras habían producido su efecto en la mente del «Special».

Lecomte chupó pensativamente su cigarrillo, estiró sus largas piernas y su mirada de acero se clavó en las puntas de sus zapatos.

—Y, ahora, volvamos al asunto —dijo finalmente.

—Varios elementos: un haz laser, una aleación a base de circonio, en sondeador neutrónico para el análisis de las rocas, lo cual permitiría enviar un cohete al interior del magma terrestre. Según nuestros expertos...

—No, es inútil, ya he comprendido —le interrumpió Lecomte—. Pero, dice usted que todo eso no son más que suposiciones de nuestros expertos. ¿En qué se basan?

—En un descubrimiento que incluye todos los elementos que acabo de enumerar.

—Si he comprendido bien, ese descubrimiento ha sido divulgado por el doctor Kexel. ¿De dónde lo sacó?

—De uno de sus viejos amigos. El profesor Vitalis Runeberg. Sueco, como él.

—¿Y qué ha sido de ese supergenio?

—Murió en Estocolmo hace dos años, poco tiempo antes de que el doctor Kexel se trasladara a Formosa. Y ahora, escuche con atención. Como acabo de decirle, Kexel y el profesor Runeberg eran amigos íntimos. Se reunían a

menudo por la noche con otros conocidos, y la mayoría de las veces en casa del propio Runeberg. En el curso de una de aquellas veladas, Runeberg hizo, delante de sus amigos, la demostración de su procedimiento, y todos vieron cómo un objeto de metal pasaba a través de un cuerpo sólido sin causarle el menor daño. Al menos, eso es lo que dice Kexel. Desde luego, la cosa podría tomarse por una divagación de borracho, si un hecho trágico no hubiera marcado esa historia increíble. Y eso es lo grave, precisamente.

El coronel volvió a encender su pipa antes de continuar, en el mismo tono tranquilo:

—El hecho se produjo en el curso de una reunión a la que asistían, además de Runeberg y de Kexel, un hombre de negocios llamado Julis Olsen y un físico llamado Cari Weber. Una explosión destruyó la casa de Runeberg, y el único superviviente de aquella catástrofe fue Kexel, al cual encontraron casi ileso, en medio de los escombros. Lo que quedaba de los otros compañeros no eran más que unos jirones de carne pegados a los cascotes... Lo malo es que Kexel estaba borracho como una cuba cuando se produjo la explosión, y no conserva ningún recuerdo de lo sucedido. Habló de un error cometido por Runeberg al manipular sus peligrosos aparatos, y ésa fue la versión que en el primer momento aceptaron las autoridades suecas.

—¿Por qué dice usted en el primer momento?

—Porque Kexel había embarcado ya para Formosa cuando la policía descubrió entre los escombros los restos de una bomba de relojería.

—¿Un atentado?

—Sí, una bomba colocada en los condensadores energéticos del laboratorio era más que suficiente para destruir la casa. La encuesta continuó, pero la policía tuvo que archivar finalmente el asunto, por orden del Gobierno. Si conocemos esta historia es porque, a consecuencia de las indicaciones facilitadas por los «Turbantes Amarillos», nuestros agentes se trasladaron a Oslo y consiguieron, tras varias semanas de esfuerzos, enterarse de esos valiosos detalles.

—Debe usted tener un buen motivo para mezclarse en esta historia —dijo Lecomte—. ¿Cuál?

El coronel sacudió la cabeza, trató de cruzar sus gruesas piernas, pero no lo consiguió debido a lo estrecho de los asientos. Gruñó entre dientes, y respondió:

—La intervención de un hombre que da a este asunto un giro bastante inquietante. La revelación se la debemos también a Kexel. En efecto, Runeberg le había confiado que cierta persona, enterada de su invento, había

ido a su casa varias veces para hacerle unas ofertas deslumbradoras. Se decía agente de una sociedad extranjera, interesada en el procedimiento para utilizarlo en la perforación de pozos de petróleo. Runeberg no aceptó, ya que no había llegado al final de sus trabajos, pero el hombre no se dio por vencido y Kexel le sorprendió un día en animada conversación con su amigo Runeberg. Las señas que dio a nuestros agentes resultaron muy sospechosas, y al mostrarle unas fotografías Kexel no vaciló en señalar al hombre en cuestión. Era éste.

El coronel sacó una fotografía y la tendió a KB-09, el cual la examinó atentamente.

—No le he visto nunca. ¿Quién es?

—Un individuo muy peligroso. Un apátrida que, no obstante, lleva un nombre típicamente irlandés: Peter MacGregor. Está fichado por nuestros servicios desde hace varios años. Trabajó para un servicio de información albanés, y luego se puso al servicio de Pekín. Actualmente, está considerado como uno de los mejores agentes del Lien Lo Pu. He aquí lo que ha desencadenado la alerta en nuestros servicios, mucho más por cuanto la encuesta efectuada por nuestros agentes confirma la presencia de MacGregor en Oslo en la época del atentado contra Runeberg, así como la de un espía albanés que conocemos bajo el nombre de Georges Riva.

—Tampoco le conozco.

—No importa. ¿Comprende usted ahora?

Lecomte se pellizcó los labios.

—Hum... Creo, efectivamente, que el invento de Runeberg no se ha perdido para todo el mundo.

—Es lo que opinamos nosotros —aprobó el coronel—, y estamos convencidos de que MacGregor, ante la categórica negativa de Runeberg, se introdujo en su casa, se apoderó de los planos del aparato y colocó una bomba a fin de destruir todo lo que podía permitir la reconstrucción de aquel extraordinario descubrimiento, incluido el autor. Es posible que le ayudara su amigo Riva.

El coronel se encogió de hombros.

—Repito mi pregunta: el procedimiento de Runeberg, ¿puede permitir la fabricación de misiles subterráneos?

Lecomte no respondió. Sabía perfectamente que los expertos norteamericanos en primer lugar, y las máquinas electrónicas a continuación, habían dado su respuesta a aquel angustioso problema, y que la nación que llegara a poseer aquella arma fantástica se convertiría en dueña del mundo.

Pero Lecomte pensaba sobre todo en los setecientos millones de chinos adoctrinados por el «maoísmo» e intoxicados por el intenso deseo de hegemonía mundial, cuya amenaza se precisaba de año en año.

La posesión de aquella arma absoluta, ¿no ofrecería a China la ocasión de desencadenar los rayos de la guerra, dando así libre curso a un odio, un desprecio y una sed de venganza contenidos durante demasiado tiempo por el pueblo más racista y más orgulloso de la creación?

Esta vez tampoco respondió, limitándose a volver hacia el coronel un rostro duro, que atestiguaba sus temores íntimos y sus aprensiones.

—¿Cuál es el objetivo de nuestro viaje a Formosa?

El gran jefe de la C. I. A. sacudió la cabeza.

—Quiero que parta usted de cero. No es que dudemos de las afirmaciones de Kexel, pero no quisiera correr el riesgo, por mínimo que sea, de una comedia sabiamente montada con el fin de agravar inútilmente la confrontación que opone a los Estados Unidos con la República Popular china. En fin, ya sabe usted lo que quiero decir. Sondéme a ese doctor hasta las moléculas, y luego decidiremos.

Se quitó la pipa de la boca, la sacudió contra el cenicero, y luego se retrepó en su asiento y cerró los ojos.

—Si ha de establecer contacto conmigo, nada más fácil —concluyó, con un suspiro—. Embajada norteamericana.

Un instante después, sus sonoros ronquidos se mezclaban con los de los motores.

CAPÍTULO III

El doctor Johan Kexel era un individuo imponente de tipo nórdico muy acusado, con sus ojos azules, su tez lechosa y sus cabellos de un rubio estopa.

Unos dientes extraordinariamente blancos brillaban encima de una barba tan descuidada como su atuendo; por lo visto, el vestir no constituía ningún problema para él.

Numerosas manchas ensuciaban su traje, no llevaba corbata y el cuello de su camisa estaba casi siempre enrollado alrededor de su cuello enorme, de venas salientes.

A pesar de sus cincuenta y ocho años, era todavía un hombre lleno de fuerza y de vitalidad, y se adivinaba que en sus años mozos debió de ser un

joven robusto.

Pero el alcohol había hecho ya sus estragos, engordando su cuerpo de atleta e hinchando su rostro de joven dios blanqueado en el aura de los hielos eternos.

En el pequeño bungalow de los suburbios del norte de Taipeh, Lecomte se había encontrado con un hombre gastado, de andar pesado y cansino.

Era un poco más de mediodía y, a aquella hora, el calor resultaba insoportable.

Había llovido a primeras horas de la mañana, un verdadero diluvio que duró un par de horas, y del barrizal que se había formado delante del bungalow ascendía un vapor fétido, nauseabundo, a través del cual zumbaba una nube de mosquitos enormes.

Siempre ocurría igual en la estación de las lluvias, y la cosa duraba semanas, meses, con el agua y el sol, el sol y el agua, y a menudo los dos juntos, transformando aquella isla en un infierno de ciénagas pestilentes.

Kexel se secó la frente chorreante de un sudor húmedo y viscoso, colocó sobre una mesa una botella de Gilbey's y dos vasos y luego miró a su visitante.

La expresión indiferente de aquel hombre sentado enfrente de él y que parecía interesarse por la marca de su *scotch* con aires de experto tenía algo de irritante, de exasperante incluso.

Kexel gruñó, vertió el líquido en los vasos y tomó el suyo en su recio puño de luchador.

—Bueno, ¿por qué quiere que repita lo que ya he dicho cien veces?

Gerard Lecomte introdujo un cubito de hielo en su vaso, divirtiéndose unos instantes en hacerlo girar en medio del líquido.

—En la C. I. A. somos bastante puntillosos —dijo, con voz tranquila—. Tenemos fama de ponerles muletas a las pulgas cojas.

Johan Kexel se sentó pesadamente y bebió un sorbo de licor.

—De todos modos, sabe usted ya lo que he dicho. Por lo tanto...

—Lo que me interesa es lo que no ha dicho todavía.

Una sonrisa maliciosa vagó por los labios de Kexel.

—Llega usted en el momento oportuno.

—¿Alguna novedad?

—¡Tal vez!

Lecomte vació su vaso y sonrió.

—¡Estupendo! —dijo—. Siempre guardo las cosas buenas para el final, desde que me enseñaron que las coles a la crema no se mezclaban con el

salchichón y las aceitunas. En consecuencia, puesto que tenemos que empezar por los entremeses, me gustaría que en primer lugar me hablara del procedimiento de su amigo Runeberg. Disculpe que dé marcha atrás, pero soy un maníaco, no lo olvide.

—¿Es usted físico? ¿Geólogo? ¿Técnico en electrónica?

—Nada de eso, pero tampoco soy el último de los imbéciles. Si es usted claro, eso nos evitará quizá que mañana por la mañana nos encontremos todavía aquí.

Kexel acusó el golpe, se sirvió otro trago y se embarcó en una explicación que aclaró brevemente el experimento de Runeberg, del cual había sido testigo, dos años antes, en el laboratorio de Oslo.

—Un sólido pasando a través de otro sólido —murmuró Lecomte tras un breve silencio—. ¿Y sin dejar huellas?

—Ninguna. Todas las tensiones producidas en el seno de la masa se rompen instantáneamente al paso del artefacto. Si hay un ejemplo que pueda darle, es el de la varilla de hierro que se hace pasar a través de una barra de hielo. Se coge aquella varilla, se colocan dos pesos en sus dos extremos y se deja hacer. Insensiblemente, la varilla se hunde en el hielo bajo la acción del peso, la atraviesa del todo y se separa del bloque. Pero, al paso de la varilla, las moléculas vuelven a soldarse y no queda ningún rastro. Desde luego, con el procedimiento de Runeberg la cosa sucede de un modo distinto, pero sólo quería darle una imagen.

—La encuentro excelente.

—Gracias. ¿Otro trago?

Sin esperar la respuesta de Lecomte, Kexel vertió en los vasos una nueva dosis de Gilbey's.

—Pero no soy yo quien ha hablado de bomba subterránea —continuó—. Ni siquiera había pensado en ello. Y tampoco Runeberg.

—¿A qué aplicaciones destinaba su procedimiento?

—Habla de un medio revolucionario para explorar el centro de la Tierra, para excavar minas, para efectuar perforaciones. Runeberg no pensó nunca en aplicar su descubrimiento a un arma de destrucción.

—Joliot-Curie, Einstein y Fermi tampoco tuvieron esa idea cuando trabajaban sobre la energía nuclear.

—Desde luego. Pero la tuvieron otros. ¿No es eso lo que quiere decir?

—En efecto, y siempre hay muchos MacGregor alrededor de esos asuntos. Pero el que me interesa es el último de ellos.

Kexel vació su vaso de un trago.

—Sí, pero Vitalis no podía preverlo. MacGregor se había pegado a él como una lapa.

—¿Por qué no habló antes de él? Ha permanecido usted dos años en la indiferencia más absoluta, ha habido que arrancarle las palabras una tras otra.

Kexel se pasó una mano por su enmarañada barba, se rascó el mentón y luego se encogió de hombros.

—Sinceramente, no creía en aquel invento. Para mí, era la broma de un sabio con ganas de divertirse. Vitalis no fue nunca un genio. Se complacía en asombrar a la gente con experimentos desconcertantes, pero nada más. No, no creía en él. Pero cuando había empinado un poco el codo, lo recordaba y lo comentaba con todo el mundo. Un día, la historia llegó a oídos de los «Turbantes Amarillos», y éstos les traspasaron la información a ustedes. Llegaron sus compañeros y me formularon un montón de preguntas. A partir de aquel momento empecé a reflexionar en todo lo que me había contado Vitalis, y terminé por creer, también yo, en la fantasía de la bomba subterránea. ¿Quiere que le diga la verdad? Este asunto me quita el sueño.

KB-09 encendió un cigarrillo, contempló unos instantes la llama de su mechero y luego miró a Kexel.

—El atentado cometido en casa de Runeberg debió de abrirle los ojos.

—¿Qué quiere usted obligarme a decir? En aquella época estaba convencido de que se trataba de un accidente. El día que sucedió había bebido más de la cuenta. Roncaba sobre un sofá en el piso de encima, y no vi nada, absolutamente nada. Desperté sobre un montón de escombros y luego en una habitación de un hospital, lleno de vendajes. Hay un informe sobre eso, ¿no?

—Perfectamente en regla y muy claro, lo reconozco.

—Entonces, ¿qué más quiere usted?

Lecomte dio un par de chupadas a su cigarrillo.

—Lástima —dijo—. Lo que me gustaría saber fue lo que sucedió aquella noche, precisamente los acontecimientos que precedieron al asesinato de Runeberg.

El sueco se echó a reír.

—¿Qué le hace creer que Vitalis murió aquella noche en Oslo? —inquirió.

Bruscamente, KB-09 irguió la cabeza. Su mirada de acero se hundió en los ojos descoloridos de Kexel, pero éste continuaba riéndose.

—Sabía que le sorprendería —dijo—. Confiese que ha sido un buen golpe.

—Hum... Tengo la impresión de que hemos pasado de los entremeses a los postres.

—Las mejores cosas para el final, usted lo ha dicho. ¿Otro trago?

—No, ya ha bebido usted bastante. Hable, y dese prisa.

Kexel suspiró, extendió sus largas piernas y empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha con una lentitud exasperante.

—Supongamos que todo el mundo se equivocara. Como ya le habrán dicho, sólo se encontraron jirones de carne después de la explosión, y resultaba imposible identificar a nadie. Yo mismo quedé convencido de que Vitalis había corrido la misma suerte que Olsen y Weber, dos de nuestros amigos que asistían a aquella velada. Pero ¿qué diría usted si alguien tratara ahora de demostrar lo contrario?

—¿Y por qué ahora, y no antes?

—Sencillamente, porque hasta ayer ignoraba que Vitalis podía encontrarse en Pekín... y completamente vivo.

Lecomte dio un respingo.

—¿En Pekín?

—Sí, en un hospital. Operado de una úlcera de estómago, pero la operación data ya de una decena de días. Como puede ver, la noticia es muy reciente.

—¿Y quién es el autor de esa noticia?

—Un joven chino llamado Fung-Yen que desembarcó aquí ayer por la mañana. Es un nacionalista que pertenece al servicio secreto de los «Turbantes Amarillos» desde hace muchos años. Un individuo muy valioso que, al parecer, ha prestado ya numerosos servicios a los nacionalistas. Después de sus estudios de medicina, ingresó en calidad de interno en un hospital de Pekín. Y precisamente allí, en aquel hospital, pretende haber descubierto a Vitalis Runeberg.

Lecomte aplastó su colilla en un cenicero y miró a Kexel fijamente.

—¿Qué le autoriza a pensar que se trata de Runeberg? —preguntó.

Kexel se puso en pie.

—Creo que sería mejor que le formulara la pregunta usted mismo. Personalmente, yo no afirmo nada, me limito a decirle lo que sé.

—¿Dónde está ese Fung-Yen?

—Cuando esta mañana me llamó usted por teléfono para anunciarme su visita, me puse en contacto con el Cuartel General, y el Cuartel General está de acuerdo en que se entreviste usted con ese hombre.

Consultó su reloj.

—No tardará en llegar.

Kexel hurgó en el paquete de Pall-Mall de Lecomte, sacó un cigarrillo, lo encendió y se sentó en el borde de la mesa. Luego, su mirada se posó en KB-09.

—Desconfía usted de mí, ¿no es cierto? —inquirió, entre dos chupadas.

Lecomte se inclinó ligeramente, con las manos juntas y los codos apoyados en las rodillas.

—Mire, doctor —dijo—, es usted el eje de este asunto, y la cosa es demasiado grave para ser juzgada a una sola tirada.

—Sí, lo comprendo... Sus pulgas cojas...

—Tranquilícese, el procedimiento ha demostrado ya su eficacia.

Kexel abrió la boca para añadir algo, pero en aquel momento se oyó el ruido de un motor en el exterior del bungalow.

Los dos hombres volvieron la cabeza al mismo tiempo. A través de un ventanal vieron un viejo «Chrysler» modelo 51 que avanzaba por el pedregoso camino.

El vehículo se detuvo a unos metros de la verja y tres hombres se apearon de él, dos militares y un paisano.

Delante del porche se separaron y el hombre del traje blanco penetró solo en el bungalow, dejando a los militares a la otra parte de la puerta vidriera.

Las consignas debían ser muy rígidas, y Lecomte se dijo que el Fung-Yen en cuestión había debido tomar serias precauciones desde su regreso a Formosa.

Era un hombre bajito, delgado, que parecía tener alrededor de veintiocho años, y cuyo rostro huesudo desaparecía casi por completo detrás de unas enormes gafas de concha con montura de oro.

Se inclinó varias veces, mientras Kexel hacía una rápida presentación y le ofrecía un asiento enfrente de KB-09.

—El coronel Tao-Sen —dijo Fung-Yen con una deplorable pronunciación inglesa— me ha pedido que sea muy breve y que le diga únicamente lo que importa.

Lecomte sacudió la cabeza y cruzó sus largas piernas.

—Me parece muy bien. No soy hombre al que le guste desperdiciar el tiempo en nimiedades. A ese respecto, podrá tranquilizar al coronel Tao-Sen.

Un poco desconcertado por el tono desenvuelto de la réplica, Fung-Yen inclinó la frente y dijo:

—Le escucho, caballero.

—Primera pregunta: le ha dicho usted al doctor Kexel que había reconocido a Vitalis Runeberg en un hospital de Pekín. ¿Es cierto?

—Sí, señor, en el hospital de las Banderas Rojas, situado en la plaza del Viento del Este.

—Gracias por esa precisión. ¿Cómo supo usted que se trataba realmente del profesor Runeberg?

Una leve sonrisa distendió los delgados labios del chino.

—Nunca había oído hablar del profesor Runeberg, al menos hasta ayer por la mañana, fecha de mi llegada aquí, caballero.

—Explíquese.

—Es muy sencillo. Desde el comienzo de la revolución cultural, la Tercera sección de los «Turbantes Amarillos», a la cual me honro en pertenecer, estaba encargada de localizar el rastro de tres ciudadanos canadienses desaparecidos en unas circunstancias bastante misteriosas y que eran sospechosos de espionaje. Debo precisar que esas tres personas, llegadas a Pekín dentro del marco de la «public relations» no han sido encontradas, a pesar de las numerosas peticiones de información procedentes de Ottawa. En consecuencia, fuimos advertidos por vía diplomática y se iniciaron unas discretas pesquisas en el seno de diversas administraciones. Aprovechando el cargo que desempeñaba en el hospital de las Banderas Rojas, mis jefes me pidieron que les transmitiera todos los nombres de los ciudadanos extranjeros internados en aquel hospital, así como sus fotografías.

—¿Cómo operaba usted?

Fung-Yen sacó una estilográfica de su bolsillo y mostró el capuchón.

—En el interior se oculta una diminuta cámara fotográfica. La utilizaba durante la visita a los enfermos.

—Perfecto. ¿Qué más?

—Estuve realizando esa tarea durante un año, hasta que un día me llegó un cable secreto procedente de Formosa, vía Hong-Kong, pidiéndome que facilitara todas las informaciones complementarias acerca de un europeo inscrito bajo el nombre de Frederik Amussen, cuyas señas había transmitido. Desgraciadamente, la cosa me resultó imposible, ya que aquel hombre había sido mantenido bajo una rígida vigilancia día y noche después de su operación, lo cual me impidió sostener el menor contacto verbal con él. Ante aquella situación, recibí la orden de trasladarme a Formosa lo antes posible, a fin de ayudar a la identificación de aquel hombre.

Kexel intervino con un movimiento de cabeza.

—Yo asistí a la identificación —dijo—, dado que era el único que había conocido a Runeberg. Por desgracia, tengo que reconocer que la fotografía tomada por Fung-Yen, a pesar de haber suscitado el interés de los especialistas, no es demasiado clara. Sí, existe un gran parecido entre Runeberg y ese Frederik Amussen, pero, de todos modos, una fotografía de enfermo...

—¿Cuál fue su respuesta?

—Admití un ochenta por ciento de probabilidades afirmativas. Sin embargo, Fung-Yen ha sido categórico cuando le hemos presentado otras fotografías de Runeberg. Le ha reconocido en todas ellas, sin excepción. Pero el detalle más significativo es esa operación de úlcera de estómago. Vitalis, efectivamente, tenía una úlcera desde hacía muchos años, y yo mismo le había recomendado esa operación en numerosas ocasiones. Además, hay el anillo.

—¿Qué anillo?

Fung-Yen extendió la mano y señaló el dedo corazón.

—Una sortija de oro con un diamante engastado.

La mirada de Lecomte se posó en Kexel y éste asintió.

—Vitalis llevaba una idéntica, lo recuerdo muy bien.

—En resumen, ¿cuál es su conclusión?

Nadie dijo nada y, en medio del silencio general, Lecomte se puso en pie. Comprendió que no obtendría una palabra más.

—Bueno —dijo—, creo que no hay nada más que añadir, ¿no es cierto?

Fung-Yen se inclinó profundamente, significando con ello que la entrevista había terminado.

—En efecto, caballero. ¿Puedo retirarme?

Aceptó la mano que le tendía Lecomte, la estrechó calurosamente y volvió a inclinarse antes de ir a reunirse con sus dos guardianes uniformados.

Lecomte esperó a que el viejo «Chrysler» se alejara para volverse hacia Kexel, el cual parecía meditar.

—¿Cuánto tarda un hombre en restablecerse de una operación de estómago?

—De quince a veinte días, si se ha efectuado en buenas condiciones. ¿Qué piensa usted hacer?

KB-09 cogió su sombrero y palmeó el hombro del doctor.

—Hasta la vista —dijo—, y muchas gracias.

CAPÍTULO IV

Cuando Gerard Lecomte penetró en los salones privados de la Embajada norteamericana, el coronel estaba sentado enfrente de un personaje cuya silueta rígida y seca contrastaba un poco con el rostro agradable acribillado de manchas rojizas.

Se trataba de Alan Ross, encargado de Negocios de la Embajada, un hombre que frisaba en los cincuenta, habituado desde hacía mucho tiempo a las intrigas diplomáticas y cuya habilidad, como secretario en la O. N. U., le había valido aquel puesto delicado y poco envidiado.

No es que Alan Ross experimentara una simpatía profunda por Formosa, pero era uno de los escasos norteamericanos que podía jactarse de poseer la psicología necesaria desde el punto de vista de las relaciones con el mundo asiático.

Practicaba el «zen», conocía a fondo las doctrinas budistas, y la experiencia interior le había permitido tratar con el mismo interés todos los campos de la reflexión y de la expresión relacionados con la mente oriental.

Se puso en pie para acoger a Lecomte, sirvió unos Gilbey's con soda y escuchó muy atentamente el informe de KB-09 sobre su entrevista con el doctor Kexel y Fung-Yen.

Luego dio unos golpecitos a un expediente colocado sobre la mesa.

—Estamos al corriente —dijo—. El informe nos ha llegado esta mañana del Cuartel General. Como ya le habrán dicho, he seguido este asunto muy de cerca y, si me permite que dé mi opinión, no creo que se trate de una maniobra destinada a agravar la tensión existente entre Washington y Pekín. Además, Kexel no ha hecho nunca política, y todas sus revelaciones han podido ser controladas.

El coronel añadió un poco de soda a su whisky, miró a Lecomte y, tras un breve silencio, preguntó:

—¿Qué impresión le ha causado ese Kexel?

—Un individuo que ha hablado mucho, pero que ahora se atrinchera en una prudente reserva, y yo lo comprendo.

—Vacila a propósito de la resurrección de Runeberg, ¿eh?

—Sólo en un veinte por ciento, por miedo a mostrarse demasiado afirmativo.

—No se puede afirmar nada, y usted lo sabe perfectamente. Un parecido, un anillo y una úlcera de estómago: he aquí los únicos elementos de que

disponemos para identificar a Runeberg. Me dirá que a menudo hemos partido de pistas más frágiles, pero esta vez se trata de algo distinto y tenemos que andar con pies de plomo. El menor paso en falso podría tener consecuencias desastrosas. Lo esencial es que Kexel le haya parecido sincero.

—En mi opinión, lo era.

—Entonces, séalo usted a su vez. ¿Cuál es su parecer?

—En primer lugar —dijo Lecomte—, nunca he creído en la muerte de Runeberg, hace dos años, en el laboratorio de Oslo. Hubiera sido una tontería, teniendo en cuenta que su procedimiento, en aquella época, se encontraba en una fase experimental. Él mismo se lo confesó a Peter MacGregor cuando éste le hizo unas proposiciones en nombre de una sociedad ficticia. En consecuencia, lo que sigue es de una lógica evidente. MacGregor y su compañero Riva organizaron el rapto de Runeberg, destruyeron el laboratorio para que no quedara ningún rastro y trasladaron a la China popular al genial inventor con todos sus papeles. Ignoro lo que ocurrió a continuación. Tal vez Runeberg continuó sus trabajos de grado o por fuerza, pero su úlcera se agravó, se hizo necesaria una operación y fue conducido a un hospital de Pekín, en el cual le inscribieron con un nombre supuesto, como medida de precaución. Y allí lo descubrió un agente de los «Turbantes Amarillos» encargado de facilitar todas las identidades de los europeos internados en aquel hospital, a consecuencia de una vulgar encuesta relacionada con la desaparición de tres ciudadanos canadienses. ¿Están ustedes de acuerdo?

El coronel inclinó la frente por dos veces.

—Desde luego —dijo—, sólo quería oírsele decir. En cuanto a mi decisión, supongo que la habrá adivinado también. De todos modos, quiero una certeza a propósito de Runeberg. Y para obtenerla, no existen treinta y seis medios. Continuar la tarea que Fung-Yen dejó sin terminar y, si se trata realmente de Runeberg, obtener todas las precisiones posibles acerca de sus trabajos. Luego, decidiremos lo que haya que hacer. Pero no antes..., ¿comprendido?

KB-09 se retrepó en su asiento y apoyó la nuca en el respaldo.

—¿Cómo piensa hacerme pasar a la China popular? ¿Disfrazado de chino?

—Es una leyenda creer que todos los chinos son miopes. No, tenemos una idea mucho mejor, y sobre todo un excelente pretexto.

Se volvió hacia Alan Ross, el cual se apresuró a añadir:

—En la Embajada francesa de Pekín hay un secretario llamado Marcel Vignau. Recuerde ese nombre, ya que es muy posible que tenga que recurrir a

él. Trabaja para la C. I. A. Ya hemos recurrido a él en otras ocasiones. Lo que facilitará las cosas es que usted lleva un nombre francés y es asimismo francés de origen.

—¿Tanta importancia tiene eso? —inquirió Lecomte.

—Más de la que imagina. Desde que De Gaulle reconoció la República Popular China, los franceses son bastante bien vistos en ese país. Relativamente, desde luego, pero de todos modos son de los pocos que pueden obtener un visado sin demasiadas dificultades. Naturalmente, es necesario que el pretexto sea válido, pero por ese lado no creemos que exista el menor problema.

La mirada de Lecomte se posó en el coronel, pero éste, ocupado en llenar concienzudamente su pipa, volvía a mostrar un rostro impasible.

Era su modo de poner término a una conversación que juzgaba inútil prolongar, y Lecomte conocía demasiado bien la inviolabilidad de su torre de marfil. En consecuencia, se puso en pie, siendo imitado inmediatamente por Alan Ross.

—Creemos que todo estará arreglado el lunes por la mañana, a más tardar. Hasta entonces, no haga nada. Trate de permanecer en su hotel. Es preferible que no le vean por la ciudad. Nunca se sabe...

* * *

Cuando Lecomte salió de la Embajada estaba lloviendo.

Seguía lloviendo, cuatro días más tarde, cuando un timbrazo rabioso y agresivo le despertó.

Lanzó pestes contra la lluvia, contra el sofocante calor, contra la hora matinal y contra los timbres de los teléfonos del mundo entero. Mandó a Bell al infierno y finalmente descolgó.

La voz que reconoció al otro extremo del hilo era la de Alan Ross, el cual le ordenó que se presentara en la Embajada lo antes posible.

Una hora más tarde, afeitado, duchado y vestido con un impecable traje blanco, KB-09 llegó a la Embajada norteamericana.

En el lujoso salón, el coronel y Alan Ross ocupaban los mismos lugares, como si una varita mágica hubiera suspendido el tiempo encima de ellos.

Y aquello dio a Lecomte la impresión de que continuaba la entrevista bruscamente interrumpida cuatro días antes, sobre todo cuando el coronel, tras haber llenado su pipa, la encendió.

—Todo está en orden —dijo el coronel—. Su visado ha llegado esta mañana a Hong-Kong. No ha habido ninguna pega. Y las autoridades chinas

se sentirán muy honradas cogiendo al simpático arqueólogo que es usted.

Lecomte enarcó las cejas.

—¿Arqueólogo?

—Exactamente.

—Pero... yo no sé nada de arqueología.

El coronel hizo un gesto vago.

—No importa. No saldrá hasta mañana, de modo que dispone del tiempo suficiente para documentarse en la materia. Hemos encontrado a alguien que se encargará con mucho gusto de ponerle al corriente. Es el profesor Li-Yong, de la Universidad. Esta tarde le verá. Además, quien dice arqueólogo dice también etnólogo. La pasión de usted es el estudio de las costumbres y de las civilizaciones, sean occidentales u orientales. Ha decidido escribir un libro sobre la nueva China y por ello va a documentarse sobre el terreno. ¿Quién podrá probar lo contrario?

—De acuerdo, siempre que no me pidan que descifre algún jeroglífico.

—¡Bah!, los jeroglíficos chinos... Entre nosotros, no es eso lo que nos interesa.

Lecomte se echó a reír.

—Desde luego. Pero ¿cree usted que voy a poder introducirme libremente en un hospital en la piel de un arqueólogo?

La sonrisa que acababa de nacer en los labios de Alan Ross tuvo su réplica inmediata en los del coronel.

—Sinceramente, no. Y, como comprenderá, nunca se nos hubiese ocurrido hacerle pasar por un médico. Pero hemos encontrado la solución: un médico verdadero.

—¿Trabajo a dúo?

—Era la única solución.

—¿De dónde procede?

—De Nueva York. Ha llegado esta mañana, después de un vuelo sin escalas. Rápido, ¿verdad?

—¿Quién es?

Alan Ross se puso en pie, cruzó el salón con paso ágil y ligero y abrió una puerta que daba a su despacho particular.

En el marco se dibujó entonces una deliciosa criatura rubia, con los cabellos muy cortos y un rostro ovalado en el que se reflejaban el candor y la inocencia Victorianos.

—Su esposa —anunció Alan Ross con una sonrisa—. Le presento a *madame* Gerard Lecomte.

KB-09 avanzó, aturdido, mientras la joven, divertida por su desconcierto, le tendía una mano amistosa.

—Encantada de conocerle, mi querido esposo.

Lecomte se rascó la frente.

—¡Santo cielo! ¡Qué idea más rara se me ocurrió!

—¿Cuál, por favor?

—La de casarme con una doctora.

—¿Tiene usted algo contra la Medicina?

—Ejem..., no... Pero desconfío instintivamente de las mujeres que regulan la vida de sus maridos a base de medicamentos. Debo advertirle que soy alérgico a todo lo que es polvo, comprimido o ampollas.

—¿Nada de comprimidos?

—¡No! Hace mucho tiempo que he olvidado el sabor de la aspirina, tesoro mío.

La joven rubia se volvió hacia el coronel.

—¡Vaya un Tarzán me ha escogido usted como marido! —dijo, haciendo un gracioso mohín.

El coronel se echó a reír, lo mismo que Alan Ross, mientras Lecomte apuntaba su dedo índice en dirección a la doctora.

—Dígame, coronel, ¿de dónde ha sacado ese bicho raro? ¿Una nueva recluta de la C. I. A?

El coronel se puso en pie.

—No. La señorita Ursula Watsen es completamente ajena a nuestro servicio. Pero ha tenido a bien aceptar la misión que le hemos confiado.

—¡Oh! Una sueca, ¿eh?

—Naturalizada norteamericana desde hace dos años, pero sobre todo una antigua conocida del profesor Vitalis Runeberg. Su familia era muy amiga de los Runeberg, y en el curso de la encuesta que realizamos en Oslo averiguamos que se encontraba en Nueva York. Le hemos expuesto la situación sin ninguna ambigüedad, y no ha dudado en aceptar. Es la única persona de que disponemos que puede identificar a Runeberg.

El coronel dio un par de pasos, se volvió, y apuntó la boquilla de su pipa hacia Lecomte.

—Y ahora escuche con atención. Está usted casado desde hace dos años, contrajo matrimonio con una sueca que estudiaba en Francia y vive en Burdeos. La dirección figura en los visados con todos los otros detalles. Recorren ustedes el mundo en viaje de estudios, y proceden de Numea, tras

una breve estancia en la isla de Pascua. Las estatuas pascuanas figuran en la arqueología, recuérdelo.

—Eso ya lo sabía. Gracias.

—Han desembarcado ustedes en Hong-Kong y solicitado un visado para la China popular. Les ha sido concedido por el período de un mes, de modo que están autorizados para tomar el avión que despegará el miércoles por la mañana de Hong-Kong con destino a Pekín. Sus plazas están reservadas, y ahí termina nuestra tarea. En cuanto a usted, ya conoce su primer objetivo: el hospital de las Banderas Rojas. Los chinos son orgullosos y se jactan de sus recientes progresos en medicina y en cirugía, de modo que si la doctora expresa el deseo de visitar el hospital no pondrán ningún impedimento. Desde luego, lo más peliagudo será acercarse al que suponemos que es Runeberg, pero tendrán ustedes un aliado en el lugar.

Lecomte sacudió la cabeza.

—¿Quién?

—Una joven enfermera llamada Tsao-Lin.

—¿Una agente de los «Turbantes Amarillos»?

—Formaba equipo con Fung-Yen. Nos la han señalado en el informe.

—¿Cómo la reconoceré?

—Será ella quien le abordará —intervino Alan Ross—. A la pregunta: «¿Continúa siendo Francia un país tan hermoso?», deberá usted contestar: «Después de China, el más maravilloso del mundo».

—Una frase muy bonita —comentó Ursula, mirando a Lecomte con aire ingenuo—. ¿Qué opina usted, mi querido esposo?

Lecomte alzó los ojos al cielo.

—Opino, querida mía —replicó—, que quien inventó el divorcio me hizo un señalado favor.

El coronel sonrió y dijo:

—Bueno, mientras se lo tramitan, procure que su matrimonio, al menos a los ojos de los chinos, sea un éxito.

CAPÍTULO V

Lo que más impresiona al europeo que visita China por primera vez es la meticulosa limpieza que parece reinar a su alrededor.

Los chinos son limpios. Limpios y sonrientes. Siempre sonrientes. Pero la limpieza y la sonrisa no son ahora más que un aspecto de la China milenaria sirviendo de telón de fondo a un entusiasmo y a una fe de neófito tozudamente impuesta por los propagandistas de una nueva panacea echada como pasto a setecientos millones de hambrientos: el «maoísmo».

Y es ahí donde el extranjero empieza a entrever el verdadero rostro de ese país de un idealismo arrebatado, del cual dan triste testimonio sus propios muros, con los axiomas y los retratos de ese campesino poeta y sentimental convertido en «filósofo».

Esos fueron, al menos, los pensamientos que se le ocurrieron a Gerard Lecomte cuando desembarcó, en compañía de Ursula Watsen, en el aeródromo de Pekín.

El avión había despegado a las 8,45 de Kowloon, el aeródromo de Hong-Kong, y menos de una hora antes de la salida, el agente anónimo, fiel a las directrices recibidas del coronel, les había entregado los visados y los billetes de transporte.

Quedaban ahora por cumplir las últimas formalidades, y Lecomte se dirigió a la oficina de recepción, mientras Ursula se encargaba de convertir los dólares H. K. en J. M. P.^[11]

Cuando KB-09 volvió a reunirse con ella en el gran vestíbulo, la encontró en compañía de un hombre de mediana estatura y rostro arrugado, cuyos escasos cabellos estaban cuidadosamente alisados sobre un cráneo en forma de pera.

Era el delegado Li-Chang, encargado de darles la bienvenida en nombre del Luxingshe^[12]. Sus palabras constituían un discurso bastante largo, lleno de elogios y de deseos expresados con el acento de la sinceridad más desarmante del mundo.

En el mismo tono amable y cantarín explicó a continuación que se estaba en vísperas de una importante concentración popular, lo cual le creaba *ciertas* dificultades para alojar, en un hotel de la ciudad, a sus honorables visitantes.

Pero hizo un gesto tranquilizador antes de añadir:

—Por esta noche, puedo reservarles una habitación en el *Hotel del Pueblo*. Un establecimiento modesto, pero decoroso. Mañana ya no habrá problemas y velaremos por su comodidad. Por otra parte, el personal que pondré a su disposición se encargará de satisfacer sus menores deseos.

Lecomte no se hacía ninguna ilusión acerca de la clase de «personal» a que se refería Li-Chang. Unos individuos que se pegarían a ellos desde la

mañana hasta la noche, suponiendo que no tuvieran la audacia de montar guardia al pie de la cama. ¡Una encantadora perspectiva!

Sacudió la cabeza, mientras Li-Chang añadía, a modo de excusa:

—Nuestras grandes festividades populares atraen siempre mucha gente a Pekín. Ya deben saberlo...

—En efecto, y a mi esposa y a mí nos encantará el poder asistir a ellas.

Pero la estereotipada sonrisa continuó vagando sobre los pálidos labios del delegado.

—Creo también que han debido decirles muchas cosas sobre nuestra revolución cultural..., me refiero a cosas malas. La prensa capitalista tiende siempre a deformar las mentes, pero, como ustedes tendrán ocasión de comprobar, todo discurre en orden y en calma y con el asentimiento absoluto del pueblo chino.

Lecomte estaba a punto de dar por terminada la conversación cuando surgió, en medio de ellos, un europeo de rostro afilado y tez curtida. Se inclinó delante de Ursula, saludó a Li-Chang con un gesto y volvió hacia Lecomte su alta silueta.

—Séale permitido también a Francia venir a saludar a dos de sus más simpáticos representantes. Pierre Darbois, para servirles, encargado de negocios de las fábricas Renault y en misión en China desde hace dos meses. ¿Cómo está usted, profesor Lecomte? Usted no se acuerda de mí, desde luego, pero en cierta ocasión tuve el gusto de saludarle. Fue en París, hace dos años, en el curso de una reunión arqueológica. Aquel día estuvo usted formidable.

En el vigoroso apretón de manos, KB-09 notó que los dedos de Darbois se crispaban por dos veces sobre los suyos.

—Muy amable por su parte —dijo, súbitamente en guardia.

Pero el otro continuó:

—Soy un amigo de Marcel Vignau, y nuestro amable secretario de embajada me ha encargado que venga a recibirles y al mismo tiempo a presentarles sus disculpas por no haber venido él en persona; pero, precisamente hoy, recibe a una delegación mogola. De todos modos, confía en sentarles a su mesa uno de estos días.

Al oír el nombre de Marcel Vignau, Lecomte había sonreído a su vez. No necesitaba más para adivinar la secreta protección que iban a dispensarle Darbois y aquel secretario de embajada tan eficiente, como se había demostrado.

Ursula, por su parte, había captado el sentido de aquella conversación, y se apresuró a contestar:

—Será un gran honor para nosotros.

—Perfecto. ¿Puedo saber en qué hotel van a hospedarse?

—Creo que se trata del *Hotel del Pueblo* —respondió Lecomte, volviéndose hacia Li-Chang.

—¿El *Hotel del Pueblo*?

—Provisionalmente, desde luego —intervino el secretario, siempre obsequioso.

—Sí, sí... —murmuró Darbois, haciendo una mueca—. No tengo nada contra el *Hotel del Pueblo*. Es limpio, es correcto, pero...

Hizo chasquear sus dedos y se volvió hacia Lecomte.

—¿Por qué no aprovechan ustedes el pequeño pabellón que me ha sido cedido por la Embajada? Esta noche salgo de Pekín en viaje de negocios, y no regresaré hasta dentro de quince días. No creo que el Luxingshe tenga ningún inconveniente, ¿verdad, señor delegado?

La treta era buena. No había ningún motivo para la negativa, y Li-Chang perdía así el beneficio de una estrecha vigilancia en los hoteles de su elección.

El chino disimuló perfectamente su contrariedad.

—Desde luego que no —murmuró—. Pero pensé que, tal vez...

—¡Estupendo! —le interrumpió Lecomte, cogiendo a Ursula por el brazo—. No podíamos desear nada mejor, ¿no es cierto, querida?

Unos instantes más tarde abandonaban el aeródromo en el viejo automóvil de Li-Chang.

CAPÍTULO VI

El vehículo les llevó a través de la ciudad empavesada ya de banderolas rojas y de grandes letreros cubiertos de ideogramas chinos de un amarillo resplandeciente.

Tomó la dirección de la plaza del Oriente Rojo, cerca de la cual se encontraba el pabellón de Darbois. El trayecto era largo, bastante complicado y convertido en más difícil por una numerosa multitud que deambulaba en grupos compactos por las anchas avenidas, apartándose de cuando en cuando al paso de algunos camiones cargados de jóvenes que aullaban consignas al ritmo frenético de los claxons.

Li-Chang conducía con mucha precaución. En los alrededores de la plaza del Oriente Rojo la multitud empezó a hacerse menos densa, canalizada hacia

las calles adyacentes por un importante servicio de orden.

Hubo una comprobación de las identidades, luego Li-Chang giró delante de la Ciudad Prohibida, se adentró por una angosta calle y finalmente se detuvo delante de un portal de madera constituido por dos dragones encarados el uno con el otro.

El pabellón estaba construido al estilo de las pagodas milenarias, con un techo abovedado, cuyos extremos se curvaban hacia el cielo. Se erguía en medio de una vegetación lujuriente y ordenada con el meticuloso cuidado que constituye la riqueza y la originalidad de todos los jardines chinos, con sus pequeños lagos cubiertos de lotos color rosa y sus macizos de azaleas y de magnolias de vivo colorido contrastando con el gris de sus orlas de piedra.

El mismo buen gusto reinaba en el interior del pabellón constituido por media docena de habitaciones artísticamente decoradas. Abundaban los jades, desde el verde imperial hasta los tonos más pálidos, y las alfombras ricamente bordadas contribuían a la armonía de los tapices recubiertos de adornos florales.

Uno de los muros de la estancia principal estaba ocupado en parte por un inmenso acuario poblado por una multitud de peces diminutos y multicolores, en tanto que otro, de madera de teca, mostraba una serie de cuadros que ilustraban, alrededor de una fotografía de Mao Tse-Tung, las campañas principales de la «Larga Marcha».

La propaganda continuaba bajo todas sus formas, implacable e igual para todos. Y en aquel pabellón reinaba también en el primer piso con unos axiomas del «profeta» traducidos a todos los idiomas y enmarcados en todas las paredes.

Li-Chang creyó oportuno recitar algunos con aire inspirado y luego, antes de despedirse, sacó un folleto de su bolsillo y se lo entregó a Lecomte.

Era una lista completa de los lugares y los monumentos abiertos a los turistas, y proponía en primer lugar los vestigios de Ma-Ya-Tsa, recientemente descubiertos en las afueras de Pekín.

A partir del día siguiente tendrían a su disposición un guía intérprete, y el propio Li-Chang había escogido al «camarada Fan-Chu», un hombre leal, servicial y culto... En otras palabras, la perla rara del Luxingshe.

Orgulloso de aquella precisión, se inclinó ligeramente antes de cruzar el umbral.

—Séame permitido desearles una feliz estancia en China. Es el deseo más sincero de nuestra organización. Amigos franceses, hasta la vista.

Salió del pabellón, montó en su automóvil y, mientras se alejaba, Ursula enarcó las cejas.

—¿Debo suponer que estamos atrapados aquí hasta que llegue ese Fan-Chu?

El gesto que hizo Darbois, bruscamente, era demasiado imperativo para permitirle añadir una palabra más.

El francés se inclinó, levantó una alfombra y, con la punta de su cortaplumas, alzó una tabla del piso.

El pequeño aparato que había cogido era un detector de onda corta. Lo paseó por todas las habitaciones, vigilando atentamente los movimientos de la aguja. Luego, tranquilizado, volvió a ocultarlo en el mismo lugar.

—Perfecto —dijo—. No hay ningún micrófono. Podemos hablar libremente. Les dejo ese aparato. Utilícenlo después de cada una de sus salidas. Desconfíen, esa gente no se detiene ante nada cuando se trata de violar la intimidad de sus visitantes.

—¿D. S. T.? —preguntó Lecomte.

Darbois sacudió ligeramente la cabeza.

—Escuche, amigo mío, no mezclemos las teclas. Usted tiene su trabajo, y yo tengo el mío. No quiero saber nada de sus historias, las cuales no me conciernen. En lo que respecta a Vignau, no cuenten demasiado con él, salvo en caso de extrema necesidad, y aun así no pueden tener una seguridad absoluta. Lo único que podíamos hacer por ustedes era proporcionarles este pabellón, a fin de reducir la vigilancia de que van a ser objeto. Eso es todo. Tengan muy en cuenta que el pabellón ya está vigilado.

—He comprendido perfectamente.

Darbois cogió el teléfono, encargó un taxi a una parada contigua y volvió a colgar.

—Mi tren sale dentro de un cuarto de hora —dijo—. Tengo el tiempo justo. Ahora, vengan a ver.

Arrastró a Ursula y a Lecomte a un patio interior de muros recubiertos de plantas trepadoras y que daba a una lavandería.

Una pequeña escalera de piedras resbaladizas, húmeda, les permitió alcanzar una especie de bodega. Darbois se dirigió hacia la pared del fondo, tanteó la piedra con los dedos, hizo girar un morrillo, pulsó un mecanismo e inmediatamente la pared se deslizó a un lado, haciendo aparecer un orificio muy oscuro.

—Nos hemos encargado personalmente de esto —explicó Darbois—. Es un pasadizo secreto que comunica con las alcantarillas.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó un papel doblado en cuatro.

—Aquí tiene un plano de la red de alcantarillado. Están señaladas todas las bocas, con su emplazamiento, por si se ven obligados a burlar la vigilancia de esos caballeros. Les aconsejo la que da acceso al otro extremo de la plaza del Oriente Rojo, a la entrada de un callejón. Por la noche, el lugar está desierto.

—Decididamente, es usted un hombre muy valioso.

El agente de la D. S. T. guiñó un ojo.

—Digamos organizado, más bien...

* * *

Poco después, volviendo a entrar en la habitación principal, cogió su maleta y se volvió hacia Lecomte y Ursula.

Fuera se oía el zumbido de un motor en marcha.

—En este sector no faltan los restaurantes —dijo—. Los hay incluso muy honorables, pero nada les impide hacer sus comidas aquí de cuando en cuando. En la cocina encontrarán todo lo necesario. Nidos de golondrinas, langostinos de agua dulce, arroz con pimientos e incluso un delicioso vino amarillo de Han-Tcheu. No se preocupen invita la D. S. T. Bueno, adiós y buena suerte.

Guiñó un ojo y salió de la habitación.

Sí, decididamente un hombre muy valioso y, sobre todo, bien organizado.

Ursula esperó a que hubiera salido para lanzar un silbido.

—Bueno, la cosa no empieza demasiado mal, ¿verdad?

Lecomte encendió un cigarrillo.

—Sí, al principio las cosas siempre suelen pintar bien. Espere la continuación para formarse una opinión.

—En ese caso, ¿puedo saber qué ha decidido mi querido esposo para nuestra primera velada en China?

—Desde luego. Visita al refrigerador, cena en la intimidad, y a dormir. En otras palabras, velada de descanso antes de entrar en acción. ¿Alguna objeción?

Luego, con una mímica llena de elocuencia, añadió:

—Espero que al menos sabrá cocinar...

* * *

Entre los pastelillos de cacahuete y las *stambas*^[13], Ursula formuló finalmente la pregunta que rumiaba desde que Li-Chang se marchó.

—¿Cuándo tendré que pedir la autorización para visitar el hospital?

Lecomte salió de su ensueño.

—Créame, no tengo la intención de contar una a una las piedras de la Gran Muralla. Esperaremos hasta mañana por la noche. Cuando regresemos a Pekín, le plantearé la cuestión a nuestro guía. Lo ideal sería obtener la autorización para el viernes por la mañana.

—¿Y después?

—Después, todo dependerá de la ayuda que nos preste Tsao-Lin, la pequeña enfermera. Y si eso no basta, ya encontraré una solución, no se preocupe. Puede estar segura de que, de un modo u otro, nos acercaremos a Runeberg.

Ursula le contempló largamente, mientras él se ponía en pie y sacaba de su bolso de viaje el manual del perfecto arqueólogo que le había entregado el profesor Mi-Yong antes de su salida de Formosa.

En KB-09 había algo de desconcertante y de absolutamente contradictorio. Una desenvoltura, una distensión total que contrastaban con la secreta energía traicionada por el resplandor de los ojos duros, casi metálicos.

Por un instante, Ursula se preguntó si los escrúpulos y las crisis de conciencia podían afectar a aquel hombre indiferente a todo, incluso a su propia suerte.

Lecomte se volvió y le dijo, con una especie de despegue:

—Bueno, señora Lecomte, creo que ha llegado el momento de acostarse. Se cae usted de sueño.

Sorprendió su mirada en dirección al dormitorio, notó su vacilación, pero no parpadeó.

—Su... supongo que nuestro «matrimonio» se detiene ahí, en el umbral de esa puerta —murmuró Ursula, aturdida.

—Desde luego. Normalmente, podríamos jugarlos el dormitorio a cara o cruz, pero me contentaré con el diván de la habitación contigua. De todos modos, si exige usted que cumpla hasta el extremo los deberes conyugales...

Ursula se precipitó hacia el dormitorio, pero al llegar a la puerta se detuvo.

—Ejem... No —dijo—. Además..., además quedaría usted decepcionado... Yo...

—¿Sí?

—Pues bien, es preferible que lo sepa usted en seguida. Yo..., yo no soy como las demás.

Lecomte paseó una mirada divertida por el bien proporcionado cuerpo de Ursula.

—Hum... Pues yo no tengo la impresión de que le falte algo.

—No... Es un problema de..., frialdad.

—Claro, tratándose de una sueca...

—No puedo evitarlo. Siempre me ha ocurrido lo mismo. Le aseguro que...

—Sí, comprendo, tiene usted una especie de fobia a los hombres. Un complejo. No se preocupe, tesoro. Le aseguro que no tiene nada que temer de mí.

Lecomte se inclinó cómicamente y añadió:

—¡Buenas noches, cariño!

Se dejó caer sobre el diván, abrió su libro y Ursula cerró su puerta.

CAPÍTULO VII

Bajo la dirección del guía-intérprete Fan-Chu, un hombrecillo delgado, enclenque y picado de viruelas, la visita a las ruinas de Ma-Ya-Tsa se había efectuado en las mejores condiciones, a pesar del tórrido calor y de las proezas de esfuerzos y de paciencia que había tenido que desplegar Lecomte ante los restos de alfarería que se habían apresurado a colocarle delante de las narices. Durante horas enteras observó y anotó numerosos detalles, gracias a las amables y doctas explicaciones del propio director de la circunscripción prehistórica del Centro.

Cuando se disponían a marcharse, aprovechando un breve momento de intimidad, Ursula le había murmurado al oído:

—Bravo, se ha defendido usted como un león.

A lo cual había contestado con un suspiro:

—Afortunadamente, recordaba algunas frases hechas. Menos mal que no han hurgado a fondo en mis conocimientos.

El regreso al pabellón se había efectuado a una velocidad inaudita, y Lecomte y Ursula consideraron con evidente alivio los aledaños de la plaza del Oriente Rojo finalmente libres de la incesante serie de cortejos que habían desfilado desde primeras horas de la mañana con gran profusión de banderas rojas, de consignas aulladas a coro y de jóvenes excitados golpeando tambores y címbalos.

La ensordecedora algazara, amplificada por millares de altavoces diseminados por toda la ciudad, había cesado al atardecer, y Pekín parecía devuelto a la calma y al orden más absolutos.

Para Ursula había llegado el momento de actuar, y cuando KB-09 servía unos refrescos, se decidió a plantear la cuestión a Fan-Chu.

El chino manifestó cierta contrariedad, consultó su agenda, respondió que, desde luego, una visita al hospital de las Banderas Rojas —el mayor hospital de Pekín— no estaba prevista en su programa, pero, ante la decepción de Ursula, tuvo una última vacilación y cogió el teléfono.

—Está bien —dijo—, voy a consultar al camarada Li-Cheng. Sólo él puede decidir.

Sostuvo una breve conversación en chino con el delegado del Luxingshe, y colgó el receptor con expresión satisfecha.

—El camarada Li-Cheng —anunció con orgullo— no tiene inconveniente en concederle esa visita. Lo único que lamenta es que no se le ocurriera a él, teniendo en cuenta la calidad de médico de *madame* Lecomte. De acuerdo con su deseo, podrá visitar el hospital mañana o pasado mañana.

—Digamos mañana —decidió Ursula, sin demasiada prisa.

Lecomte no había parpadeado, y acogió la marcha de Fan-Chu con un suspiro de alivio.

—De acuerdo —dijo el chino—. Les ruego que estén preparados a las nueve. Yo mismo voy a ocuparme de esa recepción.

* * *

El hecho de haber ganado aquella primera manga no autorizaba a KB-09, por desgracia, a trazar un plan concreto para entrar en contacto con el profesor Runeberg.

Allí estaba el peligro, desde luego, pero en circunstancias semejantes Lecomte confiaba siempre en su intuición personal y en sus reflejos, que le permitían sacar partido de lo que los especialistas de los servicios de información llaman «las situaciones de apoyo».

La primera de aquellas situaciones la provocó el propio Lecomte cuando llegaron al hospital de las Banderas Rojas, a las nueve y media de la mañana siguiente, al encontrarse en presencia del cuerpo médico, cuya dirección asumía el doctor Tchi-Ko.

En el despacho directivo, mientras vaciaban las últimas tazas de té, tras las palabras de bienvenida, Lecomte, por mediación de Fan-Chu, formuló el deseo de permanecer en el vestíbulo hasta el final de la visita.

Su pretexto era el de un desinterés total en materia de medicina, mezclado, creyó oportuno añadir, con un santo horror a los hospitales.

Siguiéndole el juego, Ursula intervino con una punta de ironía:

—Mi marido se olvida de decirles que no soporta la vista de la sangre, ni el olor del éter.

Una expresión confusa pasó por el rostro del doctor Tchi-Ko.

—Como usted quiera —dijo—. Los maridos deben sacrificarse de cuando en cuando para ser agradables a sus esposas, ¿no es cierto? Hasta pronto, profesor Lecomte, y no se impaciente demasiado.

* * *

KB-09 aguardó a que Ursula se hubiera alejado en compañía del cuerpo médico. Al quedarse solo, se dirigió al pasillo que desembocaba en el vestíbulo de recepción.

Se cruzó con enfermeros y enfermeras indiferentes a su presencia, fingió interesarse por algunos grabados que adornaban las paredes, encendió un cigarrillo y continuó andando.

Súbitamente, percibió detrás de él un paso menudo que se adaptaba al suyo, y luego llegó a su altura una menuda silueta.

Una voz, apenas audible, murmuró cerca de él:

—¿Continúa siendo Francia un país tan bello?

Un suspiro de alivio brotó de los labios de Lecomte, el cual respondió en el mismo tono:

—Después de China, el más maravilloso del mundo.

¡Tsao-Lin! La enfermera debió enterarse de su llegada, y aprovechaba la ocasión que KB-09 le ofrecía.

Hablando con rapidez, pero separando bien las sílabas para hacerse comprender, Tsao-Lin dijo:

—No vuelva la cabeza, ande más lentamente. Al final del pasillo me verá obligada a separarme de usted.

—En ese caso, no perdamos tiempo. ¿Dónde está ese hombre inscrito bajo el nombre de Amussen?

—¿Se refiere usted al europeo, identificado por el agente Fung-Yen?

—Sí.

—Abandonó el hospital el domingo por la noche.

—¿Adónde le han llevado?

—Lo ignoro.

El rostro de Lecomte se crispó, al mismo tiempo que un manto de hielo se abatía sobre sus hombros.

—¿Por qué no ha advertido al C. G. de Formosa?

Un grupo de enfermeras se acercaba a ellos, y Lecomte notó que Tsao-Lin se rezagaba. La oyó saludar a sus compañeras, diciéndoles algunas palabras que no entendió, y luego volvió a situarse a su altura.

—Imposible —dijo Tsao-Lin—. El agente que aseguraba los enlaces radiofónicos ha sido detenido.

—¿Dificultades?

—No, no ha hablado.

—¿Seguro?

—Cianuro. Pero, por el momento, no podemos movernos.

—¿Qué contactos mantenía Amussen con el exterior? —inquirió Lecomte.

—Sólo se relacionaba con militares dependientes del coronel Wong. No olvide ese nombre. Anote también que Amussen tenía un compañero de habitación. Ese hombre aún está vivo.

—¿De quién se trata?

—Un inglés, William Cooper. Trabaja en China como ingeniero desde hace muchos años. Una sífilis vascular que ha degenerado en trombosis coronaria. Su caso es desesperado.

—¿Número de su habitación?

—El 476... Pero le advierto que es peligroso.

—Señáleme el camino... ¡Aprisa!

Habían llegado al final del pasillo y Lecomte observó que Tsao-Lin vacilaba.

—¡Conteste, aprisa! —repitió KB-09.

La voz le llegó, apenas audible.

—Dentro de diez minutos... en la terraza...

La vio huir delante de él, apresurando el paso, cruzar el vestíbulo y desaparecer en una sala contigua.

Delante de él, enfermos recién llegados, familias enteras en plan de visita, médicos que iban de un grupo a otro, creaban una animación febril.

Escogió un sillón un poco apartado, cogió una revista y volvió distraídamente sus páginas, perdido en sus pensamientos.

Ante todo, debía evitar que sospecharan de él; a los ojos de cualquier observador debía pasar por un individuo tranquilo y relajado.

La cosa resultaba difícil, con las complicaciones que surgían a cada instante, empeorando una situación ya de por sí precaria.

Si se trataba de Runeberg, ¿qué motivos habían tenido para abreviar su estancia en el hospital, y, sobre todo, a qué lugar habían podido conducirlo?

Se acodó en la balaustrada cuando reconoció la silueta de Tsao-Lin que se acercaba lentamente al lugar donde él se encontraba, y, por primera vez, observó su aspecto.

Era una muchacha esbelta, bonita y muy simpática. En aquel momento iba cargada con varios frascos. Al llegar a su altura, resbaló y los frascos cayeron al suelo.

KB-09 se precipitó hacia ella y, arrodillándose, la ayudó a reunir sus frascos.

—Ponga atención —dijo Tsao-Lin—. Por el exterior es imposible. Demasiada gente, le verían a usted. Levante la cabeza y mire...

Lecomte obedeció y comprendió inmediatamente. Unos largos pasillos exteriores discurrían sobre las blancas paredes uniendo todas las ventanas, en los cuatro pisos, y, en cada uno de los ángulos de la pared, una escalera de incendios se recortaba en zigzag.

—Escalera número 3. La del fondo, enfrente de usted. Segundo piso. Duodécima ventana —susurró Tsao-Lin, recuperando los últimos frascos—. Yo vigilaré el pasillo que se extiende delante de la habitación 476. A la menor señal de peligro le avisaré. Pero tenga cuidado y dese prisa.

Tsao-Lin se incorporó, obsequió al europeo con una sonrisa de gratitud y se alejó.

CAPÍTULO VIII

Lecomte no pareció prestarle una atención especial y aguardó a que hubiera desaparecido por la primera puerta.

Tenía que dar tiempo a la muchacha para que llegara al segundo piso, y midió aquel tiempo por la longitud de un cigarrillo.

Tras haber dado la última chupada, dirigió una mirada a su alrededor. La terraza estaba vacía. Por el jardín circulaban únicamente algunos enfermos, andando con paso inseguro o sentados en sillas de ruedas.

Lecomte respiró a fondo y decidió entrar en acción sin esperar más.

De todos modos, no podía hacer nada para cambiar aquella «situación de apoyo» que él mismo acababa de crear.

Cruzó la terraza, sin apresurar el paso, llegó al jardín, se adentró por una avenida casi desierta y se encaminó hacia la escalera número 3.

Una última ojeada detrás de él le tranquilizó, y se decidió a actuar. Agarrándose a los peldaños, empezó a trepar sin apresurarse. En el instante en que ponía el pie en el primer balcón el corazón le dio un vuelco.

Una obesa enfermera salió por una puerta encristalada con un lío de ropa sucia debajo del brazo.

Con la garganta anudada por la inquietud, Lecomte se ocultó de un salto detrás de la escalera de incendios, pero la imponente matrona le volvió la espalda y se alejó sin haber notado su presencia.

La vio introducirse en otra habitación, diez metros más lejos, y exhaló un suspiro de alivio mientras reanudaba su ascensión.

Finalmente, en el segundo piso, Lecomte se orientó rápidamente y localizó la habitación del llamado Cooper. Se encontraba a una treintena de metros, pero aquella distancia asumía súbitamente proporciones espantosas, ya que el llegar hasta allí significaba cruzar por delante de varias ventanas, multiplicando así las posibilidades de que le vieran.

Un enfermo, una enfermera, un médico, alguien podía verle, extrañarse, inquietarse, llamarle, formularle unas preguntas...

Pero no tenía elección, y debía seguir el movimiento que se había impuesto.

Rascándose la frente, de modo que la mano derecha cubriera parte de su rostro, echó a andar por el pasillo exterior con paso firme y decidido, contó once habitaciones y alcanzó la duodécima con un nuevo suspiro de alivio.

Su cuerpo estaba empapado en sudor y una sensación desagradable le mordisqueaba el estómago. Asomándose a la ventana, echó una ojeada al interior de la habitación. De las dos camas que contenía, sólo una estaba ocupada. Por espacio de unos segundos, Lecomte observó al personaje.

Alrededor de cincuenta años, rostro enrojecido, sanguíneo..., dos ojos pálidos hundidos bajo la frente, la expresión desalentada de un hombre marcado por la enfermedad y el sufrimiento.

Su mirada febril estaba clavada en el techo, y apenas hizo un leve movimiento de asombro cuando Lecomte irrumpió en la habitación.

KB-09 se acercó, se inclinó sobre el lecho y respiró a fondo: de los próximos segundos iba a depender su éxito o su fracaso.

—M. Cooper, ¿está en condiciones de contestarme? Por favor, el tiempo apremia, haga un esfuerzo.

Un leve resplandor asomó a las descoloridas pupilas. El hombre trató de levantar la cabeza.

—¿Quién..., quién es usted?

—Un amigo. No puedo explicárselo, pero debe confiar en mí.

—Usted..., viene usted de parte de Martha, ¿verdad? ¿Por qué no ha venido aún? ¿Por qué? Se lo he dado todo..., todo lo que poseía... ¿Qué más quiere usted? Sólo quiero que me dejen morir en paz..., que me dejen...

—No se trata de Martha, Cooper, escúcheme.

El hombre se incorporó sobre un codo y miró a Lecomte ávidamente. Ahora, su rostro reflejaba una intensa sorpresa.

—Usted no es uno de esos malditos amarillos... Entonces, ¿quién le envía? ¿La Embajada? ¡Oh, Dios del cielo! Ayúdeme, ayúdeme...

Su cabeza había vuelto a caer pesadamente sobre la almohada. Su voz era un susurro apenas audible.

—He tratado de avisar a la Embajada —declaró—, pero me ha sido imposible... Todos esos amarillos a mi alrededor... sin cesar... Usted es el único blanco que ha entrado aquí... desde... ¡Oh, sí! Desde que yo...

—Tranquilícese, Cooper.

El puño de Lecomte se hizo más firme.

—Soy un amigo de Amussen, he venido por eso. ¿Adónde se lo han llevado? ¿Le hizo alguna confidencia?

—Embajada sueca, ¿verdad?

KB-09 inclinó la cabeza.

—Sí.

—Entonces, escúcheme. Le vigilaban también... Unos militares... y además una enfermera, día y noche... Le habían puesto aquí porque no había sitio... No podíamos tener el menor contacto... Ignoro lo que han hecho con él... Pero antes de marcharse..., el domingo..., fue antes de mi recaída..., creyó que yo iba a sanar y que podría ayudarlo...

—¿Ayudarlo en qué? ¡Conteste, por el amor de Dios!

El inglés suspiró. El esfuerzo que realizaba era casi sobrehumano.

—¡Un..., un papel! Aprovechando que la enfermera de guardia se ausentó unos instantes... Sólo pudo decirme: «Cooper..., haga lo imposible... Es muy grave... Tome este papel... y llévelo a la Embajada sueca en cuanto salga». Le juré que lo haría, pero...

—¿Dónde está ese papel?

Cooper apartó las sábanas, levantó la chaqueta de su pijama y palpó febrilmente su cintura, del lado del hígado.

—He hecho lo mismo que él... Lo he deslizado en el dobladillo... Me han cambiado el pijama todos los días..., pero cada vez me las he arreglado para conservarlo... Ayúdeme... Está aquí..., pase los dedos por la abertura que he practicado.

Los dedos de Lecomte se insertaron en la tela, hurgaron ávidamente y encontraron el pequeño papel, doblado en cuatro.

Pero, dado lo estrecho del dobladillo, se deslizaba con dificultad, y Lecomte se sintió tentado de desgarrar la tela para acabar de una vez. Pero no tuvo tiempo de hacerlo.

La puerta se abrió violentamente y Tsao-Lin entró como si la persiguiera el propio diablo. Sus facciones reflejaban un pánico cerval.

—¡Aprisa, aprisa! —susurró—. Márchese, vienen hacia aquí...

Rumor de pasos en el corredor. Alguien iba a entrar de un momento a otro. Reprimiendo un juramento, KB-09 se precipitó hacia la ventana y salió al pasillo exterior.

Inmediatamente, resonaron unas voces de hombre en la habitación, y la rápida ojeada que dirigió a través de los visillos de muselina hizo comprender a Lecomte que era inútil insistir.

¡Al menos de momento!

Dos enfermeros, ayudados por Tsao-Lin, estaban colocando a Cooper sobre una camilla con ruedas, seguramente para conducirlo a la sala de cardiología.

No insistió. Mordiéndose los labios, dio media vuelta, alcanzó la escalera de incendios, bajó al jardín y se dirigió hacia el vestíbulo, donde se mezcló con la multitud de los visitantes.

Se esforzó por conservar una actitud normal, escogió un asiento, tomó una revista y empezó a maldecir entre dientes.

Sin embargo, nada se había perdido, y depositó toda su esperanza en Tsao-Lin para permitirle recuperar el mensaje oculto en el pijama de Cooper.

Para ella, la cosa resultaría muy fácil, pero sería necesario que tuviera la posibilidad de volver a establecer contacto con él.

Ansiosamente, vigiló el vestíbulo por espacio de una hora, salió incluso a la terraza varias veces, pero el agente de los «Turbantes Amarillos» permaneció invisible.

Transcurrió otra hora, y cuando Lecomte reconoció a Ursula que llegaba en compañía del doctor Tchi-Ko y de otros dos médicos, se sintió invadido

por una inmensa desesperación.

* * *

Esta vez, no había solución. A no ser...

La idea se le ocurrió mientras el doctor Tchi-Ko le decía amablemente:

—Su esposa es muy inteligente, profesor, y los puntos de vista que hemos intercambiado han sido realmente apasionantes, hasta el punto de que debo reconocer que, paralelamente a la nuestra, la medicina occidental ha hecho también enormes progresos. Lamento que tengamos que interrumpir esta visita, pero me atrevo a esperar que volverán ustedes antes de marcharse.

KB-09 miró a Ursula, cuyos ojos sentía clavados en los suyos desde hacía unos instantes, y luego transmitió por medio de Fan-Chu:

—Muy amable por su parte, doctor. Pero ¿por qué no aprovechar esta jornada? Estoy convencido de que a mi esposa le encantaría continuar esta visita.

Era la carta obligada, y Ursula, que había adivinado las intenciones de Lecomte, creyó oportuno apoyar sus palabras.

—En efecto, nada me complacería más, doctor. Me gustaría mucho presenciar esa operación de riñón que me ha anunciado usted.

Tchi-Ko tuvo una breve vacilación, y luego hizo un gesto conciliador.

—Sea —dijo—. No me he atrevido a proponérselo a fin de no abusar de la paciencia del profesor Lecomte. Pero, ya que insiste usted, y dado que la operación no se llevará a cabo hasta las dos de la tarde, pueden almorzar ustedes aquí, en el refectorio del personal. Para nosotros será un gran honor tenerles como huéspedes. Pero, entretanto, y puesto que disponemos de un poco de tiempo, pensaba enseñarles el nuevo depósito de cadáveres que acabamos de inaugurar.

Se volvió hacia KB-09, sonriendo.

—Desde luego, lo que les propongo no es divertido, pero ofrece la ventaja de ser muy instructivo. El nuevo procedimiento que hemos desarrollado para la congelación de los cadáveres les asombrará. Podrá anotar en su libro que nuestro hospital es el único establecimiento del mundo que lo posee.

De mala gana, Lecomte supo resignarse a aceptar aquella visita. Lo esencial era ganar tiempo, dando así ocasión a Tsao-Lin de renovar el contacto.

Salieron del vestíbulo, cruzaron el jardín y llegaron a un pequeño edificio aislado en medio de los cuadros de césped, mientras el doctor Tchi-Ko seguía dando diversos detalles sobre el procedimiento de congelación.

Pero Lecomte, perdido en sus reflexiones, no le escuchaba. Pensaba en Runeberg, ya que ahora no podía subsistir la menor duda. Runeberg y Amussen eran una misma persona, y el mensaje transmitido a aquel ingeniero inglés debía de ser de una importancia capital para que Runeberg hubiera tenido la intención de hacerlo llegar a la Embajada sueca.

Demostraba, además, que el sabio sueco había trabajado en China contra su voluntad, y que siempre alimentó la secreta esperanza de alertar al mundo libre sobre los terribles peligros que le amenazaban.

Pero ¿cómo volver a encontrar su rastro? El único nombre que le había indicado la enfermera era el del coronel Wong. Mas ¿dónde estaba ese coronel Wong? ¿Y quién era?

En el interior del depósito de cadáveres, Tchi-Ko continuaba hablando.

—Aquí respetamos las voluntades de todo el mundo. Los extranjeros pueden estar seguros de nuestro respeto a sus costumbres y a sus religiones. Ni siquiera nos oponemos a la incineración, como algunos pretenden. Mire, creo que usted va a tener un ejemplo de nuestra comprensión.

Un chirrido de ruedas hizo volver a Lecomte. Dos enfermeros acababan de penetrar en el depósito, empujando una camilla con ruedas. Bajo la blanca sábana, se adivinaba la forma de un cuerpo.

—Es un europeo —explicó Tchi-Ko—, un hombre que trabajaba en nuestro país desde hacía mucho tiempo. Pidió que le vistieran antes de morir, y luego ser incinerado en presencia de su esposa, cosa que haremos en cuanto llegue.

Tiró de la sábana con un golpe seco, y bruscamente Lecomte experimentó la sensación de que su corazón había dejado de latir.

¡El cadáver que acababan de descubrir no era otro que el de William Cooper!

* * *

Con el estómago revuelto, KB-09 había tragado el menú del refectorio sin el menor apetito, y había soportado con fingido interés una conversación lacónicamente traducida por Fan-Chu.

¡Vigilante, aquel Fan-Chu! Sus ojos no perdían de vista a Lecomte, y éste se las vio y se las deseó para localizar a Tsao-Lin, perdida en medio de una larga hilera de mesas.

Cruzando su mirada con la de Lecomte, la muchacha había esbozado un gesto casi imperceptible. Un rápido movimiento que Lecomte había traducido con bastante facilidad.

«Después del almuerzo, en el vestíbulo».

Fue lo que decidió hacer cuando, a las dos menos cuarto, el doctor Tchi-Ko se puso en pie, después de tomar la tradicional taza de té. La delicada operación que debía efectuar no podía esperar, y no se permitió insistir cerca de Lecomte.

Se disculpó cortésmente y se marchó en compañía de Fan-Chu y de Ursula.

¡Pobre Ursula! Continuaba representando su papel, a pesar de la absoluta incompreensión en que se debatía, y KB-09 admiró el tranquilo valor de aquella muchacha cuya vida se estaba jugando, en aquel momento, además de la suya propia.

Pero debía correr aquel doble riesgo, y sin la menor vacilación regresó al vestíbulo para encontrarse con Tsao-Lin.

Al principio no la vio en medio de todo aquel ir y venir y de aquella multitud de amarillos amontonados sobre los bancos.

Luego se dirigió a la terraza, y terminó por distinguir a la enfermera junto a una anciana miserablemente vestida y rodeada de cuatro niños que lloraban a coro, a pesar de sus esfuerzos desesperados.

Uno de los chiquillos llevaba el brazo vendado, y Lecomte aprovechó aquella oportunidad para acercarse a Tsao-Lin. Se agachó delante del niño, esforzándose en consolarle, y, entre dos gestos tranquilizadores, le ofreció una tableta de goma de mascar. El chiquillo pareció calmarse y masticó con una clase de placer desconocido. Los esfuerzos de Lecomte se vieron secundados por Tsao-Lin, la cual se inclinó y acarició la cabeza del niño. La madre, aliviada por aquella ayuda inesperada, concentró sus esfuerzos en los otros tres retoños.

—Cooper ha muerto —anunció Tsao-Lin en voz baja—. Le ha fallado el corazón en la sala de cardiología.

—Lo sé. Estaba visitando el depósito de cadáveres cuando lo llevaron allí.

—Entonces, ¿por qué se ha quedado?

—Un papel deslizado en el dobladillo de su pijama. Esta mañana no me dio tiempo a sacarlo. Llegó usted en el momento en que iba a hacerlo.

Tsao-Lin frunció las cejas y dirigió una rápida mirada al vestíbulo.

—Ya comprendo por qué pidió que le vistieran antes de morir.

—¿Dónde está ese pijama?

Una caricia al niño.

—Con los objetos personales de Cooper. Todo tiene que ser devuelto a su esposa. La esperamos de un momento a otro.

—Necesito ese papel, cueste lo que cueste. Confío en usted.

—¡Imposible! La maleta está ya en la oficina de recepción. Hay demasiado personal.

—Inténtelo. Le repito que necesito ese papel.

Tsao-Lin se incorporó, y su rostro se crispó.

—Demasiado tarde —susurró.

Lecomte siguió la dirección de su mirada. Estaba clavada en la entrada principal, por donde acababa de aparecer una joven morena, una europea de rostro enérgico cuyo vestido negro subrayaba un cuerpo de nadadora de fondo. Se dirigió directamente hacia la oficina de recepción.

* * *

—¡Martha Cooper! —adivinó Lecomte—. No importa, déjelo correr, yo mismo me ocuparé de ello.

—¿Qué va usted a hacer?

—Procúreme la dirección de los Cooper.

—Será muy fácil. Dentro de una hora, en los lavabos. Entre usted primero.

Tsao-Lin se perdió entre la multitud, mientras el pequeño chino se ponía de nuevo a berrear.

Acababa de tragarse su goma de mascar. Lecomte palmeó su mejilla.

—No te preocupes, amiguito, no pasa nada. Es la falta de costumbre, ¿sabes?

La madre dejó escapar un gruñido.

—*Chi-a-ho!*^[14] —exclamó.

Prudente, Lecomte prefirió no insistir.

CAPÍTULO IX

Sesenta minutos más tarde, el asunto estaba arreglado.

En posesión de las señas de Martha Cooper, Gerard Lecomte podía ahora esperar sin miedo el regreso de Ursula.

Cosa que hizo quemando cigarrillo tras cigarrillo en el amplio vestíbulo principal, lleno de gente. Alrededor de las cinco de la tarde, tras un último intercambio de buenas palabras, pudo despedirse finalmente del eminente doctor Tchi-Ko y de sus colaboradores.

En el camino de regreso Lecomte adivinó, en la actitud de Ursula, una inquietud mezclada con un creciente nerviosismo, pero la presencia de Fan-Chu prohibía toda confidencia.

En el pabellón, la prudencia era asimismo de rigor. Después de haberse librado del pegajoso Fan-Chu con el pretexto de una velada íntima y conyugal, KB-09 corrió en busca del detector de ondas cortas.

En cuanto lo tuvo en sus manos, su rostro se crispó. La aguja oscilaba en el cuadrante alrededor de la graduación roja. «*Graduación peligro*». Esta vez, sin error posible, el diminuto espía eléctrico traicionaba la presencia de un microemisor en alguna parte del pabellón.

Por la ojeada que le dirigió, Ursula comprendió inmediatamente, pero no había que alertar a los tipos que debían permanecer a la escucha, y KB-09 preguntó, en tono tranquilo:

—¿Estás cansada, querida? Adivino que la jornada ha sido agotadora para ti.

Ursula entró en el juego, mientras Lecomte enfocaba el detector en todas direcciones.

—Un poco... Pero, era tan formidable... ¡Oh, amor mío, cómo he lamentado que no estuvieras conmigo!

—Mañana nos desquitaremos. Fan-Chu nos ha prometido hacernos visitar los museos más importantes de la ciudad. Estoy convencido de que China merece ser mejor conocida de los europeos.

Se agachó delante de un mueble y se colocó a cuatro patas, mientras Ursula confinaba en el mismo tono:

—Es lo que me decía el doctor Tchi-Ko. Un hombre extraordinario, entre paréntesis, y un verdadero genio. Y, además, desde mi punto de vista, un tipo muy interesante.

—Si continúas así, vas a ponerme celoso, tesoro...

—¡Gerard! Sabes perfectamente que sólo te quiero a ti.

Lecomte se volvió. Sostenía en su mano una minúscula caja cuadrada, provista de una ventosa magnética.

La dejó sobre la alfombra, a su lado, y sacó de su bolsillo su cortaplumas universal.

—Vamos, acércate a decirme eso al oído... y en seguida, tesoro... Así... ¡Qué agradable es tenerte en mis brazos...! Eres tan guapa, querida..., tan guapa...

Reflexionaba, mientras invitaba a Ursula a continuar.

—Gerard... ¡Oh!, ¡no! ¡Ahora, no! Por favor..., sé razonable..., tengo que preparar la cena.

Lecomte abrió delicadamente la caja; sus dedos hurgaron en los diminutos mecanismos.

—Ursula, por favor, no estropees este momento...

—¡Gerard!

—¡Ursula!

Lecomte cogió el microemisor, lo acercó al rostro de Ursula y luego pegó sus labios decididamente a los de la joven, la cual pareció quedar paralizada por la audacia de su falso marido.

—¡Vamos! —susurró entre dos besos.

Se oyó un ligero chasquido y Lecomte se puso en pie de un salto.

—¡Corten! —dijo—. La escena 2 ha terminado.

Ursula se incorporó, a su vez, con los puños en las caderas y una rara expresión en el rostro.

—Bueno..., no creo que el beso fuera tan necesario —murmuró.

—Desengáñese. Esos aparatos son ultrasensibles y había que actuar de un modo real. El ruido de un beso no engaña a nadie cuando no es natural... Pero tengo que reconocer que ha representado estupendamente su papel. Ahora, esos caballeros deben de estar convencidos de nuestra absoluta buena fe, y el silencio que registran traduce muy bien el desarrollo de nuestra... Bueno, ¿qué nombre le da usted?

—¡Idiota!

Lecomte se echó a reír.

—Vamos, no se enfade... Entre marido y mujer es una cosa normal.

Ursula suspiró y señaló el emisor.

—¿Qué es lo que ha hecho?

Fuera, la noche caía rápidamente. Lecomte encendió la luz.

—¡Oh! Poca cosa... —dijo—. Me he limitado a bloquear la emisión gracias a algunos conocimientos que poseo. Uno de estos días se darán cuenta de que el aparato se ha estropeado, pero nunca sabrán por qué. Lo esencial era tranquilizarles, y no creo que reincidan.

Ursula movió la cabeza en señal de asentimiento y luego preguntó:

—¿Quiere explicarme lo que ha hecho hoy? Me muero de impaciencia.

Lecomte sirvió dos vasos de Dubonnet e hizo un rápido relato de la situación, sin omitir ningún detalle. Al final, sacó el papel con la dirección garabateada por Tsao-Lin.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Ursula.

Lecomte se encogió de hombros.

—No puedo elegir. Lo primero que tengo que intentar es la recuperación de ese pijama.

—¿Qué pretexto va a invocar? ¿Le confesará la verdad a Martha Cooper?

Lecomte se sirvió un segundo vaso y empezó a apurar su contenido a pequeños sorbos.

—Teóricamente, no —murmuró—. En primer lugar, ella no me creería, y en segundo término el riesgo es demasiado grande. Necesito su confianza. Dígame, ¿qué clase de medicamentos se utilizan para una sífilis vascular?

Ursula reflexionó.

—Ungüento gris, llamado también unguento mercurial a 0,50, inyecciones de aceite gris sublimado en pomada...

—¿Huellas?

—Sí, en el sudor.

—Bien, creo que ya lo tengo. De todos modos, procuraré que dé resultado.

Se acercó rápidamente a una ventana y apartó ligeramente los visillos.

—Apague la luz —susurró.

Ursula obedeció inmediatamente. Lecomte la atrajo hacia él y señaló la casa de enfrente. Sobre la oscura fachada brillaba una sola luz, en el segundo piso. A través del cristal se dibujaba una silueta inmóvil.

Sin pronunciar una sola palabra, arrastró a Ursula al primer piso, echó una ojeada y señaló a otras dos siluetas apostadas detrás de la verja del jardín. Junto a la acera había un vehículo estacionado, con las luces apagadas.

Lecomte murmuró:

—Lo que yo imaginaba. Vigilancia completa desde el exterior. De todos modos, voy a chasquearles.

—¿Las alcantarillas?

—Desde luego...

Lecomte dejó transcurrir unos segundos y añadió:

—Antes de separarnos, debo decirle algo a propósito de Fan-Chu.

—¿Qué pasa?

—Tsao-Lin me ha advertido, en los lavabos. Es un hombre muy peligroso, que puede acarrearos dificultades. Tsao-Lin opina que, si podemos librarnos de él sin llamar la atención, los «Turbantes Amarillos» podrán enviarnos a alguien que pertenece a su organización.

—¿Otro tipo del Luxingshe?

—Lo habían previsto ya, pero a última hora se estropeó la cosa. El individuo en cuestión se llama Siang, y podremos reconocerle por la hoja de betel que nos ofrecerá al presentarse. Pero antes debemos eliminar a Fan-Chu.

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Ursula.

—Para eso, cuente conmigo —dijo—. En mi maletín tengo la digitalina suficiente para intoxicar a todo el barrio. Para él, bastarán unas gotas en una bebida cualquiera.

—Pero...

—Es prácticamente insípida. Tardará quince días en reponerse.

Regresaron a la planta baja, donde Lecomte se apoderó de una linterna que llevaba en una de sus maletas. Dirigió una última sonrisa a la joven, salió al patio y, una vez en la cueva, accionó el mecanismo que regulaba la abertura secreta.

* * *

Lecomte cerró detrás de él y encendió su linterna.

Se encontraba en un largo pasadizo abovedado, de piedras húmedas y sucias.

Por el suelo discurría un canalón lleno de agua pestilente, que emitía un hedor casi insoportable.

Superando la sensación de náusea que le invadía, KB-09 desplegó el plano que le había entregado Darbois y se orientó rápidamente.

La salida que le habían aconsejado se encontraba a unos trescientos metros de distancia, en dirección Norte.

Lecomte se adentró resueltamente por el angosto pasillo que bordeaba el canalón, luchando contra la piedra húmeda y resbaladiza, como si anduviera sobre una pista de patinaje.

Pronto tuvo que inclinar la cabeza, ya que la galería se estrechaba poco a poco, lo cual hacía aún más penosa su marcha.

Avanzó lentamente, se detuvo dos veces para frotarse la nuca dolorida y calculó de nuevo la distancia con la ayuda del plano.

Y siempre aquel hedor espantoso... Era para vomitar.

Finalmente, el haz de su linterna iluminó una pequeña escalera de piedra que conducía a otra galería, y comprendió que se acercaba a su objetivo.

Subió lentamente y se encontró en otro pasadizo, con un gran colector central erizado de una multitud de conexiones.

Avanzó entre las tuberías, para desembocar en un angosto pasillo vertical que daba a una boca de acceso.

Lo más peligroso, ahora, era salir al exterior sin dejarse ver, pero Lecomte confiaba en las seguridades que le había dado Darbois.

En cuanto hubo ascendido por la escalerilla de hierro, se apalancó contra una de las paredes y apoyó las dos manos en la tapadera de hierro.

La tapadera resistió a sus primeros esfuerzos, pero terminó por alzarse lentamente, y Lecomte, a través del intersticio, dirigió una mirada a su alrededor.

Vio la verja de un parque, a unos metros de distancia, y luego la acera que discurría a lo largo de una calle desierta.

Nada. Nadie.

Lo más tranquilizador era la zona de sombra en la cual estaba sumida aquella parte de la calle.

Bruscamente, el ruido de un motor le obligó a dejar caer la tapadera. Un camión penetró en la calle y pasó por encima de él.

Afortunadamente, los vehículos a motor escaseaban en las calles de Pekín y, en cuanto volvió a hacerse el silencio, Lecomte se decidió.

Unos segundos más tarde surgía por el orificio, volvía a colocar la tapadera sobre sus soportes y se deslizaba a lo largo de la verja del parque.

La siguió hasta una esquina, cruzó la calle y se adentró en una avenida contigua cuya circulación era bastante reducida y estaba compuesta principalmente de ciclistas y de carritos de mano.

Se mezcló con los peatones, su sombrero de paja trenzada caído sobre los ojos, y esperó un centenar de metros más para hacer señal a un ciclo-taxi que pasaba vacío.

El amarillo le miró con aire asombrado, al cual se mezclaba cierta vacilación, como si no se decidiera a admitir como pasajero a uno de aquellos «narices largas»^[15] que «huelen a carnero». Pero KB-09 se instaló resueltamente en el asiento, y el amarillo anotó la dirección que le daba y partió con la agilidad de un Anquetil de sus mejores tiempos.

El trayecto duró un cuarto de hora, y el pedaleo cesó en la esquina de la calle que Lecomte había indicado.

Como medida de precaución, prefirió hacer el resto del camino a pie, con un cigarrillo entre los labios, después de haberse librado de su campeón ciclista.

CAPÍTULO X

Lecomte no tardó en localizar el pabellón de los Cooper, construido en el mismo estilo que el suyo.

Distinguió una luz en la planta baja, detrás de los visillos finos, casi transparentes.

Una silueta pasó, alta y esbelta, cuando se decidió a llamar a la verja.

Dejó transcurrir una decena de segundos, pulsó por segunda vez el timbre y, finalmente, se abrió una puerta.

La misma silueta se dibujó en el rectángulo de luz, vaciló unos instantes y luego echó a andar en su dirección, haciendo crujir la grava.

Era Martha Cooper. Lecomte la reconoció fácilmente cuando se presentó detrás de la verja.

Llevaba un largo vestido negro muy ajustado, y cuyo único adorno consistía en un clip de bisutería prendido al hombro derecho.

El clip tenía el mismo reflejo que los ojos de ágata de la joven, a la luz de la luna.

Lecomte se inclinó ligeramente.

—Es usted la señora Cooper, ¿verdad?

Ella le miró con una mezcla de sorpresa y de inquietud.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Gerard Lecomte, soy arqueólogo, y estoy en Pekín de paso. ¿Puede recibirme?

—Pero, yo...

—Deseo hablarle a propósito de su marido.

—Mi marido ha muerto, y...

—Lo sé, señora Cooper —se apresuró a interrumpirla Lecomte—. Mi esposa y yo nos encontrábamos en el hospital esta mañana y nos hemos enterado de la noticia. Permítame, en primer lugar, darle mi más sentido pésame.

Una pálida sonrisa vagó por los labios de Martha Cooper.

—Gracias, es muy amable por su parte, caballero. ¿Conocía usted a mi pobre William?

—No, en absoluto, pero lo que me trae aquí es muy importante... Por favor...

Martha Cooper vaciló, miró hacia ambos lados de la calle y luego abrió la verja de par en par.

—¿No va usted acompañado? —se asombró.

—No —respondió Lecomte, encogiéndose de hombros—. He aprovechado un relajamiento de la vigilancia. Me gustaría que ignoraran que

he venido aquí.

Un brillo de interés pasó por los ojos de Martha; luego hizo una seña a KB-09 invitándole a pasar al interior del pabellón.

En el amplio salón donde penetraron, un quemaperfumes esparcía un olor dulzón, casi mareante.

Un gato siamés ronroneaba sobre un sofá, y unos periquitos multicolores gorjeaban en una jaula dorada.

Lecomte deseó que aquéllos fuesen los únicos habitantes del pabellón, además de Martha, y la joven debió de adivinar su pensamiento, ya que, tras señalarle un asiento a su visitante, se lo confirmó.

—Vivo sola en este pabellón —dijo.

Y al ver que Lecomte no abría la boca, añadió:

—Puede hablar sin temor. Le escucho.

La tristeza que trataba de poner en su voz, lo mismo que sus modales de viuda desolada, no engañaban. No había la menor pena en su corazón, y Lecomte pensó que se imponía la prudencia.

—Verá —dijo—, mi esposa es médica, y esta mañana ha tenido ocasión de ver a su marido en el hospital, poco antes de su muerte. El diagnóstico era el de una trombosis coronaria que tenía su origen en una enfermedad venérea, ¿no es cierto?

Martha Cooper inclinó la cabeza y murmuró:

—Una sífilis vascular, en efecto.

Hizo una breve pausa, sosteniendo la mirada de Lecomte.

—¿Debo darle detalles a ese respecto?

—No, ninguno. Lo que interesa a mi esposa no es la vida privada de su marido, sino su muerte.

—¿Qué quiere usted decir?

Lecomte compuso una sonrisa turbada.

—Mi esposa opina que la muerte de su marido no se ha debido a una trombosis, sino más bien a..., bueno, ¿cómo se llama eso? Sí..., una intoxicación mercurial..., creo que ésas fueron sus palabras.

La joven frunció la frente, mientras Lecomte añadía:

—Desde luego, se trata de una simple hipótesis, pero los síntomas que presentaba su marido denunciaban el abuso de ciertos medicamentos a base de mercurio. Es posible que una dosis demasiado fuerte de sublimado haya provocado la muerte por intoxicación, lo cual estaría en evidente contradicción con el diagnóstico oficial.

—¿Quiere usted insinuar que se trataría de un error de tratamiento?

Lecomte hizo un gesto tranquilizador.

—Le repito que no hay nada absolutamente cierto. Pero mi esposa está elaborando precisamente una tesis acerca de las intoxicaciones de ese tipo, y el caso de su marido le interesa mucho.

En Martha, era ahora evidente que la inquietud había cedido el paso a la curiosidad, y las palabras de Lecomte habían producido en la joven su efecto.

Martha Cooper preguntó:

—¿Se ha referido usted a unos síntomas?

—Desde luego.

—¿Cuáles?

Lecomte se vio obligado a improvisar.

—Pues bien, entre otros, la rotura de los vasos en el cristalino, el azulado de las uñas y, sobre todo, los sudores... con el olor que desprenden. Una terapéutica a base de mercurio deja siempre rastros en el sudor, el hecho es conocido.

Martha sacudió pensativamente la cabeza.

—Temo que les resulte difícil probar la intoxicación.

—No tratamos de probar nada, señora Cooper. De todos modos, su marido estaba condenado, y nuestra intención no es tampoco la de contradecir a los médicos chinos que se han ocupado de él. Debe usted comprenderlo fácilmente. Pero si consiguiéramos, por ejemplo, analizar los vestidos que llevaba el desdichado en el instante de su muerte, es seguro que ello aportaría un elemento de peso a la tesis de mi esposa.

—¿Una prenda de ropa?

—Sí, de entre las que han debido entregarle esta mañana. Un camisón, un pijama, quizás...

Martha enarcó las cejas.

—Un pijama, en efecto, pero...

Hizo una breve pausa.

—No..., no tengo ningún inconveniente en entregárselo. Lo malo es que tendrá que volver mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Al salir del hospital pasé por la oficina de la Compañía donde trabajo. Dejé allí la maleta. Estaba tan desolada... Lo comprende, ¿verdad? Ha sido un golpe tan brutal...

—En efecto, lo comprendo.

—Debo decirle que estoy empleada como jefe de servicio en una fábrica de aviación, en la que también trabajaba William. Obtuvimos el contrato hace

diez años con el Ministerio de la Guerra. En aquella época efectuaron una llamada a especialistas extranjeros. ¿Lo recuerda? Era realmente interesante...

KB-09 sacudió la cabeza. No parecía prestar atención a la turbación de la joven.

—No lo dudo —dijo—. Para haber resistido diez años en este país, tenía que serlo.

—Yo estaba de viaje desde hacía ocho días —continuó Martha—. Ignoraba la recaída de mi marido... Esta mañana, al regresar, me he enterado de la triste noticia.

Sacó del bolsillo un pañuelito de encaje, se frotó los ojos, suspiró.

—¡Oh, es espantoso! ¡Espantoso! ¡Pobre William!

Sollozó brevemente, y luego se esforzó en sonreír mientras seguía jugueteando con el pañuelo.

—De acuerdo —dijo finalmente—, tendrá usted el pijama. Vuelva mañana por la tarde; es sábado y no trabajo. Salude a su esposa de mi parte, profesor.

Lecomte se inclinó, comprendiendo que la entrevista había terminado.

* * *

Mientras cruzaba el patio, en dirección a la verja, acompañado por Martha Cooper, Lecomte maldecía para sus adentros el contratiempo que le obligaba a dejar para el día siguiente la recuperación de la valiosa prenda. Pero, las circunstancias mandaban. No podía elegir, y se esforzó en fingir una jovialidad que no sentía, deshaciéndose en excusas y en frases de gratitud.

Unos instantes más tarde, un ciclo-taxi le conducía rápidamente a la plaza del Oriente Rojo.

CAPÍTULO XI

El regreso al pabellón se había efectuado sin el menor incidente, y eran cerca de las once de la noche cuando KB-09 salió del sótano.

Cuando entró en la sala principal, Ursula salió de su habitación y suspiró profundamente.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró—. ¡Ya ha regresado usted! No puede imaginar lo preocupada que estaba.

—Tranquilícese, todo ha ido bien. La propia Ariana lo habría resuelto sin la ayuda de ningún hilo.

—¿Tiene usted el documento?

Lecomte sacudió negativamente la cabeza, se sirvió un Dubonnet al cual añadió un chorrito de vodka, e informó a la joven de su semifracaso.

—¿Cree usted realmente que se ha tragado su historia?

—Es posible.

—¿Qué clase de mujer es?

Lecomte acabó de vaciar su vaso, se quitó la americana y se dejó caer en una butaca.

—No tiene nada que ver con la madre hogareña o la esposa modelo. Una buena actriz, capaz de llorar por encargo. En una palabra, muy peligrosa.

Irguieron la cabeza al mismo tiempo. En aquel instante, en la calle, resonaron unos gritos, un tumulto desacostumbrado.

Se precipitaron hacia la ventana para echar una ojeada a través de los visillos.

A la luz de un farol, Lecomte reconoció un grupo de guardias rojos, portadores de brazales y de banderolas.

Se habían reunido delante del pabellón, gritando y gesticulando, y algunos hacían gestos de amenaza.

—¿Qué significa eso? —murmuró Ursula.

—¡Ssst!

Súbitamente, varias siluetas se izaron por encima de la verja y saltaron al jardín. Un ruido de cristales rotos, y una piedra cayó en la estancia.

Lecomte empujó a Ursula:

—Métase en el dormitorio y no se mueva —dijo.

En aquel mismo instante, dos energúmenos acababan de romper el cristal de una ventana e irrumpieron en la sala.

Lecomte salió a su encuentro, pero no tardaron en aparecer otros dos chinos. Uno de ellos pretendió escupir sobre Lecomte, blandiendo una porra, pero sólo pudo esbozar el gesto.

Una llave en el brazo, y el individuo cayó pesadamente de espaldas en medio de la habitación.

Cuando iba a levantarse, el pie de KB-09 le golpeó en pleno rostro.

Su compañero reaccionó inmediatamente; su porra golpeó la nuca de Lecomte, el cual cayó de rodillas con un gruñido de cólera.

Su agresor se había dejado caer sobre él, dispuesto a golpear por segunda vez, pero Lecomte rodó sobre sí mismo y, en la fracción de segundo que

siguió, la porra rozó su oreja y se estrelló contra el suelo, mientras el tipo que la empuñaba profería un grito de dolor.

Lecomte no le dio tiempo a recobrase; poniéndose en pie de un salto, su puño derecho se estrelló contra la mandíbula del chino, el cual se desplomó como un saco.

Lecomte se volvió rápidamente. Un tercer chino avanzaba hacia él, lentamente, con los brazos separados como un luchador sobre el ring.

KB-09 le estudió rápidamente, tratando de adaptar sus reflejos a los movimientos del individuo. Amagó deliberadamente con la izquierda, engañándole con una falsa maniobra.

El chino, desconcertado por aquel ataque imprevisto, se dejó caer con todo su peso, consciente de su fuerza y de su agilidad. Se dio cuenta de la trampa demasiado tarde. El pie de KB-09 salió disparado para un golpe bajo sin piedad... En aquel preciso instante, una voz sonora resonó en medio de la estancia.

Lecomte se volvió rápidamente. Se encontró cara a cara con un oficial de la policía, enmarcado por dos de sus hombres.

Al mismo tiempo resonaron unos furiosos pitidos en el jardín, mientras por todas partes brotaban unas órdenes imperativas.

El oficial se dirigió a Lecomte en un pésimo francés. Su rostro expresaba la mayor de las confusiones.

—Profesor, lamento muchísimo lo ocurrido, pero puedo asegurarle que no volverá a repetirse. Olvídelo, por favor...

Lecomte, con las mandíbulas crispadas, exclamó:

—¿Qué significa todo esto?

El policía se volvió hacia Ursula, que acababa de abrir la puerta del dormitorio. Alzó los brazos en un gesto de súplica.

—Perdone, *madame*. No son más que unos jóvenes revolucionarios que exigen el cierre de los pabellones individuales, como éste. Estos lugares atestiguan aún antiguas costumbres burguesas y capitalistas, contra las cuales luchamos desde hace años, como ustedes saben. Pero esos jóvenes no tenían ninguna mala intención en lo que respecta a ustedes, puedo garantizárselo. Sólo algunos gestos lamentables dictados por la cólera. Hay que perdonarles.

En aquel instante surgió Fan-Chu, el guía-intérprete. Tenía un aire tan trastornado como el oficial de policía.

—Espero que no habrá ocurrido nada lamentable —murmuró—. Y confío en que sabrán disculpar...

—No ha pasado nada —le interrumpió secamente Lecomte—. Nos hemos divertido un poco, sencillamente.

Fan-Chu señaló los tres guardias rojos que Lecomte había atontado y a los cuales los agentes se llevaban sin miramientos.

—Recibirán la reprimenda a que se han hecho merecedores, desde luego. Pero debo reconocer, profesor, que no es usted manco.

Sonrió, como si tratara de dar un carácter festivo al suceso, pero Lecomte replicó secamente:

—Poseo algunos pequeños conocimientos personales, además de la arqueología. Afortunadamente, por otra parte, ya que si hubiésemos contado únicamente con la protección de vuestro personal de vigilancia...

Fan-Chu encajó el golpe sin pestañear.

—Gracias a ese personal, la policía y yo mismo hemos sido advertidos —replicó—. Pero todo ha sido tan repentino...

Sí, y su llegada al pabellón había sido también tan rápida, que cabía preguntarse si aquel incidente no había sido provocado en realidad por las autoridades chinas. Lecomte no se dejó engañar cuando Fan-Chu añadió, con su voz melosa:

—Mire, profesor, no sería raro que volvieran a producirse incidentes de esta clase y, si me permiten que les dé un consejo, creo que deberían evacuar este pabellón. En un hotel, puedo garantizarles que no tendrán ninguna dificultad.

Esta vez, el ataque era directo y sin rodeos. Pero Lecomte sacudió la cabeza con aire resuelto.

—No, mi esposa y yo estamos muy bien aquí. Este pabellón es propiedad de la Embajada francesa, y en mi calidad de ciudadano francés le pido que respete nuestra decisión. Desde luego, no entra en nuestras intenciones el crear el menor incidente diplomático, y me atrevo a esperar que velará usted personalmente para que tales... incursiones no se reproduzcan en el futuro.

Fan-Chu reprimió con dificultad un gesto de cólera. Sostuvo una breve conversación en chino con el oficial de policía, lo cual permitió a Lecomte echar una rápida ojeada a la habitación.

Los dos agentes de uniforme acababan de poner orden en el mobiliario y uno de ellos, a cuatro patas delante de una cómoda, hizo un gesto que no se le escapó.

El hombre se apresuró a recuperar el microemisor cuya súbita detención debía de intrigar a los que estaban a la escucha. Pero Fan-Chu se volvió hacia Lecomte.

—De acuerdo —dijo—, pueden quedarse aquí. Una vez más, acepten nuestras disculpas, y hasta mañana.

En aquel momento, Ursula intervino en tono amistoso.

—Vamos —dijo—, todo está olvidado ya, y por nada del mundo quisiéramos estropear nuestra estancia en su hermoso país. ¿Quieren ustedes que bebamos el vaso de la amistad? No olviden, caballeros, que se encuentran en territorio francés, y que se deben a las costumbres de nuestra patria. ¿Whisky?

Desarmados por el aplomo y la amabilidad de Ursula, los policías y Fan-Chu se miraron, mientras la joven cogía una botella y llenaba los vasos.

Los distribuyó con gestos llenos de encanto, alzó el suyo y Fan-Chu exclamó:

—*Kam-pé!*

—*Kam-pé!*

Aquella exótica palabra equivalía al tradicional «*cul sec*» francés, y los vasos se vaciaron de trago hasta la última gota. Hubo un último intercambio de cortesías y los chinos evacuaron finalmente el pabellón, después de que Fan-Chu volvió a recordar el programa previsto para el día siguiente.

Lecomte acompañó a los policías hasta la verja. Cuando volvió a entrar en el pabellón, Ursula le acogió con una maliciosa sonrisa.

KB-09 la miró, intrigado.

—¿Qué pasa? —inquirió.

Ursula le enseñó el pequeño frasco vacío que tenía en la mano.

—Digitalina, trescientas gotas... La ocasión era demasiado buena.

—¡Estupendo! Usted, al menos, no pierde el tiempo.

—Tengo la impresión de que ellos tampoco lo pierden. Ha sido un golpe preparado, ¿verdad?

—Eso parece.

—¿Cree que volverán a las andadas?

—Es posible que traten de echarnos de aquí.

Ursula suspiró, mientras una sombra cruzaba por su rostro.

—Bueno, ¿qué pasa ahora? —inquirió Lecomte.

—Yo...

Ursula sacudió la cabeza, inclinó los ojos.

—Tengo miedo —confesó finalmente—. Sí, es cierto, Gerard, empiezo a tener miedo.

—Lo sé. La cosa empieza siempre con unos sudores fríos. Pero, en el caso de usted, eso no es peligroso.

Ursula le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué dice usted eso?

Lecomte la besó en la frente y palmeó cariñosamente su mejilla.

—Es lo normal —dijo, muy serio—. En una persona frígida, los sudores fríos son muy convenientes para mantener la temperatura, ¿no?

Ursula cerró de golpe la puerta de su habitación, y Lecomte se echó a reír.

CAPÍTULO XII

—Honorables extranjeros, el delegado Li-Chang me ruega que les informe de que el camarada Fan-Chu se encuentra en la imposibilidad de hacerse cargo de su servicio. Está en cama, con una intensa fiebre, y su estado requiere un reposo absoluto. Me han encargado que le sustituya. Me llamo Siang.

Así se expresó, unas horas más tarde, un hombrecillo rechoncho, de rostro lunar y ojillos vivaces, llenos de malicia. Masticaba una hierba enrollada y, a cada dentellada, sus maxilares parecían hincharse desmesuradamente.

Hundió una mano en su bolsillo y propuso, amablemente:

—¿Una hoja de betel?

Lecomte le interrumpió inmediatamente:

—Comprendido. ¿Viene usted de parte de Tsao-Lin?

El agente de los «Turbantes Amarillos» inclinó afirmativamente la cabeza.

—Puede usted contar con toda mi ayuda, caballero. He recibido instrucciones concretas a ese respecto. De todos modos, debo advertirle que tiene que abandonar Pekín el próximo lunes. En efecto, su programa incluye una visita a la Gran Muralla, y luego a Shanghai y Cantón. ¿Cree que para entonces habrá terminado su misión?

KB-09 se rascó la frente.

—Lo dudo, a menos que...

—En ese caso, ya se me ocurrirá algo, no se preocupe. ¿Ha recuperado el pijama de William Cooper? Tsao-Lin está muy inquieta.

Lecomte le confesó la verdad.

—Si no hay novedad —añadió—, estaré en posesión del documento entre las cinco y las seis de la tarde. De modo que necesitaré unos momentos de libertad.

Siang sacó un cuaderno de notas y lo ojeó.

—Lo situaremos entre la visita al Jardín del Pueblo y la del Parque del Pueblo. Nuestro trayecto nos conducirá a los alrededores del lugar donde se encuentra el pabellón de Martha Cooper, pero sólo podré concederle treinta minutos. Tenemos que respetar el horario.

—Será suficiente. Bueno, ahora otra cosa. ¿Conoce usted a un tal coronel Wong?

Siang reflexionó unos segundos.

—Se refiere usted sin duda al presidente de la comisión de estudios del Ministerio de la Guerra. También está al cargo de la dirección de la fábrica de aviación militar de Pekín.

—¿Trabaja en esa fábrica la señora Cooper? —preguntó Ursula.

—Sí. Sé también que vigilaba celosamente al hombre que compartía su habitación con Cooper. Un sueco inscrito bajo el nombre de Amussen, ¿no es cierto?

Lecomte asintió.

—Estupendo, veo que Tsao-Lin no le ha ocultado nada. En nuestra opinión, es el único hombre que podía saber dónde se encuentra nuestro sabio sueco. Pero, ya comprobaremos eso más tarde. De momento...

Siang se inclinó ceremoniosamente delante de Lecomte y de Ursula.

—Sigan al guía —terminó, en tono humorístico.

* * *

El itinerario de aquella jornada comprendía el Palacio de los Ming, el antiguo Palacio Imperial, la galería Chung-tao-Chai... Cuando salían del Jardín del Pueblo, KB-09 se sintió de nuevo en tensión.

Eran las cinco de la tarde y, en el automóvil que rodaba a poca velocidad, Siang anunció:

—Prepárese, no estamos ya muy lejos. Recuérdelo: media hora, ni un minuto más. Eso me da tiempo a dar un par de vueltas al circuito que me he trazado.

Echó una ojeada al espejo retrovisor, y luego alargó el brazo.

—A las cinco y media en punto tiene que estar ahí, en la esquina de la calle. Su pabellón está más arriba y a la derecha.

—De acuerdo, lo recordaré.

El vehículo se detuvo y Lecomte se apeó.

Subió calle arriba, se deslizó por entre los mercachifles y los barberos ambulantes que llenaban las aceras, cruzó una plaza que servía de mercado

popular, donde se ofrecía al presunto comprador todo lo que China puede exhibir en materia de «especialidades», desde los pescados despanzurrados y las tortugas troceadas hasta los gatos despellejados y las serpientes en rodajas.

Hendiendo la multitud, localizó rápidamente el pabellón de Martha Cooper en el otro extremo de la plaza.

Esta vez, la puerta se abrió inmediatamente. Martha Cooper le dirigió un gesto amistoso, echó una rápida mirada a su alrededor y luego entró en la estancia principal.

Una vez allí se apresuró a anunciar, en tono amable:

—Tengo lo que usted necesita.

Señaló un bar portátil, cargado de botellas y de vasos.

—Sírvese un Dubonnet —sugirió—. Vuelvo en seguida. Martha cruzó el salón mientras Lecomte se apoderaba de la botella. En el instante en que se disponía a servirse, la voz de la joven inglesa resonó como un latigazo a su espalda.

—¡Suelte su vaso, vuélvase y no se mueva!

Lecomte giró en redondo. Su fría mirada chocó inmediatamente con el negro orificio de un Nambú, que apuntaba a su vientre.

—Levante las manos —ordenó Martha secamente—. Y tenga cuidado. Le advierto que al menor gesto por su parte voy a disparar.

Lecomte obedeció con lentitud.

—Bueno, ¿qué le pasa? Supongo que se trata de una broma...

Una risa nerviosa sacudió la esbelta silueta de Martha. Dio un paso hacia KB-09, empuñando la pistola con mano firme.

Con una voz fría, dijo:

—La broma ha terminado ya. Ahora vamos a hablar en serio, ¿quiere?

Lecomte la miró sin decir nada.

—En primer lugar, debo reconocer que estuve a punto de tragarme su historia de intoxicación mercurial. Me he informado: el mercurio, efectivamente, deja rastros en el sudor, pero por su insistencia adiviné que había algo más, y comprendí que lo que le interesaba no era precisamente el pijama.

Retrocedió, sin perderle de vista, rodeó un pequeño escritorio, palpó con su mano libre y abrió un cajón.

Exhibió un papel doblado en cuatro.

—Lo que le interesaba era esto. Lo encontré en el dobladillo del cinturón. Curioso, ¿no es cierto?

—Es usted muy lista —reconoció tranquilamente KB-09—. Acepte mis felicitaciones.

Martha pareció sensible al cumplido.

—Tranquilícese, tampoco yo le subestimo a usted, señor arqueólogo. ¿Quiere que vayamos al grano? ¿De qué se trata?

Lecomte suspiró profundamente.

—No puedo contestar a esa pregunta.

—¡Ah! ¿Porque cree que no he comprendido? Este mensaje está redactado en sueco y firmado por Vitalis Runeberg. En efecto, una persona de nacionalidad sueca compartió la habitación de mi marido en el hospital. Nunca supe su nombre, pero supongo que se trata de ese Runeberg, ¿no es cierto? Y un hombre severamente vigilado por las autoridades chinas merece un poco de reflexión. ¿Está usted de acuerdo? Entonces, conteste: ¿Quién es usted? ¿Un agente de los Servicios de Información?

Lecomte se sintió invadido por la cólera. Aquella zorra estaba a punto de estropearlo todo. ¿Qué se proponía, en resumidas cuentas?

—Devuélvame ese mensaje —dijo Lecomte, muy serio—. Es un consejo que le doy, señora Cooper, y el último.

Hizo ademán de bajar los brazos, pero el dedo índice de Martha se crispó sobre el gatillo.

—¡Despacio! No he terminado aún. Está usted en mi casa, y puedo liquidarle sin el menor riesgo: el papel que está en mi poder lo explicará todo.

Lecomte comprendió que la joven no faroleaba, y que estaba decidida a sacar provecho de la situación. Su mirada se posó en un reloj que adornaba la repisa de la chimenea: las cinco y cuarto.

Sólo le quedaban quince minutos para encontrar una solución al problema.

Por un instante se sintió tentado de lanzarse contra la joven, pero se contuvo a tiempo: el riesgo era demasiado grande.

Se encogió de hombros y dijo:

—Decida usted de una vez. ¿Qué es lo que propone?

Una leve sonrisa vagó por los carnosos labios de Martha.

—Sé que un documento valioso se paga muy caro en su profesión.

—¿Cuánto pide usted?

Martha reflexionó.

—Un momento. En primer lugar, quiero que sepa que no conozco el sueco, y que ignoro por completo el contenido de este documento. Pero, de todos modos, tampoco me interesa. Lo que cuenta para mí es el valor que representa y la posibilidad que me ofrece de poder abandonar de una vez este

país. La cosa no será fácil, ya que no tengo derecho a salir de él. Estoy atrapada aquí hasta el final de mis días, ¿comprende? Por ello necesito dinero, mucho dinero, y la garantía de un pequeño capital que me permita vivir honorablemente. Estoy harta de esta vida, y lo que William me ha dejado no me basta. Tengo ambiciones, ¿sabe?, muchas ambiciones...

—Conteste, por favor, tengo que marcharme.

—No le haré esperar mucho —dijo Martha, empuñando el teléfono.

Lecomte palideció.

—¿Qué va usted a hacer?

Martha sonrió.

—Tranquilícese, una simple medida de precaución. Ahora, péguese a la pared y cruce las manos detrás de la nuca.

Lecomte obedeció, enfurecido, mientras Martha añadía:

—Estoy convencida de que no vacilaría usted en liquidarme, ¿no es cierto?

—Tenga cuidado, señora Cooper, está jugando con fuego.

La oyó reír, y luego marcar un número.

—Tendré que quitarle esa idea de la cabeza. Ponga mucha atención: a la tercera llamada del timbre, se pone en marcha un magnetofón en mi despacho particular de la fábrica donde trabajo. Ahora, escuche.

Hubo un breve silencio y luego la voz de Martha continuó, en otro tono:

—Aquí, Martha Cooper. Si escucha esta cinta, será señal de que estoy muerta y el que le dirijo es un mensaje póstumo. Advierta inmediatamente a las autoridades. Mi asesino no es otro que el llamado profesor Gerard Lecomte, recién llegado a China, y cuyas funciones arqueológicas ocultan una actividad secreta que tiene como objetivo una personalidad sueca conocida bajo el nombre de Vitalis Runeberg. Mi marido ha servido de intermediario ocasional para la transmisión de un mensaje que yo he encontrado en el dobladillo de su pijama y que el llamado profesor Lecomte me ha exigido que le entregara. Mi negativa y mi lealtad al gobierno de Pekín han sido la causa de mi muerte. Corto.

Otro breve silencio, el ruido del receptor al posarse en la horquilla.

—Estamos a sábado —continuó Martha—. No pasará nada hasta el lunes, a las ocho de la mañana. A esa hora, si estoy ausente, mi secretaria tiene orden de poner en marcha el magnetofón, por si hay alguna orden. Siempre opero así para transmitirle mis directrices personales. Le digo esto para que comprenda que no puede hacer nada contra mí hasta el lunes por la mañana, fecha límite que le concedo.

Tiró el Nambú sobre el escritorio y KB-09 bajó los brazos.

—No me había equivocado —dijo Lecomte—. Es usted muy lista..., tal vez incluso demasiado.

En su voz había cierta amenaza, pero Martha la pasó por alto.

—Veinte mil dólares en dinero efectivo, y cien mil depositados en el *Regent Bank* de Londres. Antes de las ocho de la mañana del lunes. Muerta o viva, de todos modos le condenaré si no obedece.

—De acuerdo, señora Cooper, salva usted su vida, es indudable, pero, al quedar viva, sale perdiendo.

—No, no creo que quiera usted unir su pérdida a la mía.

—No me será posible encontrar esa suma.

—La encontrará. Por medio de la Embajada francesa.

—Imposible.

—Esperaré su llamada durante las treinta y seis horas que le quedan. No me moveré de aquí. Su línea estará intervenida, desde luego: llámeme como si me conociera desde hace mucho tiempo. Transmítame su pésame, eso me bastará. Esta vez seré yo quien irá a visitarle. Prefiero estar bajo la protección de sus guardianes. No tiene usted escapatoria, amigo mío.

Avanzó, muy segura de sí misma, cogió el sombrero de Lecomte que estaba sobre una butaca y se lo entregó.

—En su lugar, yo no perdería un segundo. La Embajada francesa se encuentra a menos de quinientos metros de aquí.

KB-09 salió del pabellón sin dirigirle una sola mirada. Eran las cinco y veintiocho minutos.

* * *

En la calle, el vehículo llevaba ya estacionado cinco minutos cuando llegó Lecomte.

Se dejó caer sobre el asiento trasero, con gran alivio por parte de Siang, el cual salió disparado, jurando como un pagano.

Lecomte apoyó una mano en su hombro.

—Mi querida esposa no se encuentra muy bien. Anulamos la visita al Parque del Pueblo. Vamos, amigo mío, regresamos a casa.

—Gerard, ¿qué sucede?

Lecomte miró a Ursula, encendió un cigarrillo y aspiró la primera bocanada de humo con un enorme suspiro.

—Deme tiempo a encontrar ciento veinte mil dólares —dijo—, y conocerá usted la respuesta.

CAPÍTULO XIII

Lecomte volvió a colocar el detector en su escondite.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó finalmente Ursula.

No podía pensar en acudir a la Embajada francesa, y KB-09 se quitó la americana y la tiró sobre una butaca con un gesto de cólera.

Amenazaba tormenta. Un calor húmedo, pegajoso, convertía el pabellón en un verdadero baño turco.

—No puedo elegir —admitió, secándose la frente con un pañuelo—. Esa mujer es capaz de todo.

—¿Por qué no le ha dicho la verdad? Tal vez...

—¡Está usted loca! ¿Para que reclamara el doble? Créame, los escrúpulos no la detienen y, si no encuentro esa suma, el lunes por la mañana nos veremos en un grave apuro. Hay que concluir ese trato, cueste lo que cueste.

—Pero ¿cómo?

Lecomte se volvió hacia Siang.

—Hay que encontrar un medio para alertar inmediatamente a la Embajada norteamericana de Formosa.

El agente de los «Turbantes Amarillos» esbozó un gesto de impotencia.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Tsao-Lin se lo dijo. Hemos tenido serias dificultades, nuestro servicio de enlace ha sido eliminado por el Lien Po Pou. Nuestra próxima emisora clandestina no será puesta en servicio hasta el martes.

Un chorro helado discurrió a lo largo de la espina dorsal de Lecomte. Dio unos pasos por la habitación.

—En ese caso —murmuró—, sólo queda una solución. Hay que tratar de convencerla, de hacer que comprenda. Lo esencial es ganar esas treinta y seis horas. Luego, ya veremos.

Con aire resuelto cogió un listín telefónico y buscó el número de Martha Cooper.

—Voy a llamarla —dijo.

Siang le detuvo.

—¡Un momento! No olvide que, en ausencia de Fan-Chu, yo estoy encargado de vigilarle.

—¿Y qué?

—Hemos suprimido la visita al Parque del Pueblo. La cosa se sabrá, y es preferible que transmita mi informe inmediatamente, si no queremos verles replicar de un momento a otro.

Lecomte señaló el teléfono.

—¡Adelante!

Siang marcó un número. A continuación sostuvo una larga conversación en chino. Al cabo de unos instantes se volvió, sin soltar el aparato.

—El delegado Li-Chang se interesa por el estado de salud de su esposa. Me ruega que le pida que acepte mi ayuda para los trabajos domésticos que usted no pueda efectuar. Soy un excelente cocinero —añadió, guiñando un ojo.

Lecomte aprovechó la ocasión que se presentaba. A fin de cuentas, prefería tener a Siang a mano, en caso de necesidad.

—De acuerdo —susurró—. Dígales que de momento se alojará aquí. Eso les infundirá confianza.

Más tranquilo, KB-09 esperó a que Siang hubiera colgado, encendió un cigarrillo y llamó a Martha Cooper.

Todo sucedió tal como estaba previsto, y, ante la alegría de encontrar a un «viejo conocido», Martha anunció su llegada inmediata con la emoción que correspondía a la circunstancia.

* * *

Un silencio total reinó en el pabellón durante la media hora siguiente. De pronto, Siang anunció la llegada de Martha, y Lecomte la vio apearse de un Renault *Dauphine* parado delante de la verja.

Otra ojeada le permitió comprobar la obstinación del servicio de vigilancia, al ver el vehículo —siempre el mismo— estacionado unos metros más arriba.

El hecho de tener a Siang dentro de la casa no les bastaba. Tenían que continuar su vigilancia exterior. ¡Unas verdaderas lapas!

—Siang —dijo Lecomte—, es preferible que esa mujer no le vea aquí. Pase a la habitación contigua y no se mueva, para que no desconfíe.

El chino obedeció sin discutir, y, un momento después, Martha Cooper entraba en el pabellón. Apenas miró a Ursula: su rostro, resplandeciente de alegría y de seguridad, estaba clavado en Lecomte.

Exclamó:

—¡Bravo, querido! Creo que ha batido usted un récord de prudencia y de rapidez. Sabía que encontraría fácilmente los ciento veinte mil dólares. Lo

que equivale a decir que el asunto es realmente importante, ¿verdad? Tenía usted razón, de nada sirve correr riesgos inútiles. Por mi parte, deseo que todo quede liquidado cuanto antes.

Hinchada de importancia, dio unos golpecitos a su bolso.

—No tema, he traído el documento. Ahora, no perdamos más tiempo.

KB-09 la miró largamente. Se sintió tentado a saltar sobre ella, a arrancarle el documento, pero se contuvo.

Aquel gesto firmaría su sentencia de muerte, y al mismo tiempo la de Ursula.

No, quedaba aún la posibilidad de convencerla. Si no...

—Señora Cooper, este asunto es ante todo un asunto de sentido común. Sea razonable, y le prometo que todo irá bien.

—¿Razonable? ¿Qué quiere usted decir?

—El plazo es demasiado corto. No recibiré la respuesta antes del jueves o del viernes.

Una expresión de odio y de furor deformó curiosamente el rostro de Martha Cooper. Sus ojos de ágata llamearon.

—De modo que era eso... —estalló, enfurecida—. Trata de engañarme. ¿Por quién me ha tomado?

—Señora Cooper...

Martha retrocedió.

—Tenga cuidado, fuera hay tres hombres que le vigilan. Sólo tengo que pronunciar una palabra. Y le advierto que voy a...

Dominada por el pánico, Martha se volvió y descubrió a Ursula que bloqueaba la salida.

—¡Una trampa! Debí suponerlo.

Gerard Lecomte adivinó que Martha estaba a punto de gritar.

—¿Está usted loca? ¡No haga eso!

Saltó, pero Martha había sacado ya un arma de su bolso. Lecomte vio crisparse el dedo sobre el gatillo del Nambú y reaccionó con el instinto de oportunidad que le guiaba en semejantes coyunturas.

Su pie salió disparado, proyectando hacia delante una mesita de caoba detrás de la cual se había desplazado.

El mueble hendió el aire, alcanzando a Martha Cooper en el vientre. Lecomte saltó al mismo tiempo, consiguió agarrar el cuerpo de Martha doblado por la mitad y lo sostuvo en su caída.

Pero la joven no había dicho su última palabra. Dio un tirón escapó, a la presa de Lecomte con una habilidad y una ligereza increíbles, y trató de

recuperar el Nambú que acababa de soltar.

Ursula saltó a su vez, apoyando el pie *in extremis* sobre la pistola. Resbaló, llevada por su impulso, en tanto que Martha, en un esfuerzo desesperado, corría hacia la puerta.

Lecomte se incorporó profiriendo un sonoro juramento, y en aquel instante salió Siang de la pieza contigua.

Saltó sobre Martha en el momento en que la joven abría la puerta, y su enorme puño le aplastó la mandíbula.

Lecomte vio girar el cuerpo de la joven delante de él. Un segundo puñetazo de Siang la catapultó contra un mueble.

Proyectada hacia atrás con terrible violencia, la cabeza fue a chocar contra una arista cortante con un siniestro ruido de huesos rotos.

Martha rodó sobre la alfombra como un muñeco desarticulado.

KB-09 se precipitó hacia ella. Pero comprendió rápidamente la inutilidad de toda intervención.

Miró a Siang y murmuró, lívido:

—¡Santo cielo, Siang, la ha matado usted!

CAPÍTULO XIV

Transcurrieron unos largos segundos.

El chino sacudió la cabeza con aire abrumado.

—Sólo quería impedirle salir —dijo—. De todos modos, era cuestión de ella o nosotros.

Lecomte se acercó a la ventana y echó una ojeada. Todo parecía normal en la calle, y los tres individuos del automóvil no se habían movido.

Respiró con alivio, recogió el Nambú caído sobre la alfombra y se lo metió en el bolsillo.

—No han oído nada —dijo—. Al menos, eso creo. Siang, ¿quiere vigilarles un momento?

Pasó por encima del cuerpo inerte de Martha Cooper, tomó el bolso que le tendía Ursula y empezó a registrarlo con una prisa febril.

No, la joven no había mentido, y el papel doblado en cuatro que Lecomte encontró en el interior de una polvera llevaba la firma de Vitalis Runeberg.

—Ursula, descíframe esto, ¿quiere? Dese prisa...

Ella cogió el documento y le echó una ojeada.

—Es un mensaje dirigido a la Embajada sueca —dijo—. Voy a traducirle el texto.

Leyó lentamente:

«Esta es mi confesión, al mismo tiempo que un aviso solemne que dirijo a los pueblos libres. El atentado cometido en mi laboratorio de Oslo no tenía otro objetivo que el de facilitar mi rapto, por orden del Gobierno de Pekín y a iniciativa de un hombre conocido bajo el nombre de Peter MacGregor. Ante mi negativa a cooperar con los ingenieros de la fábrica secreta de Tian-Si, sufrí un lavado de cerebro con ayuda de una nueva droga hipnótica elaborada por los neurólogos chinos, y mi invento basado en el principio del...».

Una frase completa ilegible en el doblez interrumpió a Ursula. La tinta estaba descolorida, seguramente a causa del sudor de William Cooper.

—¡Continúe! —apremió Lecomte.

«... para la fabricación de una bomba subterránea capaz de navegar en el magma y de ser dirigida hacia cualquier punto de la superficie. Hay que actuar inmediatamente. El primer experimento tendrá lugar el 24 de mayo, por la mañana, y después sólo Dios sabe lo que pasará. Hay que destruir esa fábrica experimental, que amenaza la paz del mundo. He aquí sus coordenadas exactas: Provincia del Yunnan, encima del Río Rojo, 23 grados de latitud...».

Ursula vaciló.

—Latitud Norte, evidentemente.

—¿Qué pasa?

—El resto es ilegible. ¡Mire!

Unas aureolas manchaban el papel, borrando el resto del mensaje. Sólo podía leer el final de una postdata:

«Mi vecino de habitación podrá decirles en qué circunstancias he podido transmitirles este mensaje».

Seguía la firma.

KB-09 sacudió la cabeza.

—Estaba lejos de valer ciento veinte mil dólares —murmuró pensativamente—, pero de todos modos valía el riesgo que acabamos de asumir.

Con su barbilla señaló el cadáver de Martha.

—Nos quedan aún doce horas de seguridad —añadió fríamente—. No las desperdiciemos. Lo primero que tenemos que hacer es librarnos de eso.

—¿Cómo?

—Las alcantarillas.

Siang avanzó, con el pulgar apuntado hacia el exterior.

—No tardaremos en tenerlos encima. Se extrañarán al no ver salir a la señora Cooper.

—Nada de eso. Afortunadamente, se está haciendo de noche.

—¿Qué se propone?

—Un antiguo refrán dice que «de noche, todos los gatos son pardos».

Ante la expresión desconcertada de Siang, Lecomte se volvió hacia Ursula.

—Es usted casi de su misma estatura y todo irá bien. Póngase los vestidos de Martha Cooper, y cúbrase la cabeza con un pañuelo para ocultar el color de los cabellos. Salga con la mayor naturalidad posible y suba al *Dauphine*. Supongo que sabe conducir...

—Sí, pero...

Lecomte hurgó en el bolso y le tiró las llaves.

—Haga exactamente lo que le he dicho. Dejará el automóvil delante del pabellón de Martha y regresará por sus propios medios a la boca de acceso que yo utilicé anoche. Está situada al otro lado de la plaza del Oriente Rojo, delante del mercado. En total, alrededor de cuarenta y cinco minutos. Siang saldrá a su encuentro por la alcantarilla. Límitese a golpear con el tacón del zapato en la tapadera. Siang la ayudará a bajar y la traerá hasta aquí.

Se inmovilizó súbitamente, volvió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Siang.

—¡Ese ruido! ¿No lo ha oído? Una especie de chasquido...

Recorrió la habitación escuchando atentamente, y luego se encogió de hombros.

—Un mueble que ha debido de crujir —dijo—. ¡Vamos, a la tarea!

Ayudada por los dos hombres, Ursula consiguió desvestir el cadáver. Lecomte y Siang cargaron con el cuerpo y lo bajaron al sótano.

Unos instantes más tarde, la desdichada Martha se hundía en las pestilentes aguas, con un peso atado a los tobillos.

Sólo cabía esperar que no la descubrieran demasiado pronto.

De nuevo en el salón, Siang limpió la sangre que manchaba la alfombra. Poco después reapareció Ursula, ataviada con el largo vestido negro de Martha.

Lecomte la examinó de pies a cabeza.

—Estupendo —dijo—. No olvide el bolso y el pañuelo... Vamos, pequeña, en marcha... y valor.

La acompañó al jardín, se despidió de ella como si se tratara de Martha y la contempló mientras franqueaba la verja, echaba a andar por la acera, subía al *Dauphine* y se instalaba al volante.

El motor se puso en marcha y el vehículo se perdió de vista ante las propias barbas de los tres esbirros.

Lecomte volvió a entrar en el pabellón.

—Ahora le toca a usted —dijo, tirándole su linterna a Siang.

El chino la cogió al vuelo y se dirigió hacia el sótano.

* * *

Transcurrió una hora larga antes del regreso de Ursula y de Siang y, cuando entraron en el pabellón, Lecomte comprendió por su aspecto que todo se había desarrollado según los planes previstos. Sin el menor entorpecimiento.

De todos modos, la tensión nerviosa parecía haber afectado seriamente a la joven doctora, y Lecomte adivinó que estaba agotando sus reservas.

Demasiado emotiva para un oficio que exigía un dominio de sí mismo casi continuo y, sobre todo, el sacrificio absoluto de todos los sentimientos humanos.

Desde luego, le faltaba entrenamiento y un poco de aquel «bildaje» necesario a las poderosas máquinas de combate lanzadas por todos los Servicios de Información a los frentes de la guerra secreta.

Le sirvió un Dubonnet, mientras Siang rompía el silencio.

—Tiene usted un excelente pretexto para abreviar su estancia —dijo—. La súbita indisposición de su esposa. Mañana por la tarde sale un avión con destino a Hong-Kong. ¿Quiere que haga las gestiones necesarias?

KB-09 encendió un cigarrillo con deliberada lentitud.

—No —respondió fríamente—. Ursula y yo nos quedamos.

Sorprendió la mirada de asombro de Ursula, el gesto de estupefacción de Siang.

—Pero... es una locura...

—El asunto es demasiado grave, y, por desgracia, las coordenadas que poseemos de la fábrica secreta de Tian-Si son incompletas. Necesito esa información, cueste lo que cueste.

Ursula se había puesto en pie.

—Gerard... No olvide que sólo disponemos de una treintena de horas...

—Lo sé. Por eso debemos destruir aquella cinta magnetofónica antes de las ocho de la mañana del lunes.

Si hubiera caído una bomba sobre el pabellón no hubiese producido más efecto. El propio Siang se quedó con la boca abierta.

—Eso es imposible —consiguió articular, finalmente—. La fábrica está vigilada. No tiene usted ninguna posibilidad.

—Eso está por ver. Durante su ausencia, he tenido tiempo de reflexionar. En mi opinión, tenemos esa posibilidad.

—¿Nosotros?

—Sí, usted y yo. Siendo dos, es más seguro. Desde luego, es usted muy dueño de negarse.

Siang enarcó las cejas.

—Me gustaría mucho saber cómo.

—En primer lugar, una pregunta: ¿puede procurarse un plano de la fábrica de aviación? También necesito conocer el emplazamiento de la oficina de Martha Cooper. ¿Es posible?

Siang suspiró profundamente y murmuró:

—Sí. Nuestro servicio de información está muy documentado.

—Perfecto. Ahora, ponga atención.

Lecomte señaló el plano de Pekín que le había entregado Pierre Darbois y en el cual figuraban en rojo todas las canalizaciones subterráneas.

—La fábrica de aviación está aquí. Un itinerario subterráneo puede conducirnos a sus inmediaciones. Delante mismo de un almacén de productos farmacéuticos cuya ala derecha, como puede ver, se encuentra al borde del campo de pruebas. En mi opinión, ese almacén constituye el único acceso posible a la fábrica. ¿Qué le parece?

Siang se rascó la frente.

—Queda el problema de penetrar en el almacén.

—Para eso, puede usted ir a echar una ojeada mañana.

—De acuerdo.

—Habrá vigilancia nocturna, desde luego...

—Es de prever.

—No importa.

Siang sacudió la cabeza, sin dejar de mirar el mapa.

—Hasta aquí, la cosa es posible —dijo finalmente—. Pero a continuación tendremos que franquear todo un sistema de protección. Una red de alambradas que rodea el campo, patrullas cada diez minutos y proyectores instalados en los cuatro ángulos de la fábrica.

Lecomte expelió una larga bocanada de humo de su cigarrillo.

—Lo supongo —dijo—, pero disponemos de todo un día para estudiar a fondo el plano de la fábrica. Y, además, pienso matar dos pájaros de un tiro.

—¿Cómo es eso?

—Pienso hacer una visita al despacho del coronel Wong. Estoy convencido de que encontraremos en él algunas informaciones interesantes. Por desgracia, no sé una sola palabra china. Por eso le necesito a usted.

Un resplandor ardió en las pupilas de Siang.

—De acuerdo —dijo—, iré con usted. ¿A qué hora piensa actuar?

—A medianoche. Eso nos dará seis horas largas antes de que amanezca. En cuanto a usted, Ursula...

KB-09 se volvió hacia la joven doctora, la cual parecía haber quedado completamente paralizada por la emoción.

—Espere hasta las siete, último plazo. Si no hemos regresado, refúgiense inmediatamente en la Embajada francesa. Marcel Vignau se encargará de alertar a Formosa y al coronel.

En la mirada de la joven había una evidente admiración, y Lecomte tuvo la impresión de que en aquel momento le miraba por primera vez.

—De acuerdo —murmuró Ursula.

CAPÍTULO XV

Todo estaba dispuesto cuando Lecomte dio la señal de marcha, al término de aquella larga y penosa jornada dominical.

El circuito había sido estudiado en sus menores detalles, y KB-09 tuvo ocasión de admirar el dinamismo de Siang, instruido también él en la dura escuela de los hombres de la sombra.

Por su parte, no había omitido nada y, además del plano de la fábrica que se había procurado a primera hora, de la mañana, con el emplazamiento exacto de la oficina personal de Martha Cooper, llevaba un equipo completo envuelto en un trozo de nylon: dos Tokarev con cargadores de repuesto, dos

puñales de combate, un cortafríos y una docena de ganzúas de diversos tamaños.

La suerte estaba echada, y Lecomte se había despedido de Ursula con la tranquilidad del jugador profesional.

Ahora, tras una marcha silenciosa por las pestilentes galerías, los dos hombres se acercaban a la boca de acceso que les permitiría establecer contacto con las inmediaciones del almacén farmacéutico señalado en el mapa.

Llegaron al final del circuito con sólo cinco minutos de retraso sobre el horario que se habían fijado. Era exactamente la una menos diez.

Siang pasó el primero, y con una agilidad extraordinaria, se izó rápidamente por la escalerilla de hierro.

Tendió el oído y, tranquilizado por el silencio exterior, levantó la pesada tapadera.

El camino estaba libre y Lecomte, a su vez, franqueó la boca de acceso.

Se encontraban en la parte septentrional de la ciudad. Aquí, los grandes inmuebles largos y espaciosos habían dejado lugar a unos miserables tabucos cuya larga hilera zigzagueante se perdía en dirección a un descampado sumido en el silencio y en la oscuridad.

Corrieron una veintena de metros, giraron en ángulo recto y divisaron inmediatamente un alto muro de ladrillos rojos.

Era el recinto de la fábrica de aviación militar.

Una de sus paredes, lo bastante alta como para desanimar cualquier intento de escalada y cuya cima estaba reforzada por una triple hilera de alambres de espino.

A un gesto de Siang, Lecomte reanudó la marcha. El chino había tenido tiempo de examinar cuidadosamente el lugar en el curso de la mañana.

Más lejos, el almacén farmacéutico le había revelado su talón de Aquiles: una vetusta muralla pegada a un hangar que daba al descampado.

Avanzaron hacia allí en línea recta, como unas sombras, por la silenciosa acera. Cuando llegaron al extremo de la calle, Siang se detuvo bruscamente, respiró a fondo y levantó la cabeza.

Tres metros que recorrer para alcanzar el tejado del hangar.

Vaciló un instante, buscó unas asperezas del muro que aseguraran su presa y luego empezó a trepar, introduciendo las puntas de sus zapatos entre las piedras desunidas.

Se izó finalmente a la parte superior del muro, y Lecomte no tardó en reunirse con él.

Una ojeada les tranquilizó. Debajo de ellos, el patio sumido en la oscuridad parecía desierto, y la sombría fachada del almacén pesaba como una masa de plomo en el silencio.

Como dos felinos, se deslizaron a lo largo de una de las vigas de acero que sostenían el techo del hangar, franquearon el patio en un mismo impulso y se pegaron contra la pared del almacén.

Nada se movió. Sólo unos papeles abandonados en el patio eran movidos por el viento con un susurro de hojas muertas.

Los dos hombres frotaron sus manos en la tierra húmeda y se embadurnaron el rostro. Lecomte, sobre todo, se aplicó a ello con afán, ya que su rostro de europeo podía traicionarle en caso de que fueran mal dadas.

Luego señaló una pequeña ventana de la planta baja. Siang comprendió y le siguió, mientras KB-09 sacaba de su bolsillo su cortaplumas universal.

Una simple presión hizo surgir una punta y, con la ayuda del diamante fijado a su extremo, Lecomte empezó a cortar el cristal.

Dibujó un círculo a la altura del pestillo y, finalmente, dio un golpecito en la base.

Se oyó un chasquido y el redondel de cristal le cayó en la mano. Lo dejó en el suelo, pasó el brazo por la abertura y tiró del pestillo.

Unos segundos después los dos hombres se encontraban en el interior y Lecomte encendió su linterna.

Cajas, bidones, y una tonelada de polvo... Una puerta al fondo. Lecomte la empujó y se abrió con un leve chirrido.

Un pasillo, cubierto por una vieja alfombra, se extendía en dirección a un vestíbulo. Algunas puertas estaban provistas de tablillas indicadoras. Indudablemente, los despachos del personal.

Continuaron avanzando con grandes precauciones hasta llegar al vestíbulo.

Una luz brillaba a través de una puerta encristalada y percibieron un rumor de voces.

Deslizándose a lo largo de la pared, echaron una ojeada a la estancia.

Dos hombres, del servicio nocturno, jugaban al *ma-jong* sobre una mesita, llena de vasos y de ceniceros.

Un trabajo fácil, a condición de actuar rápidamente y, sobre todo, de golpear sobre seguro.

Lecomte no vaciló. Su mano giró el pomo de la puerta y la abrió. Siang saltó al mismo tiempo, en tanto que los dos chinos, estupefactos, permanecían clavados en sus asientos, incapaces del menor gesto.

Lecomte golpeó al suyo en la sien con la culata de la pistola. El vigilante trató de levantarse, de gritar, pero encajó de nuevo el acero del cañón en plena nuca y, esta vez, sus rodillas se doblaron y se desplomó sobre la mesa de juego.

El segundo guardián pataleaba aún cuando KB-09 se volvió. Siang descargó un último golpe y su adversario cayó con la cabeza hacia delante.

La primera fase de la operación había terminado, y Siang desenvainaba ya su puñal para acabar con los guardianes cuando Lecomte intervino.

—No —dijo secamente—, es inútil. Busque algo con que atarles. Y dese prisa.

Siang vaciló, gruñó algo entre dientes y se dirigió al almacén, para regresar un par de minutos después con un rollo de alambre y dos mordazas confeccionadas con tela de saco.

Fuertemente atados y en la imposibilidad de gritar, los dos vigilantes fueron echados a un retrete contiguo, mientras un reloj daba la una y media.

—¡Aprisa! —susurró Lecomte.

Evacuaron inmediatamente el cuarto de los guardianes y penetraron en la sala principal del almacén, atestado de millares de productos farmacéuticos. Había cajas, bidones, frascos, botellas, paquetes, y reinaba una mezcla de olores de todas clases.

Los dos hombres inspeccionaron el lugar, recorrieron la sala de un extremo al otro, penetraron en otra todavía más amplia y llena también de medicamentos, y tuvieron que rendirse a la evidencia.

En la pared del fondo, que discurría a lo largo del campo de pruebas de la fábrica de aviación, no había ninguna abertura. *¡Nada que les permitiera pasar!*

Lecomte palideció.

—¡Maldición! —exclamó—. Sin embargo, hay que encontrar un medio...

Vio que Siang trepaba por una escalera de madera y oyó el sonido de sus pasos en medio del silencio del hangar. Luego, su voz estalló al final de la galería.

—¡Nada, estamos atrapados!

Lecomte dirigió otra ojeada a su alrededor. Otra escalera, a la derecha, se hundía en el subsuelo.

Descendió por ella, inmediatamente seguido por Siang, encontró un interruptor y encendió la luz.

El sótano era también inmenso, pero no se veía ninguna salida que permitiera comunicar con los almacenes contiguos.

No, aquello era un callejón sin salida, una barrera infranqueable que mataba en flor todas las esperanzas.

Estaban a punto de dar media vuelta, con la muerte en el alma, cuando de pronto Lecomte alzó la cabeza mientras agarraba el brazo de Siang.

Una claraboya protegida por una fuerte reja aparecía en el ángulo formado entre la pared y el techo.

—No cabe duda de que da al campo de pruebas —murmuró KB-09 con voz más tranquila.

Trepó sobre un montón de cajas, se izó hasta la abertura, pero lo que temía le arrancó un gruñido de cólera.

La claraboya estaba condenada, con su reja hundida en la piedra.

—¿Y bien? —inquirió Siang.

Mirando con más atención, Lecomte observó que los agujeros en la piedra habían sido rellenados con cemento. Empezó a rascar con la ayuda de su cuchillo y el cemento saltó.

—La cosa será larga —dijo—, pero es la única solución.

En un rincón había una escalera. Siang la pegó a la pared y se encaramó por ella.

—¡Adelante! —respondió febrilmente.

CAPÍTULO XVI

Eran las tres menos cuarto cuando la reja cedió.

Siang la sostuvo con toda la potencia muscular de que era capaz y luego la soltó.

Cayó al suelo con un ruido apagado mientras los dos hombres se miraban sonrientes.

Ahora, el camino estaba libre. Uno tras otro, se deslizaron a través de la abertura y salieron al aire libre en un foso cuya profundidad no superaba la estatura de un hombre y que discurría a lo largo de la pared del almacén.

Saltaron a la derecha, pero, en aquel momento, un haz de luz corrió a ras del foso, en tanto que otro barría la pared encima de ellos.

¡Los proyectores! Con un mismo impulso, se dejaron caer al suelo. Lecomte esperó una decena de segundos antes de arriesgarse.

Se incorporó lentamente y miró. Cuatro proyectores barrían el campo sin descanso, cruzando sus haces, y a su claridad Lecomte distinguió la rígida

silueta de un largo edificio de tres pisos.

¡Apenas doscientos metros!

La oscuridad se abatió sobre él y contó los segundos. 10..., 15..., 20... ¡Alto! Un chorro cegador se deslizó a Jo largo del foso y Lecomte inclinó la cabeza.

—Un verdadero récord —susurró, con una mueca—. ¡Doscientos metros en veinte segundos!

Pero Siang, que estaba tendido a su lado, señaló el ala derecha del campo. Un proyector barría el rincón.

—¡Los aviones, allí! —dijo.

Lecomte los distinguió y comprendió inmediatamente. Dos bimotores a hélice de un modelo muy antiguo.

—¡Atención! —dijo—. ¡Preparado!

Esperaron el paso del haz luminoso y luego, los dos a la vez, se izaron hasta la red de alambre espinoso.

Los alicates entraron en acción y, en el espacio de unos segundos, practicaron un boquete que les permitió deslizarse hasta el campo.

Se aplastaron al paso de otro haz luminoso y luego echaron a correr, en línea recta y en plena oscuridad, dispuestos a dejarse caer al suelo a la menor señal de alarma.

Finalmente alcanzaron los dos bimotores, los rodearon y se pegaron a uno de ellos. Oportunamente...

Un chorro de luz iluminó los dos aparatos y se deslizó sobre el césped con una lentitud exasperante.

A renglón seguido, delante de la fábrica, ahora muy próxima, apareció una patrulla, arma al brazo, arrastrando el paso en medio del silencio nocturno.

La patrulla rodeó la fábrica, y los dos hombres la vieron alejarse hacia otro edificio situado en la parte trasera.

Tal como había previsto Siang, transcurrirían diez minutos largos antes de que regresara; ése era el tiempo límite de que disponían para entrar en la fábrica.

Siguiendo escrupulosamente el plan que se habían trazado, Lecomte y Siang echaron a correr y llegaron de un tirón a una escalerilla de hierro que, en la esquina del edificio, conducía a uno de los cuatro puestos de vigilancia situado sobre el tejado con su proyector móvil.

Era de una audacia inaudita, desde luego, pero también la única posibilidad que se les ofrecía si no querían enfrentarse con las puertas

principales, protegidas sin duda por cerraduras inviolables.

Sí, la única posibilidad, con las dos ventanas rozando la plataforma del primer piso.

Lecomte escogió una de ellas después de haber echado una mirada en dirección al tejado. Allá arriba, todo parecía tranquilo y se oía claramente hablar a los individuos que manejaban el proyector.

* * *

La cosa fue rápida. Gracias al diamante, la ventana se abrió sin dificultad. Todo el resto estaba grabado en su mente.

En primer lugar, los lavabos donde acababan de penetrar, a continuación el pasillo central, y un segundo que se tomaba a la izquierda en dirección a una amplia escalinata. Ocho puertas a contar, y finalmente el despacho personal de Martha Cooper.

Llegaron a él en silencio gracias a las alfombras que cubrían los pasillos y Siang sacó su ganzúa.

A la tercera tentativa la puerta cedió y Lecomte iluminó la estancia con su linterna. Descubrió inmediatamente lo que buscaba y avanzó hacia el escritorio.

El magnetofón estaba allí, con su conexión directa al aparato telefónico y sus bobinas preparadas para funcionar a cada llamada.

Puso el magnetofón en marcha, comprobó el registro que le afectaba, cortó la cinta con un golpe seco, dio marcha atrás y volvió a cortar.

A continuación encendió una cerilla y prendió fuego al trozo de cinta, dejándolo caer en un cenicero de cristal. La materia plástica ardió rápidamente y Lecomte aprovechó el resplandor para consultar su reloj: las tres y cinco.

—¡Vamos! —susurró—. Al despacho del coronel Wong. ¡Y de prisa!

* * *

Estaba en el segundo piso, al fondo del pasillo, última puerta.

Una vez más, las ganzúas de Siang dieron cuenta de la cerradura, y el despacho espacioso en el cual penetraron les acogió con el mismo silencio y la misma austeridad.

Una mesa de trabajo completamente metálica, unas sillas de modelo corriente y unos ficheros alineados a lo largo de las paredes, de un gris descolorido.

Una fotografía de Mao sobre un fondo de terciopelo rojo presidía detrás de la mesa de trabajo, rodeada de los sempiternos axiomas del «Maestro».

Había que darse prisa, y los dos hombres empezaron por los cajones del escritorio, que cedieron uno a tras otro bajo la acción concertada de las ganzúas.

Los expedientes que contenían pasaron a manos de Siang, provocando cada vez una mueca de decepción en su rostro de luna llena.

Informes sin interés, fichas del personal, planos, maquetas procedentes de las salas de estudios.

Lo mismo cuando registraron los primeros ficheros murales.

Abandonando a Siang a sus pesquisas, Lecomte, dominado por la impaciencia, inspeccionó la estancia con la mirada. Una información tan importante debía de encontrarse en un lugar seguro. Pero allí no había ninguna caja fuerte, y los muebles que palpó con sus dedos expertos no le revelaron nada.

Súbitamente, como a efectos de una profunda inspiración, se volvió hacia el cuadro de Mao. Estaba convencido de que lo que buscaba se encontraba allí.

Se precipitó hacia el cuadro, pero la prudencia refrenó bruscamente todo su ardor. Si existía realmente la caja fuerte detrás del cuadro, no cabía duda de que habría un sistema de alarma en alguna parte.

Con una lentitud infinita, deslizó la hoja de su cuchillo por detrás del cuadro y encontró finalmente el punto de contacto. Dos hilos y dos tuercas de acero en contacto. Si se hacía girar el cuadro, las tuercas se separaban y sonaba un timbre de alarma.

KB-09 conocía ya aquel sistema, muy antiguo pero terriblemente sensible. Vio que Siang le observaba con una expresión de temor en el semblante.

Se decidió súbitamente. La conexión debía encontrarse en la falsa chimenea a la cual estaba pegado el cuadro y que servía de nicho a la caja fuerte.

La encontró deslizando la mano por la abertura y desconectó el cortacircuito. A continuación tiró del cuadro y éste, girando sobre sus goznes, desveló la caja fuerte blindada con sus cuatro botones dispuestos en cuadro en el centro.

Sin perder un segundo, Lecomte empezó a manipular el primer botón con una paciencia extraordinaria, acechando el minúsculo chasquido que traicionaría la primera cifra de la combinación.

Al final de su cuarta tentativa, cuando estuvo seguro de haber obtenido la cifra, se dio cuenta de que estaba empapado en sudor.

Por fin tiró de la pesada puerta de acero, la cual se abrió de golpe, sin el menor chirrido.

Tres expedientes aparecieron a la luz de la linterna. KB-09 los cogió con su mano libre y se los entregó a Siang.

El rostro del «Turbante Amarillo» se distendió mientras leía el segundo expediente.

—Asunto Runeberg —dijo, sin levantar los ojos—. Aquí está...

Leyó rápidamente las hojas atiborradas de signos y de croquis, sacudiendo la cabeza. Esta vez, las coordenadas que faltaban en el mensaje de Runeberg figuraban en el expediente, con la latitud exacta que situaba la fábrica secreta de Tian-Si a doscientos cuarenta y cinco kilómetros al sudoeste de la ciudad de Kun-Ming, en el Yunnan meridional.

Una anotación confirmaba asimismo la fecha del experimento de la primera bomba subterránea. *Miércoles, 20 de mayo. 10 de la mañana.*

Aquello bastaba. Era más que suficiente, y resultaba inútil demorarse más. Lecomte volvió a colocar los expedientes en la caja fuerte, la cerró, la cubrió con el cuadro y conectó de nuevo el cortacircuito.

Se trataba ahora de evacuar el lugar lo más rápidamente posible, y toda la tensión mental de los dos hombres se concentró en la última fase de la operación.

Salieron del despacho, descendieron la gran escalinata de mármol, pero, en el momento de alcanzar el primer piso, se inmovilizaron al mismo tiempo.

Alguien avanzaba por el pasillo, y el resplandor brutal de una linterna paralizó su corazón por unos segundos.

El vigilante nocturno se encontraba a sólo unos metros de distancia. Se detuvo bruscamente, pareció vacilar y luego reemprendió la marcha cautelosamente.

En el momento en que llegaba a la escalinata, Lecomte saltó sobre él en un verdadero alarde de potencia y de precisión. Golpeó la nuca del hombre con el filo de la mano, y el guardián dio un traspié hacia delante, perdido el equilibrio. Siang le alcanzó al vuelo con un segundo *atemi* en el cerebelo y le sujetó con una mano para mantenerle pegado a la pared.

La cosa fue breve. Su puñal relampagueó y el acero penetró en el pecho del guardián, a la altura del corazón.

Siang retrocedió mientras el hombre se desplomaba sobre la alfombra con un ruido apagado, semejante a un tronco de árbol abatido; se estremeció

violentamente y no volvió a moverse.

Ahora más que nunca era conveniente darse prisa. Sin intercambiar una sola palabra, echaron a correr, cruzaron el pasillo, franquearon la ventana y empezaron a descender la escalerilla de hierro.

Pero la desgracia les perseguía. Una vez más, se manifestó con la aparición repentina de otro guardián que subía en dirección a un puesto de vigilancia instalado en el tejado.

Lecomte le cogió en frío propinándole un puntapié en pleno rostro y el hombre, proyectado hacia atrás con una violencia inaudita, rodó hacia abajo con un aullido de pánico y de dolor.

Lecomte y Siang saltaron por encima de él y echaron a correr a través del campo, evitando por muy poco el haz de un proyector.

Detrás de ellos, el hombre continuó aullando y lanzando gritos, y lo que temían se produjo en el segundo siguiente.

Una sirena empezó a mugir lúgubrementemente. Resonaron unas órdenes breves. La alerta estaba dada.

* * *

Sin aliento, Lecomte y Siang se encontraban a unos metros de los dos bimotores que iban a ofrecerles un refugio provisional cuando dos proyectores les cogieron de lleno, inundándoles de una luz blanca de una claridad insoportable.

Crepitó una ráfaga..., luego otra..., una tercera...

Un enjambre de proyectiles zumbó por encima de sus cabezas mientras saltaban hacia los fuselajes.

El tiroteo cesó inmediatamente, y Lecomte comprendió que los chinos temían que una bala perdida hiciera estallar los depósitos de carburante.

Se volvió para considerar la situación. Los soldados de la patrulla se desplegaban sobre el campo, otros corrían, surgidos de la oscuridad como por arte de magia.

Dentro de unos segundos sería demasiado tarde, y la idea se le ocurrió a Lecomte en el preciso instante en que Siang se disponía a echar a correr en dirección a las alambradas.

—¡Cuidado! —gritó—. Vamos a ofrecerles unos bonitos fuegos artificiales.

Retrocedió unos metros, mientras los soldados se acercaban a la carrera, escogió el bimotor que se encontraba detrás de él y disparó tres balas contra uno de sus depósitos de carburante.

Una claridad rojiza surgió del fuselaje en el preciso instante en que Lecomte saltaba, arrastrando a Siang en su caída. Recorrieron veinte metros antes de que la explosión sacudiera el suelo, bajo sus pies, y luego rodaron, arrastrados por la onda expansiva del gigantesco estallido.

Restos incandescentes fueron proyectados al aire, en medio de un torrente de fuego y de humo. Con un último y desesperado salto, los dos hombres recorrieron unos cuantos metros más.

Aquello les salvó. El segundo avión estalló a su vez, en el momento en que alcanzaban el paso practicado en la alambrada. Pero, esta vez, la onda expansiva fue tan intensa, que Lecomte y Siang se vieron proyectados contra el suelo con una violencia terrible. Una masa inflamada pasó por encima de ellos y estalló contra la pared del almacén farmacéutico.

Luego, un grito desgarró los oídos de KB-09. Siang, proyectado contra la red de alambre espinoso, se debatía como un animal cogido en una trampa.

Lecomte tiró del brazo derecho del chino y le desprendió de las puntas aceradas profundamente hundidas en sus carnes.

—¡Haga un esfuerzo, rápido! —gritó KB-09.

Empujó a Siang delante de él, y los dos hombres rodaron al foso. Detrás de ellos sólo se oían ahora aullidos, gritos de odio y de cólera, órdenes rabiosas... Unas siluetas inconcretas danzaban a la claridad del incendio.

Quedaba aún la posibilidad de aprovechar aquel desorden y aquella confusión, y con esa última esperanza los dos hombres pasaron a través de la claraboya y cruzaron el almacén a la carrera.

Cuando llegaron ante el muro del recinto, Siang estuvo a punto de abandonar. Su brazo sangraba abundantemente y se negaba a todo esfuerzo suplementario.

KB-09, sin vacilar, levantó al chino y aguardó a que se hubiera agarrado a su brazo para izarse a su vez.

Cayeron en la calle, pero ya el pánico reinaba en los alrededores de la fábrica. Numerosas personas, despertadas por el estrépito, se agrupaban al final de la calle, cortándoles la retirada.

No cabía pensar en alcanzar la boca de la alcantarilla, y Lecomte maldijo entre dientes.

—¡El descampado, aprisa! —decidió.

Siang le siguió ciegamente en medio de los detritus y los escombros, y se zambulleron en un hoyo, jadeantes.

—No tenemos salvación —murmuró el chino, con una mueca de dolor.

Pero Lecomte había sacado el plano de su bolsillo y lo examinó rápidamente a la claridad de su linterna.

—¡Eso está por ver! —exclamó—. Hay otra boca a trescientos metros de aquí.

La alcanzaron sin saber cómo, y sólo cuando estuvieron en el subterráneo KB-09 consultó su reloj y pensó en Ursula. ¡Las cinco y diez!

A las siete, la joven abandonaría el pabellón para refugiarse en la Embajada francesa.

Por lo tanto, no había un minuto que perder, si no, sería el fracaso completo, *en toda la línea*.

CAPÍTULO XVII

Eran las siete menos cinco cuando Lecomte y Siang irrumpieron en el pabellón.

Ursula estaba en medio del salón, dispuesta a marcharse, con su maleta en la mano. Se derrumbó en los brazos de Lecomte.

—¡Oh! ¡Gerard! ¡Gerard! —sollozó.

KB-09 la sacudió enérgicamente.

—¡Vamos, ya ha terminado todo! ¡Ocúpese de Siang! ¡Valor, pequeña!

El chino se había quitado ya la americana. Su camisa estaba roja de sangre. Ursula recobró de golpe el sentido de las realidades. Desgarró la manga de la camisa, echó una ojeada y luego cogió su maletín.

—¿Es grave?

—No, nada serio.

—Gracias a Dios.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Ursula, mientras sacaba una jeringuilla del maletín.

Lecomte le resumió la odisea en unas frases rápidas, en tanto que la joven inyectaba a Siang suero antitetánico.

—El chasquido que tanto le intrigó ayer..., ¿lo recuerda?

—Sí.

—Al extremo del salón, delante del ventanal; levante la alfombra y examine el piso. Encontrará algo.

KB-09 obedeció sin pedir más explicaciones, localizó rápidamente el lugar señalado por la joven y, de un nicho análogo al que contenía el detector

de ondas cortas, retiró un pequeño aparato en forma de cubo.

Un microminiatura, ultrasensible, estaba pegado a la pared superior con la ayuda de una ventosa magnética.

—He cortado el contacto —dijo Ursula, sin volverse—, no hay nada que temer. Pero mire el interior.

Lecomte hizo saltar la tapa. Dos bobinas de registro ocupaban la parte superior del bloque.

—Decididamente —dijo Lecomte, sacudiendo la cabeza—, hoy es el día de los magnetófonos.

Restableció el contacto y pulsó el botón de lectura. La bobina llena empezó a devanarse en silencio. Cortó, levantó el sistema de registro y, durante un largo momento, estudió el interior del bloque.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió Siang, con una mueca de dolor.

—Creo que he comprendido. Se trata de un emisor. —¿Qué?

—Tranquilícese, los chinos no tienen nada que ver con esto, si no, estaríamos ya atrapados. No, este aparato pertenece al S. D. E. C. E. y fue colocado por Darbois. La felicito, Ursula, ha dado usted con el emisor más sensacional que conozco.

—¿De qué se trata?

Lecomte señaló el aparato.

—Es muy fácil. En primer lugar, el registro se efectúa normalmente sobre el magnetófono, el cual funciona sin descanso. A continuación, todo el proceso es automático. Al final de la bobina, un mecanismo vuelve a enrollarla a gran velocidad. El mensaje es emitido entonces en unos segundos, lo cual hace prácticamente imposible la localización del emisor, sobre todo teniendo en cuenta que es direccional. Está en relación directa con la Embajada francesa, donde un receptor, adaptado a su frecuencia, registra el mensaje rápido en otro magnetófono. Basta con restablecer la velocidad normal de desenrollado para recuperar el registro de un modo audible. Eso puede durar eternamente, ya que después de cada emisión la cinta magnética de nuestro aparato queda limpia de su texto y preparada para un nuevo registro. Astuto, ¿verdad? Desde luego, el detector que poseemos hubiese podido señalarnos la presencia de este emisor, pero, como sólo funciona unos segundos cada dos o tres horas, la localización no se hubiera conseguido más que por un verdadero milagro.

Ursula se volvió, interrumpiendo el vendaje.

—Entonces, todo lo que aquí se ha dicho desde...

—Ha sido registrado por la Embajada francesa. Lo que equivale a decir que no somos los únicos que nos interesamos por el caso Runeberg. Más tarde nos ocuparemos de eso...

Se produjo un pesado silencio, que Ursula rompió con una voz agotada.

—¿Qué ha decidido usted a propósito de Runeberg?

—Runeberg es ahora la última de mis preocupaciones. Por otra parte, ignoro dónde se encuentra y ello no tiene ya importancia. Mi objetivo es la fábrica secreta de Tian-Si.

—¿No le basta la información que posee?

—Quiero la destrucción de esa fábrica antes de que sea demasiado tarde. Un bombardeo en territorio chino resultaría muy arriesgado, y podría incluso provocar una guerra mundial. No, es imposible. Necesitamos un comando de sabotaje que se encargue de la tarea. Pero, para eso, tenemos que conseguir unas informaciones muy concretas acerca del sistema de protección exterior y de la naturaleza del terreno que rodea la fábrica. Los muchachos tienen que actuar con el máximo de posibilidades de triunfo.

Ursula enarcó las cejas.

—Siendo así, ¿cuál es su idea?

Lecomte cogió el programa turístico que le había sido entregado por Li-Chang y que les permitía escoger entre las «curiosidades locales» autorizadas por el Luxingshe.

Se dirigió a Siang.

—He aquí lo que va usted a hacer —decidió—. Va a llamar a Li-Chang. Le dirá que mi esposa se encuentra mucho mejor y que, deseosos de continuar nuestro viaje, nos hemos inclinado por visitar las ruinas medievales de Man-Chu.

—¿Las ruinas de Man-Chu? ¿En el Yunnan?

—El folleto señala la orilla derecha del río Rojo. Según mis cálculos, no hay más de cincuenta kilómetros de distancia entre las ruinas de Man-Chu y la fábrica de Tian-Si.

El rostro de Siang se iluminó.

—¡Genial! —exclamó—. ¡Formidable!

—Dígale a su honorable patrón que deseamos salir mañana por la mañana. Una vez allí, ya inventaremos algo. Desde luego, cuento con usted.

Siang reflexionó unos instantes. La idea era excelente, pero debían obtener aún el acuerdo de sus jefes, y tuvo que esperar ocho horas antes de llamar al despacho de Li-Chang.

El delegado del Luxingshe tomó nota de la petición, prometió hacer lo necesario inmediatamente y llamar media hora más tarde para una confirmación oficial y definitiva.

Mientras Siang colgaba, KB-09 avanzó y, con un gesto, señaló la americana del chino tirada sobre un diván.

—Siang —dijo bruscamente—, me gustaría saber qué es lo que ha cogido esta noche en el despacho de Wong.

Sorprendido por aquel ataque directo, el «Turbante Amarillo» tuvo una ligera vacilación, antes de que una divertida sonrisa distendiera su cara de luna.

—Es usted muy observador —murmuró.

—Mi profesión me obliga a serlo, amigo mío.

Siang hurgó en un bolsillo, sacó una cajita, la abrió y exhibió un frasco lleno de pastillas blancas.

—¿Qué es eso? —inquirió Lecomte—. ¿Pastillas para la tos?

—Algo mucho mejor. Se trata de la nueva droga hipnótica de que hablaba Runeberg en su mensaje. Es a base de haschich y de mescalina. Perdida la voluntad, anulada totalmente su personalidad, el sujeto se convierte en un esclavo dócil y obediente, fácilmente influible. Nuestra sección soñaba desde hace mucho tiempo con obtener una muestra de este producto, únicamente utilizado por los servicios secretos de Pekín. La casualidad ha querido que lo descubriera en el despacho de Wong. Eso es todo.

Lecomte examinó el frasco y luego, deliberadamente, vació la mitad del contenido en su mano.

—Muy interesante —dijo—. Y puesto que los pequeños regalos mantienen la amistad, partes iguales entre Taipeh y Washington. ¿De acuerdo?

Ante la impasibilidad de Siang, entregó las píldoras a Ursula, la cual se apresuró a meterlas en una cajita que guardó en su bolso. Después de lo cual, sin pronunciar una sola palabra, Lecomte cruzó el salón y penetró en el cuarto de baño.

* * *

La exactitud y la puntualidad chinas no eran un mito: KB-09 salía de la ducha, a las ocho y media en punto, cuando sonó el teléfono, con Li-Chang al otro extremo del hilo.

El delegado había hecho las gestiones necesarias y tenían reservadas unas plazas a bordo de un avión que se dirigía a Kun-Ming, la capital del Yunnan.

La salida estaba fijada para el día siguiente, a las nueve de la mañana.

Pero, como debían llenar la jornada del lunes, Li-Chang rogaba amablemente al matrimonio Lecomte que se dignara honrar con su presencia el almuerzo ofrecido en la Facultad de Medicina por el congreso médico de Pekín, presidido por el célebre doctor Tchi-Ko.

Rechazar la invitación no hubiese sido prudente, y Lecomte la aceptó a pesar de la fatiga que pesaba sobre él y sobre sus dos compañeros.

CAPÍTULO XVIII

Eran más de las seis de la tarde cuando el trío regresó al pabellón con un alivio comprensible.

Desde luego, la comida había sido excelente, el ambiente cálido y fraternal, y el doctor Tchi-Ko se había mostrado, como de costumbre, muy amable, sin dejar de afirmar la alegría que experimentaba al encontrarse de nuevo con los que consideraba como excelentes y fieles amigos. Pero Lecomte no se había dejado engañar, y la ojeada que había intercambiado con Siang reafirmó sus dudas y sus temores.

Por motivos que se le escapaban, aquella invitación no era más que un pretexto, un medio de los más elegantes para retenerles el mayor tiempo posible a base de discursos, de buenas palabras y de platos sabrosos.

Algo se tramaba, estaba convencido de ello. Pero ¿qué?

Se formulaba aún la pregunta cuando, después de haber soltado el detector, siempre insensible, miró a su alrededor.

—Hemos tenido visitas —dijo, enarcando las cejas—. Sospechaba algo por el estilo.

—¡Dios mío, Gerard! —gimió Ursula—. Si han descubierto el pasadizo secreto...

De un salto, KB-09 se precipitó hacia el fondo del salón para recuperar el famoso aparato emisor del S. D. E. C. E.

—¿Qué hace usted? —preguntó Siang.

—No tema, he desconectado el emisor. Sólo he dejado funcionando la magneto.

Colocó el aparato sobre una mesa, dio marcha atrás, desenrollando la bobina y luego pulsó el botón de lectura.

A continuación encendió un cigarrillo y esperó.

Bruscamente, un ruido de pasos resonó en el altavoz. Inmediatamente, alguien habló: Li-Chang.

Unas órdenes rápidas en chino. Rumor de pasos. Una puerta que se cerraba.

Un breve silencio. Luego, la voz de Li-Chang, esta vez hablando en inglés.

—Bueno, ya estamos aquí, camarada MacGregor. ¿Qué ha averiguado usted?

Una voz con fuerte acento irlandés respondió:

—¡Nada! Vengo directamente de la Facultad de Medicina. He permanecido más de media hora detrás de la mirilla de observación, y he tenido tiempo de examinar a mis anchas al profesor Lecomte. Lo siento, pero no conozco ese rostro. Por otra parte, me han informado de que las fotografías que usted envió al Lien Lo Pou no coinciden con ninguna de las de los agentes extranjeros cuyas señas poseemos. Ese hombre es completamente desconocido, camarada Li-Chang.

—Todo eso no prueba nada, lo sabe usted perfectamente.

—Entonces, ¿por qué motivo no se ha ordenado a los servicios de la Embajada china en París que efectuaran una investigación?

—¿Para qué hubiera servido? ¿Para informarnos de que realmente existe un profesor Lecomte, casado con una doctora? Vamos, vamos, los servicios secretos franceses no habrían llevado su audacia hasta el punto de enviarnos un falso arqueólogo y una falsa doctora.

—¿Está usted completamente seguro? En lo que respecta a ella, de acuerdo... Pero ¿él?

—No se ha cortado una sola vez. Todo lo que ha dicho en materia de arqueología era rigurosamente exacto.

Un chasquido de encendedor..., la voz de MacGregor:

—En su lugar, yo le detendría y le sometería a tratamiento. Es el único medio para averiguar la verdad.

—No, imposible. Con otro, tal vez, pero se trata de un personaje muy importante. Si cometemos un error, provocaremos un incidente diplomático, cosa que hay que evitar, sobre todo actualmente, tratándose de Francia.

—Bueno, a fin de cuentas es cosa suya.

—He recibido órdenes concretas del Politburó. Y además, francamente, sólo podemos basarnos en suposiciones.

—Unas suposiciones muy curiosas, reconózcalo. Dos días después de su llegada a Pekín, esa pareja solicita visitar el hospital de las Banderas Rojas.

Una petición que a primera vista no tiene nada de sorprendente, lo admito, pero de todos modos el profesor Runeberg acababa de salir de aquel hospital. A renglón seguido entran en relación con una tal Martha Cooper, cuyo marido era el compañero de habitación de Runeberg. Una vieja amistad, al parecer. También estoy dispuesto a admitirlo. La tal Martha Cooper viene a este pabellón y, a partir de entonces, desaparece por completo de la circulación. Desde luego, ignoro lo que ha podido pasar entre ellos, pero confiese que las coincidencias son un poco raras, mucho más teniendo en cuenta que los Cooper trabajaban en la fábrica de aviación dirigida por el coronel Wong. Y, para terminar, su profesor Lecomte decide esta misma mañana visitar las ruinas de Man-Chu, que se encuentran en las inmediaciones de la fábrica secreta de Tian-Si.

—Figuran en el programa turístico —confesó Li-Chang, en tono enojado.

—¡Una hazaña de su organización! —replicó MacGregor—. En fin, la cosa no tiene remedio. Ahora, volvamos a lo de la fábrica de aviación. Le supongo enterado de lo que ha ocurrido esta noche.

—Sí, desde luego, pero ha sido obra de un comando nacionalista, estamos convencidos de ello.

—Dos hombres son muy poca cosa para un comando... ¿Está usted seguro de ese guía que acompaña actualmente al matrimonio Lecomte?

—¿El camarada Siang? Goza de toda nuestra confianza. Y además, es imposible. Mis hombres vigilan el pabellón día y noche, y le aseguro que...

—¿No hay otra salida?

—No, el pabellón ha sido registrado de arriba abajo. No hay nada.

Un breve silencio.

—Me preocupa la desaparición de Martha Cooper. Es la segunda en este asunto.

—¿La segunda?

—Acuérdese. Fang-Yu, aquel interno del hospital de las Banderas Rojas, que desapareció misteriosamente durante la estancia de Runeberg, poco antes de que el Lien Lo Pou localizara la estación de radio clandestina que estaba en contacto con Formosa.

—¿Entonces?

Ruido de pasos..., el chasquido de un mechero...

—¿No cree que eso da que pensar? Si Fung-Yen pertenece a la red nacionalista, tendremos que cambiarnos el fusil de hombro. Francia no tiene nada que ver en el asunto.

—Sí, comprendo. Los nacionalistas de Chang-Kai-Chek colaboran muy estrechamente con los norteamericanos.

—Exacto. Lo cual equivale a decir que su Lecomte podría muy bien ser un agente de la C. I. A. ¿Acaso no se manifestó la C. I. A. en Oslo después del rapto de Runeberg? ¿Se da cuenta, camarada Li-Chang? Basta con reflexionar.

Un gruñido de cólera de Li-Chang.

—¿Qué propone usted?

—Espere, creo que se me ha ocurrido una idea.

Otro silencio.

—En mi opinión, disponemos de un medio excelente para confundir a ese hombre —continuó la voz de MacGregor.

—¿Cuál?

—Recurrir al agente albanés que me permitió hacerme con Runeberg.

—¿Su amigo Georges Riva?

—Exactamente. Riva es un tipo sensacional, siempre se lo he dicho.

—Con el papel que desempeñó en el asunto Runeberg no lo dudo. Pero ¿cómo?

—Riva está en relación con un agente doble de la C. I. A., un tal Porter. Es el único que conoce los códigos actuales utilizados por Langley^[16]. Supongamos que le ponemos en contacto con ese Lecomte, y que se presenta a él como un colega enviado como refuerzo por ese demonio de hombre al que todo el mundo conoce por el nombre de «Coronel». Si Lecomte es en realidad un agente de la C. I. A., hay diez posibilidades sobre diez de que caiga en la trampa.

—La idea es excelente, lo reconozco. Pero ¿cree usted que Riva aceptará?

—Se sentirá muy dichoso de poder prestarles este servicio. Es un hombre que el Lien Lo Pou debería utilizar, ya se lo he dicho.

—Lo pensaré, pero el tiempo apremia. Póngase inmediatamente en contacto con los servicios secretos de Tirana. Que Georges Riva esté mañana en Man-Chu. Que se hospede en el hotel del Viento del Este. Allí es donde están reservadas las habitaciones para los Lecomte.

—Yo también voy a ir. Tengo que estar en Tian-Si el miércoles por la mañana.

—Sí, lo sé. Pero, sea prudente. En caso necesario, puede recurrir a mi guardia personal. Cinco militares de la tercera sección del Lien Lo Pou escoltarán al profesor Lecomte hasta Man-Chu y asegurarán su vigilancia completa.

Otro breve silencio.

—¿Nada más, camarada Li-Chang?

—Sí. En cuanto haya terminado, llámeme inmediatamente.

Ruido de pasos..., una puerta..., algunas palabras en chino dirigidas al oficial encargado de la inspección.

Una vez más, el registro había sido negativo.

Con un gesto seco, Lecomte desconectó el magnetófono y el suspiro que exhaló tradujo el alivio general.

Ursula fue la primera en hablar.

—¿No cree que sería mucho más prudente anular ese viaje? —inquirió.

—¡Jamás! Es el único medio de cambiar la dirección del viento. En lo que respecta a Riva, yo me encargaré de él, tranquilícese.

Ursula contempló el magnetofón.

—Ha tenido usted una idea excelente —dijo—. Lo cual no impide que ese MacGregor me dé miedo...

—Por mi parte, no es a él a quien temo, sino a los cinco individuos que se encargarán de nuestra vigilancia.

Siang, entre dos bostezos, sonrió de un modo enigmático.

—Eso puede arreglarse —dijo—. A veces tengo ideas, ¿saben?

—Yo también —replicó Lecomte, señalando el muelle diván—. E incluso, a decir verdad, unas ideas muy buenas.

Se dejó caer y se quedó inmediatamente dormido.

CAPÍTULO XIX

El cuatrimotor a bordo del cual viajaban Lecomte, Ursula y Siang, había despegado de Pekín a las nueve en punto en dirección a Kun-Ming, la capital del Yunnan.

A bordo reinaba el silencio, turbado únicamente por el runruneo de los motores y el ir y venir de las azafatas de sonrisa estereotipada y siempre dispuestas a intervenir a la menor señal, a la menor llamada.

Las escalas se habían sucedido: Tai-Yuan, Si-Ngnan, Tcheng-Tu, y, después de sobrevolar los montes Ping-Chan, que se erguían protectores alrededor de la llanura de Yi-Pin, el aparato volaba rectamente hacia Kun-Ming.

Para Lecomte y sus dos compañeros, aquel paseo aéreo no era más que un preámbulo a unas ocupaciones más peligrosas, cuyo anticipo venía dado por la presencia de los cinco militares instalados en la cola del aparato y que no se habían movido desde la salida.

Verdaderas estatuas, embutidas en uniformes verdes, de rostro impenetrable.

Un invisible Pigmalión pareció actuar sobre ellos cuando el avión se inmovilizó en el aeródromo de Kun-Ming, y Lecomte, una vez sobre el campo, les vio precipitarse hacia un automóvil de color negro perteneciente al servicio de seguridad.

Li-Chang lo había previsto todo; el viaje hasta las ruinas de Man-Chu debía efectuarse por carretera, y un segundo automóvil, facilitado por una delegación local del Luxingshe, esperaba al trío.

Siang se instaló al volante y echó una ojeada al espejo retrovisor.

El automóvil negro se ponía en marcha.

Cruzaron la ciudad, enfilaron una carretera desértica excavada en la roca y, al cabo de una hora, se hundieron entre dos acantilados rocosos. Ascendían una montaña árida, bañada por un sol implacable.

Siang apretaba a fondo el acelerador sobre la carretera en espiral. A cada viraje, la grava chirriaba bajo los neumáticos.

Al llegar a la cumbre, había conseguido ganar doscientos metros al vehículo que les seguía, y bajó a tumba abierta por la vertiginosa pendiente.

De pronto, su pie aplastó el pedal del freno, se arrimó a la derecha y se detuvo. Sus ojos se clavaron en la esfera de su reloj.

La pequeña saeta del segundero completaba la vuelta.

—¡Atención, ahora! —dijo.

Detrás de ellos, el motor del automóvil negro se había desvanecido en el silencio del desierto. Luego, súbitamente, crepitó una ráfaga, corta y seca, que murió en rebotes sonoros entre los acantilados de granito.

Fieles a la cita, los miembros de la sección regional de los «Turbantes Amarillos», alertada por Siang antes de salir de Pekín, entraban en acción, como verdaderos especialistas de la emboscada.

Transcurrió un cuarto de hora. Luego volvió a oírse el rugido de un motor y el automóvil negro avanzó hacia ellos, cargado con los mismos uniformes verdes, pero esta vez «con buena carne nacionalista en el interior», como dijo Siang al reconocer a sus hermanos de armas.

—En cuanto a la otra —añadió, señalando las formas negras y pesadas que planeaban en lo alto—, hará las delicias de los buitres.

—¡Bravo! —aprobó Lecomte—. Un buen trabajo, viejo. Ahora, somos dieciséis, un pequeño batallón.

—¿Dieciséis?

—¡Claro! ¿No dicen que hombre prevenido vale por dos? Somos ocho: eche la cuenta.

Siang gruñó:

—Eso es un insulto. Un «Turbante Amarillo» vale por mil de esos perros malolientes de maoistas...

—En tal caso, formamos un verdadero ejército.

Siang estalló en una carcajada, mientras los dos vehículos reanudaban la marcha.

* * *

La montaña se tragaba al sol, y las rojeces de un rápido crepúsculo besaban las cumbres cuando Lecomte y sus compañeros llegaron a la aldea de Man-Chu.

Era una especie de poblado de casitas bajas con tejados de bálago, y las calles sin empedrar estaban marcadas por unas profundas rodadas.

Unos obreros macilentos y descarnados abandonaban los arrozales contiguos encabezados por un comisario del pueblo más apto para manejar el silbato que la hoz.

Unos grupos pasaron por delante de los vehículos sin prestarles la menor atención, y Siang se dirigió hacia el hotel del Viento del Este, situado al otro extremo de la aldea y al borde mismo de la pequeña carretera que conducía a las ruinas medievales.

El hotel comprendía tres edificios que daban a un patio central lleno de gallinas y de patos, y prolongado por un prado que servía de *parking*. En el prado en cuestión había un automóvil.

Siang se ocupó de las formalidades de rigor, exhibió sus credenciales, y el trío fue acompañado a dos habitaciones situadas en el edificio más exterior.

También allí, Li-Chang no había dejado nada al azar. En el mismo rellano habían sido reservadas otras habitaciones para el equipo de vigilancia.

KB-09 contó seis, en total, pero el rayo de luz que se filtraba por debajo de la puerta de la séptima, al otro extremo del pasillo, hizo asomar una sonrisa a sus labios.

En el curso de la cena que les fue servida más tarde, en el comedor del hotel, se confió a Siang y a Ursula.

—MacGregor, probablemente —susurró, con la boca llena—. Su automóvil está en el *parking*. Bueno, sólo nos queda esperar a Riva. Creo que no tardará mucho en presentarse.

—¿Y si no viene? —preguntó Ursula, incapaz de tragar el menor bocado.

—Tendremos que esperar hasta mañana por la mañana. Ahora es demasiado pronto para hacer proyectos. Vamos, cómase el arroz, la entonará.

En aquel instante resonó el ruido de un motor en el patio, seguido del chirrido de unos frenos. Por la ventana vieron a un hombre que se apeaba del automóvil, le pagaba al chófer y, maleta en mano, cruzaba el patio en dirección a la sala común.

—¡Ahí está! —murmuró Siang.

Sólo podía ser Georges Riva, en efecto, y Lecomte le observó atentamente mientras franqueaba el umbral del hotel para dirigirse hacia el despacho de recepción.

Era de estatura mediana, con un rostro huesudo y una nariz aguileña encima de un fino bigote, cuidadosamente recortado.

—Sepárese de nosotros —murmuró Lecomte, dirigiéndose a Siang—. Eso le dará más confianza.

Siang se puso en pie y abandonó la sala. La mirada de Lecomte volvió a posarse en Riva.

El albanés parecía muy seguro de sí mismo, afectando una desenvoltura demasiado estudiada. KB-09, que le vigilaba con el rabillo del ojo, le vio dirigirse hacia la mesa que le habían destinado. De pronto se detuvo y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa, como si acabara de descubrirles.

—¡Vaya! —exclamó, en un inglés impecable—. ¿Quién podía pensar en encontrar a unos europeos en este rincón perdido? Es una verdadera sorpresa... ¿Ingleses? ¿Franceses? ¿Alemanes?

Lecomte se puso en pie con una amable sonrisa.

—Franceses —dijo.

—Lo siento, pero no hablo una sola palabra de su idioma.

—No tiene importancia.

—Me llamo Reading... George Reading. Ciudadano inglés. Soy ingeniero y trabajo para una compañía petrolífera.

Esperó a que Lecomte hubiera terminado con las presentaciones para señalar una silla desocupada.

—¿Puedo sentarme un momento?

—Se lo ruego.

Riva dejó de sonreír en cuanto se encontró instalado entre Lecomte y Ursula. Se inclinó para declarar, en voz baja:

—Eso ha sido para la galería. Démonos prisa, su guía puede regresar...

Dirigió una rápida mirada a su alrededor antes de añadir:

—El jabalí en Z-22 despista al cazador si toma el atajo que le conduce de D-14 a S-18. ¿Comprende, amigo?

Lecomte le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué clase de charada es ésta? —inquirió.

—Traduzca con la clave 3-W. Le repito que es muy urgente, debo transmitirle unas instrucciones del coronel.

—¿Qué coronel? ¿De qué diablos está hablando?

Riva pareció algo desconcertado.

—La Embajada francesa me ha informado de su itinerario —dijo—. Por favor, trate de comprender. Tiene que regresar a Pekín inmediatamente: hemos localizado a Runeberg.

Ursula suspiró.

—No comprendemos absolutamente nada de lo que dice, señor Reading. Mi marido es arqueólogo, y no conocemos a su coronel ni a su amigo Runeberg. Sufre usted un error, evidentemente...

Riva enarcó las cejas.

—Un momento —dijo—. ¿Debo traducirle el «especial Y-8»? «La luna se mira en las aguas del estanque y sus sonrisas corren sobre las leves olas». Vamos, tómese el tiempo necesario, aunque la cosa esté muy clara, ¿no?

Riva utilizaba un código ultrasecreto de Langley, empleado únicamente por el coronel para los contactos excepcionales que debían entablar dos agentes que no se conocieran^[17]. El «Especial Y-8» era el más reciente, y el único capaz de hacer caer en la trampa al más listo de los agentes de la C. I. A. ¡Un buen trabajo!

Riva esperaba, pendiente de los labios de Lecomte, pero quedó chasqueado una vez más.

Había que reconocer que el informador de Riva, aquel doble agente norteamericano llamado Porter, no había omitido nada, y Lecomte se prometió ajustarle las cuentas, si tenía la suerte de volver a poner los pies en Langley.

Lecomte miró a Ursula y luego susurró entre dientes, con un asomo de exasperación:

—Oiga, mi querido señor, me gustaría saber a qué estamos jugando. Tengo la impresión de que no estamos conectados al mismo circuito. Mi

esposa tiene razón, debe tratarse de un error...

—¿De..., de veras no conoce usted el «Especial Y-8»? Fue puesto en circulación el mes pasado, acuérdesese...

—Por favor —suplicó Ursula—, esta escena empieza a resultar penosa...

Riva se encogió de hombros, pero la expresión de despecho que asomó a su rostro traicionó lo mucho que le había afectado el fracaso de su tentativa. Seguro que lamentaba haber efectuado aquel viaje para un resultado tan lastimoso.

Lecomte se puso en pie.

—Mi esposa y yo le rogamos que nos disculpe —dijo—. Se está haciendo tarde, y mañana tenemos una jornada muy cargada.

Riva se puso en pie a su vez, con una jovial sonrisa en la comisura de los labios.

—Tiene usted razón —dijo—. Era un simple juego. Les pido que olviden todo esto y que me disculpen a su vez.

Se retiró muy dignamente, con la seguridad de haber sido tomado por un loco o por un atolondrado por aquella pareja de turistas de cuya absoluta inocencia estaba ahora convencido.

CAPÍTULO XX

Cuando Lecomte y Ursula volvieron a tomar posesión de su cuarto, la puerta estaba entreabierta. En la oscuridad, Siang esperaba, sentado en el borde del lecho.

Se puso en pie, cerró la puerta y encendió la luz.

—En este preciso instante acaba de entrar en la habitación de MacGregor —susurró.

—Es una continuación lógica.

—¿Ninguna dificultad?

—En absoluto. Ahora sólo falta conocer la reacción de MacGregor.

—¿La llamada telefónica a Li-Chang? ¡No se preocupe por eso!

Siang hurgó debajo del colchón y retiró un receptor de radio de modelo reducido.

—Estamos organizados —dijo con orgullo—. Nuestros muchachos no pierden el tiempo. Han colocado una ficha de inducción cerca de los hilos telefónicos. Ese aparato reproduce las variaciones de corriente y las transmite

a un registrador alimentado por la misma corriente que pasa por los hilos. Recibimos por radio en lenguaje claro, a medida que se habla. Sólo hay que esperar.

Lecomte silbó entre dientes, lo cual provocó una risita nerviosa en Siang.

Sólo tenían que esperar, en efecto, cosa que hicieron en el silencio de la habitación, fumando cigarrillos.

Transcurrió un cuarto de hora. Luego se oyó un ruido de pasos en el pasillo y unos crujidos en la escalera.

El receptor fue conectado inmediatamente. El altavoz chirrió ligeramente. Después, una voz pidió un número de Pekín a la central más próxima.

Un nuevo silencio de veinte minutos, y finalmente se estableció la comunicación entre MacGregor y Li-Chang.

MacGregor confesaba voluntariamente su error. El experimento había fracasado y, con gran pesar por su parte, el profesor Lecomte podía ser exonerado de toda sospecha.

De todos modos, aquella prueba tranquilizadora debía figurar en la cuenta de Georges Riva, cuya competencia en materia de C. I. A. no podía ser puesta en duda, a lo cual respondió Li-Chang que era preferible que el asunto hubiese tenido aquel desenlace.

—¿Qué debo hacer?

La respuesta de Li-Chang no se hizo esperar.

—Puede abandonar el caso, camarada MacGregor. Que dejen continuar normalmente su viaje al profesor. En cuanto a Riva, dígame que he sostenido una entrevista a propósito de él con el coronel Wong, el cual siente muchos deseos de conocerle y quiere ofrecerle un puesto semejante al de usted en el seno del Lien Lo Pou. Está de acuerdo en que le lleve usted a la fábrica de Tian-Si, mañana por la mañana. En el fondo, le debemos esa compensación, ¿no cree?

—No esperaba menos de usted, camarada Li-Chang.

—Por mi parte, le agradezco su lealtad. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Siang cortó. Resplandecía de alegría. Y tenía motivos para ello.

—¡Formidable! —exclamó, haciendo chasquear sus dedos—. Desembarazados de MacGregor y de Riva, a partir de mañana podremos trabajar con toda seguridad.

Lecomte no respondió. Cogió el cigarrillo de los labios de Ursula, le dio unas chupadas y se lo devolvió.

—Bueno, ¿qué pasa? —inquirió Siang ante su mutismo.

Lecomte se dejó caer sobre el borde del lecho.

—¿Cómo marcha lo de la nueva estación clandestina?

—Ejem... Temo que haya que esperar aún dos o tres días. Pero me avisarán a tiempo, no se preocupe.

—Y, entretanto, perderemos el tiempo inútilmente... No, creo que puede hacerse algo mejor, y el propio Li-Chang acaba de inspirarme la idea. Puedo estar en Tian-Si mañana por la mañana, a las diez.

—¿En Tian-Si?

—Georges Riva es desconocido de los técnicos de la base y del propio coronel Wong. ¿Por qué no puedo asumir su personalidad?

—¿No irá a creer que MacGregor se convertirá en cómplice suyo? —preguntó Ursula, desconcertada.

—Pues, sí. Un cómplice dócil y obediente. Siang, ¿recuerda lo que me dijo a propósito de la droga hipnótica que robó en el despacho de Wong?

Abrió el bolso de Ursula y sacó la cajita que contenía las pastillas blancas.

—Vamos a utilizar sus propias armas —añadió—. Y sobre MacGregor. Disponemos de toda la noche para llegar a... digamos convencerlo. ¿De acuerdo?

—Bueno, bueno —gruñó Siang, todavía vacilante—. Supongamos que la cosa sale bien. Que penetra usted en la fábrica. ¿Y después?

—Improvisaremos sobre la marcha.

Lecomte se volvió hacia Ursula.

—Espero que tenga usted algunas nociones de psiquiatría...

La vio palidecer.

—Yo..., yo...

—Sí, de acuerdo, pero tiene que intentarlo. Bastará con repetirle que soy Georges Riva. Terminará por creerlo. Es muy sencillo.

—Para usted, todo es siempre muy sencillo.

—¡Siempre!

—Es lo que oigo decir desde que salimos de Formosa —suspiró Ursula.

Lecomte sonrió compasivamente.

—Sé que la prueba ha sido muy dura para usted —dijo—. Pero me veo obligado a pedirle un nuevo esfuerzo. Voy a necesitarla.

Se volvió hacia Siang.

—¡Y a usted también! No hay un segundo que perder, amigo mío. Diga a sus hombres que hay que liquidar a ese Riva. De un modo silencioso. A continuación nos ocuparemos de MacGregor.

El chino se puso en pie, inclinó la cabeza y salió de la habitación sin hacer el menor ruido.

Lecomte cogió un cigarrillo del paquete de Ursula, lo encendió y se dejó caer sobre el lecho.

* * *

Media hora más tarde regresó Siang.

—Misión cumplida —anunció.

Sorprendido en la cama, el espía albanés no había ofrecido la menor resistencia y, gracias a la habilidad de los cinco «Turbantes Amarillos», su cadáver reposaba ahora en el fondo de un pantano situado en las inmediaciones del hotel.

Le había llegado el turno a MacGregor y, pistola en mano, Lecomte y Siang se dirigieron hacia la habitación que el agente del Lien Lo Pou ocupaba al fondo del pasillo.

La luz estaba apagada, y cuando se pegaron contra la puerta llegó a sus oídos un leve ronquido.

A un gesto de Lecomte, la masa de carne y de huesos de Siang se abatió contra la puerta, la cual se abrió con un crujido brutal.

En el interior del cuarto resonó un grito de ahogada sorpresa, y la silueta de MacGregor se recortó sobre la cama, bruscamente incorporada.

Pero era demasiado tarde. El «jab» de Lecomte le alcanzó de lleno en la boca del estómago, y un directo al mentón le envió de nuevo a los brazos de Morfeo.

Ayudado por Siang, KB-09 le transportó a su habitación y le echó sobre la cama sin el menor miramiento.

—Vamos —dijo—, y no escatime la dosis. Ese tipo tiene unas buenas tragaderas.

Ursula cogió dos pastillas y, con la ayuda de un gran vaso de agua, se las hizo tragar a MacGregor, que continuaba inconsciente.

Había que esperar el final del sueño profundo que constituye la primera fase de un haschichismo agudo, y que según los sujetos puede durar de treinta a cuarenta minutos.

Luego aparecerían los primeros síntomas de la hipnosis, siguiendo a la excitación psíquica que iba a traducirse en una gran euforia y un completo relajamiento muscular.

Es el momento que esperaba Ursula para empezar el «tratamiento» psicológico. MacGregor sería un sujeto pasivo, incapaz de la menor reacción,

abandonado a la voluntad dominante de Ursula.

El agente del Lien Lo Pou abrió los ojos, dirigió una estúpida mirada a su alrededor y sonrió beatíficamente.

—MacGregor —susurró Ursula—, relájese, no se mueva... Su mente debe quedar libre..., libre... Tiene que olvidar lo que ha pasado..., no volver a pensar en ello..., nunca...

—Nunca..., nunca... —repitió maquinalmente la voz de MacGregor.

—Ni esta habitación... ni lo que acaba de suceder en su cuarto... Bórrelo de su mente... Georges Riva se separó de usted... y usted se acostó..., se durmió... y continúa durmiendo, MacGregor..., durmiendo...

El pulso disminuyó ligeramente su ritmo, un frío helado invadió el cuerpo de MacGregor.

—Mañana por la mañana irá usted a la fábrica de Tian-Si en compañía de su amigo Georges Riva... Ahora, mire bien el rostro del hombre que se inclina sobre usted... Es el de Georges Riva... Es Georges Riva...

—Riva... Riva... ¡Oh! ¡Oh!

Los ojos enrojecidos escrutaron desesperadamente las facciones de KB-09.

—Es Georges Riva —insistió Ursula—. Georges Riva... Mire bien, MacGregor... ¡Mírele!

En la habitación reinaba una gran tensión. MacGregor se debatía aún entre lo absurdo y la realidad. Aquello duró un largo momento; luego, por fin, todo su ser cedió. El malestar provocado por la intoxicación había desaparecido poco a poco, pero los reflejos mentales eran todavía muy lentos. Por milésima vez, el nombre de Georges Riva golpeó sus tímpanos y MacGregor sacudió la cabeza como un hombre vencido, abrumado, privado de todo recurso.

—Insistiremos dentro de dos horas —decidió Ursula, agotada—. Dejémosle dormir un poco.

Lecomte le ofreció un cigarrillo.

—¿Qué opina de su estado?

—Creo que será necesaria una tercera píldora, como medida de precaución. A partir de ahora le tenemos bajo nuestra voluntad. Ya no es capaz de distinguir su personalidad de la de Riva. Mientras duren los efectos de la droga, las órdenes que hemos transmitido a su cerebro le obligarán a reconocerle a usted como Georges Riva.

—¿Por cuánto tiempo?

—Lo ignoro. Con una droga normal, los fenómenos de alucinación pueden durar de cinco a seis horas. Si no quiere tener sorpresas, le aconsejo

que se atenga a ese período.

—De acuerdo. Me basta ese tiempo. En cinco horas pueden ocurrir muchas cosas. Y no nos hará falta más para alcanzar la frontera birmana, ya que nuestra misión termina aquí, como puede suponer. A no ser que Siang tenga una idea mejor.

El chino sacudió la cabeza.

—Birmania es, en efecto, el único país vecino donde podemos refugiarnos. La frontera se encuentra a trescientos kilómetros, pero mis hombres van a ocuparse de eso. De todos modos...

Pareció vacilar.

—Sí —continuó—, creo que un equipo de protección les será útil en caso de que suceda algo imprevisto. Nunca se sabe... ¿Por qué no puedo acompañarle con dos de mis hombres?

KB-09 sonrió.

—Siempre el pequeño ejército, ¿eh?

—En Tian-Si no me conoce nadie, ni siquiera el coronel Wong —prosiguió Siang—. Y la excusa es válida. Ahora que le han exonerado de toda sospecha, cinco guardias no son ya útiles para su vigilancia, y MacGregor puede haber decidido reservarse tres de ellos para asegurar su propia protección, así como la de Georges Riva. ¿Puede inculcársele esa idea?

Lecomte reflexionó unos instantes, y luego su mirada se posó en MacGregor.

—Aún estamos a tiempo —dijo, sonriendo.

* * *

Al amanecer, Siang y sus hombres parecían haber resuelto los últimos detalles de aquella jornada decisiva.

Un camión de transporte serviría perfectamente para alcanzar la frontera birmana, que luego cruzarían por sus propios medios a través de un desfiladero que permitiría eludir los puestos fronterizos.

Tres de sus hombres, utilizando el automóvil negro, se ocuparían de aquel problema en las horas siguientes.

Viajarían de noche, y el lugar de reunión había sido fijado en una pequeña cabaña aislada que Siang señaló sobre un mapa de la región, a orillas del río Rojo.

Allí debía refugiarse directamente Ursula después de haber abandonado el hotel del Viento del Este a bordo del vehículo del Luxingshe.

Unicamente era de desear que la ausencia de Georges Riva no llamara demasiado la atención del encargado del hotel, pero, en la confusión de la partida, nada pareció despertar la desconfianza del viejo, medio adormilado aún.

Ursula salió en primer lugar. Luego siguió el automóvil de MacGregor, conducido por uno de los hombres de Siang. El irlandés, instalado en el asiento delantero, entre Lecomte y el chófer, daba aún muestras de cansancio, pero la influencia hipnótica a la cual estaba sometido no había alterado en nada su comportamiento habitual.

Pareció surgir de sus ensueños en el momento en que el vehículo se alejaba del hotel. Volviéndose hacia Lecomte, inquirió:

—¿Ha dormido usted bien, Riva?

—Estupendamente, mi querido amigo, gracias. En cambio, usted parece un poco cansado. ¿Qué le pasa?

—He dormido muy mal; la cama era muy dura, el hotel infecto... Un poco de fatiga, sí, pero no es nada.

Se volvió hacia Siang, embutido en un impecable uniforme.

—Lamento haberle impuesto este viaje, teniente, pero quedará libre dentro de unas horas. Una simple medida de precaución a propósito de mi persona y de la de mi amigo Riva.

Había aprendido bien la lección y la recitaba con un convencimiento absoluto.

Apartándose del río Rojo, el vehículo no tardó en rodar por una zona desértica, con arena, guijarros y rocas hasta donde alcanzaba la vista.

A través de aquel caos discurría una carretera de segundo orden que el sol matinal transformaba ya en un verdadero horno. Tras muchas vueltas y revueltas, llegaron finalmente a la vista de la fábrica secreta.

Los dos mil kilómetros cuadrados de hormigón formaban un inmenso cuadrilátero celosamente guardado, con sus triples barreras de alambrada, sus numerosos puestos de vigilancia y el incesante ir y venir de las patrullas de choque.

Eran apenas las nueve cuando el automóvil cruzó la puerta principal, donde MacGregor presentó su salvoconducto. Evidentemente, los centinelas habían recibido órdenes al respecto, ya que el rastrillo fue levantado sin la menor dificultad.

A una indicación de MacGregor, el vehículo giró bruscamente para adentrarse por una vasta explanada prácticamente desierta y detenerse

finalmente ante un edificio de ocho pisos, en cuyo tejado ondeaba una inmensa bandera china.

Los cinco hombres se apearon. Precedidos por MacGregor, penetraron en un espacioso vestíbulo, y en medio de la efervescencia general fueron acogidos por media docena de guardias que llevaban brazaletes rojos.

A continuación fueron conducidos a través de un laberinto de pasillos, al final de los cuales llegaron a un amplio despacho en el cual se encontraban agrupados una docena de personajes, paisanos y militares, cuya sonrisa expansiva era un fiel reflejo de la de Mao, en su cuadro gigante.

Un hombre avanzó, embutido en un impecable uniforme verde con numerosas condecoraciones. Saludó a MacGregor y luego se volvió hacia Lecomte.

—Bien venido a Tian-Si, camarada Riva —dijo—. Soy el coronel Wong.

—Encantado, coronel.

Wong se inclinó ligeramente.

—Nos sentimos muy honrados al tenerle entre nosotros, por el inmenso servicio que ha prestado a nuestro país. Le acogemos, pues, como a un amigo, camarada Riva, en nombre de todos nuestros hermanos oprimidos por los capitalistas occidentales.

Un caluroso aplauso siguió a aquel florido parlamento, y mientras el coronel Wong empezaba las presentaciones de rigor señalando al profesor Tcheng, gran maestro de Tian-Si, los ojos de Lecomte se posaron en un hombre cuya presencia le había pasado inadvertida hasta entonces.

Era un europeo, y su rostro tenso reflejaba a la vez el malestar y la desesperación más inmensos.

Un rostro que KB-09 veía por vez primera en su forma viviente, pero cuya imagen estaba grabada en él desde el comienzo de aquella fantástica aventura.

¡El rostro del profesor Vitalis Runeberg!

CAPÍTULO XXI

Para Lecomte, los minutos que siguieron fueron interminables. Oscuramente, adivinaba el drama que iba a representarse de un momento a otro detrás de las enormes puertas blindadas que daban acceso al laboratorio experimental.

Una especie de gravedad helada le había invadido al pensamiento de que los chinos podían muy bien, a partir de entonces, lanzar su ataque relámpago sobre los países del mundo libre.

Si era así, todos sus esfuerzos se derrumbarían de golpe y tendría que asistir, impotente, al aniquilamiento de una parte de la humanidad, víctima del arma más implacable que el genio diabólico del hombre había creado.

Rechazó la idea, negándose a creer en ella.

Sin embargo, un frío sudor empapaba su espalda cuando las puertas blindadas se abrieron de par en par. Siang y sus dos hombres no fueron autorizados a entrar en el laboratorio, y se les rogó que se unieran al servicio de guardia dispuesto en los pasillos que rodeaban el bloque central.

Lecomte no se asombró por el hecho, ya que formaba parte de la estricta lógica de las cosas. El laboratorio sólo podía ser visitado por los personajes oficiales, y los que se encontraban ya en su interior eran los fieles colaboradores del profesor Tcheng.

Lecomte les descubrió, atareados detrás de inmensos aparatos más extraños unos que otros, y su primera visión del laboratorio le causó una fuerte impresión.

Confusamente, intuyó que su misión iba a cumplirse en aquel escenario alucinante. De un modo u otro. Y se estremeció cuando la voz del profesor Tcheng resonó en la sala.

Anunciaba, con frases de elogio, el resultado de dos años de esfuerzos consagrados a la realización del arma más espectacular y, sobre todo, más temible del siglo. En efecto, la primera bomba subterránea estaba por fin construida y dispuesta para ser lanzada. En aquella fecha memorable, afirmaba la supremacía militar china y el coronamiento de todos los esfuerzos llevados a cabo en la lucha contra la opresión.

Sobre un planisferio gigantesco, se encendió un itinerario luminoso en territorio chino y Tcheng señaló el punto final: una zona desértica de la provincia de Kuen-Lun, que iba a servir de objetivo experimental para el cohete subterráneo.

—No llevará ninguna carga nuclear —explicó Tcheng—, sino un explosivo corriente, cuya combustión nos será señalada por un dispositivo especial, el cual nos indicará también que la bomba ha alcanzado su blanco. Así lo ha decidido el Politburó.

Lecomte notó cierta efervescencia en la asamblea, ganada por el entusiasmo.

Miró furtivamente a Runeberg. Una desesperación inmensa continuaba pesando sobre él, y a Lecomte no le resultó difícil adivinar la terrible lucha que se estaba desarrollando en su interior.

Desde luego, el peligro no era tan inminente como había temido. Pero ¿de cuánto tiempo dispondría, suponiendo que aquel primer experimento se viera coronado por el éxito?

Sí, ¿de cuánto tiempo? Conscientes de que por fin disponían de un arma que les convertía en dueños del mundo, ¿renunciarían los dirigentes chinos a su orgullo y a su sed de venganza? ¿No desencadenarían una guerra relámpago que iba a decidir la suerte de la humanidad?

Aquellos pensamientos asaltaron a KB-09 como un enjambre de avispas furiosas, mientras el profesor Tcheng daba sus órdenes a los técnicos.

Eran las diez y media de la mañana. En uno de los campos de pruebas, otro equipo, en el momento de la señal, controlaría la salida del cohete cuando éste se hundiera en el suelo, verticalmente, para atravesar la corteza terrestre y precipitarse en el magma.

¡Dos mil kilómetros! ¡Tres horas de viaje! Una asombrosa marca de técnica y de precisión.

Sí, ahora estaba todo preparado. La cuenta hacia atrás desgranaba sus últimos segundos. Luego, bruscamente, una lucecita roía se encendió sobre un tablero de control.

Unas voces zumbaron en los amplificadores, procedentes del campo de pruebas. Se encendieron unas pantallas, inundando con su resplandor los rostros graves y tensos que rodeaban al profesor Tcheng.

—¡Bomba disparada! —exclamó el profesor, ganado por la emoción.

En la sala, todas las miradas permanecieron clavadas en las pantallas de radar destinadas a señalar el avance del artefacto subterráneo, mientras que, una a una, las pequeñas lámparas empezaban a parpadear en el circuito luminoso.

MacGregor posó una mano crispada sobre el brazo de Lecomte.

—Bueno, Riva, ¿qué opina de esto? Formidable, ¿no es cierto?

—Sensacional, tengo que reconocerlo. Pero, una pregunta: ¿puede desviarse la trayectoria de la bomba?

La pregunta no pareció sorprender al irlandés.

—¿Desde luego! No representa ningún problema, sobre todo a partir del momento en que la bomba navega por el magma. Pero el profesor Tcheng le dará todas las explicaciones necesarias a ese respecto.

Señaló al gran maestro de Tian-Si, el cual hablaba animadamente por teléfono.

—Cuando haya terminado de hablar con el Presidium —añadió MacGregor—. Les está dando la gran noticia.

Transcurrió un minuto. Luego, Tcheng colgó el receptor. Su rostro había asumido repentinamente una profunda gravedad. Finalmente, se decidió a hablar.

—Ante el éxito completo del lanzamiento, el Presidium nos ordena que dirijamos la bomba hacia el continente americano.

Hizo un gesto para calmar al auditorio.

—A título experimental, desde luego. La región escogida está situada en el Estado de Nevada, entre las ciudades de Eureka y de Curie. Un lugar prácticamente desierto, por lo que es casi seguro que nuestra bomba no producirá víctimas. El Presidium desea asegurarse de la manejabilidad del cohete subterráneo y, sobre todo, de la precisión a larga distancia de nuestros sistemas de teledirección. En efecto, en la lucha decisiva que tenemos entablada contra el imperialismo norteamericano y el revisionismo soviético, el menor error podría sernos fatal, y queremos actuar sobre seguro en los objetivos militares a alcanzar, el día que se desencadene la gran ofensiva.

Un silencio impresionante reinó entre el auditorio. Lecomte había palidecido intensamente. Una ola helada le había recorrido de la cabeza a los pies mientras Tcheng daba unas órdenes rápidas a los técnicos.

Sobre el planisferio gigante, el circuito luminoso cambió bruscamente de dirección. Una nueva lámpara se encendió para anunciar el cambio de itinerario.

Obedeciendo a los servocontroles, *la bomba se dirigía ahora en línea recta hacia Nevada.*

—¡No tienen derecho a hacerlo! ¡No tienen derecho a hacerlo!

La voz acababa de estallar como una amenaza..., como un desafío. Todo el mundo se volvió como un solo hombre.

Vitalis Runeberg se precipitaba hacia el profesor Tcheng con el rostro pálido, desfigurado.

—¡Son ustedes unos monstruos! —aulló—. ¡Paren eso! ¡Es un crimen!

Tcheng trató de dominarle, pero cayó de espaldas bajo el brutal asalto del sabio sueco. Runeberg corría ahora hacia los aparatos de control, apartando a los técnicos a su paso, echándose desesperadamente sobre los sistemas de teledirección.

Como en un relámpago, Lecomte entrevió una solución. La única. La más descabellada, tal vez, y la más temeraria que se le hubiera presentado en todo el curso de su vida aventurera.

Saltó en el preciso instante en que el coronel Wong se precipitaba hacia delante en compañía de tres técnicos. Cayó cerca de Tcheng, el cual se incorporaba, espumeando de rabia y dispuesto a lanzarse a su vez sobre Runeberg.

Pero el chino sólo esbozó el gesto. El brazo izquierdo de KB-09 se había doblado alrededor de su cuello con una violencia inaudita, cortándole la respiración. Empuñando el Tokarev con su mano derecha, Lecomte apuntó a la concurrencia.

—¡Que nadie se mueva! —aulló.

La estupefacción dejó como clavados a los presentes. Luego, un grito de cólera taladró el silencio.

—¿Se ha vuelto usted loco?

En su furor, el coronel Wong fue a desenfundar su revólver, pero la bala le alcanzó de lleno y se desplomó como una masa, con las dos manos crispadas sobre el vientre. Vomitó una blasfemia, rodó por el suelo en un sobresalto de agonía y fue a inmovilizarse a los mismos pies de Lecomte.

Un viento de pánico soplaba ahora en el inmenso laboratorio. KB-09 comprendió que debía actuar rápidamente. Hizo un gesto con la cabeza a Runeberg, que estaba a su lado.

—¡Vamos, profesor! ¡Dese prisa! ¡Traiga la bomba!

—¿Tra... traerla?

—¡Sí! ¡Hacia Tian-Si!

Aquellas palabras fueron como un latigazo para Runeberg. Lecomte le oyó correr detrás de él.

Luego, su oído percibió unos chasquidos, un cambio de registro en los runruneos que ascendían de los altavoces.

Sobre el planisferio, una lámpara se apagó, luego otra.

El circuito luminoso empezó a reducirse en dirección a la fábrica.

—¡Bloquee los mandos!

El ruido de una manecilla dejada caer sobre sus soportes.

A continuación, algo que era arrancado, roto. Un gemido murió en los labios de Tcheng.

—Está usted loco —murmuró—. Está usted loco...

—Es posible —replicó Lecomte—, pero no acabe de sacarme de mis casillas. Sólo disponemos de diez minutos. Dentro de diez minutos, la fábrica

volará por los aires, y yo le ofrezco la oportunidad de salvarse.

Era también su oportunidad, entrevista en medio del desorden y de la confusión que se trataba de crear de un extremo a otro de la fábrica. Había poco tiempo, sí, pero...

—Haga sonar la alarma, exija la evacuación inmediata de Tian-Si. No es aún demasiado tarde. Sólo usted puede hacerlo, Tcheng...

Lecomte empujó al chino hasta el interfono que Runeberg le señalaba con el gesto. Tcheng empuñó el micrófono y, con voz vibrante, dio una serie de órdenes.

Casi inmediatamente estalló el aullido de una sirena. Mientras Tcheng se incorporaba, espumeando de rabia y de cólera, Runeberg gritó:

—¡Cuidado!

MacGregor acababa de lanzarse hacia delante, seguido de cuatro hombres. Soltando a Tcheng, Lecomte les hizo frente, disparando contra el grupo.

Cuatro hombres cayeron. Sólo le quedaba una bala en la recámara. Pero MacGregor estaba ya encima de él.

Aferrados el uno al otro, rodaron por el suelo en un cuerpo a cuerpo salvaje, implacable. El Tokarev escapó de la mano de KB-09, alcanzado por un golpe magistral de MacGregor.

La batalla fue de corta duración. El irlandés era sólido, sí, pero Lecomte consiguió incorporarse, evitando por muy poco un cabezazo de su adversario, al cual detuvo en pleno impulso con un terrorífico puñetazo. Proyectado hacia atrás, MacGregor fue a estrellarse contra un tablero mural de ebonita erizado de manecillas y de botones.

Un aullido de MacGregor, cuyo cuerpo empezó a arder como una antorcha.

Lecomte se había echado hacia atrás, tratando de recuperar su arma, pero las puertas blindadas acababan de abrirse y, en la abertura, reconoció a Siang y a sus dos hombres que hacían irrupción, metralleta en mano.

Estallaron unas ráfagas, cortas, breves, asesinas, y en el espacio de unos segundos el laboratorio quedó completamente limpio.

Pasando por encima de los cadáveres, Lecomte fue a reunirse con los recién llegados, seguido de Runeberg. Cogió al vuelo la metralleta que le lanzó el chino.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Siang, completamente desconcertado.

—La bomba vuelve hacia Tian-Si. ¡Sólo disponemos de seis minutos!

Los ojos de Siang se clavaron en el sabio sueco.

—Runeberg, ¿no es cierto?

Su rostro se crispó.

—Los documentos... Dese prisa... Necesitamos los documentos...

Runeberg le miró con unos ojos inmensos.

—¡Oh, no! No me obliguen a hacer eso, por favor...

Siang avanzó. El cañón de su metralleta se hundió en el pecho de Runeberg.

—Haga lo que le he dicho.

Runeberg sacudió la cabeza, como si estuviera atontado. Luego dio media vuelta y entró en el despacho del profesor Tcheng, mientras Lecomte se volvía hacia Siang.

—Salga de aquí, yo me ocuparé de él. Encuentre un vehículo, cualquiera... Dese prisa, por amor de Dios.

Siang hizo una seña a sus hombres.

—Al patio principal —dijo, antes de echar a correr.

Los tres «Turbantes Amarillos» desaparecieron por un pasillo, tragados por la multitud enloquecida por el pánico.

KB-09 se volvió. Runeberg abría unos cajones, hurgando con sus manos ávidas en los expedientes amontonados en ellos. Le vio deslizar un fajo de cuartillas en un bolsillo de su americana y luego correr hacia él.

No dio más que tres pasos. Una bala estalló. Alcanzado de lleno, en pleno impulso, Runeberg se derrumbó como si acabara de abrirse un abismo a sus pies.

Lecomte apuntaba ya su metralleta contra el agresor. Era Tcheng... Tcheng, que se había arrastrado desde el laboratorio, con el Tokarev en su mano crispada. La última bala del cargador había liquidado a Runeberg.

Una risotada feroz, la última, brotó de sus labios mientras se derrumbaba a su vez. La metralleta crepitó, pero la ráfaga de KB-09 sólo taladró un cadáver.

—¡Runeberg!

Lecomte se inclinó, cogió al sabio entre sus brazos. Un hilillo de sangre discurría por la comisura de sus labios.

Rápidamente, la mano de Lecomte hurgó en el bolsillo, sacó las cuartillas. Eran unas páginas en blanco, manchadas de sangre... ¡Nada más!

¿La verdad? La adivinó en el rostro crispado de Runeberg, al que la muerte arrastraba a sus abismos eternos; en la palabra inaudible que brotó de sus labios con el estallido de una minúscula burbuja de jabón...

CAPÍTULO XXII

Cuando Lecomte salió al patio principal, un último grupo de fugitivos se disputaba aún los vehículos abandonados a orillas del *parking*.

Siang y sus hombres defendían la posesión de un viejo jeep, y los culatazos llovían a mansalva.

Al ver a KB-09, Siang abandonó la lucha para saltar al volante. Empujado por los dos «Turbantes Amarillos», Lecomte cayó de cabeza en el interior del vehículo, el cual arrancó brutalmente.

—¿Y Runeberg? —preguntó Siang, aferrado al volante con una agilidad simiesca.

—¡Muerto! Tcheng le ha asesinado cuando se disponía a salir.

—¿Y los documentos? ¿Los tiene usted?

Lecomte consultó su reloj.

—¡Más aprisa! No es el momento de hablar de eso.

Quedaban dos minutos. Cruzaron en tromba el puesto central y el jeep, rebotando como una pelota de goma, salió disparado hacia el desierto árido y sofocante.

A lo lejos se distinguían otros vehículos rayando el horizonte con largas estelas de polvo negruzco. En el cielo, tres aviones del ejército chino trepaban en flecha, tomando altura.

El jeep había conseguido devorar un kilómetro largo cuando Lecomte anunció:

—¡Cuidado! Está a punto de...

El final de su frase se perdió en el fragor de una explosión gigantesca, que cuarteó la superficie del terreno como un terremoto de una violencia inaudita.

El suelo vibró debajo del jeep y el vehículo derrapó bruscamente. Siang enderezó el volante *in extremis*, en el momento en que la onda expansiva golpeaba al vehículo como una bala de cañón.

Lecomte se volvió, estimulado por una alegría feroz. Tian-Si acaba de destruirse bajo una verdadera serie de explosiones en cadena. Toneladas de materia incandescente se elevaban en medio de un torrente de fuego y de humo.

Una gran seta empezó a formarse, subiendo al asalto del cielo color de plomo.

El sol desapareció, sumiendo la llanura infinita en una penumbra de pesadilla.

—Un buen trabajo —comentó Siang, sin perder su impasibilidad.

Lecomte sonrió satisfecho, y se secó la frente cubierta de sudor y de polvo.

—Eso es lo que se llama una devolución al destinatario —dijo.

* * *

Eran casi las dos de la tarde cuando el jeep se detuvo a orillas del río Rojo.

Había llegado el momento de separarse de los «Turbantes Amarillos», cuya misión estaba ya cumplida.

Siempre enigmáticos, evacuaron el vehículo, saludaron por última vez y se perdieron entre la maleza, deseosos de regresar a su sector por sus propios medios.

Ahora sólo tenían que reunirse con Ursula y esperar el camión de transporte que los otros tres «Turbantes Amarillos» del equipo debían facilitarles para llegar a la frontera birmana.

El jeep reemprendió la marcha, y una hora más tarde se detuvo delante de la famosa cabaña abandonada que iba a servirles de refugio hasta que se hiciera de noche.

El lugar estaba desierto, perdido en medio de un espeso bosque, poblado de trinos de aves y del confuso rumor de pasos de unos animales invisibles.

El automóvil utilizado por Ursula estaba estacionado un poco más lejos, a la orilla del río, y el verlo tranquilizó a Lecomte.

Entró en la cabaña, y en el instante en que la joven le recibía en sus brazos, Lecomte experimentó una súbita sensación de malestar.

Tal vez la expresión aturdida del rostro de Ursula..., su cuerpo que temblaba contra el suyo..., su boca que se agitaba en el vacío sobre una frase que no salía..., el seco chasquido de la puerta detrás de él...

Y luego... Y luego la voz que le llegó como un cuchillo clavándose en su espalda.

—¡Arriba las manos, los dos!

Lecomte obedeció, mientras Ursula retrocedía, con los ojos desorbitados. Una mano libró a Lecomte de su metralleta, que llevaba colgada en bandolera, otra le empujó hacia el fondo de la cabaña. Girando sobre sí mismo, KB-09 se volvió.

—¡Siang!

El chino le apuntaba con su arma. Una leve sonrisa distendía sus bezudos labios.

—Vamos, amigo mío, sea razonable y no me complique la tarea. Ahora hablamos en serio, ¿no es cierto?

—¡Siang! ¿Qué significa esto?

Con el cañón de su metralleta, Siang señaló una rústica mesa que se erguía en el centro de la cabaña.

—¡Los documentos de Runeberg! Sáquelos despacio y échelos ahí encima. Si obedece no le pasará nada, tiene usted mi palabra.

Una arruga cruzó la frente de Lecomte. Sacudió la cabeza varias veces.

—¡Oh! ¿De modo que era eso? Bravo, en materia de disimulo, no puede pedirse más.

—¡Por última vez, obedezca! No me obligue a matarle.

—¿Para quién trabaja usted, Siang?

El chino hizo un gesto de nerviosismo, pero no pasó de ahí. Súbitamente, detrás de él, una cortina que dividía en dos la única habitación de la cabaña se apartó y una silueta se pegó a su espalda. Resonó una voz seca, nerviosa:

—¡Arriba las manos, chinito! ¡Y nada de tonterías!

Un grito de furor estalló en la boca de Siang. Dejó caer su arma, y un violento empujón le envió al lado de Ursula.

Lecomte reconoció entonces al individuo de elevada estatura que se erguía delante de él, empuñando una pistola.

—¡Y usted también, señor Lecomte!

No había el menor rastro de jovialidad en el rostro de Pierre Darbois, el agente de la S. D. E. C. E.

CAPÍTULO XXIII

Una leve sonrisa distendió los labios de Lecomte. Decididamente, se iba de sorpresa en sorpresa. ¡Y ésta era mayúscula! Manteniendo los brazos levantados, se pegó a la pared de tablas.

—Le felicito, Darbois. Posee usted el don de llegar siempre en el momento oportuno. Una excelente cualidad.

Sin captar la ironía, Darbois señaló a Siang con la mirada.

—Estoy aquí por él —dijo.

—¿Qué es lo que se traen entre manos?

—Nada de lo que usted cree.

—Entonces...

Darbois sonrió.

—Sé que va a ser un golpe para usted, pero es la verdad. Siang es un agente del M. V. D.^[18]

Lecomte no parpadeó, y Darbois continuó:

—Su visita al hospital de las Banderas Rojas despertó el interés de Moscú. Al principio, nadie comprendía nada. Todo el mundo ignoraba el asunto Runeberg, y era necesario que usted hiciera algún movimiento para que el M. V. D. pudiera pegarse a su estela.

—Tampoco usted perdió el tiempo, con el pequeño emisor que dejó en el pabellón, ¿eh?

—Lo siento, amigo mío, pero yo también tengo una tarea que cumplir.

—No se lo reprocho. Su aparatito, por otra parte, me ha sido muy útil... Pero, continúe, la cosa se pone interesante.

—Desde luego, la enfermera Tsao-Lin pertenece asimismo al M. V. D., puesto que fue ella quien le envió a Siang, en cuanto tuvo conocimiento del famoso mensaje que debía usted recuperar de la viuda de Cooper. Siang era un doble agente: se había introducido en la sociedad de los «Turbantes Amarillos», y la maniobra resultó fácil.

KB-09 se volvió a mirar a Siang. Éste permanecía impasible, pareciendo encontrar una especie de dignidad en su orgullo. Pero la mirada helada que dirigía a Darbois traicionaba su cólera y su odio.

—Darbois —preguntó tranquilamente Lecomte—, ¿cómo se enteró de todo eso?

—No resultó difícil, a partir del momento en que nos convencimos de que Siang era el hombre que andábamos buscando desde hacía mucho tiempo. ¡Oh! Una vieja historia que no interesa a la C. I. A., pero Siang sabe perfectamente a qué me refiero.

—Continúe.

—Desgraciadamente, las pruebas no nos llegaron hasta ayer. Usted había salido ya de Pekín, y era demasiado tarde para advertirle.

—¿Y ha venido usted a Man-Chu para ponerme en antecedentes? ¡Muy amable por su parte!

—Sabíamos que se dirigía usted a Tian-Si... Pero he tenido la suerte de encontrar a Ursula en el cruce de la carretera nacional, y ella me ha conducido a esta cabaña. Me lo ha explicado todo. Lo único que podíamos hacer era aguardar su regreso, con la esperanza de que Siang no le hubiera hecho una mala jugada.

Lecomte sonrió sarcásticamente.

—Su historia sería perfecta —dijo—, si no fuera por un pequeño detalle. Desde luego, su intención era la de acabar con Siang en cuanto entrara en la cabaña. Por ello se ocultó usted detrás de la cortina. Pero cuando Siang me ordenó que le entregara los planos de Runeberg, cambió usted de idea y decidió matar dos pájaros de un tiro. Pero hay una pega, e incurre usted en el mismo error que Siang: yo no tengo los documentos de Runeberg.

El rostro de Darbois conservó toda su gravedad.

—Miente usted, y eso es lo que me fastidia.

Lecomte continuó sonriendo.

—Sin embargo, es la pura verdad. Pero, por favor, vayamos hasta el final. Suponiendo que los tuviera, ¿qué ocurriría? ¿Cree que se los entregaría tan fácilmente?

—Es usted un hombre muy fuerte, lo sé. Pero no ha comprendido nada. Esos documentos no le interesan a Francia. Por lo menos, no he recibido ninguna orden a propósito de ellos. Lo que quiero es que los destruya usted delante de mí, después de lo cual quedará en libertad.

—¡No le crea! —intervino Ursula—. Está mintiendo. ¡No es más que una trampa!

—Tranquilícese. Déjele continuar.

—Escúcheme bien —dijo Darbois—. La terrible amenaza que pesaba sobre el mundo libre se ha desvanecido, gracias a usted, lo reconozco, pero sólo para cambiar de terreno. Ese invento es demasiado diabólico, y no debe llegar a Washington. No tengo intención de matarle, pero no vacilaré en hacerlo si no obedece.

KB-09 suspiró y levantó todavía más los brazos, a pesar de la fatiga y del agotamiento que ponían plomo en sus miembros.

—Le repito que no tengo nada, Darbois. Si no me cree, regístreme.

Darbois pareció vacilar, y luego se decidió a dar un paso hacia delante, después otro... En aquel instante, el brazo de Siang se distendió bruscamente: el puñal que llevaba en una vaina atada a su brazo, en el interior de la manga de su guerrera, salió disparado. La hoja penetró directamente en el corazón de Darbois, el cual cayó como fulminado por un rayo.

De un salto, profiriendo un grito salvaje, Siang se lanzó sobre la pistola de Darbois, que había caído al suelo. Pero el pie de Lecomte alcanzó el rostro del chino en el momento en que se apoderaba del arma.

El pie estalló en su mandíbula como un obús. Proyectado hacia atrás, no soltó por ello la pistola, pero una ráfaga crepitó brutalmente y el cuerpo de Siang se derrumbó pesadamente.

Lecomte se irguió frente a Ursula, que sostenía aún en sus manos la humeante metralleta.

—¡Bravo, pequeña! —exclamó—. Acabo de convencerme de que es una mujer de armas tomar...

Ursula se dejó caer sobre una silla, temblando como una hoja.

—¡Gerard! —murmuró, con voz apagada.

—¿Sí?

—Gerard, los documentos..., ¿los tiene usted?

Lecomte no respondió. Su mirada se había vuelto hacia el cuerpo inerte de Darbois. Pensaba en Runeberg..., en aquel rictus que semejaba un desafío eterno lanzado a la faz del mundo..., en aquellas páginas en blanco... manchadas de sangre.

EPÍLOGO

El camión de transporte había llegado al atardecer. ¡A la hora prevista!

En la cabaña vacía, desembarazada de los dos cadáveres, los tres «Turbantes Amarillos» encargados de la operación final habían parecido vacilar ante la ausencia de Siang. Pero la explicación de Lecomte consiguió tranquilizarles.

Siang, según aquella explicación, se había marchado por sus propios medios, considerando preferible conservar el cargo que ostentaba en la China popular.

El camión se puso en marcha inmediatamente, y el viaje nocturno se había efectuado en las mejores condiciones, gracias a la prudencia de los tres nacionalistas y al itinerario escrupulosamente establecido.

Antes de que amaneciera llegaron al desfiladero y, respetando las últimas indicaciones de su guía, Lecomte y Ursula abandonaron el camión y cruzaron la frontera china a través de montañas y bosques, hasta llegar a la aldea birmana de Pakombu.

De allí se trasladarían a Mandalay, y luego a Rangoon, la capital birmana, donde la Embajada norteamericana se encargaría de su repatriación, con su habitual discreción diplomática.

Una vez más, el valor y la audacia de un agente secreto habían salvado al mundo libre de una verdadera catástrofe.

ESPIONNAGE ALAIN YAOUANC



Editions "FLEUVE NOIR"

UNA MORENA PARA UN ESPÍA

Alain Yaouanc

*Como el viento, tengo cuatro almas, viajando por el cielo
sin fin y siguiendo mi destino.*

AMY LOWELL

CAPÍTULO PRIMERO

OCHO treinta: el vehículo —un «Oldsmobile Tornado» 1966— giró alrededor de la *Central Station* de Rotterdam, cuyas líneas blancas y precisas encierran un centro encristalado enorme; y luego se lanzó hacia delante con la gracia y la fuerza de una pantera.

Era aún temprano y, aquel día de finales de abril, todo Rotterdam estaba iluminado. El *Groothende Isgebouw*, imponente centro comercial, el más importante de Europa, desbordaba con su masa a los edificios de ladrillos rojos y los nuevos inmuebles con esqueleto de hormigón y de acero. Los tranvías, amarillos y negros, trepaban como orugas articuladas. Los aleros de los semáforos se bajaban, giraban y castañeteaban con un ruido de veletas.

El «Oldsmobile» enfiló el *Coolsingel* a lo largo de portales modernos y parterres de rosas y luego aminoró la marcha frente a unos inmuebles contruidos sobre pilastras. La circulación era disciplinada, pero su abundancia y su flujo impedían circular a velocidad. El tiempo era relativamente fresco, y después de la puesta del sol soplaba un viento molesto.

Smits, que conducía el automóvil, se alzó el cuello del impermeable con una mano y luego volvió a coger el volante. Se encontraba solo en el asiento

delantero. Detrás de él viajaban tres personas, dos hombres y una mujer: Briant —un francés—, su amante, Martine, y Van Otterloo, el patrón.

Smits, holandés rubio y pálido, de pobladas cejas, bajito y rechoncho, llevaba un impermeable negro y una gorra profundamente hundida en la nuca. Briant, alto y robusto, cuyas facciones parecían modeladas en yeso alrededor de la boca y de los ojos, debía de haber conocido a la vez climas, andanzas, alcohol, mujeres y, en fin, todos los riesgos inherentes a la acción y a una vida aventurera; parecía tener más de los treinta años que figuraban en su pasaporte. Martine representaba cerca de él el papel de secretaria, pero en realidad era su amante. Una rubia delicada de ojos negros que llevaba un conjunto marrón y una capa de visón. En su mano izquierda brillaba una pequeña estrella, un diamante de varios quilates que incluso aquí, en Rotterdam, debió costar un número apreciable de florines. En cuanto a Van Otterloo, masa enorme de ciento veinte kilos, embutido en un traje de Saville Row, el centro de la moda masculina londinense, daba calmosas y regulares chupadas a su Corona Senior.

Unos botones de oro macizo, fantasía que sólo se pueden permitir tres o cuatro sastres en todo el mundo, destacaban sobre la tela azul oscuro de su traje. Su abrigo de Harrison's, con la marca del trébol escocés, de vicuña pura, valía por sí solo una pequeña fortuna.

Su reloj de oro, adquirido en Cartier, lanzaba apagados destellos. Sus manos cuidadosamente manicuradas, de uñas cuadradas, espatuladas, de pulgares enormes, denotaban una voluntad de poder impulsada hasta la tiranía. Su rostro, de rasgos cincelados, revelaba unos apetitos y una brutalidad feroces. A pesar de que se hacía afeitarse dos veces al día, sus mejillas y su mentón tenían ya un color azulado. Se le suponían cuarenta años, aproximadamente, y poseía aquella silueta musculada, revestida de grasa, propia de los deportistas que han abandonado su deporte.

A pesar del sistema de climatización instalado en el automóvil, el humo del cigarro apeataba. Van Otterloo paseó una mirada vivaz a su alrededor. Sus ojos, parecidos a dos gotas de café, inspeccionaron los alrededores. Más allá del flujo de tranvías y automóviles, los letreros luminosos se multiplicaban, estallando en verdaderos ramilletes de flores. Colores crudos, violentos, golpeaban la retina. El Capitol programaba una película francesa: «Zig die van de Zonde leven»^[19]. Otro letrero se retorció en un neón de pacotilla, un *romantic grillroom* enmarcado por unos clubs nocturnos. En una vitrina, varias fotografías de carnes desnudas que se borraron bruscamente, para dar paso a la noche. A lo lejos, la torre de observación del *Blijdorp* dominaba la

ciudad, el Jardín Zoológico y el barrio de Hillegersberg, con sus cuarenta y ocho metros de altura y su ascensor de cristal.

A medida que se acercaban al puerto, el olor agrio del viento y del agua se hacía más intenso, con relentes de encajonamiento procedentes sin duda de los montones de barriles y de arenques.

—Más despacio —ordenó Van Otterloo.

El silencio de los ocupantes del coche era total, provocando cierto malestar, pero él no parecía preocuparse por ello, ni siquiera notarlo. Sin embargo, Martine, la joven francesa sentada a su lado, estaba pálida; cualquier observador hubiera notado su turbación. Al igual que muchas mujeres solicitadas por una idea imperiosa y urgente, crispaba las manos sobre su regazo. Además, sólo apoyaba las puntas de los pies en la alfombra que cubría el suelo del automóvil, y toda su actitud revelaba una exagerada tensión nerviosa. Pero Van Otterloo no parecía notar nada. Se inclinó y abrió el bar practicado en el asiento delantero, enfrente de él. Una bombilla se encendió automáticamente, iluminando tres vasos de cristal, algunas botellas y una coctelera.

—Discúlpeme si bebo solo, querida...

Y mientras Martine asentía, Van Otterloo se apoderó de una botella de Jerez «San Patricio» que casi desapareció en su poderosa mano. Se sirvió un vaso, bebiendo a pequeños sorbos, y a continuación volvió a coger su habano, al cual dio unas chupadas. Briant puso en marcha el tocadiscos automático, incrustado en la carrocería, cerca del mando de los deflectores. La voz cálida de Dina Shore se dejó oír, susurrando una melancólica canción de amor. Van Otterloo miró entonces a su chófer, que se estaba quitando los guantes, soltando el volante de una mano y volviendo a cogerlo vivamente.

—Nos detendremos en Schiehaven, Smits. Tengo una cita allí. Es un lugar muy raro para eso, pero no ha sido cosa mía.

Smits asintió con un gesto. Martine miró el cielo donde ahora corrían unas nubes oscuras, precursoras de lluvia. Van Otterloo le cogió la mano. El diamante que la joven se esforzaba en disimular entre sus dedos cayó sobre la alfombra.

—Interesante ese deseo de grabar algo sobre la pulsera de su reloj, querida... ¿Me permite?

Le quitó la pulsera y descifró los signos grabados por el diamante sobre el brazalete de oro.

—Veamos... Recompensa por... Sin duda iba usted a escribir algo muy interesante. Lamento haberla interrumpido. ¡Vigílela, Briant! Impida que haga

tonterías. Debió usted desconfiar...

Briant, furioso, abofeteó a la joven, la cual permaneció completamente inmóvil, sin reaccionar. Smits, en cambio, dio un brutal golpe de volante que estuvo a punto de hacerles entrar en colisión con un tranvía.

—¡Espacio, Smits!

Alcanzaban ahora las dársenas; después de haber cruzado el puente Pieter de Hooch, se dirigieron hacia los buques anclados en apretadas hileras. Un bosque de chimeneas se erguía bajo el cielo hostil. En Waalhaven, puentes transbordadores y pontones-grúa se encontraban en el centro de una fina polvareda de carbón. Los depósitos se sucedían, intercalándose de un modo monótono en un largo cordón: «Van Vliet», «Reesink», «Kaiser Frazer», decenas y decenas de hangares oscuros y humeantes. En Maashaven, los elevadores flotantes transbordaban los cereales. Por doquier, unos radares cerraban el horizonte con su enrejado enigmático y fino. Ahora se encontraban en el sector de los cereales. Unos carteles enormes cerraban los hangares: «Quaker oats», «Meelfabrik de Maas», «Bosman», «Muller & Cie». Las grúas eléctricas, los frigoríficos, los enormes montones de madera, los silos gigantes, todo componía una poderosa sinfonía, repartida sobre centenares de hectáreas pareciendo devorar, más que alimentar, a toda una capital. Smits detuvo finalmente el vehículo cerca de St-Jobshaven, enfrente del silo St-John, con su aplastante masa. Los tres hombres y la mujer se apearon del automóvil. Smits, antes incluso de dar algunos pasos para calentarse, hurgó en sus bolsillos como si fuese a sacar un cigarrillo y atacó con fulgurante rapidez. Una Browning del 7'65 brotó súbitamente de entre sus manos. Golpeó a Briant con la culata. El francés, alcanzado en la nuca, se derrumbó, interrumpido en seco el gesto esbozado hacia su propio revólver. Van Otterloo proyectó su enorme masa hacia delante, recibió un golpe terrible que paró con el hombro, cogió en el torno de sus dedos la mano derecha de Smits en el momento en que este último iba a disparar, y apretó.

Su rostro sereno, absolutamente tranquilo, se iluminó. Una intensa claridad se reflejó en sus ojos negros. Smits, con la mano aplastada, dejó oír un apagado gemido y soltó su revólver. Briant, con el rostro contraído, se incorporó e inmovilizó a Martine, que abría su bolso.

—¡Quieta, Martine! —ordenó Van Otterloo—. En caso contrario, podemos atravesarle el vientre con una bala, lo mismo que a Smits. No tengo por qué preocuparme: la matrícula del coche no figura a mi nombre. ¡Recoja su arma, Briant!

Martine, por su parte, había dejado caer su chal. Se inclinó a cogerlo, y abandonó al mismo tiempo en el arroyo su pitillera de oro, conteniendo diez cigarrillos egipcios. Ninguno de los tres hombres observó su gesto, pero un auto que seguía se detuvo a corta distancia. Su ocupante estaba al corriente del jaleo, y la escena que había seguido no se le había escapado, sin duda. Era delgado, vestía un smoking y usaba gafas negras, parecía inglés y no hizo un solo gesto para volver a poner en marcha su automóvil o acudir en socorro de la joven. Destocado, sacó un Lucky de su bolsillo y lo encendió.

La oscuridad caía sobre los almacenes. De cuando en cuando brillaban unas luces, pareciendo contestarse con agilidad enfrente de los cargos, de las boyas de amarre y de los “duques de Alba” en plena agua, allí donde se efectuaban los transbordos. Los elevadores y las grúas se habían parado, debido a un corte de corriente. Un olor a grasa y a petróleo llenaba los muelles. Al lado de las lanchas y de los automotores, bajos y tripudos sobre el agua, la luz estallaba con la intensidad de un cohete de fósforo. Enfrente, en el muelle Wilhelmina, los paquebotes de la Hollan-Amerika-Lijn pesaban con toda su masa sobre el río y parecían prepararse para salir. Cerca de ellos, a un centenar de metros del “Oldsmobile”, en un extremo del muelle Lloyd, encadenados como monstruos, inmóviles como fieras delante de los cuerpos muertos, los correos para Indonesia parecían dormir. Interrumpiendo su pintura negra y blanca, los tragaluzes centelleaban. Encima de ellos, de las escaleras y de los puentes abandonados, los botes salvavidas semejaban unas fauces abiertas y amenazadoras.

El grupo formado por Van Otterloo, Briant, Smits y Martine no llamaba la atención, ya que la mayoría de los muelles estaban desiertos. Sólo el puerto petrolero, más lejos, así como algunas dársenas donde se estremecían unos remolcadores, permanecían aún animados. Briant desamarró una lancha, tiró del cable de la puesta en marcha, hizo señal a Martine y a Smits de que se sentaran enfrente de él y luego dio toda su potencia al motor, orientando la barra de modo que la embarcación saliera de Schiehaven.

La visibilidad era mala, la niebla amenazaba y, de cuando en cuando, un cuerno neumático dejaba oír prolongados y lúgubres gemidos. Pasaron los almacenes Wilson, doblaron Ljsselhaven y Lekhaven, abordaron Keilhaven, viraron hacia la orilla opuesta y finalmente enfilaron recto hacia un cargo amarrado cerca de Heyse Haven.

Todo producía una extraordinaria impresión de inacabado e incluso de catástrofe. Las luces de los navíos iluminaban un astillero destruido; unas grandes manchas de agua grasienta se estremecían sordamente en algunos

lugares, como si debajo de ellas se ocultaran unos inmensos cascos, prestos a aparecer de un momento a otro. Smits, inquieto, miraba rectamente delante de él. Sin duda, aquel cargo debía pertenecer a Van Otterloo, pero nunca lo había oído mencionar. Descifró el nombre, mientras se dirigía hacia la popa. Sí, eso era: el “J. G. BOSBOOM 2”. Era un cargo tripudo.

Una luz se balanceaba sobre el puente. Encima de éste distinguió algunas balsas de salvamento, tipo Carley, y una embarcación de perfil chato, bordes rígidos y cajones estancos internos. Las únicas cosas de acuerdo con los reglamentos, aparte de las luces, pero Van Otterloo no era un hombre que se preocupara por los reglamentos. Los aparejos estaban oxidados, las bordas y las pasarelas necesitaban una buena capa de pintura. Aquí debió de interrumpir sus reflexiones, ya que Briant acababa de apoyar contra su espalda su propio revólver.

—¡Adelante! Y un buen consejo, Smits: cuidado donde pone los pies. Tú, Martine, tranquila. Es la única posibilidad de que te libres. ¡Con Smits, seremos menos amables!

La lancha se inmovilizó, el agua borboteó delante de la escala. Subieron, Smits delante, Martine, Briant y finalmente Van Otterloo, que continuaba fumando, sin apresurarse, con su sombrero de *chez Gelot* hundido sobre sus cabellos rubios.

El pabellón “P” (Pierre) del Código Internacional ondeaba, señal, observó Smits, de que el cargo estaba a punto de soltar amarras. ¿Cuál era su cargamento? Hubiera dado cualquier cosa por saberlo.

Alrededor del cargo se agitaban otros pabellones, un “RL” en una cuádruple cruz blanca sobre el fondo rojo —la Rotterdamsche Lloyd—, una cruz de Malta blanca sobre fondo azul —una compañía de Copenhague—, una «J» en una estrella amarilla —la Johnson Line, de Estocolmo—. El cargo de Van Otterloo arbolaba un pabellón rojo con un disco amarillo, un flete chino, pues, probablemente de Hong-Kong o de Formosa. Smits ignoraba su procedencia exacta.

—¡Mire bien, Smits! ¡Luego podrá contárselo todo a sus amiguitos! Dígame, ¿de veras son tan curiosos en su casa? Pues bien, vamos a hacerle visitar el barco. Es usted nuestro invitado, mi querido Smits. Y siempre les cuidamos muy bien.

Una risotada. Cuando llegaron al puente principal, Van Otterloo apuntó su cigarro a las siluetas fantasmagóricas de los navíos apretados en los muelles, enfrente de los radares que oscilaban suavemente. El pabellón más cercano, cinco estrellas simbolizando las estrellas principales de la Cruz del Sur y de la

Unión Jack, era la estameña de un cargo australiano abandonado por su tripulación, ya que, a excepción de las luces de posición, todo parecía dormir.

—Detesto a las personas tan curiosas como usted, Smits. Va usted a morir. Pero antes nos dirá de buen grado quién le ha enviado y por qué.

Van Otterloo se volvió y se encaró con Briant.

—Ha escogido mal a su amiguita, Briant. Martine era amiga de Smits y los dos espiaban la Organización. ¿A qué Servicio pertenece, Smits? Siento curiosidad por saberlo. ¡Conteste!

Smits se encogió de hombros. Un contramaestre, acercándosele por detrás, un hombre gigantesco, de torso desnudo tatuado con una rosa azul debajo de la tetilla izquierda y con una mujer acostada a la altura del ombligo, le cogió por la nuca y le hizo girar sobre sí mismo, derribándole al suelo.

—Calma, Gregori. No le sacudas demasiado. Tiene que hablar.

Al ver que Martine se precipitaba a socorrer a Smits, Van Otterloo hizo una seña. El contramaestre dio sus órdenes con voz potente. La luz de cofa, cubriendo 225° del círculo, la luz de popa, la luz de estribor y la de babor se encendieron. El cargo iba a levar anclas.

—Partimos, Smits —explicó Van Otterloo, dejando de masticar su cigarro por unos instantes—. Pero no iremos muy lejos. Ganaremos el mar del Norte, hasta un cementerio. ¡Un cementerio de trescientos cincuenta metros de profundidad! Luego regresaremos, y nadie sabrá nunca dónde ha desaparecido usted. Nadie. ¿Se decide a hablar? ¿O tendremos que obligarle?

Gregori sujetó a Smits, que se había incorporado, lo arrastró sobre el puente principal y luego hasta la pasarela. Van Otterloo hizo una seña para que se llevaran también a Martine, señalándola a un marinero que había acudido en busca de órdenes.

—Procure que no pueda escapar —dijo—. Es muy astuta. Es inútil que la siga, Briant.

—Nos ha engañado. No podemos fiarnos de ella.

—Lo sé, pero éste no es el momento. Smits sabe mucho más que ella. ¿Para quién trabaja usted, Smits?

El holandés sacudió la cabeza.

—No sé de qué está hablando —respondió—. Trabajo únicamente para usted.

—Vamos, vamos —dijo Van Otterloo, con una sonrisa burlona—. Voy a refrescarle la memoria. En primer lugar, mi antiguo chófer cayó enfermo. En consecuencia, tuve que buscar otro rápidamente. Tenía que adquirir unas armaduras antiguas para mi colección, y debía trasladarme a un castillo

situado en los alrededores de Linz. Le contraté a usted después de haber hecho registrar su equipaje y de haber adoptado algunas precauciones necesarias. Briant, que le había contratado, respondió por usted. Le engañaron, igual que a mí.

Un automotor, con la cabina pintada de rojo, se levantó, chocando contra un casco contiguo. Las grúas eléctricas que coronaban un astillero vecino cesaron de funcionar. Van Otterloo se interrumpió unos instantes.

El mar parecía un velo sacudido por el viento. En la otra orilla de las dársenas, en Merwehaven y Vuethaven, unas luces se encendían y se apagaban. Las cadenas enormes colgaban a lo largo de los postes hundidos en el limo. El conjunto resultaba a la vez siniestro y laborioso. Van Otterloo continuó, con voz incisiva:

—No encontré nada —dijo—. Ningún arma, al menos. Sin embargo, quise ir más lejos y llamé a un especialista. Dirijo un Club Internacional, Smits. No soy el jefe, y obedezco como los demás. En él sólo hay especialistas. Como Briant. Como Walter S. Lewis, un individuo que conoció una hermosa carrera en la C. I. A., hasta el momento en que se descubrió que se aprovechaba de su cargo para traficar en drogas. Verá, a Lewis le pareció que la C. I. A. no le pagaba lo suficiente, y, en mi opinión, se trataba de un sentimiento justificado. Lewis es un hombre que vale mucho, y nunca se paga bastante bien a un especialista. Desgraciadamente, la C. I. A. no opina igual, y Lewis tuvo que huir ante una orden de detención, y liquidó a dos agentes de la Oficina de Narcóticos. Interesante, ¿verdad?

—No tengo nada que reprocharme. Puede usted confiar en mí, y le repito que no sé de qué me está hablando. Tiene ganas de bromear, sin duda.

—Es usted muy dueño de creerlo, amigo mío, pero se expone a sufrir una decepción. Lewis fue quien me ayudó a registrar sus maletas. Y encontró algo muy interesante: una cámara fotográfica, una Hasselblad 500 EL. No es una cámara vulgar, ni tampoco corriente. Se trata de una herramienta de profesional. Un movimiento mecánico desenrolla la película y arma el obturador. El aparato estaba provisto también de un telecomando por radio que permite accionar el obturador desde una gran distancia, hasta cinco kilómetros, exactamente. Se utiliza para la vigilancia de las fábricas, de las Embajadas, etc. O para el espionaje. Por lo tanto, le pregunto: ¿por qué quería espíarme, amigo mío?

—Soy un simple chófer. Nunca he querido espíarle.

—¿Y esa Hasselblad?

—La explicación es sencilla. Me apasiona la fotografía. Tal vez sea cierto que esa cámara puede utilizarse como dice su colaborador, pero en mi caso no hay nada de eso. Para mí, es una de las mejores cámaras para conseguir buenos retratos, especialmente desnudos. Soy un fanático de la fotografía, Mr. Van Otterloo.

—Desde luego. ¡Cómo no se me había ocurrido!

Van Otterloo sacudió la cabeza, cerrando ligeramente los ojos y saboreando su cigarro.

—¡Excelente, este habano! Bueno, Gregori, ¿nos marchamos ya?

Gregori, con su pronunciado acento deformando el holandés, que hablaba muy mal, asintió y se inclinó sobre el tablero de maniobra de la máquina, sosteniendo el transmisor de órdenes con la mano izquierda. A Smits le dolía la nuca, en el lugar donde había sido golpeado, pero por nada del mundo se hubiera quejado. El cargo, observó, estaba perfectamente equipado en lo que se refiere a la obra viva, es decir, fundamentalmente en sus máquinas. Por la pasarela ampliamente encristalada vio ascender dos señales: una azul, con un rectángulo blanco en el interior: señal de partida, de reunión a bordo, aunque toda la tripulación ocupaba ya sus puestos; la otra, medio blanca, medio roja, la «H», significaba que el buque no necesitaba un piloto, por tener uno a bordo. El pabellón comercial nacional, el de Formosa, se componía de un sol blanco iluminando un rectángulo azul, sobre un fondo rojo con líneas amarillas. Un chino, tocado con una gorra galoneada en oro, trepó a la pasarela, habló en voz baja con Van Otterloo y luego desapareció con la misma rapidez. Miró a Smits por espacio de medio segundo.

Un pabellón rojo-blanco-azul izó rápidamente la «T», que significa «no me pasen delante».

La partida era ahora inminente. Van Otterloo permanecía callado. Nadie turbaba su silenciosa meditación. La oscuridad cubría todo el puerto, hangares, grúas, diques flotantes, salas frigoríficas, máquinas, embarcaciones y lanchas. Las estrellas eran apenas visibles. Eran más de las once, y el gran rumor de la ciudad se había convertido en un sonido análogo al de centenares de abejorros: zumbido sordo y amortiguado de los motores de gasolina, de los automóviles y de los Diesel.

Una embarcación se pegó al costado del cargo, un hombre subió a bordo. Su smoking y su pajarita componían un extraño atavío para el mar. El cigarrillo que sostenía en su mano izquierda estaba apagado. Su rostro agudo de zorro, sus hombros estrechos, sus cabellos rubios, su nariz recta, sus ojos de un azul límpido no permitían opinar acerca de su personalidad ni de su

profesión. Lo mismo podía ser un diplomado en Oxford o en Cambridge que un aventurero sin escrúpulos; un hombre que podía estar tan a sus anchas en un salón como en la taberna de un puerto. Treinta y cinco años, inglés y aventurero, calculó Smits, cuya experiencia en el Servicio Secreto le permitía adivinar fácilmente la nacionalidad de un hombre. Y empezó a reflexionar a toda velocidad.

Gregori, con el torso desnudo, formidable, se inclinó sobre el micrófono, lanzando sus órdenes con voz tonante:

—¡Avante, barra a la izquierda!

Sus órdenes se sucedieron rápidamente.

—Soltad la amarra. ¡Atrás, despacio! ¡Barra a cero! ¡Alto!

El índice de la pasarela se desplazó de «dead slow» a «stop».

—¡Avante, despacio!

El índice volvió a desplazarse. Las máquinas se estremecieron, y el buque emprendió la marcha a una velocidad sumamente reducida. Gracias al silencio reinante, se oía el chasquido del agua contra el casco. Los buques vecinos pasaron. El navío penetró en el canal y tomó la dirección del mar, avanzando con la misma lentitud.

—Gregori, ocúpate de las máquinas y luego ven a reunirme con nosotros. Usted, Smits, acompáñeme a mi camarote. Este paseo por mar me cuesta alrededor de cuatro mil florines, pero yo no he tirado nunca el dinero, Smits. Lo inscribo simplemente en la partida «seguridad». Sin embargo, si estuviera en su lugar, trataría de convencerme de que todo esto es muy serio. No acostumbro obsequiar con paseos de esta clase a mis invitados, sin pedirles que se muestren más locuaces de lo que usted se ha mostrado hasta ahora.

Dio media vuelta. Dos marineros —chinos— enmarcaron al neerlandés. Briant había desaparecido, lo mismo que Martine. Smits se perdió en conjeturas acerca de la suerte de esta última, pero, de momento, no había nada que hacer. Intentar algo mientras el navío no hubiera llegado al mar era vital, y para ello le quedaba aún bastante tiempo. Decidió tener paciencia. Tal vez encontraría un medio de engañar a Van Otterloo.

De acuerdo con los informes obtenidos, Van Otterloo se interesaba sobre todo por su colección de armaduras antiguas, y, accesoriamente, por los clubs nocturnos y las muchachas bonitas. Durante las dos semanas que había pasado a su servicio, representando el papel de chófer, Smits apenas había podido ampliar aquellos informes. Hotel particular, otras dos residencias, yate, cinco automóviles, un fabuloso tren de vida que implicaba una inmensa fortuna. Los Servicios franceses y neerlandeses trabajaban de acuerdo en

aquel caso, y le habían informado al menos acerca de un extremo: Van Otterloo no poseía la fortuna inmobiliaria, ni los recursos mineros o petrolíferos a los cuales los Servicios de Información conceden mucha importancia, fichando sistemáticamente a sus propietarios. ¿De dónde procedía aquella fortuna? Van Otterloo, desconocido en todos los ficheros, planteaba un problema enigmático e irritante. Martine y él habían sido encargados de aportar datos que contribuyeran a resolverlo. Durante dos semanas, habían observado muy pocas cosas. Y esta noche, por desgracia, les habían atrapado a los dos...

Mientras avanzaba, enmarcado por sus guardianes, su rostro reflejaba sus reflexiones y sus preocupaciones. El hombre que estaba al timón, inclinado sobre su puesto de mando de la barra girohidráulica, era francés, observó. La tripulación parecía internacional. Reclutados en todos los países, pero en su mayoría malayos y chinos. Muy raro...

Los reflectores eléctricos iluminaban los puentes. Van Otterloo les precedió en su camarote, a decir verdad un apartamento privado, más limpio que el resto del buque, donde se manifestaba alguna negligencia en el servicio general. Se encontraban ahora bajo el puente principal, no lejos de la máquina. Los tubos de recalentado y de vaporización silbaban suavemente; sus vibraciones, a pesar de los refuerzos, hacían estremecer los palastros de fondo. Un cargo adquirido en una subasta, cuyas máquinas habían sido modernizadas, e inscrito bajo un pabellón complaciente, en este caso de Formosa. Todo esto daba que pensar sobre los asuntos de Van Otterloo y de su «Organización». ¿Cuál era ésta? ¿Sus objetivos? ¿Sus medios? ¿Encontraría respuesta a estas preguntas?

Van Otterloo, sentado en una butaca tapizada de terciopelo rojo, debajo del tragaluz, descorchó una botella de vodka Wiborowa y se sirvió una generosa ración. El inglés que Smits había visto subir a bordo en el último momento llamó a la puerta, luego entró. Su mirada se paseó por el camarote, observando con evidente curiosidad la cómoda de madera de caoba y esquinas de cobre, la alfombra turca de lana finamente anudada, y la hermosa lámpara que colgaba del techo. Había conservado puesto su smoking azul noche, llevaba unos Richelieu de charol y se movía con una asombrosa rapidez.

—¡Hola, boss!

Van Otterloo respondió en tono arrogante. Cuando hacía algún gesto, irguiéndose o descruzando las piernas, la butaca crujía. Smits hubiese dado cualquier cosa por poder aplastarle su puño en pleno rostro, pero sabiendo que aquél sería su último gesto, se contuvo.

—Smits, le presento a J. J. Wilson. Trabajó en los Servicios del MI 5 hasta el desdichado día en que se produjo un escándalo financiero. Sus jefes no admitieron sus disculpas, a pesar de que les explicó cortésmente que sus insuficientes ingresos eran lo único que le había inducido a ponerse en contacto con la Embajada soviética en Londres. Las explicaciones, por otra parte, fueron presentadas por escrito. Antes de enviarlas, Wilson había abandonado Westbourne Park Road, donde tenía un lujoso apartamento, y también el servicio de Su Graciosa Majestad.

Se volvió hacia el británico.

—Smits, mi querido amigo, trabaja para los Servicios Secretos neerlandeses, si no me equivoco. Ha conseguido sobornar a Martine, la amiga de Briant, el cual no se ha dado cuenta de nada.

—Una mala nota para el número seis.

—Le ofreceremos la oportunidad de rehabilitarse, confiándole nuestra próxima misión. No seamos demasiado severos con él, será una buena lección.

Van Otterloo envolvió a Smith en una ojeada.

—Nuestro patrón ha dado el nombre de «International Club» al núcleo de colaboradores que ha reunido a costa de grandes dispendios —explicó—. Yo ignoro si está usted enterado, soy uno de los mayores coleccionistas del mundo de armaduras y de obras de arte pictóricas. Amo la belleza y la violencia. Y esta última me ha proporcionado la primera.

—¿De veras?

—Siempre he pensado que nuestro siglo era la época de la ciencia, la cual puede realizar prodigios. Todos nosotros opinamos lo mismo, ¿no es cierto, Wilson?

—Desde luego.

—Nuestro Club es la mayor agrupación de criminales que existe, pero en nuestros días la palabra «criminal» no significa gran cosa. En mi juventud estuve en Oriente. Visité los harenes de la Arabia Saudita y cuidé a diversos emires. Me pagaban en diamantes: mi amor a las colecciones data de aquella época. Y también mi desprecio a la vida humana. Siempre y en todas partes, he visto ganar al más fuerte y sucumbir o ceder al más débil. Nuestros libros de moral tratan de afirmar lo contrario, pero cualquiera que sea un poco observador comprende las cosas. Y, después de haberlas comprendido, hay que actuar. Eso es lo que yo he hecho.

Bebió un sorbo de vodka.

—Estoy convencido de que usted va a ser razonable —continuó—. Ha comprendido ya el deseo del patrón de rodearse de especialistas, ¿no es cierto? Yo soy el número dos, Wilson el cuatro. Le precede Gregori Stizko, el número tres. Trabajó para los Servicios Exteriores del K. G. B.^[20], hasta el día en que mató a una mujer, después de haberla asaltado. Una lamentable falta de sangre fría, pensará usted, pero hay que comprenderlo. La muchacha en cuestión, esposa de un general del K. G. B., estaba en tratamiento en la clínica del Kremlin. Gregori lo ignoraba. Aunque es posible que las cosas hubiesen sucedido igualmente de haberlo sabido. Tuvo que romper su pasaporte extranjero y huir a Turquía. Allí, el número 1 le encontró y le hizo una oferta de trabajo que Gregori aceptó.

—Ese número 1, Mr. Van Otterloo, ¿quién es?

—¡Vaya! ¿De modo que empieza a interesarle lo que le estoy contando? ¡Es usted demasiado curioso, Smits!

Se volvió hacia Wilson:

—¿Qué hay de nuevo, Wilson? ¿Para qué quería verme?

Wilson sacó la mano del bolsillo de su smoking.

—Le he estado siguiendo —dijo—. Tuve que ir a Amsterdam a resolver unos asuntos, almorcé en el «King Long» y luego regresé por carretera. Cuando llegaba al hotel, vi su automóvil. Después del jaleo, recogí esto.

Abrió la mano, en la cual brillaba una pitillera de oro.

—Martine la dejó caer.

Van Otterloo se apoderó febrilmente del objeto, cuya superficie había sido rayada con un diamante. Una línea rápida, nerviosa, escrita en inglés. Wilson volvió a coger la pitillera.

—Martine da la dirección del hotel particular de usted —explicó—, y dice que la persona que encuentre la pitillera podrá quedársela. Si envía una copia de lo que hay escrito en ella al Apartado de Correos que se indica, recibirá una recompensa de mil florines. Eso es todo.

—¿Dónde está ese Apartado de Correos?

—En París.

—¿A quién corresponde?

Wilson se encogió de hombros.

—A los Servicios franceses de la Defensa Nacional —explicó—. Por lo menos a una de sus ramas, dependiente del Ejército. En la pitillera hay una referencia: 707.

—¿Qué significa, en su opinión?

—No es el número del Servicio, sino el del agente al cual Martine desea alertar. Sería conveniente que la chica hablara un poco a ese respecto.

—No tema, hablará.

Wilson bostezó discretamente.

—En el MI 5 conocíamos unos métodos infalibles, aunque entre *gentlemen* no resulte agradable utilizarlos. A pesar de todo, de cuando en cuando puede pasarse de la teoría a la práctica. Sólo por comprobar si me habían estado tomando el pelo en el honorable MI 5. Nunca se sabe... ¿Me permite ocuparme del asunto?

—Nos ocuparemos juntos de él, querido. Resultará apasionante.

Y Van Otterloo sonrió cruelmente, exactamente igual que si acabara de inventar una agradable diversión.

—¿Qué sabe usted de ese agente? —inquirió, dirigiéndose a Smits—. ¿Para quién trabaja usted? Va a contármelo todo al dedillo. Tome un poco de vodka y empiece.

Smits semejaba uno de esos campesinos rechonchos, de ojos claros y barba rubia, pintados por Van Gogh. Toda la lenta obstinación holandesa, que identifica a aquella raza con los celtas, subsistía en él. Tomó un vaso de vodka. Wilson le sonrió, sacó un cigarro de su pitillera de platino, lo cortó y lo encendió. Smits lanzó vaso y vodka delante de él. Van Otterloo se llevó las manos al rostro, medio ciego. El agente especial golpeó con la mano abierta el costado de Wilson, el cual giró sobre sí mismo y fue a derrumbarse junto a un tragaluz, cortada la respiración. Su Lonsdale cayó sobre la alfombra.

Smits abrió rápidamente la puerta del camarote. Un camarero filipino que llegaba en aquel momento, portando una tetera y unos vasos llenos de té negro, recibió el batiente en los dedos y lo soltó todo. Smits le tumbó con un directo de izquierda y echó a correr.

En el oscuro pasillo tropezó con una armadura que osciló a su paso y cayó cerca de él. Se desarticuló con un ruido terrible. Smits recogió el guantelete, hecho de mallas y de chapas de acero y abrió un tragaluz.

Los treinta kilómetros que separan Rotterdam del mar habían sido franqueados; el cargo, habiendo sobrepasado las bocas del Mosa y el Europort navegaba fuera del canal, en pleno mar del Norte. Smits desembocó en el puente.

La oscuridad sofocaba el horizonte y se extendía blandamente sobre las aguas. A unos cables de distancia, una boya de acetileno danzaba sobre las olas y asomaba una punta centelleante, tan brillante como una estrella. Apareció un marinero chino, empuñando un revólver, saliendo del segundo

puente, todavía jadeante a causa de su carrera. Smits desenganchó una jarcia colgante cerca de él e imprimió un furioso movimiento de balanceo a la doble polea de esmerejón. El acero golpeó al marinero en plena sien, cuando acababa de localizar a Smits y se disponía a disparar. Se desplomó como un saco. La polea retrocedió, empapada en sangre.

El cargo empezaba a balancearse. El arma abandonada por el chino se deslizó por la cubierta y cayó al agua. Smits profirió una exclamación, vio un salvavidas y lo lanzó al mar, con la esperanza de que creyeran que había saltado al agua.

El indicador luminoso, alimentado por la batería, se encendió automáticamente. La luz danzó sobre el mar. Smits se agachó y corrió, rompiendo al pasar, con su guantelete metálico, un fanal y un reflector eléctricos. Los trozos de cristal se dispersaron y cayeron a su alrededor; los aplastó en su carrera, provocando un breve rechinamiento. Las tinieblas eran muy intensas. Smits corrió hasta las escotillas, por donde podría bajar a los entrepuentes y a las calas. Sin perder un instante, jadeando, levantó la trampa de la escotilla, y luego la dejó caer de nuevo detrás de él, echando el cerrojo. Ahora veía mejor y se orientó con más facilidad en medio de la oscuridad.

Un rumor de pasos precipitados resonó encima de él, sobre el puente: Smits se felicitó de su maniobra. El silbato del contramaestre resonó: alguien llamaba a los marineros al puente. Iban a registrar todo el buque. Con el guantelete en la mano, Smits descendió por una escalera y luego tomó un pasillo al azar, cortando al paso un circuito eléctrico.

Un juramento resonó a través de un tabique, un marinero chino salió bruscamente, con una lámpara en la mano, y se volvió; la luz penetró en el interior del camarote, iluminando a Martine. La joven se debatía entre los brazos de un asiático, del cual sólo se distinguía el jersey a listas con el nombre del buque. Martine trataba de librarse del brutal abrazo. Cerca de ella, hundido en una butaca, Gregori Stizko contemplaba el espectáculo riendo, con una botella de coñac en la mano, estimulando a su compañero que abofeteó a la joven francesa haciéndola caer sobre el camastro.

Al ver al chino colocando sus manazas sobre la blanca carne de la joven, mientras ella permanecía petrificada y llena de horror, Smits se sintió poseído por un furor insensato. Embistió al agresor, propinándole un cabezazo, hizo voltear su lámpara y dejó caer sobre Stizko, que paró el golpe con el brazo, su guantelete de acero. Se oyó un crujido al partirse el húmero. Stizko no pareció notar el dolor, y replicó con un puntapié que alcanzó a Smits en el vientre. Smits vaciló, se detuvo y recibió un fulgurante derechazo. El chino, sin

volverse siquiera, volvió a derribar a Martine sobre el camastro. La joven se esforzó inútilmente en escapar de sus brazos: el chino reía mientras le arrancaba los vestidos. Smits reunió todas sus energías y propinó un violento rodillazo a Stizko, el cual giró sobre sí mismo y dejó escapar finalmente un grito de dolor: su brazo roto se había lastimado con una cuaderna del tabique. Smits golpeó de nuevo. Stizko aulló. Smits volvió a dejar caer su guantelete sobre la nuca de su adversario, y luego golpeó a su primer agresor, que en aquel momento desgarraba la falda de Martine, descubriendo su piel luminosa de rubia. El hombre se desplomó, inanimado. Martine se incorporó, jadeante, con las ropas deshechas. Smits recogió un revólver, que probablemente pertenecía a Stizko, y luego lanzó a la joven su vestido, cuyos botones habían saltado. Martine se lo puso y siguió al neerlandés. Se encontraban ahora encima de los barrotes del falso puente, después de haber cruzado una estrecha puerta de palastro, abierta en un tabique longitudinal; desembocaron en otro pasillo y luego penetraron en una de las calas.

Un amarillo apareció súbitamente delante de ellos. Smits disparó. El proyectil, un 9 mm blindado, alcanzó al recién llegado en el hombro y le hizo girar sobre sí mismo bajo la violencia del impacto. El hombre, pensó Smits, estaba listo para seis meses de hospital y para una cabeza de húmero de resina sintética. Sin dejar de sostener a Martine, levantó la trampa de una escotilla. Empezaba a llover. Las gotas le azotaron en pleno rostro mientras ayudaba a Martine a trepar sobre el puente.

Entonces, un golpe terrible le atontó, la sangre se deslizó por entre sus dedos cerrados, y soltó su revólver. Wilson, el desertor del MI 5, el antiguo agente del Intelligence Service, con sus estrechos hombros encorvados por el esfuerzo, volvió a golpearle. Smits no reaccionó. Otro golpe le destrozó el cráneo. Había dejado de oír. El trote rápido de Martine resonando sobre las mojadas tablas del puente no tenía ya significado para él. La joven, loca de terror, huyó en dirección a popa. Wilson se inclinó sobre Smits, pero éste no se movía ya. Estaba muerto.

Stizko llegó, con el brazo colgando.

—¡Buen trabajo, pero al patrón no le gustará! —dijo—. Quería hacerle hablar.

—Queda la chica.

—Sí —dijo Stizko—. Nos ha hablado de un compatriota, pero sin darnos muchas explicaciones. Vamos a por ella.

Subieron al puente, donde un reflector eléctrico hacía danzar una claridad que se extendía hasta la pasarela. Alrededor del buque, el mar del Norte

gemía sordamente. Dos hombres atraparon a Martine y la llevaron a presencia de Van Otterloo, que permanecía en la popa, macizo, impenetrable, su rostro teñido de una fría cólera. Interrogó a los dos hombres.

—¿Smits?

—Muerto. Wilson tuvo que liquidarle.

Martine les miraba, jadeante. Van Otterloo hundió su mirada en sus ojos negros, un poco ariscos. La joven se estremeció.

—¿Quién tiene que llegar? ¿Quién tiene que ayudarla? —aulló.

La lluvia azotaba al grupo. Las luces de cofa se reflejaban en el hueco de las olas, allí donde unas claridades grises se deslizaban en las tinieblas. Un remolcador danzó contra la marejada y luego desapareció en dirección a Inglaterra.

—No lo sé —respondió Martine, desesperada—. Sólo conozco su número: el 707.

Loco de rabia, Van Otterloo la sacudió. Cerca de ellos, Wilson sonrió a Gregori Stizko, tendiendo al gigante, que continuaba con el torso desnudo y que dejaba colgar su brazo roto con indiferencia, un cigarrillo encendido.

—Smits... formaba parte del contraespionaje neerlandés —explicó Martine, con frases entrecortadas—. El Servicio les vigila a ustedes.

—¿Por qué?

—Algunas muchachas, secretarias de los personajes políticos del bloque atlántico, secretarias de diplomáticos...

—¿Sí? Continúe.

—Bueno, Smits creía que usted reclutaba a esas muchachas, y que luego vendía las informaciones al Este.

—Al Este, no. Esas informaciones ya no les interesan. A Pekín, que paga bien y que tropieza con muchas dificultades para organizar una red compuesta de súbditos chinos. Han depositado su confianza en nuestro Club. Pero, hábleme de su amigo, el número 707. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Está..., está disputando un campeonato de paracaidismo. Ya ganó el del pasado año. Si Smits le pedía ayuda, tenía que venir aquí en socorro nuestro.

—O. K. ¡El campeón de los paracaidistas! No siento el menor deseo de verle en Rotterdam.

Van Otterloo palmeó el hombro de la joven, como para estimularla paternalmente.

—¿Su nombre?

—Sólo conozco su número de clave. No le he visto nunca, pero Smits se había encontrado con él varias veces.

—Dadle algo para que se proteja de la lluvia —dijo Van Otterloo—. Y llevadla a proa.

Después de lo cual se volvió hacia Briant y Wilson. El encanto quedó roto inmediatamente. Martine escapó y echó a correr, sorda a las exhortaciones. Wilson se lanzó detrás de ella.

La joven detestaba al inglés; vio una luz que corría sobre el mar, faro o remolcador, lo ignoraba, pero la costa no estaba muy lejos. En aquel mar tranquilo podía esperar ser recogida por uno de los buques de carga que entraban o salían del puerto. Martine pasó una de sus piernas por encima de la barandilla. Wilson gritó y su voz, por primera vez, reflejó la angustia:

—¡Cuidado! —aulló—. ¡La hélice!

Una ola hizo oscilar al cargo y la joven, perdido el equilibrio, cayó al vacío con los brazos abiertos. El viento acabó de desgarrar su falda.

Stizko se precipitó hacia la pasarela para dar una orden, dio media vuelta y se detuvo junto a la balsa neumática hinchada por unas botellas de CO₂. Wilson, inclinado sobre la barandilla, se incorporó, encogiéndose de hombros.

—Ha saltado sobre la hélice —dijo—. Es inútil intentar nada. Hay muchas posibilidades de que haya muerto instantáneamente. Siempre he opinado que una mujer no podía ser un buen agente.

—Hay excepciones —dijo Stizko.

—Sí, entre nosotros. Pero, como usted ha dicho, son eso: excepciones.

Van Otterloo, plantado sobre el puente, no se movía.

—Regresemos —dijo finalmente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wilson.

—Smits no ha hablado, pero ella no ha dicho lo suficiente. Briant va a averiguar en qué ciudad se celebran este año los campeonatos de paracaidismo, y luego liquidará a ese 707. Una necesidad urgente para nuestra tranquilidad. En cuanto le haya liquidado, regresaré. Un pequeño viaje en perspectiva, lo cual no es desagradable, ¿ha comprendido, Briant?

El interpelado asintió, con una fría sonrisa. Sus labios pálidos, sus facciones modeladas en yeso, daban a su rostro un aire de gladiador, a la vez feroz y tranquilo. El rostro de un verdugo, también.

—Saldré esta misma noche —dijo—. Dejaré que 707 acabe su campeonato, y después...

No terminó la frase y Van Otterloo dejó escapar una risita de aprobación antes de hurgar en su reserva de cigarrillos. Wilson le ofreció fuego con su encendedor de oro.

Se produjo un breve silencio. Luego, Stizko aulló unas órdenes:

—¡Paren máquinas para dar media vuelta!

—Apresurémonos —dijo Van Otterloo—. El viaje de Briant ha empezado ya. Tengo el consentimiento del patrón. Y todos ustedes saben que al número 1 no le gusta que un asunto de esta clase se demore.

—¡Avante, barra a la derecha! ¡Marcha atrás, barra a la izquierda! ¡Barra a cero!

Briant consultó su reloj, mientras Stizko hacía obedecer al buque, el cual viró con una docilidad absoluta.

—Ese 707 debe de ser un hombre más bien coriáceo —comentó Van Otterloo.

Briant sonrió.

—Para mí, no —respondió.

CAPÍTULO II

Wilson pilotaba el C 336 Skymaster, con la cabina prevista para seis pasajeros. Hoy se encontraba solo con Briant. Éste, sentado en una de las butacas de la parte trasera, limpiaba con mucha flema su Menz III especial, de pequeño calibre. Deslizó en él un cargador de ocho cartuchos y luego volvió a introducir el arma en la funda de cuero que llevaba debajo del sobaco.

Wilson puso en marcha el magnetofón Stuzzi, facilitado por Lewis, especialista como él en problemas de aviación. Wilson sonrió al recuerdo... En el Club, cada uno tenía su especialidad. La suya era la eliminación. Comparado con él, Briant no era más que un aficionado. Hubiera sido preferible no tratar de contar las «muertes accidentales» que tenía sobre la conciencia. Eran demasiadas.

La cinta del magnetofón chirrió. Una voz femenina se dejó oír:

—Atención a la altitud, Wilson. Compruebe la hora «H». En este momento debe encontrarse en la zona D 7. Hora normal: 11 horas, 12 minutos.

—Las once y diez —observó Briant—. Llevamos un poco de adelanto, Wilson.

El magnetofón runroneó:

—Tome la altitud 1000 ft QFE. O. K. para su seguridad. El punto culminante sobre el recorrido 1800 ft se halla situado cerca de Dijon. En caso de mala visibilidad, navegue por debajo del FL 30. Hasta que se aproxime a

Dijon, no tiene usted ninguna obligación de establecer contacto con el control. Puede escuchar la M. T. O. sobre 126,0. En caso de petición de información, conecte París-Información sobre 124,10, repetidor de Dijon. Las frecuencias de París-control son 130,9 hasta Joigny, y luego 124,0 en el repetidor de St-Saulge. Le recuerdo que antes de llegar a Dijon tiene que establecer contacto con el enlace para pedirle autorización de cruzar sobre la frecuencia 119,7, o en urgencia 121,5...

El vuelo de crucero continuó de un modo rutinario, a una velocidad que no sobrepasaba los doscientos kilómetros por hora. Briant poseía su título de piloto, pero tenía menos práctica aún que Wilson. Por otra parte, prefería dejar que Wilson pilotara mientras él reflexionaba en su misión. Los campeonatos de paracaidismo se habían celebrado aquel año cerca de Ginebra; Wilson le dejaría en la capital helvética, una de sus metrópolis, y regresaría con el Skymaster. En lo que a él respecta, después de la «ejecución» tomaría el Trans-Europa-Express y cruzaría la Alemania del Este y los Países Bajos.

Ignoraba aún el nombre del individuo al cual iba a matar. Sólo conocía su número de clave: 707. La cosa no tenía la menor importancia. Sería la tercera vez que le ocurría...

Se arrellanó en su asiento, abrió el «Times» y se sumergió en la lectura de los anuncios por palabras. Era su modo de relajarse. Las referencias bíblicas le colmaban de alegría. «El Señor es mi pastor», leyó, a media voz.

—Esto va por ti, Wilson.

—Será mejor que pienses en tu misión —gruñó Wilson—. El tipo que vas a liquidar es un coriáceo.

—Lo sé, pero no me será difícil localizarle.

—Sí, es el antiguo campeón militar de paracaidismo. Como civil, se ha clasificado tres años seguidos. Una vez en primer lugar, hace cuatro años, creo.

Briant se encogió de hombros, juzgó inútil contestar y miró a través de la ventanilla, situada debajo del ala. La visibilidad era excelente. No había la menor turbulencia.

Wilson permanecía callado.

La voz femenina se elevó de nuevo, increíblemente clara, inspirando el deseo de conocer a la mujer a la cual pertenecía. Wilson reguló el volumen del sonido.

—... Puede señalar su altitud y su posición, dada la proximidad del tráfico IFR, de día, no importa. Cuando esté muy cerca, cosa que de acuerdo con el

horario *standard* no tardará en ocurrir, establezca contacto con Ginebra-control 127,3. En el radiocompás, utilice la baliza de Giand. Atención a Passeiry, salida normal del tráfico IFR.

La voz se calló, la cinta giró en el vacío.

—Pásame las fichas de informaciones —dijo Wilson, volviéndose hacia su compañero—. O, mejor aún, léemelas. Desconozco esta zona.

Briant cogió la ficha solicitada.

—Ginebra-Cointrin. Civil, situado a 2,2 NM. SE de Ginebra. Altitud: 1411 pies. Pista de hormigón de 3900 m. QFU 050º/230º. ATT. GFU 050º = 3800 metros. Aduana, Policía y Sanidad permanentes.

Continuó enumerando las comunicaciones, prosiguiendo la lista monótona de las ayudas-radio a la navegación, al aterrizaje, radar PAR, radar SRE, etc.; luego soltó la ficha, destapó un termo lleno de café y sirvió a Wilson. Unos instantes después, el piloto se volvió hacia él.

—¿Cómo vas a eliminar a ese agente? La cosa tiene que parecer un accidente.

—Lo he previsto todo —respondió Briant—. Detesto los métodos brutales. Si llevo un revólver, es para un caso imprevisto. El modo como liquidaste a Smits fue extraordinariamente vulgar.

Su boca se frunció en una mueca de disgusto, mientras se servía café todavía humeante, que saboreó a pequeños sorbos, cerrando los ojos, tan tranquilo y sereno en pleno cielo como si se encontrara en la terraza de un café de Rotterdam.

—Estoy pasando sobre la torre —murmuró Wilson—. No tardaremos en aterrizar. Dentro de unos minutos estarás sobre el terreno.

Briant se ató el cinturón de seguridad.

—De acuerdo —respondió.

CAPÍTULO III

El avión había ya despegado. El rostro afilado, de cuchilla de afeitar, de Wilson, era la última visión que Briant conservaba del viaje.

Con su abrigo de vicuña abotonado, su maletín de cuero negro en la mano, su traje de lana azul, su camisa de nylon azul pálido y su sombrero de fieltro, tenía el aire de uno de esos «managers» empleados por las grandes firmas

transcontinentales, que se ven con tanta frecuencia en las líneas oceánicas y en los aeropuertos.

Realmente, era un agente eficaz. Antes de ser expulsado por tentativa de corrupción y fraude, había sido un elemento modesto pero competente de uno de los altos engranajes policíacos y militares franceses —es decir, de uno de los Servicios de Información—. De aquello hacía seis años. Una ficha suya era conservada en alguna parte en las altas esferas, pero no tenía absolutamente nada que temer si no llamaba la atención. Como todos los agentes secretos, conocía los aeropuertos, las líneas de navegación, los explosivos, las armas de fuego, las claves, las transmisiones, todo un montón de cosas que requieren una buena memoria y el conocimiento de los detalles. Si no le hubiera perdido la pasión devoradora del dinero, hubiera sido un gran espía, ya que era inteligente..., al menos cuando sabía vencer su congénita pereza.

Este era el caso en la presente ocasión.

Tenía la decisión sin fallo posible de un obús lanzado sobre un blanco percibido y calculado matemáticamente. Un proyectil no conoce escrúpulos, ni remordimientos de conciencia. Briant poseía las mismas cualidades. Frialdad, prudencia, ausencia de sentido moral, todos los rasgos que convierten a un hombre en un instrumento. Sin embargo, a diferencia del verdugo, no era la ley la que señalaba a sus víctimas. Era él.

Los rugidos de los aviones que llegaban o partían desgarraban el aire de un modo agudo, como hojas de cuchillo. Echó una rápida ojeada a su reloj: las doce y media. Almorzaría más tarde.

A medida que se acercaba a los edificios, los detalles se precisaban, en aquel día azulado y luminoso. Hacía fresco, y el abrigo no le estorbaba. Una ligera niebla se desgarraba, y el sol se encontraba en su cénit, en lo más alto de su curso.

Wilson se había marchado con sus documentos de a bordo. Todo se encontraba inscrito en ellos, licencia, título, hasta el número de los motores del avión. Briant hurgó en su bolsillo: su pasaporte era una magnífica falsificación; no tenía nada que temer de un control apresurado, pero decidió evitarlo. Así ganaría tiempo.

Había penetrado ahora en el área de los grandes aviones de las líneas comerciales, sin tener ningún derecho a circular por ella, desde luego. Una puerta se abría más lejos, a un centenar de metros, y se dirigió hacia allí. Una aureola más oscura mostraba un pulsador eléctrico, disimulado en el tabique.

Apretó el pulsador y la puerta se abrió. Entró y volvió a cerrar cuidadosamente. Una inscripción en varios idiomas rezaba:

Staff only
Prohibida la entrada

Sin hacer caso de la inscripción, se volvió, cediendo el paso a un piloto galoneado que se dirigía a su aparato. Se encontraba ahora en el vestíbulo, habiendo eludido la Aduana y los servicios de policía. Sin esperar más, se dirigió a la oficina de alquiler de automóviles. Una encantadora rubia le acogió, informándole de que los campeonatos habían empezado ya. Tendría que apresurarse, se dijo.

Las doce cuarenta y tres: Briant volvió a tomar posesión de su permiso de conducir internacional y de su pasaporte, dejó una fianza y cogió las llaves que la joven le entregó, las de un «Ford Consul», alquilado con anticipación. Unos minutos más tarde rodaba hacia el terreno escogido para los campeonatos, con un mapa sobre sus rodillas.

El tráfico era intenso, pero no tardó en hacerse más raro. El tiempo mejoraba y Briant desabrochó su abrigo. De todos modos, no tardaría en tener que detenerse. No podría entrar en el terreno de aquel modo. Para engañar a los oficiales, necesitaba un montón de documentos que no poseía. Por lo tanto, actuaría de otro modo.

Un kilómetro y medio más lejos, se detuvo en la contraavenida camuflada de plantaciones de abetos y que probablemente conducía a una de las lujosas propiedades con que cuenta la región, refugio de capitales extranjeros. Allí, no viendo ya a los automóviles que desfilaban pero oyéndolos de cuando en cuando, se quitó el abrigo y el traje, colocándolos sobre el asiento trasero del «Ford», abrió su maletín de cuero, sacó un conjunto de sarga azul y se lo puso. Había llevado el realismo hasta el extremo de sembrarlo de manchas de grasa. Cogió también su revólver y se ató una funda de cuero a la pantorrilla izquierda, de modo que pudiera empuñar su cuchillo, una hoja alemana, con la mano derecha. Satisfecho, subió de nuevo al «Consul».

Un cuarto de hora más tarde llegó al terreno, buscó el lugar destinado a aparcamiento y estacionó allí su vehículo. Un guardacoches se acercó. Briant salió del automóvil, saludó con la mano, le volvió la espalda y se dirigió hacia los hangares. El guardacoches se encogió de hombros.

Cerca de un hangar, un suizo fumaba calmosamente su pipa. Vigilaba las instalaciones, le dijo a Briant.

—Y usted, ¿se ocupa de los aviones? —inquirió.

Briant asintió.

—¡Ah! Hasta ahora no se ha roto nada —dijo el otro, con aire satisfecho—. Pero tendrá usted trabajo con la mecánica.

—Ayer no estuve aquí —dijo Briant—. Sustituyo a un compañero que ha tenido que regresar a los Grisones porque su hija está enferma.

—¡Ah! Ayer se efectuaron los *loopings*. Un espectáculo agradable, ya que el tiempo era mejor que ahora.

Se sacó la pipa de la boca y escupió un chorro de saliva.

—¿Quién va en cabeza? —preguntó Briant.

—De momento, un «clasificado» del pasado año, un excampeón. ¿Le conoce usted?

—Es posible. ¿Cómo se llama?

—Régis Régier, un exmilitar, que ahora es civil.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un tipo de ojos grises que mide un metro ochenta y ocho. No hay posibilidad de confundirlo. Tiene de treinta y tres a treinta y cinco años. De todos modos, me ha dicho que debido a su edad será su último campeonato.

—Yo también lo creo —dijo Briant—. Bueno, voy a ocuparme de los aviones.

—Están a punto de celebrar la final, la precisión en el aterrizaje. Los jóvenes saltan muy bien. Han hecho unos «cuadros» perfectos. ¡En el mismo centro del blanco! ¡Mire! Ese que salta ahora es Viollet...

Un paracaidista descendía, utilizando las cuerdas, trepando casi a los elevadores de su paracaídas, tratando de aprovechar al máximo el viento. Cayó a tres metros escasos del blanco, fallando por muy poco «el cuadro».

—¿Está arriba Régis Régier? —inquirió Briant.

—No. Está incluido en el segundo turno, con los participantes mejor clasificados hasta ahora. Saltará dentro de media hora... ¡Eh! ¿Adónde va usted?

Briant no le escuchaba ya. En el hangar al que llegó corriendo, vio a una decena de competidores. Con las manos sobre el arnés, revisaban sus cinchas de apoyo, regulando sus musleras y charlando entre ellos.

Briant localizó inmediatamente a Régis Régier, *alias* 707. Allí estaba, en efecto, el hombre que podía ser uno de los mejores «prácticos» de un Servicio de Contraespionaje y de Información. Su rostro ovalado, de rasgos regulares, había recibido la pátina de la vida. Su mandíbula expresaba una implacable energía. De complexión atlética, tenía aquellos ojos grises, de expresión

salvaje y fría, que se atribuyen generalmente a los lobos, a los linces, a todos los animales salvajes cuya vida depende del ataque y del combate. Pero la tranquilidad de las grandes fieras existe también. En aquel momento, Régis Régier, inmóvil en una mancha de sol que iluminaba el cemento de la pista, contemplaba los paracaidistas que caían sobre el suelo cubierto de césped. En sus ojos grises parecía dormir un sueño, algo inexpresable, incluso para un observador atento. El piloto se dirigía ya hacia su aparato, un Nord-Atlas. Briant rodeó el hangar y se encaminó hacia la pista.

Reflexionó rápidamente: no disponía de tiempo para preparar un accidente satisfactorio; necesitaba a toda costa eliminar a Régis Régier, el cual, como los otros concursantes, subiría a su aparato dentro de una veintena de minutos. Durante ese lapso de tiempo, tenía que liquidar al piloto. Cuando al regreso aterrizara sobre el terreno, «el accidente» del excampeón daría lugar a una gran confusión. Entonces podría huir, antes de que se hubiera comprobado la muerte del piloto.

Este último trepaba ahora a su cabina y se volvió, asombrado, hacia aquel desconocido vestido de mecánico que se dirigía hacia él a pasos rápidos. Briant, distante aún una treintena de metros, empuñó su revólver y ajustó un silenciador al cañón. El piloto había abierto la portezuela y se instalaba en su asiento. Briant sabía que, de un momento a otro, iba a interpelarle. No parecía haber visto el revólver.

Finalmente, percibió el arma y, con el rostro deformado por la sorpresa, levantó el brazo y se dispuso a saltar a la pista. Briant disparó mientras corría, apuntando instintivamente. Era un tirador de primera y se permitió una breve sonrisa cuando vio al piloto inclinarse hacia atrás, con la bala del Menz III en pleno corazón. A continuación subió al avión y escondió el cadáver debajo de una butaca.

La puerta de comunicación con la cabina había quedado abierta. La cerró, tomó conocimiento del plan de vuelo y se colocó unas gafas y un gorro elástico. Ahora, ni siquiera un observador advertiría la diferencia con el piloto, un hombre de veintiocho años, aproximadamente, moreno, bajito, mucho más delgado que él, ya que no dejaría penetrar a nadie en la cabina de pilotaje. En consecuencia, nadie se daría cuenta de la muerte del piloto. Briant respiró tranquilamente, se relajó, echó una chaqueta de cuero sobre las piernas del hombre al que había asesinado, y luego se familiarizó con los instrumentos. No había pilotado nunca un aparato semejante, pero conocía ya sus esquemas.

Según el plan de vuelo, los concursantes debían saltar desde una altura de 1500 metros, caer por espacio de quince a veinte segundos, y luego abrir su paracaídas para posarse en el centro del blanco. Debían efectuarse cuatro saltos, lo cual suponía varias pasadas; otro avión tenía que sucederle. Él no efectuaría más que una segunda pasada.

Después, se dijo, existían pocas posibilidades de que volvieran a verle...

Siete minutos: tenía tiempo para fumar un cigarrillo. Lo encendió lentamente, sin apresurarse. En aquel momento, Wilson debía encontrarse en el aire. Van Otterloo, en Amsterdam o en Rotterdam, donde buscaba a alguien que pudiera inventariarle su gigantesca colección de armaduras. ¡Vaya una idea! Pero Van Otterloo, como todos los coleccionistas, estaba loco. Algunos se aficionaban a toda clase de colecciones, a cual más rara. Había conocido varios... Un escocés, por ejemplo, que había hecho construir en su parque toda una línea de ferrocarril, a escala reducida. Y un inglés que coleccionaba... ¡urnas funerarias! De modo que, ¿por qué no las armaduras?

Su cigarrillo se acababa... Su aroma hacía pensar, lo mismo que su cinta de humo que se desenrollaba suavemente, en el cuerpo de una mujer. Sus pensamientos se orientaron en aquella dirección, pero sacudió la cabeza. No era el momento indicado. De todos modos, aquella misma tarde tomaría el expreso; en aquellas líneas, había muchas mujeres desocupadas...

—¡Hola!

Briant se sobresaltó. Los paracaidistas, acercándose al avión, le hacían señas, riendo. Los contó: eran siete. Régis Régier, el agente 707, era el más alto. Los paracaídas ventrales y dorsales deformaban sus siluetas. Todos llevaban una tablilla sobre el abdomen y un aparato que Briant no podía distinguir a causa de los reflejos que se proyectaban sobre el cristal, sin duda un cronómetro. Sus gestos eran precisos y rápidos, y se izaron a la carlinga rápidamente.

El *starter* lanzó una orden. Briant dio gas y mantuvo la palanca atrás, a fin de pegar la cola al suelo. Condujo el avión al extremo de la cinta y lo situó paralelamente al eje de despegue. El cuentavueeltas señalaba el valor previsto. Soltó la presión sobre la palanca, manteniendo siempre el eje de equilibrio paralelo a la cinta, y elevó el aparato. El viento, soplando de cara, era débil. Sobre los ejes contiguos, se alzó una humareda casi vertical. El morro del avión subió por encima del horizonte, la trayectoria se curvó hacia lo alto. A través del delgado tabique que le separaba de la carlinga, Briant oyó unas sonoras palmadas: los concursantes bromeaban entre ellos.

El «accidente» sería improvisado, pero él se libraría de sus consecuencias. Van Otterloo y el número 1 olvidarían la desastrosa confianza que habían puesto en Smits, y sobre todo en Martine...

«¡La muy zorra!», pensó.

Llegado a la altitud óptima, mantuvo el aparato en línea, echó una ojeada atrás y pulsó una señal luminosa. El primero de los concursantes saltó, con los brazos y las piernas separados. Al cabo de 16 segundos, su paracaídas —un Olympic 681— se abrió como una flor. Briant volvió a situarse en línea después de un amplio viraje, y estabilizó el aparato: un segundo paracaidista saltó.

Al cabo de media hora habían saltado todos, a excepción de tres hombres. Briant volvió a realizar las mismas maniobras para dos campeones y luego viró, apretando a la vez la palanca y el timón, gestos rutinarios realizados refiriéndose a la línea del horizonte. Luego conectó el piloto automático, el cual gobernaba los mandos pero no el motor, cogió su revólver y empujó con mano firme la portezuela de la cabina. Su dedo índice se encontraba ya en posición sobre el gatillo de su arma.

Régis Régier estaba de pie, cerca de la abierta portezuela. La primera bala le alcanzó a la altura del vientre, fue desviada por la armazón metálica del paracaídas ventral y se perdió entre sus pliegues. El agente secreto dio un paso de costado, evitando la segunda bala de Briant, se dejó caer al suelo, boca abajo, y cogió a su adversario por los tobillos. Briant, perdido el equilibrio, cayó hacia delante, disparando una tercera bala que perforó el ala del avión. Régis le agarraba fuertemente. Los dos rodaron sobre el piso del avión hasta que un remolino les hizo salir por la portezuela.

Régis se sintió caer en un inmenso agujero de aire, pero la sensación le era familiar; con la mano izquierda palpó, buscando la empuñadura de su paracaídas dorsal. Su mano derecha se encontraba apretada por su adversario, el cual le agarraba fuertemente por la cintura, loco de terror. Encontró al fin la empuñadura y tiró de ella. El paracaídas se desplegó, el aire penetró por el borde de ataque y se escapó por las hendiduras, proporcionando cierta velocidad horizontal. Régis, a una altura de quinientos metros, no pensó en accionar las suspensiones. Ni siquiera pensaba en el campeonato perdido. Su agresor y él descendían a gran velocidad. Tenía que retener a aquel hombre a toda costa, para saber a qué obedecía su actitud.

Súbitamente, Briant resbaló, pero consiguió agarrarse con una mano a la blusa del francés. Con el peso, la blusa se desgarró. Régis, con un último y desesperado movimiento, trató de retener a Briant, pero éste se despegaba ya

de él y caía hacia el suelo, con los ojos desorbitados. Sobre el terreno, un automóvil se puso en marcha. Régis descendía ahora dos veces menos aprisa. Vio el cuerpo estrellarse y dislocarse contra el suelo, mientras oficiales y paracaidistas se precipitaban en aquella dirección. En aquel mismo instante resonó una apagada explosión: el avión, tras haber continuado su loca carrera, había perdido altura y chocado contra el blanco de una colina, tres kilómetros más lejos.

El suelo se acercaba. Régis tocó tierra suavemente, desató sus correas y empezó a plegar su paracaídas. Tenía que informar a París sin pérdida de tiempo. Tal vez allí supieran algo que aclarara el asunto. En todo caso, le ordenarían que regresara.

Suspiró y, llevando su paracaídas bajo el brazo, se dirigió al lugar donde se habían concentrado sus camaradas y los oficiales. Se anticipó a las posibles preguntas, inquiriendo:

—¿Qué hacía ese individuo en el avión?

Unos instantes más tarde, después de haber contestado a todos de un modo evasivo, subía a su automóvil, un 404, dejando al jefe de la delegación francesa la tarea de contestar a la policía.

Eran las tres y media. El tiempo había mejorado, y hacía una tarde espléndida. El sol se había decidido finalmente a asomar su rostro, y el aire olía a clemátides y a violetas.

CAPÍTULO IV

La secretaria —una encantadora rubia de veinte años— le sonrió.

—El general le espera —dijo—. Si ha pensado en salir conmigo esta tarde, olvídalo: estoy comprometida.

Régis se echó a reír. La joven iba a casarse dentro de poco, y él le había enviado ya su regalo de bodas. Pero el tiempo apremiaba, y entró en la oficina de la Defensa, dominio del Patrón.

Visillos verde oscuro, cayendo en pliegues rectilíneos y severos, puerta protegida por un batiente de cuero, luz verde centelleante a la entrada, brutalmente reemplazada por una lámpara roja, la de la prohibición y la urgencia. A decir verdad, aquello no constituía una sorpresa para los fijos o los contractuales del Servicio. Régis, que pertenecía desde hacía varios años al grupo de los primeros, era conocido y señalado como el número 707.

Régis había conocido a varios jefes distintos, pero «G» empezaba a envejecer en el cargo. Su uniforme de general, de estrellas empañadas, le sentaba muy bien. Sin embargo sus ojos incoloros y su pálida mirada desconcertaban un poco. Con sus manos lentas, fuertes como pinzas, se sirvió un vaso de Evian, invitó a Régis, el cual movió negativamente la cabeza, y le hizo una seña para que se sentara enfrente de él. Los dos hombres, tras algunos preliminares, pasaron a lo esencial.

Régis hizo un detallado relato de lo que había pasado en Suiza. La tarde anterior había abandonado Ginebra y sus alrededores para regresar a París por carretera. Había descansado en su estudio del distrito VII —que se encontraba al cuidado de un criado vietnamita—, antes de presentarse a su jefe.

«G», después de oír a Régis, se quedó pensativo.

—No cabe duda de que querían liquidarle —dijo—. Después de haber recibido su llamada telefónica, examiné los diferentes casos en los que últimamente se ha visto mezclado. Todo aquello está enterrado. En mi opinión, se trata de lo que está en curso, del asunto Van Otterloo.

—¿El asunto Van Otterloo?

—Ese riquísimo neerlandés, sobre cuya pista coloqué a una mujer, Martine S., agente 727. Trabajaba de acuerdo con un agente del Servicio neerlandés, un tal Smits. Tras recibir su llamada, hice un esfuerzo de memoria. Le había dicho a Martine que, si necesitaba ayuda, le enviaría a alguien. Pensaba en usted.

«G» se inclinó hacia delante, agitando un lápiz para hacer más cómoda la demostración. Sus ojos se fruncieron.

—Supongamos que Martine haya hablado. Involuntariamente, sin duda. Ha sucedido algo. Y han enviado a ese asesino contra usted. Si no he entendido mal, escapó usted por pura casualidad.

—Si la primera bala no hubiera tropezado con la armazón metálica de mi paracaídas, habría dado el gran salto. Pero aquel hombre había agotado su provisión de suerte para este año. Y para todos los años que le quedaban.

—Bien. Martine debía permanecer en contacto con el Servicio neerlandés y no recurrir a nosotros más que en caso de suma urgencia. Anoche, a causa de ese incidente, traté de establecer contacto con ella por telex, sin obtener respuesta. Entonces telefoneé a Van Moppès, uno de los responsables del Servicio. Estaba ausente, pero tiene que llamarme esta mañana. Voy a pedir la comunicación en seguida.

—¿Qué cree usted que ha pasado, mi general?

—De momento, me encuentro limitado a las suposiciones. Pero, volvamos al asunto Van Otterloo. Se trata de lo siguiente: los Servicios londinenses detuvieron hace poco a una muchacha que había vendido unos documentos importantes a un agregado del Este. La muchacha en cuestión trabajaba como secretaria de un diplomático inglés. Por nuestra parte, averiguamos que se introducía sistemáticamente como secretarias o doncellas en casa de los más altos responsables de la OTAN a muchachas muy guapas. Algunas fueron sorprendidas con las manos en la masa: les interesaban variados y numerosos documentos. Dos agentes británicos siguieron una pista que les condujo a Amsterdam primero, y luego a Rotterdam. Murieron en el momento en que señalaban una Organización de la cual forma parte Van Otterloo.

—¿Por qué no le detienen?

—Porque queremos a toda la banda. Por otra parte, Holanda es una democracia. Para detener a un ciudadano, los Servicios neerlandeses tienen que probar el crimen o el delito de espionaje. Van Otterloo es muy rico, pero eso no es un crimen.

—¿De dónde procede su fortuna?

—Parece ser que repatrió la mayor parte de ella de Indonesia. Además, sirve de intermediario en las relaciones con Oriente, sobre todo con Formosa y con la China comunista. Esta última no posee todavía un tonelaje comercial suficiente, de modo que se ve obligada a recurrir a los fletes extranjeros. Ninguna pega legal, por ese lado: se trata de relaciones comerciales.

—¿No cree usted que trabaja para los chinos?

«G» miró el expediente que tenía delante.

—Lo que yo creo y lo que estoy en condiciones de probar son dos cosas muy distintas —replicó—. De momento, no tengo opinión.

—¿Qué les sucedió a los dos investigadores del *Intelligence Service*?

—A uno de ellos le cayó un aparejo en la cabeza cuando se paseaba por el puerto de Rotterdam. El otro murió en la explosión de su automóvil, un «Hillmann». Alguien había colocado una bomba en él. Los ingleses pasaron el expediente al Servicio neerlandés, el cual prefirió investigar por sí mismo sobre el terreno. Hasta ahora no han podido probar nada contra Van Otterloo y sus amigos. En consecuencia, decidieron introducir en su casa a uno de sus mejores agentes, ese tal Smits de que le he hablado. Por mi parte, envié a Martine. No soy partidario de utilizar mujeres en esa clase de asuntos, pero en este caso creo que...

El timbre del teléfono le interrumpió. Al otro lado del hilo, la voz de su secretaria particular anunció:

—Llaman de La Haya, general.

Cuando se producía una de aquellas llamadas, en toda la red del Servicio las comunicaciones quedaban interceptadas. La conversación permanecería secreta. Régis se puso en pie y dio algunos pasos por la oficina, mientras «G», con semblante muy serio, escuchaba a su interlocutor. En las paredes, una serie de reproducciones de Bonnard, de suave colorido, colgaban junto a unos mapas de gran tamaño. El silencio sólo quedó turbado por el chasquido del receptor, que «G» depositó en su horquilla.

—Han encontrado a Smits —dijo.

—¡Ah! ¿Dónde, mi general?

—A cinco kilómetros del Europort, en el mar del Norte, en el interior de un saco de lona. Una lancha lo descubrió por casualidad, lo mismo que a Martine, a un centenar de metros de distancia, destrozada por una hélice. Man Moppès, el responsable del Servicio, cree que pudieron ser asesinados en Rotterdam o en la costa, y luego lanzados al mar por una lancha o una canoa. Otro neerlandés tomará el relevo. Y también usted. No necesito recomendarle prudencia, quiero acabar de una vez con este asunto. Se han producido unas fugas sumamente graves, y todo el Servicio de Seguridad de la OTAN está desorganizado. Numerosos planos, estudios estratégicos, el resultado de las últimas maniobras navales... todo ha ido a parar al bolso de esas muchachas... y a las manos de los que se encuentran detrás de ellas. Esta situación no puede prolongarse. Tiene usted carta blanca.

—O. K., patrón.

—He enviado una nota a las autoridades suizas, para que le eximan de prestar testimonio. Tendrá usted trabajo en otra parte. Anoche me comunicaron por belino las huellas digitales de su agresor. Voy a llamar a Jeanneret, el jefe de la Identificación.

Pulsó un botón situado sobre su escritorio y la puerta se abrió automáticamente. Resonó una llamada aguda y breve y poco después un hombre vestido de paisano, delgado, de ojos azules, con unas gruesas gafas de montura de concha, entró con un expediente en la mano. «G» le invitó a sentarse.

—Las huellas nos han sido transmitidas por belino, mi general. Hemos identificado a ese hombre, que perteneció, hace seis años, al D. G. R. E. Cumplió seis contratos en la zona Centro-Europa. Esta es su ficha.

«G» cogió el expediente.

Jean, Jacques, Joseph BRIANT.

Nacido el 2 de noviembre de 1927.
Lugar de nacimiento: Arras.
Graduación: Capitán.
Escala de sueldo n.º 2.
Títulos: Estado-Mayor.
Filiación adjunta (Ver...)
Conocimiento de idiomas: inglés, ruso, italiano, neerlandés.
Diplomas: licencia neerlandesa.
Cifra: (Ver informe anexo comandante adjunto oficina de cifrado).
Estudios: St-Cyr, n.º de promoción: 18.
Estado: soltero.

«G» tendió a Régis una fotografía incluida en el expediente. El agente secreto la examinó y movió afirmativamente la cabeza:

—Es él, desde luego —dijo—. Sólo le vi fugazmente, pero me fijé en sus rasgos cuando disparó.

—No vaciló en matar al piloto. Se trata de saber si se encontraba al servicio de Van Otterloo y formaba parte de su Organización. Gracias, Jeanneret. Puede llevarse el expediente.

«G» se sirvió otro vaso de Evian y bebió el agua lentamente, como si encontrara en ella una fuente de inspiración. Luego desplegó el periódico que tenía encima del escritorio, un ejemplar del «The Observer», por la página 15, donde figuraban los anuncios por palabras «*Home & Abroad*», es decir, nacionales y extranjeros.

—Se busca —leyó— un secretario que posea conocimientos concretos y amplios sobre colecciones de armaduras y que, de ser posible, haya trabajado en un museo. Salario: 3500 libras esterlinas. Conocimiento de los idiomas francés e inglés. Nociones de neerlandés. ¿Es éste su caso, 707?

—Sí —respondió Régis—, pero...

«*Please write in confidence stating age and outlinning experience to Van Otterloo. Victoria Hotel. Amsterdam. Phone: 23 42 55. Telex: n.º 12545*». Es decir, escriba, etc., comunicando edad y empleos anteriores —traduzco libremente— a Van Otterloo. Se encuentra de paso en ese hotel y no quiere dar su dirección antes de haber examinado minuciosamente el candidato que elija. ¿Conoce usted el Hotel Victoria?

—No, mi general.

—Es un establecimiento importante, selecto y lujoso. Clientela de postín, especialmente norteamericanos de paso. Va usted a telefonar a Van Otterloo

dándole sus referencias.

—De acuerdo.

—El anuncio apareció ayer. Van Otterloo no habrá recibido muchas respuestas, y voy a llamar a los Servicios neerlandeses para que alejen sistemáticamente a las personas que pregunten por él en el hotel, exceptuándole a usted, desde luego. Enviaré también al 797, el cual representará muy mal su papel y se hará descartar por falta de conocimientos técnicos. Por tanto, quedará un solo candidato válido: usted.

—Yo también desconozco todo lo que se refiere a armaduras.

«G» no pareció haberle oído.

—Ayer me ocupé de eso —dijo—. En cuanto me cablegrafieron de Londres, incluso antes de recibir el periódico, me puse en contacto con varios expertos. Tendrá usted varios certificados, todos elogiosos, desde luego, pero sin exagerar la nota. Los conservadores de los museos no son aficionados a las expresiones demasiado laudatorias.

—¿Qué referencias tendré?

—Las del Museo de Historia de Berna; habrá pasado un año en él, para dirigirse luego al «Kunsthistorisches Musseum» de Viena, y más tarde a la Comisión técnica del Museo del Ejército, de París, en calidad de secretario. Ahora regresa usted de los Estados Unidos, donde trabajó hasta el pasado mes en la «Pierpont Morgan Library», para redactar un catálogo de armamentos antiguos. He telefoneado al mejor experto de nuestro país, el cual va a darle algunas explicaciones a fin de que no quede usted en ridículo delante de nuestro amigo... Le sé dotado de una excelente memoria, de modo que por ese lado no habría dificultades. Pero, tenga mucho cuidado. Va a enfrentarse con unos temibles adversarios.

—Al diablo si...

«G» volvió a cerrar el «The Observer». Régis, que le conocía muy bien, hubiera jurado que una lucecita divertida iluminaba fugazmente sus ojos de un azul descolorido, casi incoloro.

—Estoy convencido —dijo el jefe de los Servicios franceses— de que Van Otterloo, después de haber trabajado algún tiempo para el Este, es ahora un agente de la China popular. Para los chinos resulta vital poseer informaciones acerca de los Almirantazgos occidentales y las fuerzas de la OTAN. Han conseguido ya unos planos de aviones. A ese respecto, las potencias occidentales experimentan una viva inquietud.

Tosió y bebió un vaso de Evian.

—Ignoro todavía si Van Otterloo y sus amigos son culpables —continuó—. Su tarea consistirá en averiguarlo.

—Hablo muy mal el neerlandés —objetó Régis—. A decir verdad, sólo tengo unas vagas nociones de ese idioma. ¿No cree usted, mi general, que sería preferible confiar esa misión a un hombre que lo hablara correctamente?

—En el anuncio no se especifica que deba usted hablarlo a la perfección. No se preocupe, pues. Además, aunque ello hiera su vanidad, debo confesarle que no dispongo de nadie más...

Una sonrisa suavizó la brusquedad de aquellas palabras... Régis, por otra parte, sabía perfectamente que «G» no creía una sola palabra de lo que decía. El general abrió un cajón de su escritorio y sacó un libro.

—Tome —dijo—. He telefoneado al conservador de la Biblioteca Nacional, sección impresos. Una de nuestras secretarias me lo ha traído poco antes de su llegada. Al parecer, en París no existe más que un ejemplar, y tendrá usted que cuidarlo tanto como a su salud. Léalo en sus momentos de ocio. Creo que son numerosos.

—Permítame decirle respetuosamente, mi general, que estoy siempre de permiso.

—¡Diablos! Hace bien en recordármelo. Hablaré con el pagador al respecto...

Régis cogió el libro que «G» le entregaba y echó una ojeada a la cubierta. Se trataba del catálogo, redactado en inglés, del departamento de Armas y Armaduras del «Metropolitan Museum» de Nueva York. Algo capaz de quitarle el sueño a cualquiera.

—El experto le recibirá en esta dirección: anótela. Sabe ya que irá usted. Lo lamento: no podrá entregarse a su deporte favorito. A propósito, ¿cuál es, el golf o las mujeres?

—Los dos, mi general, con su permiso. ¿A qué hora me esperan?

—Lo antes posible. Tiene usted que salir inmediatamente para Amsterdam. Espero un informe completo, Régier. ¡Buena suerte!

Régis salió de la oficina. Su automóvil le esperaba. Decidió dirigirse al bar del Claridge, para almorzar luego en Fouquet's, en los Campos Elíseos. Después pasaría un par de horas en el golf de Chantilly, y acudiría a casa del experto de seis a siete de la tarde.

Con el libro bajo el brazo, se dirigió hacia su 404.

CAPÍTULO V

El apartamento del experto se encontraba en París, *rue Monsieur*, en un barrio tranquilo y ventilado, no lejos del Evêché.

Eran las seis y media de la tarde y el día había transcurrido de un modo maravilloso. Régis, que había regresado de Chantilly completamente relajado, se detuvo y aparcó el automóvil. Unos minutos más tarde pulsaba el timbre del quinto y último piso, en cuya puerta había una tablilla con un nombre evidentemente extranjero: S. YALE.

La puerta se abrió.

Una joven enarcó las cejas en muda interrogación. Luego suspiró.

—Pase —dijo—. Soy Simone Yale.

La puerta volvió a cerrarse detrás de Régis, el cual fue introducido en un pasillo cubierto por una alfombra roja. El apartamento, amueblado al estilo inglés de la época *Regency*, se componía de varias habitaciones distribuidas alrededor de un saloncito. Un diván amarillo limón, un escritorio *Regency*, una alfombra de Khorassan, componían una armonía a base de tonos suaves. Una mesa ovalada, atestada de libros y de bibliografías, sostenía una máquina de escribir, una «Adler special», de chasis color azul pastel.

—Pensé que me encontraría delante de un experto... —empezó Régis.

Al ver que la joven le miraba con expresión irónica no insistió.

—«G» me ha puesto en antecedentes —dijo Simone Yale—. Le he preparado algunos libros que tendrá que hojear. Un coleccionista estará más enterado que usted, naturalmente, pero si usted se limita a hacer algunas observaciones, no se dará cuenta de que su ciencia es recién adquirida.

—No comprendo el motivo de esa colección. ¿Le ha hablado «G» de ese hombre?

—No, y no quiero saber nada de él. No quiero tener la impresión de que trabajo *contra* alguien. Ahora me parece que estoy trabajando *para* alguien, lo cual me está permitido. ¿Comprende la diferencia?

Era indudable que conocía a «G» mucho mejor de lo que Régis había supuesto.

La joven le invitó a sentarse y Régis se instaló enfrente de ella, cerca del escritorio. Tenía alrededor de treinta años, los ojos verdes, los cabellos rubios y una naricilla impertinentemente remangada. Llevaba una chaqueta verde nilo y una blusa camisera color limón, tonos que le sentaban muy bien y hacían resaltar el dorado de su cabellera. La costumbre de reflexionar, la inteligencia, añadían encanto a sus rasgos. Su perfume, *Miss Dior*, la resumía perfectamente.

—¿Americana?

—No haga preguntas, M. Régier. Aquí, el alumno es usted.

Y la joven jugueteó con su estilográfica, sonriendo, demostrándole que no le reprochaba su curiosidad.

—Me casé hace cinco años, me divorcié hace dos. Vivía en Cincinnati, ahora vivo aquí. Eso es todo.

—¿A qué se dedicaba su marido?

—Era agente general de una compañía telefónica. Accesoriamente, y además de su trabajo, tenía también una amiguita. Pero, volvamos a usted, M. Régier, si no le importa. ¿Por qué me ha dicho que no comprendía el motivo de una colección?

—En efecto, no comprendo el motivo de una colección de armaduras. Parece una cosa a la vez anacrónica y extraordinaria.

—¿Por qué? ¿Sabe usted que una loriga, es decir, una gran cota de malla, está formada por un número fabuloso de anillos, a veces hasta cien mil, forjados y remachados uno a uno? Eso representa un trabajo extraordinario, ¿no es cierto? Y esas armaduras iban acompañadas de espadas y de escudos, componiendo una potencia individual que nunca ha sido igualada. Homero habla en alguna parte del entrecocar de los bronce que resonaba como una risa en la llanura. El hombre que les interesa a ustedes es un coleccionista porque sueña en una época desaparecida. Y aquella época era para él sinónimo de potencia. Y está en lo cierto. Pero su fuerza brutal se confundía también con la belleza. Por lo tanto, debe ser sensible a esta última, pero únicamente bajo aquella forma.

—¿Acompañada de la potencia, quiere usted decir?

—Exacto. De no ser así, se hubiera dedicado a coleccionar cuadros, por ejemplo, en vez de armaduras.

—Está usted efectuando una especie de psicoanálisis. Lo ignora todo acerca de ese hombre y, sin embargo, deduce los rasgos de su carácter por su colección...

Simone Yale continuó jugueteando con su estilográfica de oro.

—Desde luego —dijo—. Ese hombre sólo ama la belleza si va acompañada de la potencia: en consecuencia, se trata de un hombre que querría desplegar, si le fuera posible, una gran potencia.

—¿Por qué?

—No olvide que se trata de unas armas de muerte. Esas «estatuas huecas», como nosotros llamamos a las armaduras, han chorreado sangre bajo el choque de las espadas. Por lo tanto, ese hombre no tiene ninguno de los

escrúpulos que en la época moderna inspira el uso de la fuerza. Posee una colección sumamente importante —puesto que necesita un secretario para que le ayude—, lo cual exige a la vez tiempo y dinero. Dispone, pues, de los dos, lo cual nos proporciona también interesantes datos sobre su carácter. En nuestros días sólo se pueden obtener esas dos cosas aplastando implacable y silenciosamente a los adversarios. Por tanto, le veo como un hombre sin escrúpulos, admirador de la fuerza bruta, rico, dispuesto a todo para conservar y aumentar esa riqueza. Podría darle más detalles si supiera cómo está organizada su colección, pero, si no he entendido mal, ésa será tarea de usted.

—Sí.

—Cuando vea usted una colección de armaduras, comprenderá el atractivo que pueden ejercer. Una armadura parece algo viviente. El artista que la fabricaba conocía la anatomía humana como un escultor, por ejemplo, tan a fondo como los médicos de la época. Estaba al corriente del movimiento de cada músculo, de cada articulación, ya que el metal casaba fielmente con el menor movimiento de su poseedor... Pero ya es hora de que abordemos nuestro estudio. Las láminas en colores le facilitarán las cosas.

Durante más de dos horas, Régis se mostró atento a las explicaciones. Luego, su atención flaqueó y encendió un Benson. La pitillera dorada se vació poco a poco. Finalmente, se instaló sobre el diván. Las láminas en colores desfilaron ante él con sus detalles minuciosos, cimera, hombreras, guanteletes, armadura para el combate a pie, armadura para el combate a caballo... Alrededor de las diez se disponía a marcharse, pero la joven le invitó a cenar. Después, Simone rechazó la invitación de Régis para que fueran a un club nocturno. Se separaron.

* * *

Al día siguiente continuaron las lecciones. Almorzaron en un restaurante de las afueras de París. Cuando regresaban a la ciudad, Régis se volvió hacia su compañera.

—Ya es hora de que telefonee a mi futuro patrono —dijo, sonriendo.

Los altos edificios de ventanas metálicas, recientemente construidos en unos terrenos que habían sido campos de tenis, se divisaban ya. Simone Yale permanecía silenciosa y miraba a Régis de cuando en cuando.

—Llamará usted desde mi casa —dijo, finalmente—. Así, en caso de que le formulen una pregunta difícil, podré ayudarle.

Subieron al apartamento de la joven. Las ventanas estaban abiertas y el sol iluminaba los gladiolos amarillos, blancos y rojos que crecían en unas

pequeñas macetas. Lo primero que hizo Régis fue pedir conferencia con Amsterdam. Demora indeterminada. Régis se sentó en el diván. Simone vino a sentarse a su lado. Régis rodeó con su brazo los hombros de la joven, sin que ella protestara. En el momento en que se disponía a besarla, sonó el timbre del teléfono.

Era la centralita del hotel.

—Desearía hablar con Mr. Van Otterloo, un cliente de ese hotel.

—Un momento... Sí, en efecto. ¿A quién debo anunciar?

La telefonista del hotel, a pesar de un ligero acento, hablaba un francés correctísimo. Su voz, algo cantarina, estaba desprovista de toda impaciencia.

—Mi nombre no le dirá nada a Mr. Van Otterloo; dígame, por favor, que le llamo a propósito de un anuncio aparecido en el «The Observer».

Un clic. Una voz masculina.

—¿Quién es usted y qué quiere?

Una voz ruda, que iba directa al grano. La voz de un hombre que posee los medios del poder, en primerísimo lugar el dinero. Pero también otros medios y otras ambiciones. Régis se explicó. Su interlocutor permaneció silencioso.

—¿Es usted realmente apto para este cargo? —inquirió finalmente—. Según sus referencias, tengo la impresión de que sí. Tenga en cuenta que las comprobaré minuciosamente.

—Desde luego, señor.

—Bien, venga a Amsterdam dentro de tres días. Le enviaré por correo urgente un billete de ida y vuelta para el T. E. E. y unos tickets de vagón-restaurante. ¿Conoce el Hotel Victoria?

—No.

—Sólo tendrá que cruzar la plaza de la Estación, doscientos metros, aproximadamente. Pregunte por el apartamento 774. Envíeme antes, por correo urgente, una fotocopia de la primera página de su pasaporte. Tendrá usted pasaporte, desde luego...

—Sí. Como ya le he dicho, he trabajado en el extranjero.

—Espero que nos entenderemos. En tal caso, romperemos el billete de vuelta. Hasta ahora, los candidatos que se han presentado no estaban a la altura de lo que yo exijo. Si se encuentra usted en ese caso, es preferible que no me haga perder el tiempo.

—Le aseguro que no, Mr. Van Otterloo. Me considero capacitado para ocupar el puesto.

—Veremos. ¡Ah! A propósito: ¿dónde se conserva el yacente del Príncipe Negro, de cobre con incrustaciones de esmalte?

Simone Yale, gracias a su teléfono supletorio, escribió la respuesta en una cuartilla y la empujó rápidamente delante de Régis.

—En la catedral de Canterbury, señor.

—Envíeme los documentos que le he pedido y venga dentro de tres días.

La comunicación quedó cortada.

—¡Un hombre encantador! —suspiró Simone Yale.

CAPÍTULO VI

Era mediodía cuando Régis tomó el Trans-Europ-Express, en la estación del Norte.

Se instaló cómodamente con «Le Monde», el «Times» y el «Play-Boy», habiéndose identificado ya con un empleado, dispuesto a sacrificar su independencia por un salario más que regular, aunque sin medida común con el lujo, privilegio de una minoría. Se había convertido, pues, en un secretario que había redactado varios catálogos y bibliografías, entusiasta de las armaduras, habiendo trabajado en diversos museos extranjeros. En consecuencia, había cambiado sus trajes de *chez* Lanvin y Creed por algo más modesto. Con un suspiro, había abandonado sus Benson y sus Lonsdale: no eran la clase de cigarrillos o de cigarros que se permitía un empleado. Había optado por una pipa, que se desenroscaba y contenía unas diminutas hojas de afeitar, ocultas cerca de la boquilla. Podía llenarla perfectamente, pero cuando la encendió hizo una mueca.

En el expreso, enfrente de él, una muchacha que llevaba gafas leía una novela de Pearl S. Buck. El padre hojeaba la edición europea del «New York Tribune». Régis miró a los otros viajeros: todos estaban leyendo, y él se sumergió en sus periódicos.

Un niño pulsó los botones de la cortinilla eléctrica, haciéndola bajar entre los cristales dobles, hasta que una mano indignada le arrancó de aquella apasionante ocupación. Entonces, el niño se dedicó a plantar cuidadosamente sus pies sobre los de sus vecinos.

Los camareros no tardaron en servir el almuerzo, colocándolo delante de los viajeros sin necesidad de que éstos tuvieran que abandonar sus asientos. Régis encargó un Oporto rojo, a cuenta de los tickets enviados por Van

Otterloo, y luego un reconfortante café. Después suspiró. El expreso no llegaba a Amsterdam hasta las 15,17 horas.

* * *

El tren se detuvo. Lo primero que vio Régis fue una azafata que llevaba un uniforme azul marino y un gorrito redondo, así como una inscripción: «Welkom in Amsterdam». Reuniendo su equipaje, maleta-avión y maletín de cuero, atravesó los pasillos de la estación, dejando detrás de él los cuatro vagones del Trans-Europ. Unos carteles ingenuamente coloreados invitaban a los forasteros a visitar las cervecerías y los talleres dedicados a la talla y pulido de diamantes.

El «Victoria» se encontraba a la entrada de Damrack. Para llegar hasta allí le bastaba con cruzar los puentes, ya que la estación estaba edificada sobre una isla, cosa que los turistas rara vez notan. Régis se apresuró entre la riada de pasajeros que se precipitaban sobre los taxis, los autobuses y los tranvías y distinguió en seguida el alto edificio del «Victoria». En el vestíbulo, los *grooms* se movían serviciales alrededor de unos norteamericanos conducidos por un majestuoso empleado de la agencia Cook, de gorra galoneada, eficiente y poliglota. En la recepción, cinco holandeses hojeaban los registros, ante dos porteros de uniforme. La centralita telefónica se encontraba algo retirada, al abrigo de las miradas. Un neerlandés, de cabellos cortos y rubios, muy joven, tecleaba sobre una máquina de calcular automática, enorme. Delante de las vidrieras del comedor, unas ancianas norteamericanas leían unos libros de bolsillo; sus maridos, en la conserjería, firmaban cheques del American Express. Un botones atendía el ascensor. Régis se apeó en el cuarto piso y se adentró por los pasillos, amplios y silenciosos. En todo el hotel se respiraba una atmósfera de lujo.

Van Otterloo ocupaba una *suite* de tres habitaciones, además de un cuarto de baño y un vestíbulo, todo amueblado a la inglesa, con sillones cómodos y espesas alfombras; un teléfono blanco reposaba sobre una mesilla, en el salón, donde hizo seña a Régis de que se sentara.

Una ojeada fue suficiente para el agente secreto. Se trataba de un hombre embutido en un traje muy bien cortado, cuyos botones de oro macizo brillaban como gruesas pepitas. Su rostro enorme, a lo Goering, revelaba la energía y la fuerza, pero daba a entender algunos años de buena vida y de buena mesa. En su anular izquierdo brillaba un diamante de varios quilates. Encendió un Crystales, que sacó de su tubo de vidrio. Una joven china trajo unos vasos.

—Soong, mi secretaria particular —dijo Van Otterloo.

Régis miró a la joven. Era una china de pura raza, sumamente bonita en su *cheongsam* negro y oro, que se abría sobre sus muslos. Andaba con ligereza. Tenía las uñas abombadas, los pies diminutos y los labios de una finura de pétalo. Pero Régis no consiguió encontrar su mirada en ningún momento.

—¿Ha estado usted en Argelia o en el Extremo Oriente, *monsieur* Régier?

—Nunca.

—¿En ninguna guerra colonial? En virtud de su edad, por otra parte, escapó naturalmente al último conflicto.

—Cuando me llamaron a filas, me destinaron a servicios auxiliares.

Van Otterloo sacudió la cabeza, con aire comprensivo.

—Sin embargo, parece gozar usted de una salud envidiable.

—Sí, ahora, mi afección cardíaca está en vías de curación.

—Bueno, ¿qué quiere usted beber? Como francés, debe poseer unos conocimientos especiales sobre el champaña —dijo Van Otterloo, hojeando los certificados que «G» le había proporcionado a Régis—. Muy bien —concluyó, finalmente—. Queda contratado. ¿Qué quiere usted beber?

—Crémant blanco, si no tiene inconveniente.

—¡Excelente idea! Soong, encargue dos botellas de Crémant.

La joven china desapareció. Régis oyó el sonido apagado de su voz, hablando por teléfono. Diez minutos más tarde un camarero se presentó con dos botellas, las cuales descorchó cuidadosamente antes de volver a sumergirlas en el cubo con hielo. Había subido también caviar Béluga. Los panecillos, conservados calientes en unas servilletas, eran dorados y crujientes.

—Considérese contratado, *monsieur* Régier —repitió Van Otterloo—. Vamos a marcharnos a Rotterdam. Mi hotel particular está situado en Beukels: allí se encuentra una parte de mi colección.

Comenzó a hablar de ella con pasión, sin escuchar siquiera ningún comentario. Su erudición era aplastante; Régis perdía pie en aquella riada de precisiones técnicas. Van Otterloo se bebió toda una botella de Besserat de Bellefon, y luego se puso en pie, haciendo una seña a Régis para que le acompañara. El agente secreto tuvo la impresión de que, entretanto, su equipaje había sido registrado por Soong.

Un chófer aguardaba al volante de un Mercedes Benz 600. Se trataba de un húngaro de unos cuarenta años, de hombros muy anchos, nuca hundida, cabellos rubios cortados a cepillo, ojos azules, la mirada helada de un *chequista*, con el labio superior deformado por la cicatriz de una cuchillada.

Llevaba unas gafas provistas de espejos colocados al lado de cada cristal. Régis conocía aquel tipo de gafas que utilizan a veces los vigilantes de los grandes almacenes, y que permiten mirar detrás de uno, aunque ahora aquellos establecimientos prefieren los circuitos privados de televisión. Régis no dijo nada y se sentó a su lado. Van Otterloo y Soong ocuparon el asiento trasero.

—Lazlo Göroe, *monsieur* Régis, es mi chófer. Tuvo que huir de Hungría, en un momento difícil.

Van Otterloo no amplió sus explicaciones y Göroe lanzó el automóvil en dirección a Sloterdijk, uno de los barrios de la gran metrópoli. Conducía muy aprisa, doblando fácilmente a los otros vehículos, gracias a la potencia del automóvil. Van Otterloo fumaba un cigarro. A su lado, Soong, con las manos en el regazo, parecía dormir. Sin embargo, de cuando en cuando, Régis sentía pesar sobre él su mirada investigadora.

Göroe cruzó Halfweg, a unos trece kilómetros de Amsterdam; a partir de allí, la carretera discurría paralela a la vía del ferrocarril y al canal que unía Amsterdam y Haarlem. Tulipanes, jacintos y narcisos aparecían y desaparecían a lo lejos, en manchas multicolores, sobre unas dunas allanadas, en los alrededores de Haarlem. El paisaje era magnífico. Régis, dejando vagar su mirada por él, reflexionaba en realidad activamente. No cabía duda de que estaría muy vigilado y dispondría de muy poco tiempo para actuar.

No tardaron en llegar a Rotterdam; pasado el aeródromo, penetraron en Stadthouders Weg. Las entradas de sótanos o de bodegas, cerradas a veces por verjas de hierro, eran recorridas como por un golpe de hoz por la luz del verano. Un verdadero bosque de bicicletas obstruía la calzada. Las casas de ladrillo rojo, de fachadas pintadas de color oscuro mezclado con hollín, de marcos amarillentos, producían una impresión de uniformidad. El Mercedes se detuvo en la avenida Beukels, delante del hotel particular de Van Otterloo, un conjunto imponente. Un «stuccatori» italiano debió trabajar en otra época en la decoración de los remates a gollete, adornados con águilas. Una escalera de piedra azulada daba acceso a la puerta principal. Las ventanas, enmarcadas por amplios bastidores de madera, eran de guillotina.

Régis cogió su equipaje y siguió a Van Otterloo.

—Soong se ocupará de su instalación —dijo el neerlandés—. Cenará usted conmigo y con mi otra secretaria, y luego trabajaremos en la gran sala de las armaduras. La tarea debe de serle familiar...

—Sí, desde luego —respondió prudentemente Régis, penetrando en uno de los grandes salones de la planta baja.

Soong le precedió, subiendo por la amplia escalera de madera exótica que conducía a los pisos superiores.

La fijeza de su mirada, su absoluta tranquilidad, contrastaban de modo sorprendente con la sensualidad que emanaba de toda su persona al andar. La china le introdujo en una *suite* de dos habitaciones, que en adelante sería su apartamento. Todo amueblado de modo agradable, con sillones muy cómodos y una biblioteca compuesta principalmente por revistas y libros en inglés. Trató de entablar conversación con la joven, pero perdió el tiempo.

—La cena será servida dentro de una hora —dijo Soong, sencillamente.

—¿Dónde está el comedor?

—En el primer piso. Procure ser puntual.

Soong hablaba un francés cantarín. Régis trató de retenerla, de sonsacarle otros detalles, pero la joven se disculpó y salió. Cuando se quedó solo, el agente secreto hizo el inventario de sus dominios.

Las habitaciones eran muy altas de techo, con cornisas de yeso y unas moquetas de color tabaco. Régis se desvistió, con la intención de tomar una ducha, pero cambió de parecer y levantó el teléfono blanco que se encontraba en el salón-biblioteca. Sus sospechas eran fundadas. En la base del receptor habían colocado un diminuto micrófono, de fabricación japonesa, que podía captar las conversaciones telefónicas y las que se desarrollaban en la habitación. Aquella clase de micrófono, alimentado por la corriente del teléfono, transmite sus indicaciones por radio.

En el dormitorio, revisó todo lo que podía servir de escondrijo para un micrófono. Encontró uno en el reloj eléctrico colocado sobre una cómoda: muy clásico. ¡Van Otterloo era aficionado a los métodos antiguos!

Aquella era la clase de trampas en las que se cae fácilmente. Régis volvió a colocar el reloj y pulsó el niquelado botón de la ducha. El agua chorreó sobre su desnuda espalda y su columna vertebral, procurándole una sensación de bienestar. Permaneció en el cuarto de baño un cuarto de hora; cuando entró de nuevo en el salón, vio que habían dejado sobre el diván un traje de noche: smoking con solapas azul noche, camisa de seda, corbata de pajarita y zapatos de cuero negro, con la marca de un zapatero de Amsterdam.

Se vistió rápidamente, introdujo la pipa en su bolsillo y hundió en él un trozo de mica. Nada mejor como salvoconducto.

Sonó el teléfono. Soong, con su voz sin matices, le avisó que la cena estaba lista. La joven colgó inmediatamente, y Régis se dirigió hacia la puerta y salió de la habitación.

En la escalera se cruzó con dos hombres, unos marineros chinos. Se preguntó si Van Otterloo disponía de un yate. Otra cosa que tendría que averiguar.

La mesa estaba puesta en el primer piso, en el comedor amueblado estilo Luis XIII, de altos y oscuros cortinajes. Van Otterloo charlaba en el centro de un grupo formado por Soong, que había optado por un *cheongsam* de lamé dorado, por Lazlo Göroe, su seudochófer, y por una mujer y otros dos hombres, los cuales presentó a Régis.

—Walter S. Lewis, uno de mis colaboradores.

Un norteamericano robusto, de cabellos castaños, ojos de color avellana y el aire de un excampeón de boxeo.

—J. J. Wilson.

Un inglés de hombros estrechos, que sostenía negligentemente un Benson con la mano izquierda. Su fácil sonrisa no engañaba a nadie: se trataba de un hombre hábil y peligroso.

Una joven examinaba unos puñales y una cota de malla, dispuestos en una vitrina.

—Mi secretaria, Anneke Van Rijn, neerlandesa pura.

La joven sonrió cortésmente y le alargó la mano, al parecer sin excesivo entusiasmo. Régis se sintió atraído hacia ella. Era una rubia de proporciones más bien pequeñas pero muy bien formada; la inteligencia se leía en sus rasgos delicados, en la boca bien dibujada, en los ojos claros. No llevaba ninguna joya sobre su vestido de color verde oscuro, de terciopelo y de escote cuadrado que dejaba ver su piel lechosa. Van Otterloo, que flirteaba con Soong, parecía considerarla con cierta frialdad. A decir verdad, sólo parecía ocuparse de la joven china. En cuanto a los otros tres hombres, hablaban poco. Casi toda la cena transcurrió en un largo monólogo de Van Otterloo. De cuando en cuando, Régis y Anneke Van Rijn intervenían con un comentario sobre el tema favorito del anfitrión. Sin embargo, al final de la cena, mientras tomaban café —a excepción de Anneke Van Rijn, que tomaba té—, Lewis se volvió repentinamente locuaz.

—Tiene usted el aspecto de un milord, Régis, y no el de un hombre de ciencia. ¿No ha boxeado nunca?

Régis iba a contestar negativamente, cuando vio que Van Otterloo alargaba el brazo, en aquel preciso instante, hacia una taza de café. Encima de su reloj de oro, sobre la playa de piel morena y velluda dejada al descubierto por su camisa, veíase un número diminuto tatuado con tinta china, un 2

azulado y casi borrado. Asaltado por una idea repentina, el agente secreto se volvió hacia Lewis.

—He trabajado una temporada en los Estados Unidos, y allí aprendí un poco a boxear —dijo.

Lewis sonrió desdeñosamente.

—Me gustaría practicar con usted. Unos asaltos, simplemente. Sólo para divertirnos y animar un poco la velada. Si Mr. Van Otterloo no tiene inconveniente, desde luego.

Régis hubiera jurado que los dos hombres intercambiaban un guiño. Van Otterloo sacudió la cabeza.

—Ningún inconveniente —afirmó—. Por el contrario, me encantaría. Y tengo la intención de averiguar hasta dónde puede llegar usted, Régis.

Un brillo cruel danzó en su mirada. Régis, que había observado ya aquel brillo en los ojos de ciertos asiáticos, implacables jugadores que comerciaban con la vida humana, comprendió que en aquel momento asomaba al exterior la verdadera naturaleza del neerlandés. Lewis sonreía como un tiburón, suponiendo que aquellos escualos de sangre fría pudieran sonreír. Wilson, por su parte, exhibía el semblante regocijado de un verdugo que se dispone a lanzar su cuerda, en tanto que Gëroe destrozaba un cigarrillo, con su rostro de rasgos fríos iluminado por una expresión de anticipado placer. Una pandilla de sádicos, evidentemente. Todos se pusieron en pie. Únicamente Anneke Van Rijn miraba a Régis con una especie de piedad, como se mira a un condenado. Quiso marcharse, pero Van Otterloo no le dio tiempo para hacerlo y estalló en una risotada.

—¿Por qué quiere marcharse, querida? El combate sólo permite elegir entre la vida y la muerte. Nos hemos civilizado demasiado: se ha olvidado que el matar ha sido la ley de la especie humana durante milenios. Nuestros contemporáneos serían incapaces de sobrevivir a cualquier conflicto, a cualquier pánico. Por otra parte, ¿por quién siente usted miedo?

Se volvió hacia Régis, cogiéndole por el brazo:

—Va a luchar sin armas, amigo mío. Y, en su lugar, yo no subestimaría a su adversario. Es capaz de acogotarle y luego desplumarle como a una gallina...

Salieron todos, dirigiéndose a una sala inmensa, de dieciséis a dieciocho metros de longitud por diez o doce de anchura, llena de armaduras, de cimbras, de armas y de cuadros del siglo XVIII, de la escuela holandesa. La armadura más próxima, adornada con la rosa de los Tudor y la flor de lis, una armadura de la época isabelina, hubiera hecho las delicias de un museo. Más

allá otras tres armaduras de jinetes ofrecían sus siluetas oscuras e inquietantes. Lucharían en aquel fantástico escenario. Van Otterloo llamó a un chino que le seguía como una sombra:

—¡Tráenos más café, Cheng! Y di a Soong que se dé prisa. ¡No quiero que se pierda nada del espectáculo!

Soong llegó silenciosamente, y miró a los dos hombres que se observaban ya mutuamente. Göroe y Wilson parecían muy interesados. ¿Habían asistido a combates parecidos? Lewis se había despojado de la americana y permanecía inmóvil, con la palma de su mano izquierda abierta y vuelta hacia abajo, y la mano derecha colocada encima de la cabeza. Régis reconoció una posición clásica de espera del karate, y se despojó igualmente de su americana y su corbata. En el mismo instante, Lewis le propinó un puntapié en el estómago con el filo del pie derecho. Régis paró con el brazo derecho y dio un paso atrás con el pie izquierdo, asumiendo la posición llamada del «jinete a caballo», con los brazos encima de la cabeza y el cuerpo ligeramente flexionado. En un torbellino furioso, Lewis se lanzó hacia delante y los dos hombres se propinaron una serie de puñetazos que sólo pararon a medias. La sangre empezó a manar de sus rostros tumefactos. Para los observadores parecían ejecutar un boxeo contra su sombra, y sus golpes resonaban sordamente. En un momento determinado, Lewis esquivó un rodillazo de Régis y éste se encontró a su adversario detrás de él, cogiéndole y bloqueándole los brazos a la altura del codo. Régis, a través del sudor que cubría sus párpados, vio posarse sobre él la tranquila mirada de Soong. La joven no se movía, pero sus senos tensaban la seda de su vestido, y respiraba agitadamente.

Se inclinó hacia delante, empujando sus codos uno hacia otro lo más lejos posible detrás de su espalda, levantó primero el codo derecho y se desasíó, luego cogió por entre sus piernas, con la mano derecha, el tobillo más próximo de Lewis, tirando de él con fuerza hacia delante y hacia arriba. Lewis, a pesar de su agilidad, estaba sin aliento. Cayó de espaldas. El agente secreto le propinó un *atemi* con el tacón izquierdo en el bajo vientre, y el otro profirió un aullido terrible, rodando sobre sí mismo y encogiéndose para escapar al atroz dolor. Régis, con una tensión del cuerpo, hizo girar el pie derecho y golpeó en pleno rostro. Lewis aulló, con la nariz rota, el rostro inundado de sangre, y luego esbozó un gesto hacia uno de los sables colocado en una panoplia. Pero, alcanzado por otro *atemi* en la nuca, se desplomó, dejando escapar el arma entre sus dedos temblorosos. Wilson, que había

sacado su revólver, golpeó al francés con la culata de su Walther, salvajemente, varias veces.

Con un velo púrpura delante de los ojos, Régis se desplomó a su vez, chorreando sangre. Cosa rara, ahora ya no sentía nada. Vio oscilar los rostros feroces que le miraban, el de Wilson, el de Gëroe, la mofletuda cara de Van Otterloo. Luego, súbitamente, perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VII

Se encontraba ahora solo, sumido en las tinieblas.

Sin duda le habían transportado hasta aquel diván. Manaba sangre de su nariz y de sus oídos, pero se trataba de un simple traumatismo. Se puso en pie, reprimió una mueca de dolor y palpó, evitando encender la lámpara de pie. Era preferible que creyeran que continuaba sin sentido. En el pasillo se oían varias voces, las de Wilson y de Gëroe. Ambos debían sentirse furiosos por la muerte de Lewis, aunque se hubiera producido de un modo accidental.

Régis se secó el ensangrentado rostro. Luego se dirigió al cuarto de baño; el helado contacto de los grifos niquelados le hizo estremecer. Un reflejo puramente nervioso, ya que aún se encontraba bajo la influencia del *shock*. Tumefacto, con todo el cuerpo señalado por los golpes, hizo correr el agua caliente, se desvistió y tomó un baño.

Su reloj señalaba medianoche. Régis no tenía sueño. Sin embargo, descansó un poco, el tiempo suficiente para recobrar la calma, realizó unos ejercicios respiratorios con mucha lentitud, se echó encima un kimono de seda negra y se dispuso a salir del apartamento. Tendió el oído: las voces habían enmudecido, ahora no se oía nada. En toda la casa reinaba un silencio tan pesado como una losa de plomo.

Abrió la puerta del apartamento, cegó con papel el ojo de la cerradura, introduciendo luego un trozo de mica en su bolsillo. Después de lo cual salió al pasillo.

La calefacción central reseca el aire, y Régis se sentía casi febril, pero el andar le resultaba ahora menos penoso y había recobrado toda su calma. Cuando pegó el oído a la puerta del apartamento contiguo oyó un sonoro ronquido: un guardián que sin duda tenía la misión de vigilarle en circunstancias normales. Pero todo el mundo debía creerle dormido.

El piso no contenía nada interesante. Trepó en dirección al desván y encontró una puerta blindada, la cual no pudo abrir. Sin duda ocultaba una instalación de radio. Régis se vio obligado a bajar de nuevo. En el segundo piso, un rayo de luz brillaba bajo una puerta. Régis la abrió y se detuvo ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Lewis había sido colocado sobre una mesa de ping-pong. Ningún soplo de vida animaba su cuerpo inerte, de ojos cerrados. Su camisa había quedado desabrochada. Régis se inclinó: tenía un número tatuado en el pecho, a la altura del corazón, un 5 azulado.

El mismo tatuaje había sido encontrado sobre el cadáver de Briant, un 6 semiborrado que el francés se había hecho tatuar hacía mucho tiempo. De modo que se trataba de una banda de espías y de desertores internacionales, que, si llegaban a sospechar de él, golpearían sin piedad.

Una idea repentina le hizo estremecer. El número que había visto durante la cena, cuando Van Otterloo extendió el brazo para coger su taza de café, un número casi oculto por su reloj y la ancha pulsera de oro gris, era un 2 azulado, semiborrado. Si se admitía que la Organización reunía varios agentes, ¿quién era, pues, el misterioso número 1, el fundador de aquella temible banda, de aquella sanguinaria asociación de antiguos miembros y de desertores de varios Servicios Secretos? ¿Gëroe? ¿Wilson? Era poco probable. Y, ¿de cuántos agentes se componía? Briant, el número 6, ¿era el último de entre ellos?

Formulándose aquellas preguntas había descuidado la vigilancia del pasillo antes de adentrarse en él, y súbitamente oyó el sonido de unos pasos, amortiguados por un calzado con suela de goma. Alguien llegaba.

Régis miró a su alrededor: la única huida posible era un apartamento. Empuñó el tirador de la puerta, rezando para que no estuviera cerrada. Por fortuna, sólo estaba entornada, y Régis volvió a cerrarla detrás de él mientras Gëroe, lámpara y revólver en mano, cruzaba el pasillo y luego descendía en dirección a la planta baja. El agente secreto oyó el seco chasquido del seguro de su revólver. Consultó su reloj: la una de la madrugada. Gëroe era un hombre capaz de vaciar un cargador sobre cualquiera, sin más explicaciones.

El olor de un perfume hirió su olfato. Régis se volvió. Una mano se aferraba ya a su hombro; notó un cuerpo femenino, envuelto en una bata, apoyarse suavemente contra el suyo. Una voz susurró a su oído, sin duda para no llamar la atención de Gëroe, el cual regresaba para una nueva ronda y cuyos pasos volvían a resonar en el pasillo.

—¿Qué ha venido usted a hacer a mi habitación, *monsieur* Régier?

CAPÍTULO VIII

Régis se volvió, tratando de taladrar la oscuridad. Sólo veía confusamente a Anneke Van Rijn, a pesar de su proximidad. Su perfume contribuía a aturdirle, y le solicitaban sensaciones de todas clases.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Ha venido realmente por mí?

La voz, agradablemente modulada, tenía un acento ligeramente burlón. Régis quiso encender la luz, pero una mano asombrosamente suave se posó en su brazo.

—Cuidado... Gëroe está en el pasillo. Si ve luz bajo la puerta, puede manifestar alguna curiosidad. Es mejor que venga por aquí, querido.

Cogiéndole de la mano, la joven le guió como a un ciego.

—Se ha batido usted como un valiente, pero también como alguien acostumbrado a hacerlo. Un poco raro, ¿no le parece?

Régis no contestó.

—Sin duda pensó que Lewis quería matarle... Pues bien, no se equivocaba. Era un fanfarrón. No podía soportar el quedar en ridículo. No, no se mueva... Quédese en la cama. No tiene importancia: yo me sentaré en el sillón. No podía conciliar el sueño.

Envuelta en su bata de seda de las indias, de color verde oscuro, la joven encendió un Kent; la punta luminosa del cigarrillo taladró un poco la oscuridad. A continuación, Anneke le tendió el brazo, y el dulce sabor de un Jerez Valdespino, contenido en una copa ventruda, le envolvió como un perfume.

—¿Qué hacía usted aquí? —insistió ella, dando breves chupadas a su cigarrillo—. Nadie ha puesto nunca los pies en esta habitación, excepto Van Otterloo, la primera noche. Creo que aquella noche recibió también la primera bofetada.

—¿Y a mí? ¿Por qué no me abofetea a mí?

—Porque, por milagro, esta noche ha escapado de la muerte. No se abofetea a un fugitivo de la muerte. Lewis era un hombre peligroso.

—¿Por qué le califica de peligroso? Está muerto.

La joven se echó a reír por toda respuesta, una risa que sonó a la vez como un desafío y como un retozo. Luego vació su vaso de Amontillado, completamente tranquila.

—Vamos —susurró finalmente—, no me haga padecer más. ¿A qué ha venido?

Régis se decidió bruscamente.

—He visto el cadáver de Lewis —dijo—. Tenía un número tatuado en el pecho, un 5. Van Otterloo tiene otro número tatuado en el brazo, un 2. ¿Por qué? Confiese, por otra parte, que ni Wilson ni Gëroe son unos apacibles colaboradores o unos simples chóferes.

La joven le miró largo rato en silencio.

—Deme otro cigarrillo, ¿quiere? —dijo finalmente—. Ahora, deme fuego, por favor.

Con los ojos semicerrados, reflexionaba.

—Es muy raro —murmuró—. Me di cuenta de todo eso un mes después de haber entrado al servicio de Van Otterloo. Observé cosas extrañas, lo que usted me dice y también otros hechos.

—¿No se confió usted a nadie?

—No. ¿A quién podía confiarme? Comprobé que Gëroe y los otros estaban tatuados, incluso Stizko, al que conocerá más tarde, y que manda el «J. G. Bosboom 2», un buque fletado por Van Otterloo. En cierta ocasión le pregunté a uno de ellos el motivo de esos tatuajes.

—¿Al propio Van Otterloo?

—No, a Briant, un hombre que luego desapareció. Creo que llevaba el número seis. Aquella noche me había invitado al «Blue Note», un club nocturno de Amsterdam. Actuaba en él una orquesta griega, o seudogriega. Briant me explicó que se trataba de una especie de Club de excombatientes. No puse en duda aquella explicación.

—Desde luego, es una explicación. Pero, un poco rara. ¿No opina usted igual?

—Sí —respondió la joven—. Pero no pensé más en ello.

Se puso en pie y fue en busca de una tarjeta que sacó de un cajón de una cómoda.

—Conservé esta tarjeta. Tal vez le sugiera algo.

Régis cogió la tarjeta que le tendía la joven:

International Club
Every first and third Monday
18 h. 23 h.
Phone: 120 722

—Debe de ser un lugar de contacto, de obtención de informaciones — observó Régis, reflexionando a media voz.

—Nunca les he seguido; creo que se reúnen en el domicilio de Van Otterloo.

—¿Y Soong? —inquirió Régis—. ¿Hace mucho tiempo que esta aquí?

—Un mes, solamente. Van Otterloo emplea muchas asiáticas. No tengo otros informes. Muy poco, ¿no le parece?

—No, al contrario, me ha informado usted más de lo que esperaba.

Régis se puso en pie y dio unos nerviosos paseos por la habitación.

—¿Sabe si Soong lleva también ese tatuaje?

—Lo ignoro. Y en realidad no estoy en condiciones de averiguarlo. Tal vez usted...

La joven se acercó a él. La ola de su perfume le aturdió.

—No bromeo —dijo—. Todo esto es muy serio.

—¿Por qué?

Anneke Van Rijn se encontraba ahora casi pegada a él. Régis la retuvo en sus brazos, esperando que se rebelara, pero la joven no se movió. En la oscuridad, Régis adivinó el dibujo sinuoso de sus labios.

—Estoy investigando acerca de Van Otterloo —dijo.

—¿De modo que es usted un policía?

—No exactamente, pero eso no tiene importancia. Ahora debo establecer contacto con los Servicios neerlandeses y confiarles lo que he descubierto.

—Bueno, creo que puedo confiar en usted. En realidad, Van Otterloo trabaja para los chinos. Les ha transmitido unos documentos de la OTAN. Con el pretexto de comerciar con ellos, les proporciona ciertas armas esenciales. Últimamente, cargó en Marsella material aeronáutico con destino a Rotterdam. Pero el verdadero destino de ese material es Cantón.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

La joven se desasíó de su abrazo.

—Sencillamente, querido, porque trabajo para esos mismos Servicios neerlandeses con los cuales desea establecer contacto. Llevo aquí algún tiempo, pero hasta ahora no he podido sorprender a Van Otterloo en flagrante delito de espionaje. Otro miembro del Servicio trabajaba aquí como chófer, un tal Smits. Fue descubierto y asesinado, lo mismo que una francesa que le servía de agente de enlace.

—Sí, estoy enterado.

—Pero necesitamos pruebas. Dejaremos, pues, que Van Otterloo salga con su cargamento, y a continuación haremos que aborden al buque. Van

Otterloo no sospecha de usted.

Régis le contó su misión, así como la tentativa de asesinato de Briant.

—De modo que ése ha sido el motivo de que no regresara —murmuró la joven—. Van Otterloo le había enviado para que le liquidara a usted. Sólo conocía su número de clave: el 707. Y ahora se pregunta dónde está Briant.

Régis quiso encender la luz, pero ella se lo impidió vivamente.

—Tengo miedo por usted —susurró la joven—. Ahora es necesario que establezca contacto con los Servicios neerlandeses. Ya encontrarán el modo de hacerlo.

—Ya está previsto —respondió Régis—. Mañana recibiré una carta dándome nuevas instrucciones. Un agente, llamado Wilhem Hendrik, me servirá de contacto. Van Otterloo y su banda no tardarán en caer en el ceпо. No quiero que ninguno de sus miembros pueda escapar.

—Espero ese momento desde hace mucho tiempo —murmuró la joven, respondiendo a su abrazo. Después cerró los ojos cuando él la besó.

* * *

Régis cruzó los pasillos desiertos y se dirigió a su apartamento. Eran las cinco de la mañana. El hilo colocado a través de su maleta estaba intacto, lo cual significaba que no la habían registrado. Nadie sospechaba de él, todavía, pero no podía olvidar el espíritu de venganza que, después de la muerte accidental de Lewis, animaba a Wilson y a Göroe. ¿Hasta dónde llegaría su deseo de desquite? La respuesta a esta pregunta era fácil.

Durmió durante unas horas y fue despertado por una llamada a su puerta. Un criado chino le entregó un sobre, cuyo matasellos, de Amsterdam, llevaba la fecha del día anterior, y le preguntó si podía servirle el desayuno. Régis asintió.

El hombre regresó poco después y dejó una bandeja, saliendo tan silenciosamente como había entrado.

Mientras desayunaba, sonó el teléfono. Era Van Otterloo, el cual le dejaba el día libre, ya que tenía que ausentarse. Régis empezaría a catalogar las armaduras al atardecer; hasta entonces podía disponer del tiempo a su antojo.

Régis se sirvió una taza de té y colocó el sobre bajo el vapor que desprendía el líquido. El sello se despegó. Régis volvió a pegarlo y luego descolgó el teléfono interior. Le contestó la voz clara y bien modulada de Anneke Van Rijn.

—¿Qué sucede, *monsieur* Régier?

—Deseo salir —explicó—. Quisiera saber si podría usted acompañarme. ¿Puedo verla en su apartamento?

—Le espero.

Con la pipa en una mano y la bolsa del tabaco en la otra, salió del apartamento. Unos minutos después se reunía con la rubia neerlandesa, la cual exhibía una sonrisa lánguida de mujer feliz. Anneke prestó mucha atención a las palabras de Régis.

Para evitar toda escucha indiscreta, hicieron correr el agua de la ducha. La joven estaba ya vestida: traje sastre a cuadros, verde oscuro, zapatos de ante del mismo color. Régis le mostró el microfilm que acababa de sacar de debajo del sello.

—Hay un aparato de lectura en uno de los salones —susurró la joven—. Voy a buscarlo.

Regresó unos instantes después con el aparato, y echó el cerrojo a la puerta mientras Régis descifraba el texto.

Al agente 707. Urgente.

Diríjase al Zoo, Amsterdam, media hora antes cierre. W. Hendrik dará instrucciones. Posee fotografía. Llevará sombrero tirolés, «Times» en la mano. Proteja agente femenino trabaja como secretaria casa Van Otterloo. Importantes documentos en posesión de Van Otterloo. Cerraremos red esta semana.

—Ahora, márchese —dijo la joven—. Vuelva a su apartamento. Wilson está encargado de vigilarle. No debe concebir ninguna sospecha.

Régis pasó toda la mañana en la sala de armas, en medio de las armaduras y de los puñales que tenía que clasificar. Empezaba a interesarse por aquella aburrida tarea, que sólo abandonó para ir a almorzar. Un criado chino le sirvió el almuerzo en su apartamento. Alrededor de las dos de la tarde decidió salir.

No llevaba ningún arma encima. En efecto, sabía que la habitación sería registrada. Si uno de los hombres de Van Otterloo hubiera encontrado un revólver, el hecho habría resultado sospechoso.

Como tenía por costumbre, adoptó las mayores precauciones para evitar que le siguieran. Dio varios rodeos hasta llegar al puerto, donde alquiló una canoa automóvil y se hizo conducir al otro lado de la dársena. Nadie le siguió. Estaba solo, y aquella sensación de libertad y de independencia resultaba embriagadora.

El agua gris y pálida, inmóvil, llena de reflejos, recordaba una vidriera de colores apagados. Unas breves olas se alzaron al brusco paso de un automotor. Las lanchas negras y rojas, con cortinillas cuadradas cubriendo sus ventanas, permanecían varadas cerca de los pontones. ¡Cuán distinto era todo de los puertos meridionales! Aquí, el olor a gasolina y a bruma parecían no desvanecerse nunca.

Ahora tenía que alquilar un automóvil, lo cual le llevó alrededor de media hora en una Agencia Avis. Tras haber tomado posesión de un Consul, enfiló la carretera de Amsterdam. El terreno era llano como la palma de la mano, y las carreteras despejadas y agradables.

Empezó a llover. Los limpiaparabrisas giraron con mayor rapidez cuando Régis aceleró. Llegó a Amsterdam al tiempo que el sol volvía a salir, un verdadero sol de mayo, esta vez. Un bosque de bicicletas invadía las calles. Los canales arrastraban un agua llena de reflejos. Las fachadas de los viejos hoteles se nimbaban de oro. En la fachada de un almacén judío que permanecía cerrado, polvoriento, al abrigo de las miradas, se leía una inscripción de talla de diamantes que debía datar de cien años. Régis se dirigió hacia el «Artis», situado en el *Plantage Kerklan*, en un barrio tranquilo. El aire olía a flores. Detuvo el automóvil cerca del museo, no lejos del jardín zoológico. Árboles centenarios y verdes plantaciones se extendían hasta perderse de vista, pero los visitantes parecían poco numerosos. En aquella época del año, por lo demás, en Amsterdam había muy pocos turistas. El agente secreto echó a andar por las avenidas, jugueteando con las llaves del coche. En vista de que el sol apretaba, se puso las gafas ahumadas.

Wilhem Hendrik, el contacto que le habían indicado, el hombre de los Servicios Secretos neerlandeses, no había llegado aún. Unos minutos de espera... Régis descendió de las terrazas hacia los edificios y las jaulas. Los cocodrilos, en una depresión llena de agua casi evaporada, protegidos de los visitantes por un enrejado de acero, permanecían inmóviles como troncos de árboles. Tenían la piel de color verde oscuro, casi negro, y ninguno de ellos sobrepasaba los dos metros de longitud. Un visitante, antes de salir, echó estúpidamente su cigarrillo sobre uno de aquellos monstruos, que no por ello salió de su inmovilidad. Régis volvió a subir a las terrazas. Parterres de rosas, de azaleas, de tulipanes y, más allá, una extensión de pinos. Algunas parejas, prudentes, ya que los neerlandeses no parecen poner mucha pasión en su noviazgo. El jardín no tardaría en cerrar. Régis consultó su reloj y luego levantó la cabeza. ¡Por fin!

Aquel hombre que avanzaba hacia él era Hendrik, seguramente. No le había visto nunca, pero el desconocido respondía a la descripción que le hicieron de él: sombrero tirolés, el «Times» en la mano. De unos cuarenta años de edad, sonriente, con el aspecto de un tranquilo y próspero hombre de negocios, aficionado al café con leche y a los tulipanes. Hendrik no le había visto aún y avanzaba simplemente en aquella dirección. Régis sacó un Benson y se disponía a encenderlo cuando se dio cuenta de que alguien seguía al neerlandés ocultándose detrás de los troncos de los árboles, a medio centenar de metros de distancia, aproximadamente. Hendrik, que había sacado un cigarro de su bolsillo y desplegado el «Times», no parecía haber notado que le seguían. Régis juró en voz baja: no llevaba ninguna arma, y tendría que avanzar y advertir a Hendrik. Súbitamente se le ocurrió otra idea: agachándose, cogió una piedra y la disparó contra el neerlandés. El periódico se rompió y voló de las manos de Hendrik, sorprendido.

Los acontecimientos se precipitaron. Régis distinguió al perseguidor: Göroe. El húngaro empuñaba una Luger del 9 largo. Efectuó disparo tras disparo, y Régis, tendido e impotente, oyó el chasquido de las balas al incrustarse en el cuerpo de Hendrik. Uno de los guardianes del jardín llegó corriendo y Göroe volvió su arma contra él, disparando sin apuntar, con un movimiento rápido de la muñeca. El vigilante se desplomó.

Régis vaciló: Hendrik había caído, consiguiendo en un último esfuerzo sacar su Smith & Wesson Chiefs especial, arma de bolsillo de cañón muy corto, cuyo tambor sólo contiene cinco cartuchos, pero que, al contrario de la Luger, puede ser fácilmente disimulada. Luego, sus dedos se abrieron y soltó el revólver. El agente secreto no tenía tiempo de saltar y apoderarse del arma. Hundió la cabeza entre los hombros y echó a correr, zigzagueando entre los árboles. La corteza de una encina chasqueó detrás de él, arrancada por las temibles balas de punta redonda de la Luger. Régis continuó corriendo, sin mirar hacia atrás. Le habían arrastrado hábilmente hasta allí para liquidarle al mismo tiempo que a Hendrik y matar así dos pájaros de un tiro. Si la aproximación de Göroe hubiese sido más silenciosa, si la primera bala que disparó, después de haber abatido a Hendrik, no se hubiera desviado unos centímetros, ahora no sería más que un cadáver tendido cerca de las rosas. ¡Delicada atención del húngaro!

El pabellón de los gamos... Una pared de unos dos metros de altura, que le separaba de un jardín particular... El recinto más próximo, a la izquierda, era el de los rinocerontes, y Régis oyó a un macho que resoplaba ruidosamente y luego hurgaba el suelo con su cuerno. Se elevó de un solo

impulso, alcanzó la parte superior de la pared, tuvo tiempo de ver un último rayo de sol iluminando un trozo de botella, percibió a Göroe que apoyaba el arma en su cadera y disparaba, y se dejó caer al otro lado. Se había lastimado en la caída y tenía la palma de la mano izquierda abierta. Nada grave, aunque la sangre manaba a borbotones. Detrás de él, oyó el roce de los zapatos de Göroe contra la pared. El húngaro era ágil, pero no tenía la amenaza de un cargador detrás. Régis se inclinó, arrancó un ladrillo de un pequeño muro que protegía un parterre de orquídeas y lanzó el arma improvisada delante de él, en el instante en que Göroe aparecía en lo alto de la pared. El ladrillo no dio en la mano que empuñaba la pistola, pero golpeó a Göroe en el cuello. Una bala partió al azar. El húngaro cayó de cabeza, soltando su arma, y luego saltó sobre ella, con el rostro manchado de sangre. El cañón debía estar lleno de tierra, ya que Göroe se incorporó, blasfemando, y alzó la Luger a la altura de sus ojos. Incluso así, vista de lejos, parecía un arma formidable, con su cañón desmesuradamente largo que ahora apuntaba al cielo. Régis saltó por encima de un macizo de velloritas, jadeando, sin aliento, y luego siguió corriendo. Ahora le separaban ciento cincuenta metros del húngaro. En cuanto éste hubiera limpiado su arma, asegurándose de que el cañón no iba a estallarle en pleno rostro al primer disparo, continuaría aquella caza implacable.

Eran las siete de la tarde y el sol se ocultaría dentro de unos minutos. Sus últimos rayos coloreaban el cielo con una claridad anaranjada. Régis saltó otra pared. Göroe había reanudado la persecución, corriendo a lo largo de los árboles y de los parterres de flores. Al cabo de unos centenares de metros Régis encontró la calle y dio la vuelta al jardín, alcanzando su automóvil, no lejos del Oldsmobile Tornado en el cual había llegado el asesino. En el asiento trasero había una mujer, y Régis distinguió los cabellos negros y sedosos de Soong. Göroe saltó al volante y demarró. Régis distinguió su rostro ensangrentado y su americana desabrochada, cuyos faldones agitaba el viento. La Luger debió quedar en el jardín, inutilizada.

Deseoso de no perder la pista, Régis lanzó el Consul hacia delante y trató de acercarse al Tornado, que había salido disparado, pero Göroe era un hábil conductor. Detrás, la cortinilla se apartó un poco y el agente secreto pudo distinguir a Soong. En el vehículo no había nadie más, al parecer.

El Oldsmobile enfiló la carretera de La Haya, después de haber cruzado el Amstel, a una velocidad escalofriante. Régis apretó el acelerador a fondo, pero la aguja del indicador de velocidades se negó a pasar de los 140.

Los dos vehículos devoraron rápidamente los kilómetros. Göroe giró en dirección a la playa de Scheveningen. Siempre seguido por Régis, enfiló el

Strandweg, protegido del lado del mar por un enorme muro de basalto y dominado por el Kurhaus y los hoteles. Había salido la luna. A su claridad podían distinguirse los islotes que incluían pabellón-restaurante, torre de observación y casino, en el extremo del rompeolas. El mar estaba negro, la arena gris. Más allá de los cuatrocientos metros del rompeolas, las banderas de los barcos chasqueaban al viento de un modo siniestro y burlón. La playa, con sus dunas allanadas, semejava una línea de plata fundida, silenciosa y muerta junto al viviente océano. El Oldsmobile continuó su carrera a lo largo de la playa y luego se detuvo bruscamente. Göroe se apeó, empuñando un Winchester provisto de mira telescópica, plantó una rodilla en tierra y disparó contra los neumáticos del Consul. Régis dio una media vuelta rápida y bajó instintivamente la cabeza.

El Mercedes Benz 600 de Van Otterloo, con Wilson al volante, surgió del bulevar. El inglés maniobró de modo que interceptara el paso. Régis hundió el pie en el freno. Wilson se apeó, empuñando un revólver.

—¡Baje, Régis! No se preocupe por su automóvil. Yo me encargaré de él. Diríjase hacia el de Göroe y monte en la parte de atrás.

Régis se apeó lentamente del Consul.

—¡Las manos en la nuca!

Obedeció. Las villas más próximas se encontraban a unas decenas de metros de distancia, pero sus postigos estaban cerrados. Todo parecía abandonado, sin vida. Se encaminó hacia el Oldsmobile ocupado por Göroe y Soong. Van Otterloo, sentado hasta entonces en el asiento posterior del Mercedes, salió, cerró la portezuela y se instaló al volante.

Göroe continuaba apuntando a Régis con la carabina.

—Vas a conducir tú —le dijo—. Cuidado con lo que haces. Al menor gesto sospechoso, te dejo seco. Vamos... Despacio, y no confíes en un accidente. Van Otterloo nos sigue a un centenar de metros, y sabe conducir y disparar. En tu lugar, permanecería tranquilo: es tu única posibilidad de salvar el pellejo.

Régis no contestó y conservó una velocidad máxima de cincuenta millas por hora. El vehículo avanzaba suavemente, sobre una carretera desierta. Detrás seguía el Mercedes, a una distancia inalterable. En el asiento posterior del Oldsmobile, Soong permanecía inmóvil, completamente silenciosa.

Unos brazaletes de acero, sujetos a la portezuela, rodeaban sus muñecas.

CAPÍTULO IX

Régis se quedó mudo, como fulminado por un rayo.

La solución se le ocurrió inmediatamente, y se maldijo por su estupidez. El automóvil avanzaba ahora de través, y en el último instante dio un furioso golpe de volante para volver a ponerlo en línea. Wilson le golpeó con el cañón de su arma. Desgarrada la nuca, la sangre empezó a manar. Doloroso, pero no grave. De todos modos, si algún día sorprendía a Wilson sin su arma...

Soong, impasible, desdeñosa, no hablaba, manteniendo cerrados sus ojos castaños, sus pestañas sombreándole las mejillas. En su rostro se reflejaba la fatiga. Wilson empezó a acariciarla; pero al ver que no podía mantener su fusil en línea, cesó rápidamente de entregarse a un juego que podía resultar peligroso.

—¡Faltan diez kilómetros! ¡Más despacio!

El decorado cambiaba. De cuando en cuando, un grupo de edificios de ladrillo rompía la monotonía del paisaje. Menudeaban también las lagunas de agua dulce, creadas para combatir el exceso de sal nefasto para los *polders*^[21]. Los vientos, procedentes de todos los puntos cardinales, barrían los campos de tulipanes y de jacintos, que encorvaban sus puntas en medio de la oscuridad.

Obedeciendo una orden de Göroe, Régis abandonó la carretera principal y se adentró por un camino situado a la derecha, dirigiendo el Oldsmobile hacia la entrada de un parque. Un velo de niebla ocultaba la casa, que parecía importante. Una bandada de cornejas volaba en dirección al mar. Göroe apoyó el extremo de su carabina sobre la nuca del agente secreto.

—Despacio, más despacio... Ahora, sigue por la avenida principal... Para delante del garaje...

Un inmenso garaje, cerrado por una puerta pintada de verde oscuro... Los ladrillos de la fachada producían una impresión de aplastamiento. Se trataba de una finca de verano; la lluvia y los vientos la golpeaban siempre de cara, con aquella aspereza propia de las tormentas marinas. El vehículo se detuvo a unos metros del garaje.

—¡Aprieta el botón situado al lado del volante!

Régis obedeció. La puerta se abrió. El agente secreto, que por otra parte conocía perfectamente aquel sistema electrónico —el sistema Copega—, maniobró para introducir el coche en el garaje, capaz para cinco o seis vehículos. El Mercedes Benz penetró en el parque, deslizándose como un jaguar entre las verjas eléctricas. En el garaje había otro automóvil, un

Lamborghini, una de las mejores marcas italianas, junto con la Maserati y la Ferrari. Régis se apeó. Al fondo del garaje se abrió una puerta de acero. Un criado chino, empuñando un revólver, le hizo una seña para que le siguiera.

Oyó a Göroe abriendo las esposas que aprisionaban las muñecas de Soong. Luego, el húngaro volvió a cerrarlas y empujó a la joven hacia delante.

La casa era muy amplia y estaba provista de un eficaz sistema de climatización. En el pasillo por el cual se adentraron, la luz quedaba filtrada por unas pantallas de color rojo, reflejándose sobre las alfombras de Oriente. Un perro policía, bruscamente despertado, emitió unos aullidos. Otro perro le contestó. Los criados tranquilizaron a los animales y se restableció el silencio, turbado únicamente por el ruido sordo del mar, a lo lejos, lanzado al asalto de las dunas.

Van Otterloo penetró en una habitación de la planta baja.

—Subidles al primer piso —ordenó—. Y conservad a la chica al fresco. El número 1 la interrogará más tarde.

Régis tuvo que preceder a Wilson y a Göroe, y luego detenerse en otro pasillo, situado encima de la planta baja, ante unas puertas forradas de cuero. Grabados de barcos, un empapelado gris, luces rojas... Una puerta se cerró, y Régis oyó unos pasos de mujer.

—¡Baja las manos! ¡Desnúdate! —ordenó Göroe.

—Mi querido 707 —añadió Van Otterloo, que le había acompañado—, no ha tenido usted suerte. Wilson es el número cuatro de nuestro Club, y en otros tiempos fue un brillante agente del *Intelligence Service*. Göroe formó parte de los Servicios Secretos húngaros antes de abandonarlos, sin permiso de ellos, desde luego, a causa de un lamentable asunto, que ahora no puedo explicarle. Tenemos mucha prisa.

Régis empujó sus ropas con el pie. Göroe, sin dejar de vigilarle, descolgó de la pared una bata de color rojo y se la entregó.

—¡La pipa! —dijo—. No trates de ocultarla. ¡Wilson!, desenróscala. Nuestro amigo cree que podrá burlarnos. Nos toma por unos principiantes.

Wilson cogió la pipa, la partió en dos trozos, sacó las diminutas hojas de afeitar y lo introdujo todo en uno de sus bolsillos. Finalmente, encendió un cigarrillo con la mano izquierda y su mirada burlona buscó la de Régis.

—Entra —le ordenó—. Es la puerta de enfrente.

Régis abrió la puerta indicada y penetró en la habitación.

CAPÍTULO X

Un gabinete.

Una estancia elegante, amueblada estilo *Regency*, con telas a rayas y espesas alfombras de lana. Los postigos estaban cerrados, las persianas eran de acero.

Tendida sobre el diván, clavando en él una mirada sonriente, sus grandes ojos claros como zafiros reflejando ahora toda la crueldad del mar, Anneke Van Rijn le hizo una seña para que se sentara.

—Bueno, querido, le doy las gracias. No, no se mueva... La nuestra es una vieja amistad, pero no resistiría a las violencias. Wilson y Gëroe se mueren de ganas de demostrarle sus talentos. Han encontrado el cadáver de Smits dentro de un saco de lona, cuidadosamente atado. Wilson sabe hacer unos nudos preciosos. ¿Le gustaría correr la misma suerte? No, ¿verdad? Entonces, pásame la bombonera de oro que tiene junto a usted. Está llena de chocolatines. Gracias...

Cogió un chocolatín y luego agitó una campanilla.

—Dentro de unos minutos subirás a la muchacha —le dijo al criado chino que había abierto la puerta y penetrado en la estancia—. Ocúpate de que la registren cuidadosamente.

El criado se retiró y la joven miró a Régis.

—Ya ve, querido, ha sucedido algo estupendo: ha venido usted a encontrarme por sí mismo. Me lo ha confiado todo, absolutamente todo. Hendrik, su contacto, le indicó que había un agente de los Servicios neerlandeses en el hotel particular de Van Otterloo.

Se echó a reír.

—Era cierto, pero usted no reflexionó en el hecho de que Van Otterloo tenía dos secretarias. La que formaba parte de los Servicios Secretos neerlandeses no era yo, sino Soong. En cuanto usted salió para encontrarse con Hendrik, me dediqué a hacerla hablar. Procede de Formosa y trabaja por cuenta de los Servicios holandeses. No desconfiamos de ella, pero, de todos modos, los daños no son irreparables. En el momento en que la cosa iba a ponerse fea, vino usted a verme. Le tiré de la lengua, y usted me enseñó aquel microfilm. Así pude enterarme de que Soong nos traicionaba. Fue muy amable, por su parte, y se lo agradezco de veras. ¿Un chocolatín? ¿No? Hace usted mal...

La joven se instaló más cómodamente sobre el diván y llenó dos tazas de té. Un aroma sutil y delicado se extendió por la estancia. Régis rechazó una taza, reprimiendo la tentación de tirarle el contenido a la cara. Pero ¿de qué serviría? Wilson y Gëroe vigilaban en el pasillo, y él estaba desarmado.

Sobre una mesita de caoba había una botella de *Grande Champagne*.

—Beba: le hará falta, querido. Siento mucho afecto por usted. Es valiente, pero estúpido. Tal como a mí me gustan los hombres. No sea grosero, por favor...

Se encogió de hombros.

—Después de que usted tuvo la amabilidad de ponerme sobre aviso, hablé con Van Otterloo. Él quería liquidarle inmediatamente, furioso por haber perdido a Briant. ¿Cómo se las arregló usted?

Régis, que en su fuero interno se dirigía los peores insultos por haber visto una espía en Soong, comprometiéndola así irremediabilmente y condenándola a muerte, miró a Anneke Van Rijn a los ojos.

—Le contaré los detalles —dijo—. Por lo menos, habré tenido la satisfacción de quitar de en medio a Briant y a Lewis.

—Ha tenido mucha suerte. Pero Briant se descuidó lamentablemente. Después de todo, merecía terminar así. Ya ve que no le reprocho nada. No, no siga bebiendo... No quiero que pierda el conocimiento. Y no se haga el borracho: sería inútil. No engañará a nadie, estará siempre vigilado, aquí y fuera de aquí. Detrás de esos cortinajes, uno de mis criados chinos le está apuntando con un revólver. En el momento en que considere que estoy en peligro, disparará. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—Cuando hablé con Van Otterloo, él quería matarle. Yo pensé que era algo..., digamos prematuro.

Régis se crispó de rabia. La joven permaneció impasible.

—En primer lugar, teníamos que liquidar a Hendrik —explicó, cínicamente—. Me había señalado usted tan amablemente el lugar de la cita, que la cosa resultó infantil... Envié a Wilson y a Gëroe. Por mi parte, ayudé a Van Otterloo en la tarea de hacer hablar a Soong. Confieso que los resultados no fueron particularmente brillantes, pero sabemos ya que trabaja de acuerdo con los Servicios neerlandeses, a fin de poner término a nuestras actividades. Poseemos un cargo, el «J. G. Bosboom 2». Vamos a enviar a China unos planos, unas maquetas y unas muestras que nos serán pagadas a muy buen precio. Después, nuestro Club se trasladará a la otra orilla del Atlántico, ya

que aquí correría el riesgo de desintegrarse. En América nos espera mucho trabajo.

—Está usted loca.

—Sabe usted perfectamente que no. Somos únicamente unos profesionales de la información. Pero ¿por qué trabajar para una pandilla de políticos, con todos los riesgos y la única perspectiva de una miserable jubilación? Cada uno de nosotros lo ha comprendido. Incluso voy a confiarle una cosa, querido.

Se inclinó hacia él. Su vestido se ahuecó, revelando la parte alta de su garganta. Régis la miró, fascinado. Parecía una beldad de una pureza increíble, como un diamante sin la menor tara. El agente secreto sabía ahora que la verdad era muy distinta, que Anneke Van Rijn era más mortal y más peligrosa que ninguna otra. Podía matar, asesinar, torturar, sin perder su sonrisa de Gioconda. ¡Santo cielo, qué estúpido había sido!

—Me hubiera gustado verle matar a Hendrik, querido —continuó la joven—. Hubiera sido muy fácil, ya que no desconfiaba de usted. Y ello le habría permitido ingresar en nuestro Club. Creo que hubiera sido una buena adquisición.

—No cuente conmigo.

—¡Vamos, vamos! Después de nuestra próxima expedición, estaría cubierto de oro. ¿Conoce el valor del oro? Es el único valor aceptado por todo el mundo, reconocido por todos. Puede comprarlo todo, hombres y mujeres incluidos. Puede construirlo o destruirlo todo. Para una revolución se necesita oro. Y se necesita oro para detenerla. Usted habría tenido tanto como cualquiera de nosotros.

—Es usted muy generosa.

—Piénselo bien, querido. Si no quiere morir, le aconsejo que acepte. Interrogaré a Soong.

Fuera, el prolongado gemido del viento del Norte, cargado de humedad, lleno de tormentas, henchido de furiosos golpes, golpeaba las dunas. Su rabia se estrellaba contra las persianas de acero. El reloj con incrustaciones de ónice y diamantes señalaba las doce y cuarto. Régis, cogido en el centro de una trampa, aprisionado entre dos cepos de acero, se preguntó qué podía hacer.

—Pronto formará usted parte de nuestro Club —dijo Anneke Van Rijn.

—No.

—Veremos cuál será su actitud cuando traigan a Soong. No confíe demasiado en los Servicios Secretos neerlandeses. No les daremos tiempo para que actúen. Antes aceptará usted nuestras condiciones, o será condenado

a muerte. Y aquí, querido, entre una condena y su cumplimiento nunca transcurre más de un minuto.

—Los verdugos no están lejos, en efecto.

—Es inútil que trate de tomárselo a broma. He visto morir a más de un hombre, y le aseguro que es algo definitivo.

La joven pulsó un timbre. Apareció un criado chino, se inclinó profundamente, la escuchó, salió de la estancia y regresó al cabo de unos instantes, abriendo la puerta de par en par. No tardaron en hacer acto de presencia Wilson y Göroe, arrastrando a Soong. La joven parecía haber sido torturada. Su rostro mostraba huellas de golpes, y unos largos rastros de sangre manchaban sus brazos desnudos. A un gesto de Anneke Van Rijn, Wilson le entregó su pistola. Acercándose a la joven china, la neerlandesa hundió el cañón de su arma en su vientre. Soong profirió un gemido y se dejó caer de rodillas.

—¡Hará usted lo que yo diga, Régis! Si se niega a obedecer, mataré a esta encantadora chinita. Será usted responsable de su muerte... ¡Vamos, decídase!

Insistió, haciendo gemir a Soong. La joven china, ahora de rodillas, se debatía desesperadamente. Wilson la sujetaba por las muñecas. Göroe, con una Luger en la mano, parecía dispuesto a disparar.

—¡Vamos! —exclamó el húngaro, con una risotada—. ¡Haga un solo movimiento, y le llenaré el vientre de plomo! Lewis era amigo mío. Lo mismo que Briant. ¡Vamos!

Régis permaneció inmóvil.

—Bueno —dijo finalmente—, haré lo que usted quiera.

—Estupendo —runroneó Anneke Van Rijn, sonriente—. No olvide que estará vigilado, y no crea que podrá engañarnos. ¿Estamos de acuerdo?

Régis no se atrevió a mirar a Soong.

—Sí —respondió en voz baja.

Soong se debatió, consiguió escapar de las manos de Wilson y, deteniéndose ante el francés, jadeante, le abofeteó. Anneke alzó su revólver, pero cambió de idea y abofeteó a su vez a Soong.

—¡Wilson, Göroe, encerradla en el sótano! Luego, poneos en contacto con Stizko. Decidle que zarparemos esta noche. Advertidle por radio que saldremos de Amsterdam antes de que los Servicios neerlandeses reaccionen. Régier vendrá con nosotros.

Cuando se encontraron de nuevo solos, Anneke se volvió hacia Régis. Los gritos y los sollozos de Soong habían cesado. El silencio reinaba en toda la

casa.

—La dejarán en paz —dijo Anneke—. Siempre cumplo mis promesas. Espero que cumpla usted las suyas. Sustituiré a Briant en nuestro Club.

Se acercó a Régis, el cual la miró, fascinado. Anneke Van Rijn llevaba desabrochada la parte superior de su vestido y el agente secreto pudo distinguir, tatuado en su pecho, el número 1.

—1, como todos los principios —dijo la joven—. 1, como las nebulosas y los mundos. Puede estar satisfecho, Régis. Ahora ya sabe quién manda. Van Otterloo tiene el número 2. A continuación viene un antiguo miembro del K. G. B., un desertor llamado Gregori Stizko. Se ocupa de mi barco, el «J. G. Bosboom 2». Wilson es el número cuatro.

—¿Y Göroe?

—Es nuestra adquisición más reciente, le hemos asignado el número siete. En cuanto a usted, ya veremos cómo sale de las pruebas a que será sometido.

—Pero..., ¿por qué?

Anneke se encogió de hombros.

—Quiere usted una explicación a toda costa, ¿verdad? Voy a complacerle. Mi padre, un alemán, trabajaba en el R. S. H. A., es decir, en el «Reichssicherheitshauptamt», la Oficina Suprema de la Seguridad del Reich alemán. Se casó con una holandesa. Yo nací el 16 de noviembre de 1935, en Isselburg, una pequeña ciudad alemana próxima a la frontera holandesa. Cuando las tropas alemanas ocuparon Holanda, mi padre fue nombrado comandante de la Policía de Seguridad. El cargo supuso para él muchas responsabilidades y le hizo ganar muchos enemigos. Pero mi padre tenía lo que Hitler llamaba «un corazón de hierro». De todos modos, no hubiese sobrevivido a la derrota. En 1945, fue asesinado por los partisanos. Mi madre murió también en la explosión de la bomba que colocaron en el automóvil de mi padre.

—Nada la obligaba a usted a seguir el mismo camino.

—Mi primer amante, hace algunos años, un alemán veinte años más viejo que yo —veinte años de lucha política y de conflicto—, condenado por crímenes de guerra, era un fugitivo de la justicia. Trabajamos juntos. Después de su muerte, creé este Club, lo perfeccioné. Fue idea mía. Escogí unos profesionales, les convencí de que conmigo ganarían infinitamente más dinero que trabajando para su Gobierno. El primero que se dejó seducir fue Van Otterloo. El último será usted. Y me obedecerá, aunque me haya enamorado de usted, aunque le ame.

—¡No!

—Sí, ya lo verá. Es usted lo bastante inteligente como para saber elegir. ¿No es cierto, querido?

CAPÍTULO XI

Régis alargó la mano y derribó una botella de coñac, que se estrelló contra el suelo. Se abrió la puerta y apareció un criado chino, el cual encendió la luz y le interrogó en un francés impecable. ¿Qué deseaba comer en su desayuno?

—Jamón, café, huevos y zumo de naranja —respondió Régis, intrigado.

El criado inclinó la cabeza y volvió a salir, cerrando la puerta con llave. Régis se acercó a la ventana, completamente cerrada. Se preguntó si había soñado. Anneke Van Rijn no se encontraba ya en la estancia, pero un vaporoso *deshabillé* reposaba sobre una de las sillas tapizadas de terciopelo. Régis esperó. Su reloj señalaba las diez de la mañana. Era imposible saber qué tiempo hacía, a causa de aquel condenado sistema de climatización y de las ventanas cerradas. ¿Qué iba a pasar ahora? Después de todas las estupideces en que había incurrido, ¿cómo podría alertar a los Servicios neerlandeses?

La puerta se abrió. Sus pupilas se contrajeron como las de un gato; pero no se movió, permaneciendo tendido sobre el diván, con los músculos rígidos. El criado reapareció. Sus zapatillas de fieltro no hacían el menor ruido. Embutido en un impecable traje blanco, con el nudo de pajarita recién hecho, se deslizaba por la estancia como una sombra. Depositó la bandeja delante de Régis, esbozando un movimiento de ballet. En su lenguaje, era sin duda algo muy semejante a una reverencia.

—El número 1 acaba de salir —dijo—. Me ha encargado que le diga a *Monsieur* que debe dirigirse al lugar donde está encerrada *miss* Soong. Los servicios de *miss* Soong ya no son necesarios.

—¿Lo cual quiere decir?

—Que el número 1 confía en *Monsieur* para que se lo dé a entender a *miss* Soong. De un modo definitivo. ¿Ha comprendido *Monsieur* las órdenes del número 1?

—Sí, perfectamente, gracias.

—Yo precederé a *Monsieur* cuando haya terminado de desayunar, y le indicaré el camino de las bodegas. Buen provecho, *Monsieur*.

—Gracias.

Las zapatillas rozaron la alfombra de un modo casi imperceptible. La puerta volvió a cerrarse. Tranquilamente, sabiéndose observado, Régis dedicó su atención a la bandeja.

Había en ella café, tostadas, zumos de frutas, huevos con jamón. Pero, al lado de la servilleta negra con bordes amarillos, marcada con siete números encerrados en un círculo, había dos objetos incongruentes: un brazalete, con el número ocho grabado en el metal, y un puñal. La hoja era de acero, la empuñadura de cristal labrado. Régis vació dos tazas de café y se comió los huevos con jamón. Luego deslizó el brazalete en su muñeca y cogió el puñal.

—Su americana, *Monsieur*...

El criado había vuelto a entrar. Se inclinó delante de él, le ayudó a ponerse la americana, forrada de seda virgen, que formaba parte del guardarropía.

—¿Cómo te llamas?

—H'O, *Monsieur*. *Madame Van Rijn* me recomendó que velara por *Monsieur*. Tengo que telefonarle cuando sus órdenes hayan sido ejecutadas. *Monsieur* tiene mucha suerte. Es la primera vez que veo a *Madame* acoger a alguien con tanta bondad.

—En efecto, H'O.

El asiático se volvió, contempló a Régis con aire satisfecho.

—Eso es —dijo—. Correcto. Después de haber ejecutado las órdenes, *Monsieur* se dignará regresar aquí. Yo le afeitaré. Tenemos también un masajista japonés, un antiguo miembro de la *Kempetaî*, que se ocupa de la seguridad de la Residencia. Espero que *Monsieur* quedará satisfecho de sus servicios.

Se dobló por la cintura y entregó a Régis sus zapatos.

—¿Quiere seguirme, *Monsieur*? Le mostraré el lugar donde se encuentra *miss Soong*. Los occidentales tienen a menudo unas ridículas ideas a propósito de las mujeres. Supongo que *Monsieur* no las comparte.

—No, H'O. No las comparto.

—*Monsieur* hace bien. *Madame Van Rijn* es una excepción.

Descendieron. Régis continuaba sintiéndose observado. ¿Se había marchado ya de la casa *Anneke Van Rijn*?, se preguntó. No pudo reflexionar más en aquella pregunta, ya que el chino y él habían llegado a los sótanos.

H'O abrió una primera puerta, con la ayuda de su llave. Los dos hombres penetraron en un pasillo practicado en la roca. En la pared había un teléfono interior. H'O lo descolgó, pronunció algunas palabras en chino, volvió a

colgar el receptor y luego pulsó un botón situado más abajo, sobre una consola. Una segunda puerta se abrió.

H'O se volvió hacia Régis.

—He alertado a la red de vigilancia —dijo—. El número cuatro insiste en desconfiar de *Monsieur*. Sin motivo, naturalmente.

El número cuatro, Wilson, se encontraba aún en la villa. Régis hizo como si no oyera las últimas palabras de H'O y miró delante de él. Soong, someramente vestida, con la espalda ensangrentada por los latigazos, estaba arrodillada contra la pared de hormigón, enroscada en el angosto espacio, con las manos atadas a una anilla hundida en el muro. Levantó sus ojos negros hacia él, pero no dijo nada. Régis se detuvo.

—Dese prisa —le recomendó H'O—. Si hunde el puñal en una parte que no sea el vientre, no sufrirá. Le recomiendo el corazón. Eso, suponiendo que *Monsieur* sea un poco sentimental. Naturalmente, después de las complicaciones que nos ha traído, esa mujer merece sufrir. Dejo que *Monsieur* decida.

Y esperó con aire beatífico, las dos manos cruzadas sobre el pecho.

Régis se acercó, agarró a la joven por los cabellos y cogió el puñal con la mano derecha. La respiración de Soong se hizo más rápida.

—¡Adelante! —dijo H'O—. Le diré al número 1 que ha cumplido usted la orden a la perfección.

En el mismo instante en que su mano izquierda rozaba los cabellos de la joven, Régis se volvió, en una rápida torsión de todo el cuerpo. Con la mano derecha, pareció segar el aire. El puñal, bruscamente liberado, voló por el aire, lo atravesó como una flecha y fue a clavarse en la garganta de H'O. Éste se desplomó, boca abajo. Régis recuperó su arma y cortó de un solo golpe las ataduras de Soong. La joven, con labios temblorosos, vaciló contra él. La habían atado tan fuertemente que aún no podía andar. Régis, colocándose el puñal entre los dientes, la tomó en sus brazos y se lanzó fuera del sótano.

—¿Dónde está su vestido?

—¡No importa, tenemos que huir! Debió dejarme en el sótano. Ahora le matarán también a usted.

—¡No diga tonterías! ¿Tiene usted un arma?

—No —respondió Soong, con un gesto de desesperación.

—¿Por dónde podemos huir? —inquirió Régis.

—Los perros andan sueltos por el parque y, además, hay una verja electrificada. Hace poco he oído el motor de un automóvil. Van Otterloo y

Anneke se han marchado, seguramente, pero Wilson y uno o dos guardianes se encuentran aún aquí.

Llegaron al pie de la escalera. Soong se deslizó entonces hasta el suelo, andando con los pies descalzos sobre la lujosa alfombra oriental, cogió el puñal de Régis, se volvió con un ágil movimiento e hizo saltar de un solo golpe la cerradura de un armario. El reloj de pared señalaba la una de la tarde. En los pasillos del primer piso se oyó un ruido sordo. Soong desenroscó los plomos de la instalación eléctrica. La luz se apagó.

Régis abrió una ventana de la planta baja y saltó sobre la blanda tierra. Los rosales se aferraron a su americana. Detrás de él, una alta verja se erguía al cielo. Un ágil galope, sobre el césped cubierto de rocío, un rodeo para evitar la piscina: llegaban los perros. Se pegó a la fachada y empezó a trepar, agarrándose a los ladrillos salientes, apoyando los pies en el hierro forjado de los balcones.

Los perros ladraron furiosamente y se dispersaron alrededor de la villa. Cuando llegó a la altura del segundo piso, Régis dio un codazo al cristal de la ventana de una habitación, hizo girar el pestillo, tropezó con el pliegue de un cortinaje y cayó al interior, sobre una alfombra que amortiguó el ruido de su caída. Un nipón, que apretaba un cinturón de algodón alrededor de su kimono, lanzó los brazos hacia delante, cogiendo a Régis por el cuello en el momento que se incorporaba. Régis agarró el hilo de la lámpara de pie, tiró de él, y la lámpara se rompió contra el suelo. El nipón, plantando el pie sobre un trozo de vidrio, profirió un grito de dolor y aflojó su presión. Una «Gyrojet» de proyectiles ahusados, una pistola «Mark I», reposaba sobre una consola, pero ninguno de los dos hombres podía utilizarla. Régis atacó con un golpe terrible de karate, los dedos en «garras de tigre». Su adversario, cegado, gimió sordamente, soltó a Régis y se precipitó en dirección a la pistola. Régis le atacó descargando el filo de la mano sobre su nuca, fulminando los centros nerviosos, un golpe llamado «la mano en forma de cuchillo». El hombre rodó sobre la alfombra.

El francés se apoderó de la pistola. No había utilizado nunca aquel arma, cuyo chasis era de *zamak* y de aluminio. Las balas salían disparadas como un cohete, debido a la pastilla de combustible sólido contenida en la recámara de acero. Su potencia de choque era dos veces mayor que la de un Colt 45. Sin embargo, los Servicios franceses no habían sido equipados con ella, a causa de su relativa imprecisión y de su novedad.

En realidad, el arma era una rampa de lanzamiento de cohetes en miniatura. Régis se apoderó de ella y se precipitó fuera de la habitación.

Una bala se estrelló cerca de él; replicó, alcanzando en la rodilla a un criado que bajó la escalera dando tumbos, profiriendo gritos de terror, con la pierna destrozada. Abajo se oían unos golpes sordos. Wilson, después de haberse apoderado de un hacha de una panoplia del vestíbulo, atacaba con ella la puerta de la habitación donde se encontraba refugiada Soong. Ésta no hacía el menor ruido.

Régis se echó hacia atrás. La alfombra de la escalera ardía. Un humo acre remolineaba y ascendía hacia él. Abrió una ventana, escrutó el parque. Un cristal de la planta baja estalló en pedazos. Apareció el cuerpo lechoso de una mujer: Soong huía.

Los perros, dos robustos policías, unos dogos enormes, de patas casi tan recias como torsos, se lanzaron en su persecución. Régis apuntó cuidadosamente. El minúsculo cohete partió, y uno de los perros dio un par de vueltas sobre sí mismo bajo el formidable impacto. El segundo se paró en seco, y luego se lanzó contra Soong. Régis disparó una corta ráfaga, queriendo asegurar el blanco. Luego, mientras el animal se derrumbaba a los pies de Soong, el agente secreto cruzó la habitación y corrió hacia la escalera. Los peldaños, semicarbonizados, cedieron bajo su peso: cayó hacia delante, y la pistola se escapó de sus manos. Wilson, que continuaba golpeando con el hacha la puerta de la planta baja, se volvió, con el semblante contraído en una mueca feroz. El momento que tanto había esperado acababa de serle concedido por el destino.

Iba en mangas de camisa, con los puños almidonados. El sudor chorreaba su enjuto rostro. Se afirmó sobre sus piernas, mientras Régis se incorporaba después de su caída, y lanzó un golpe de hacha en dirección al agente secreto. Éste rodó sobre sí mismo, evitando el arma por muy poco. Wilson levantó los brazos para un último golpe, éste definitivo. Un ruido de cristales rotos le hizo volver la cabeza una fracción de segundo, y vaciló: Soong estaba cruzando la ventana del vestíbulo.

La joven lanzó su puñal sin precipitarse, el cuerpo ladeado, ligeramente inclinado hacia delante, una leve sonrisa en los labios, pareciendo acompañar el arma con su tranquila mirada. El crepitar de las llamas que devoraban cuadros, artonados y alfombras, parecía roer el tiempo. En tales circunstancias, los minutos duran una eternidad.

El puñal alcanzó a Wilson a la altura de su inmaculado nudo de pajarita, almidonado, aunque, sin duda por primera vez en su vida, ligeramente manchado de hollín. El feroz *dandy* vaciló, soltó el hacha con una expresión de intensa sorpresa en los ojos. Régis se precipitó hacia él.

—¡Hable, Wilson! Todavía puedo salvarle. ¿Dónde están Anneke Van Rijn y Van Otterloo? ¡Hable!

Soong recogió la «Gyrojet», la examinó, y luego avanzó lentamente hacia Wilson.

—Todavía queda una bala —dijo.

Y disparó. El exagente del *Intelligence Service*, con las vértebras rotas, se derrumbó pesadamente.

CAPÍTULO XII

—¿Por qué ha disparado?

Soong se encogió de hombros.

—No sea sentimental. ¿Tenía derecho a vivir ese hombre después de haber matado a tantos de nuestros amigos? ¿Ha olvidado usted a Smits, a Hendrik y a Martine?

—Sí, tiene usted razón —dijo Régis, de mala gana, volviéndose y dirigiéndose a la habitación contigua—. Ahora voy a establecer contacto con los Servicios neerlandeses para informarles de la huida de Van Otterloo y de Anneke Van Rijn.

—¿Está seguro de que es lo mejor? —inquirió Soong—. En primer lugar, tendrá que localizar a un responsable, explicárselo todo y conducirlo hasta aquí con sus especialistas; luego tendrá que armarse de paciencia para escuchar a cada uno de ellos. Finalmente, cuando hayan adoptado una decisión —que no será la que usted proponga—, Anneke Van Rijn y el resto de la Organización se habrán evaporado.

—Precisamente, antes de actuar necesito saber dónde están.

—No es demasiado difícil. Ahora deben encontrarse camino de Rotterdam. A decir verdad, habrán llegado ya. El «J. G. Bosboom 2» está gobernado por Stizko, un excelente marino. El cargo zarpará al amanecer, probablemente. Si salimos en seguida, tenemos una posibilidad de atraparles antes de que hayan abandonado Rotterdam. Un cargo no se hace a la mar tan de prisa como una *vedette*, aunque la tripulación se encuentre ya a bordo.

—Sí, es posible.

—De todos modos, antes de salir tengo que alimentarme —dijo Soong—. No he comido nada desde ayer y me muero de hambre. Entretanto, registre las habitaciones. Compruebe si ha quedado alguien en la casa. Ocúpese también

del automóvil. Necesitamos un vehículo rápido. Lo mejor será coger el Lamborghini, o el Aston. Ellos han debido de llevarse el Mercedes.

—De acuerdo.

—Un momento. Es preferible que deje la «Gyrojet». No podemos perder tiempo buscando otros cargadores.

Régis obedeció y se dirigió al garaje, pasando por una de las puertas interiores. Los rayos del sol se reflejaban en el agua de la piscina, cuyo fondo estaba pintado de color azul celeste. Eran las cuatro de la tarde, aproximadamente.

En el garaje había dos automóviles, un Lamborghini y un Aston Martin DB4 GT, uno de los más rápidos de los «deportivos». Régis registró sus guanteras, pero no encontró ninguna arma. Después de haber abierto las puertas exteriores del garaje, se instaló al volante y salió al parque. Una vez allí paró el motor y esperó a Soong. La joven se presentó por fin, sin aliento.

—He buscado una automática, pero no he encontrado ninguna —dijo, mientras Régis volvía a poner en marcha el vehículo—. Conservo el puñal.

—¿Cree que habrán zarpado?

—Espero que no. Si continúan en el muelle, podemos bloquear su salida alertando a la policía del puerto.

Régis no respondió y pisó el acelerador a fondo. El automóvil no tardó en alcanzar los 160, velocidad que mantuvo algún tiempo antes de pasar a los 200. La velocidad punta era de 245, pero la carretera no permitía lanzarse «a tope». Junto a él, cómodamente sentada, Soong, con los ojos semicerrados, reflexionaba. Llevaba un pantalón azul petróleo, una chaqueta de cuero, y calzaba unas botas de media caña de goma marrón. La velocidad del automóvil no la arrancaba de su impasibilidad; se limitaba a contemplar de cuando en cuando el paisaje empapado de agua, tapizado de verdor, salpicado de molinos de viento y extendiéndose delante de ellos, hasta el infinito, con una suave monotonía.

De pronto vieron el mar, una inmensa extensión gris golpeando la arena y los diques con breves olas orladas de espuma.

—Estamos llegando —dijo Soong, consultando su reloj—. ¡Esperemos que no hayan zarpado aún!

Abordaban ahora los suburbios de Rotterdam. Régis aminoró la velocidad. Las calles, encerradas entre los inmuebles de ladrillo rojo, estaban muy animadas. El Zuiderpark era como una mancha verde en el centro de la ciudad. Dieron un rodeo, contorneándolo, y luego se dirigieron hacia el puerto. Cerca de Maashaven, desde Bosman hasta la estación de radar, los

silos erguían sus líneas picudas. Los sobradillos rojos y verdes de los quioscos de periódicos estaban todos abiertos. Los tranvías recorrían las avenidas chirriando.

Régis rodó de muelle en muelle, pasando de Schiehaven a Ijselhaven, de Lekhaven a Keilhaven, lanzando el automóvil entre las vías férreas, los almacenes y los camiones.

Una sirena resonó, entrecortada, estrangulada como un grito de angustia. En todas las dársenas se respiraba la atmósfera de trabajo de los días laborables. En uno de los muelles, un cargo ruso, negro y oxidado, estaba zarpando, con los marineros en el puente y un penacho de humo enrollándose caprichosamente alrededor de sus chimeneas.

La fiebre que se había apoderado de Régis remitió, dejando paso a su decisión y a su calma habituales. Detuvo el automóvil.

El emplazamiento donde anclaba el «J. G. Bosboom 2» estaba vacío.

El buque había zarpado.

CAPÍTULO XIII

Soong había desaparecido repentinamente. Régis permaneció unos instantes desconcertado, mirando a su alrededor. Finalmente, la vio regresar. La joven había corrido hasta una cabina telefónica; todavía jadeante, le contó su conversación mientras él contemplaba las dársenas.

—He telefoneado a los Servicios neerlandeses en La Haya —dijo Soong—. El Patrón me ordena que no me mueva de aquí. Naturalmente, no voy a obedecerle. Ahora saben tanto como nosotros del asunto, están decididos a actuar, pero pueden perderse unas horas preciosas.

—¿Qué podemos hacer, puesto que han zarpado?

La joven le miró. Sus cabellos negros flotaban al viento, el sol dibujaba su silueta y proyectaba su sombra sobre los hangares que olían a sal y a salitre.

—¡Mire! —exclamó Soong súbitamente, señalando uno de los depósitos.

Macizo, inexpugnable, con sus puertas embadurnadas de alquitrán, se erguía delante de ellos, como plantándoles cara.

—¿Bueno?

—¿Acaso no lo comprende? Bueno, está visto que hay que explicárselo todo...

Le cogió por el brazo.

—Rodeemos ese hangar. ¿Qué ve usted ahora?
Unas grandes letras blancas rezaban:

«J. G. BOSBOOM 2»
FLETE V. A. & C.º
ROTTERDAM

—Tenemos que entrar ahí. Al menos, eso es lo que harán los agentes neerlandeses, pero no hasta dentro de unas horas, y... después de nosotros.

—Entendido —respondió Régis.

Tomando el puñal de manos de la joven, hizo saltar el candado que sujetaba la cadena. Una de las puertas se abrió con un breve crujido. El sol entró a raudales, iluminando la amplia nave, sus puntales metálicos y la inmensa armazón. Otros compartimentos, cerrados, bajo los cuales se perdían unos raíles de acero, albergaban sin duda pequeñas embarcaciones. Régis echó una mirada a su alrededor y, de pronto, con una rapidez fulgurante, levantó a Soong entre sus brazos, se dejó caer al suelo y rodó con ella hacia la entrada, sin detenerse hasta llegar detrás de la puerta, en el espacio libre entre esta última y uno de los muros de apoyo.

Soong, aturdida, levantó la cabeza.

Régis le mostró entonces el hilo de cobre atado a la puerta, retorciéndose en el suelo. Lo habían roto al abrir. Se encontraba aún fijado a una masa metálica. El orinque, bruscamente roto, desencadenó inmediatamente el sistema de armamento automático. El suelo retembló. Unos trozos de acero rajaron el hormigón y se clavaron en la madera de la puerta.

Unos instantes después, Régis se puso en pie y se frotó las rodillas.

—Sin duda era el regalo de Anneke, o de Van Otterloo, para los policías que abrieran la puerta. Hemos tenido suerte, pero ¿dónde encontraremos una embarcación?

—Ahí —dijo Soong, señalando la puerta sacudida por la explosión.

Dos embarcaciones, una a vela y otra a motor, reposaban sobre unos carriles.

—No les alcanzaremos nunca —murmuró Régis, desalentado—. Tendremos que esperar a que se haga de noche, y de aquí a entonces habrán recorrido muchas millas.

—¡Pero conocemos su dirección! —exclamó la joven—. Me pregunto si desea usted realmente atrapar a Anneke... Dentro de unas horas quedará establecida una barrera. Pero Van Otterloo y esa mujer pueden abandonar el

cargo. Tienen cómplices en la Gran Bretaña y aquí mismo, de modo que no les sería imposible deslizarse por entre las mallas de la red. Y eso es lo que quiero evitar.

—Sí, naturalmente...

—Acaban de abandonar Rotterdam. No creo que hayan pasado de Oostvoorne, o de Haamstede. Estoy de acuerdo con usted en que no podemos abordarlos de día, sería una locura, pero podemos bordear la costa y mantenernos en contacto con ellos. Con un poco de suerte, volveremos a encontrarlos al atardecer.

—Bien. Déjeme revisar la embarcación, no sea que oculte otra trampa. De todos modos, tenemos pocas posibilidades de localizarles, incluso conociendo su ruta. El mar es inmenso... Sólo podrán ser localizados por los radares de la costa, o por las patrullas aeronavales.

—Para entonces estarán ya en el Atlántico.

—Es muy posible, en efecto. Pero, apártese, Soong. Han podido colocar otro artefacto en esa embarcación.

Examinó la lancha, un *skiboat*, concebido para arrastrar a un esquiador náutico, transportando al mismo tiempo un piloto y un pasajero, ya que el código marítimo establece la obligación de que el esquiador sea vigilado por una persona distinta al piloto. La lancha, de polyester armado con fibra de cristal, poseía un doble fondo y una especie de arcón en la parte delantera, destinado a alojar el motor. Sus alerones, situados en la popa, debían darle estabilidad. El motor era un Mac Culloch de 75 CV que pesaba cerca de ochenta kilos, equipado con un encendido tipo automóvil, con bujías y electrodos anulares.

Régis hizo deslizarse la embarcación sobre los raíles que desembocaban directamente en el embarcadero. Tomó del hangar un bidón de aceite Scott al uno por ciento, y cargó la mayor cantidad posible de carburante, a pesar de que ello significaba sobrecargar la lancha.

—Páseme otras dos latas —le dijo a Soong—. El peso no importa. El motor es ya demasiado pesado para este tipo de embarcación. En cuanto hayamos recorrido un centenar de kilómetros, nos aligeraremos. Navegando a velocidad de crucero, consumiremos de dieciocho a veinte litros de carburante por hora, como mínimo. En caso necesario, y dando toda su potencia al motor, podemos alcanzar los cincuenta y cinco kilómetros por hora.

Tenían ahora seis latas a bordo, y el tanque estaba lleno. Régis puso el motor en marcha, accionando el sistema de lanzamiento por enrollado automático y dando un cuarto de vuelta al volante magnético. La embarcación

se deslizó por entre los cargos, dejando detrás de ella una estela de espuma. Las olas se estrellaron contra los pontones.

El agudo silbido de las grúas a vapor era ensordecedor. Las mangas de absorción de los silos habían entrado ya en acción, vaciando las bodegas y llenado los cargueros que esperaban turno.

El *skiboat* descendió por el río rápidamente. En el mar del Norte debía reinar una marejada bastante fuerte, a pesar de la bondad del tiempo, ya que el viento del Oeste soplaba sin tregua. Efectivamente, cuando llegaron a la desembocadura, fueron sorprendidos por la fuerza de las olas. Navegaban a unos cuarenta y cinco kilómetros por hora. Régis aumentó la velocidad, deseoso de acortar distancias con el «J. G. Bosboom 2». El *skiboat* empezó a llenarse de agua. Soong puso en marcha la bomba extractora, conectada con el motor.

La provisión de carburante disminuyó rápidamente. Ahora navegaban al límite de sus posibilidades, a casi sesenta kilómetros por hora. Tuvieron que detenerse dos veces para llenar el tanque. Eran las seis de la tarde y habían recorrido una distancia apreciable. Ostende apareció en el horizonte. Régis llevó la embarcación hasta la playa, fue a comprar otros dos bidones de gasolina y reemprendió la marcha. Durante la hora siguiente, mientras se adentraban en el Paso de Calais, divisaron varios buques, aunque ninguno de ellos era el que buscaban. Régis se mantuvo pegado a las costas.

—Nuestras últimas posibilidades se están agotando —dijo—. Han debido zarpar antes de lo que pensábamos. En todo caso, cuando oscurezca tendremos que dar media vuelta. No podríamos distinguirles. Otro *tanker*...

—Por allí se ve humo —dijo Soong—. Vire diez grados a babor y disminuya un poco la velocidad. El cargo navega rápidamente. Espere...

La joven escrutó el horizonte.

—¿Cree usted que es el «J. G. Bosboom 2»? —inquirió Régis, tratando también de sondear el horizonte.

Abrió un compartimento situado debajo del volante, sacó el par de prismáticos que había en él y se los entregó a Soong. Ésta vaciló.

—Resulta difícil asegurarlo... Tendríamos que acercarnos más.

—Son las siete y media, y sólo nos quedan cincuenta litros de gasolina. Cuando oscurezca, podemos encontrarnos en una situación comprometida. De todos modos, voy a acercarme un poco.

Aumentó la velocidad, haciendo volar la embarcación a ras de las olas.

—Creo que es el «Bosboom» —dijo Soong, en tono excitado—. Las cuadernas de popa y las superestructuras son idénticas. Desde el punto de

vista del tonelaje, tiene que ser exacto. Acérquese quinientos metros más: así podré ver su pabellón de popa... Disco amarillo sobre fondo rojo... ¡Eso es! Veo también sus antenas de radio. Sin duda quieren atracar en un puerto francés. Brest, por ejemplo, o Marsella, y desembarcar a Van Otterloo y a Anneke Van Rijn. En mi opinión, eso es lo que harán. Despacio, ahora... Pueden vernos.

—¿Está segura de que son ellos?

—Completamente segura. No se acerque más, podrían vernos. Basta con mantener el contacto. ¡Lástima que no dispongamos de una emisora!

—Serán interceptados.

—No estoy tan segura de ello. Abandonan el Mar del Norte para entrar en el canal de la Mancha. Han navegado muy aprisa; amparándose en la oscuridad, se dirigirán directamente a Cherburgo. Después será muy difícil interceptarles. La Marina neerlandesa posee aviones Sea Hawk y helicópteros Sikorsky, pero unos y otros dependen del mando de la Flota, no de los Servicios Secretos. Y existe una suficiente rivalidad entre ambos para que se nos escapen. Mantenga el contacto, sin acercarse más: no podemos correr riesgos.

Durante más de un cuarto de hora el *skiboat* evolucionó a una distancia tal que resultaba imposible que lo distinguieran desde el cargo, incluso con unos prismáticos. Por lo demás, no debía de haber ningún vigía. El sol iba hundiéndose en el horizonte. Régis detuvo la embarcación, llenó el depósito, tiró el último bidón al mar y volvió a dar toda su potencia al motor. El bidón flotó sobre el agua, zarandeado por los remolinos, y finalmente se hundió, aspirado por una ola más poderosa.

—Queda una hora de claridad diurna —murmuró Régis—. Si el cargo aumenta su velocidad, corremos el peligro de quedarnos sin gasolina. Navegan a toda máquina...

—Eso demuestra que no las tienen todas consigo. Anneke Van Rijn y Van Otterloo estarán a bordo.

Régis asintió, inclinando la cabeza. La enorme silueta del cargo, que huía en medio de los últimos rayos del sol poniente, parecía una fortaleza, imposible de tomar por asalto. El agente secreto ansiaba ver extenderse la oscuridad sobre el océano. Pero se encontraban en el mes de mayo, el tiempo era bueno y el crepúsculo se demoraba.

Finalmente, las últimas claridades del día se desvanecieron; el cargo pareció alejarse y luego disolverse en la oscuridad. Las olas, a su vez, se apaciguaron. Las luces de popa, de cofa y de estribor constituían un punto de

referencia. Régis volvió a dar toda su potencia al motor y empezó a trazar un amplio círculo, con objeto de cortar la ruta del navío.

Una hora después, cuando sólo quedaban unos litros de gasolina en el depósito, consiguió lo que se proponía. Paró el motor y se estableció el silencio. El *skiboat* empezó a llenarse de agua; Soong manejó la bomba. Eran las diez de la noche, aproximadamente. El tiempo continuaba siendo bueno, la visibilidad mediana, la luna clara y brillante como una moneda de plata. Algo apacible emanaba de aquella inmensidad. Los que no han navegado nunca no pueden imaginarlo, del mismo modo que no pueden imaginar la soledad y la paz de aquellas extensiones, donde las rutas y las balizas sólo existen en los mapas.

Los remolinos zarandeaban la frágil embarcación. La popa del cargo pasó por delante de ellos. Régis enganchó una jarcia y elevó a Soong delante de él; una ola se hinchó y cayó sobre el *skiboat*, comprometiendo su equilibrio. Soong subió rápidamente, agarrándose a la jarcia con todas sus fuerzas. Las cuadernas de la popa, encima de la línea de flotación, formaban una curva. Soong terminó de izarse y se aplastó sobre el puente. Régis no tardó en reunirse con ella. Un vigía debió de oír algo anormal, ya que acudió a echar una mirada por encima de la borda. Soong lanzó su puñal, el cual se clavó en la garganta del hombre. Éste, un malayo de unos cuarenta años, se desplomó sin un gemido. Soong se acercó a él y arrancó el puñal de su cuello.

El puente parecía desierto. Percibieron dos siluetas en la toldilla, otras en la pasarela, la cual rodearon descendiendo por una escala. Ahora se encontraban al nivel de la cubierta y continuaron descendiendo hasta el puente del castillo, el puente «A». Régis seguía a unos metros de distancia a la joven china, dispuesto a acudir en su ayuda, y distinguía su perfil vagamente cuando ella volvía a medias la cabeza. Mientras trepaban a la pasarela de estribor, un engrasador se cruzó con ellos. Pero iba muy cargado y no les prestó la menor atención.

Cerca del volante de respuesta del transmisor de órdenes, dos hombres se volvieron. En la plataforma de los ventiladores, encima de ellos, un chino aulló una orden. Régis cogió el puñal y se precipitó hacia delante. Uno de los hombres saltó sobre Soong, la cual cayó al suelo. El contraataque recibió un cabezazo de Régis, se tambaleó y cayó sobre el tren de engranaje del virador. El otro empuñó una barra de hierro y golpeó a Régis en la muñeca. El agente secreto dejó caer su arma y replicó con un rodillazo que hizo retorcerse de dolor a su adversario. Soong escapó del marinero y saltó cerca del tablero de control. En aquel momento surgió un contraataque europeo, seguido de un

encargado de maniobras y del jefe de a bordo. Éste, con un brazo en cabestrillo, el torso desnudo extrañamente decorado con una rosa azul encima de la tetilla izquierda, llevaba tatuado sobre la tetilla derecha un número. Gregori Stizko, pensó Régis.

Soong se apresuraba, hurgando en el volante de maniobra y el mando principal de la válvula de lanzamiento. El escape de los gases de la turbina hacia la caldera de recuperación quedó bruscamente bloqueado. La joven interrumpió la salida del aceite de refrigeración y los inyectores retemblaron. Stizko sacó su revólver. Régis le arrojó una barra de hierro, alcanzándole en la cadera.

—¡Arriba las manos, 707! Si no obedece, rellenaré de plomo a su amiguita. Ha cometido un error cambiando de opinión y sacrificándole nuestra amistad.

Régis se inmovilizó. Tres metros encima de él, Anneke Van Rijn, con un Menz III especial en la mano, le apuntaba sin temblar. Sus grandes ojos, claros como zafiros, le miraban sin cólera, con frialdad. Detrás de ella, Van Otterloo, empuñando una automática, mantenía a raya a Soong. El agente secreto levantó lentamente las manos, mientras Stizko se incorporaba trabajosamente.

—Acérquese, Soong. No ganará nada maltratándola, Van Otterloo. Limítese a vigilarla de cerca.

—¡Ha saboteado el motor!

—En efecto. ¡Detengan la bomba de inyección, ustedes! No ha tenido tiempo de causar un daño irreparable, y reanudaremos la marcha dentro de media hora. Hasta entonces, reduzcan a la mitad. ¡Stizko!

—¿Sí?

—Tome el mando de las máquinas y forme dos equipos. ¡Baje, 707! Despacio, si no quiere recibir una bala en los riñones. Van Otterloo se encargará de hacer lo mismo con su amiguita... Así, muy bien.

La voz restallaba como la correa de un látigo. Régis, enmarcado por dos marineros, echó a andar en dirección al puente principal. Soong profirió un grito. Cuando Régis se volvió, un culatazo le dejó sin sentido.

CAPÍTULO XIV

Se encontraba ahora en un camarote, medio tumbado, con la desesperación mordién­dole el corazón. Sin embargo, era posible que no estuviera perdido todo. Régis no estaba dispuesto a morir como un buey. No se dejaría conducir al matadero. Lucharía hasta su último aliento.

A su lado, con las manos atadas, Soong permanecía inmóvil sin que en su pálido rostro pudiera leerse nada. Régis se incorporó; inmediatamente, un marinero chino se acercó, con una cuerda en la mano. El hombre conocía su oficio: nudo de garra y de pata de perro alrededor de los muslos y de los tobillos, reforzado con alambres. Sin embargo, Régis observó que el alambre estaba oxidado.

Van Otterloo y Anneke Van Rijn seguían las operaciones atentamente. Van Otterloo, embutido en un smoking azul noche perfectamente cortado, llevaba camisa blanca y corbata de pajarita negra, con un diamante en forma de pera prendido en la pechera. Se sirvió una copa de champaña. Su butaca tapizada de terciopelo rojo crujió bajo su peso. Encima de él, a través del tragaluz, se extendía una noche tachonada de estrellas. A su lado, acodada en una cómoda de caoba, Anneke Van Rijn miraba a Régis. Van Otterloo, con el cuidado que ponía en todos los actos que le afectaban personalmente, cogió un Coronas, lo sacó de su tubo de aluminio, lo cortó, lo encendió y se puso en pie.

—Va usted a morir, Régis. Mala suerte, ¿verdad? Ha apostado sin tener suficiente juego. Para jugar contra mí, hay que ser prudente y afortunado. Muy afortunado.

Un brillo acerado asomó a los ojos del agente secreto, pero se calló, sin replicar nada. Anneke Van Rijn descolgó el teléfono interior.

—¿Stizko? Suba a informar. Vamos a librarnos de nuestros fardos. Sí, en seguida. ¿Por qué esperar?

Volvió a colocar el receptor sobre su horquilla y miró al agente secreto.

—¿Sabe una cosa, Régier? Mi opinión es distinta a la de Van Otterloo... A fin de cuentas, ha tenido usted mucha suerte. Incluso ha abusado de ella. Escapó a la trampa preparada por Van Otterloo; el número seis, que era un agente muy valioso, perdió la vida en aquella tentativa. Después, mató usted a Lewis. Supongo que hay que añadir a Wilson y a Gëroe a la lista...

—En efecto, no se equivoca. Eso significa que ni la policía ni los Servicios de Información tendrán que ocuparse más de esos hombres. Por otra parte, la Seguridad no se muestra muy tierna con esa clase de renegados. Ni siquiera con una mujer...

—Comprendo... Tiene usted clase, 707. ¡Qué idea más estúpida la de querer servir a su país! Un país no es más que una administración, anónima por definición. Con nosotros se hubiera hecho rico. Me gustaría llevarle conmigo, pero es imposible. Van Otterloo no me lo permitiría. Ha mentido usted varias veces y no merece la menor confianza. Es lamentable, pero su carrera va a terminar aquí. Va usted a morir.

Le miró fijamente, espionando un gesto de preocupación o de temor, pero Régis permaneció impasible, encerrándose en la misma calma que Soong.

—Podría hacerle sufrir —continuó Anneke—. A menudo he pensado en lo que debía ser la muerte. Largos minutos de sufrimiento, y luego la aniquilación. El final de ustedes dos no será ése. Puesto que trabajamos para los asiáticos, adoptaremos una muerte preferible a todas las torturas físicas, un aniquilamiento puro y simple. No quedará nada de ustedes, y su muerte será la más rápida que pueda desearse.

Se acercó a Soong, que mantenía los ojos cerrados, y la abofeteó. La joven china no abrió los ojos. Parecía no haber oído nada del precedente discurso.

Llamaron a la puerta. Stizko, enorme, con el torso desnudo, entró.

—¿Cuándo podremos poner los motores a tope, Stizko?

—Dentro de una hora, aproximadamente.

—Encierre a esta pareja en la bodega número tres. Venga conmigo, Van Otterloo. ¿Ha captado usted algo en la radio, Stizko?

—Nada especial. Sin duda actuaron por su cuenta. De todos modos, tenemos una gran ventaja: no estamos ya en las aguas territoriales. Podemos alcanzar el Atlántico y luego dirigirnos a Port Said. Nos queda suficiente combustible para evitar un puerto español o francés. Cuando llegemos a Port Said, estaremos completamente a salvo.

—Estupendo —dijo Anneke, volviéndose hacia Régis—. Tenemos un montón de cosas para nuestros patronos —explicó—. Y también diversos informes que les interesarán mucho. Por ejemplo, unas muestras de la nueva pintura a base de óxido de hierro, que absorbe las ondas magnéticas y convierte en invisibles al radar a los aviones norteamericanos. Para localizarlos se necesitan detectores de infrarrojos, cuyos planos obran en nuestro poder, precisamente. Todo eso nos será pagado a muy buen precio. En ese momento, pensaremos en ustedes dos.

—¡En cada aniversario! —cloqueó Van Otterloo.

—Los neerlandeses han alertado ya a las fuerzas aeronavales y a los guardacostas —dijo Régis—. Si vuelven a poner rumbo a Rotterdam, les

prometo testimoniar a favor suyo.

Por toda respuesta, obtuvo un encogimiento de hombros, y Stizko le arrastró sin contemplaciones detrás de él, mientras un marinero malayo hacía lo propio con Soong.

La bodega número tres parecía inmensa; Régis trató de romper sus ataduras, pero el alambre resistía aún. No insistió, ya que se encontraba rodeado de hombres armados. De todos modos, las cuerdas se aflojaron un poco. Stizko, que no había notado nada, le envió de un empujón cerca de Anneke Van Rijn. Ésta le mostró un alargado objeto cilíndrico, en forma de cigarro. Estupefacto, Régis vio que era un torpedo.

—Tenemos un montón de cosas interesantes en esta bodega, mi querido 707. Hemos pensado en todas las coyunturas posibles; en realidad, ese torpedo es un nuevo modelo e interesa a nuestros patronos. Pero disponemos de los planos, que nos entregó un ingeniero de la Oficina de Construcciones Navales, y vamos a sacrificarlo. Para usted y para Soong. En su lugar, yo me sentiría muy orgulloso. Es un ataúd que vale más de su peso en oro. Y será para ustedes.

Se acercó al artefacto.

—De momento, es inofensivo. Stizko, que es un especialista, va a montarlo. Soong y usted, con nuestra ayuda, van a realizar un largo viaje sobre él. Aunque es posible que el viaje se vea bruscamente interrumpido. Si chocaran contra algo, por ejemplo. También es posible que se ahoguen ustedes.

Tocó con el pie el morro del artefacto, de una belleza lisa y mortal, que producía una terrible impresión de potencia. El rostro mismo de la muerte.

—Stizko va a conectar esa antena, extraordinariamente sensible, a un detonador —continuó Anneke—. Añadiré una carga explosiva. Normalmente, se llena el tanque de agua a fin de que el torpedo se hunda con el peso. Stizko lo llenará de alcohol para que flote; sin esa precaución, se ahogarían ustedes. Cabalgarán sobre el explosivo más potente que existe. Si chocan contra un barco, el accidente se atribuirá a una mina de la última guerra. ¿Quién sospecharía de un pacífico buque de transporte, el «J. G. Bosboom 2», y de su tripulación, interesada únicamente en sus negocios? ¿Falta mucho, Stizko?

—Tengo que revisar el giroscopio y las válvulas de carga. Aleje a este hombre, me está fastidiando...

—¡Apártese, 707!

—Calcularé su peso a fin de que el torpedo no se hunda más de la cuenta —explicó Stizko—. No me gustaría que murieran ahogados: es una muerte

demasiado dulce. Naturalmente, tomarán un baño...

—No importa, Stizko. ¡Ellos sabrán disculparle!

CAPÍTULO XV

Régis se había apartado. Dos marineros se acercaron para ayudar a Stizko, que procedía a la colocación del cono explosivo, manejándolo con infinitas precauciones: el menor choque podía provocar una catástrofe.

El agente secreto se apoyó en la escala de hierro situada detrás de él y tensó sus músculos al máximo. El alambre se rompió. Las cuerdas que ataban sus brazos se habían aflojado y Régis las sujetó con las manos, evitando que cayeran al suelo. Súbitamente, alzó el brazo derecho y arrojó el pequeño rollo de cuerda contra Stizko. Al mismo tiempo, un marinero malayo que había observado su gesto se precipitó contra él, esgrimiendo un puñal.

Alcanzado por la cuerda en plena nuca, Stizko dejó caer el cono explosivo: su reacción se debió más a la sorpresa que al daño físico que le produjo el golpe. La explosión desgarró los tabiques como si fueran de papel. Una columna de gas se elevó, silbando, haciendo irrespirable el aire. El malayo cayó delante de Régis, con la espalda abierta por un trozo de acero. El agente secreto se apoderó del puñal, tomó a Soong en brazos y empezó a trepar por la escala. El agua penetraba por una brecha del grosor de un muslo, rechazando el gas. Stizko y Anneke Van Rijn, así como la docena de marineros que les rodeaban, no eran más que unos cadáveres mutilados.

Un chino se agarró a los pies de Régis y éste levantó el talón derecho y lo dejó caer implacablemente sobre el hombre, que cayó al agua lanzando un grito de agonía. Van Otterloo, ileso, gracias a la protección de unos motores, nadaba hacia ellos. Régis cortó rápidamente las ataduras de Soong y la empujó delante de él. En la segunda escala, otro marinero trató de cerrarles el paso y recibió una furiosa puñalada. El cargo empezaba a hundirse. Un bote, lanzado con demasiada prisa, se irguió súbitamente hasta la vertical precipitando a todos sus ocupantes al mar. Unas balsas tocaron el agua y sus boyas de acetileno se encendieron en la oscuridad, parpadeando como estrellas.

—¡Aprisa! —gritó Soong—. Vamos a zozobrar. ¡Mire la hélice!

La popa se levantó, soltando la hélice, la cual continuó girando, cortando el agua con una precipitación convulsiva. Los nadadores trataron de escapar

de la terrible succión, pero no pudieron eludir su trágico destino. Soong resbaló sobre el puente, que ahora presentaba una fuerte pendiente, y cayó por la popa. Régis se precipitó hacia ella, saltando por encima de la pasarela. Una balsa pasó muy cerca, zarandeada por las olas, con un solo hombre a bordo, un malayo, el cual cogió un bidón de cinc —que sin duda contenía agua potable— y lo lanzó contra la pareja. Régis se sumergió, pasó por debajo de la balsa y surgió por el otro lado, esgrimiendo el puñal. Agarrándose con una mano, se izó a la balsa y rodó de costado. El malayo le anudó sus dedos alrededor del cuello, tratando de estrangularle. Régis le hundió el puñal en el vientre, hasta la misma empuñadura, y su agresor cayó al agua profiriendo un aullido de agonía.

—¡Cuidado! —gritó Soong.

Un segundo bote había sido lanzado al mar, con todos los supervivientes, y Régis distinguió la descolorida cabeza de Van Otterloo. Unos depósitos de gasolina se habían incendiado, proyectando una claridad mortal sobre el Océano. A aquel resplandor, Régis vio que Van Otterloo les apuntaba, levantando cuidadosamente una carabina. Se encontraban a muy poca distancia, pero resultaba casi imposible hacer puntería desde aquel bote zarandeado por las olas, y sobre un blanco móvil, por añadidura. Resonó una detonación, pero la bala debió pasar muy lejos de ellos, ya que ni siquiera la oyeron silbar. El bote trataba de avanzar hacia la balsa, pero el mar les separaba cada vez más y los marineros, al parecer, sólo obedecían a regañadientes. Van Otterloo volvió a disparar, sin resultado.

Repentinamente se oyó el rugido de un motor desgarrando el aire. Un Sikorsky HSS I N, atraído por el resplandor del incendio, sobrevolaba la superficie lisa y suave del mar. Mientras Soong, medio desnuda, multiplicaba las señales, Régis se apoderó de una pistola lanzacohetes, arrimada a los víveres de la balsa. Disparó un cohete que se abrió en el cielo como una rosa de oro. Más allá, a unos kilómetros de distancia, el «Van Amstel» de la Marina neerlandesa, formidablemente armado con sus Oerlikons de 20 AA, sus morteros y sus obuses, navegaba a toda máquina hacia el lugar del naufragio.

Soong levantó los dos brazos. Por primera vez, Régis la vio sonreír.

El helicóptero les había descubierto. El haz de sus proyectores barrió las olas, taladró la oscuridad y acarició amorosamente a la pareja.

Notas

[1] Pequeño arrozal. (*N. del A.*) <<

[2] Helicóptero-banana de gran tamaño utilizado por los norteamericanos en el Vietnam. (*N. del A.*) <<

[3] Suburbio de Washington. Sede de la C. I. A. (*Central Intelligence Agency*) sobre el Potomac. (*N. del A.*) <<

[4] Servicio rival de la C. I. A., creado recientemente por el Departamento de Defensa. (*N. del A.*) <<

[5] Servicio Secreto de la China popular. (*N. del A.*) <<

[6] Contrariamente a lo que algunos lectores pudieran creer, ese procedimiento no pertenece al campo de la pura fantasía. Está en estudio para la exploración de la corteza terrestre, en sus mayores profundidades. El procedimiento explotado en esta novela no es más que una de las posibles aplicaciones de tan extraordinario proyecto. (*N. del A.*) <<

[7] Capa viscosa, llamada también pirofera, situada entre la corteza terrestre y el núcleo. (*N. del A.*) <<

[8] Sede de la C. I. A. en los Estados Unidos. <<

[9] Auténtico. La secta, rica y poderosa, comprende cuatro mil adeptos: severamente seleccionados entre los quince millones de la diáspora china diseminada por el mundo, y atados por el juramento de la sangre. (*N. del A.*)
<<

[10] Capital de la isla de Formosa. <<

[11] Moneda de la China popular. <<

[12] Organismo de Estado que «regula» los movimientos de los visitantes extranjeros. <<

[13] Especialidad de la provincia de Satchuan, hecha de harina de cebada tostada, té, mantequilla y sal. <<

[14] Insulto perteneciente a un dialecto manchú y que la decencia no autoriza a traducir. (*N. del A.*) <<

[15] Apodo que los chinos aplican a los europeos. (*N. del A.*) <<

[16] Sede de la C. I. A. en los alrededores de Washington. (*N. del A.*) <<

[17] Auténtico. En los Servicios de Información existen, en efecto, unos códigos especiales que permiten la identificación de los agentes de una misma sección. (*N. del A.*) <<

[18] Servicio secreto soviético. <<

[19] *Las compañeras de la noche.* <<

[20] El Ministerio de Seguridad Soviético, con temibles posibilidades de investigación y enormes medios. (*N. del A.*) <<

[21] *Polders*. En los Países Bajos, tierras ganadas al mar y protegidas con diques. (*N. del T.*) <<